

# LA ENCRUCIJADA DEL ROBLE

Elizabeth Crook

Siruela Nuevos Tiempos



# **LA ENCRUCIJADA DEL ROBLE**

**ELIZABETH CROOK**



Elizabeth Crook

**La encrucijada del roble**

Traducción del inglés  
de Lorenzo Luengo

 Siruela  
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: junio de 2019

Título original: *The which way tree*

En cubierta: diseño de Gregg Kulick;

© Hachette Book Group, Inc

© Mary Elizabeth Crook, 2018

This edition published by arrangement with Little,  
Brown and Company, New York, New York, USA.

All rights reserved

© De la traducción, Lorenzo Luengo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17860-60-8

Conversión a formato digital: María Beloso

# **LA ENCRUCIJADA DEL ROBLE**

*Para mis abuelos  
Howard Edward Butt (1895-1991)  
y Mary Elizabeth Holdsworth Butt (1903-1993)*

# DECLARACIÓN DE BENJAMIN SHREVE

Ante los quince miembros del gran jurado  
Residencia de Izac Wronski  
Presidido por el juez E. Carlton  
18.º distrito  
Condado de Bandera  
Estado de Texas  
25 de abril de 1866  
Según el registro de Alfred R. Pittman

Ahora que ha prestado juramento, diga su nombre.

Benjamin Shreve.

Diga su edad.

Diecisiete años, señor.

¿Dónde vive, Benjamin?

Por Verde Creek. Cerca de Camp Verde.

Muy bien. Puede quedarse donde está. Aquí hay mucha gente; le pido disculpas por ello. Soy el juez Edward Carlton, y este es Alfred R. Pittman. Se encargará de anotar lo que diga usted hoy ante el gran jurado. Hable con claridad. Si él le pide que repita algo, repítalo.

Sí, señor.

Puede colgar su sombrero junto a la puerta.

Prefiero tenerlo en la mano, señor.

Está bien. ¿Sabe por qué se le ha pedido que venga?

Por lo de esos hombres que encontré muertos en Julian Creek.

Así es. Creemos que usted fue el primero en ver los cuerpos y que es probable que viera a uno de los hombres que colgaron a esos caballeros. Somos conscientes de que esto ocurrió hace tres años y que la justicia ha tenido que aguardar a que terminase la guerra. De modo que es posible que no recuerde bien los detalles. Límitese a recordar lo que pueda. No invente nada. Si de algo no se acuerda, diga que no se acuerda.

Me acordaré, señor.

Muy bien. En cuanto a los asesinatos, los detalles básicos ya han quedado claros, pero estamos intentando corroborar los nombres de aquellos que tomaron parte en ellos.

Puedo asegurarle que Clarence Hanlin fue uno de los que lo hicieron, señor.

No estoy pidiéndole su opinión, Benjamin. Estoy pidiéndole su testimonio. Con ello quiero decir lo que usted vio, no lo que supone. Responda solo a las preguntas que le formule. Bien. ¿Qué estaba haciendo usted en Julian Creek la mañana en que encontró los cuerpos?

Cazaba, señor.

Julian Creek está a sus buenos kilómetros de Camp Verde. ¿Por qué no fue a cazar más cerca de casa?

No quedaba caza más cerca de casa. Los soldados *sesesh*<sup>1</sup> de Camp Verde habían acabado con toda para colmar sus necesidades y las de los prisioneros del cañón.

Esa mañana, ¿cómo llegó hasta Julian?

A caballo, señor.

¿Estaba usted solo?

Sí, señor.

¿A qué hora salió de casa?

Supongo que una hora antes del amanecer más o menos. Recuerdo que cabalgué a la luz de la luna.

¿Y su intención era cazar en Julian Creek?

Mi intención era cazar la primera pieza que me saliese al paso. Resultó ser

un ciervo, cerca del Julian. Disparé y fallé.

¿Qué sucedió después?

Me pillé un buen berrinche, señor. Desmonté y me puse a maldecir. Enseguida me arrepentí de haberme comportado de esa manera.

¿Por miedo de asustar a la caza?

Por miedo de los indios y de los *sesesh* y de los exploradores y de los vigilantes y qué sé yo. Era un comportamiento peligroso y llamaba mucho la atención, señor.

Benjamin, los hombres que hay en esta sala, algunos de los cuales probablemente conozca, mantienen opiniones diversas sobre la pasada guerra. Haría bien en evitar los insultos.

Sí, señor, conozco a uno... dos... tres... cuatro... cinco de los que están aquí, mi padre y yo les vendíamos tejas. Ese que hay junto a la puerta...

No saque a colación la política.

No, señor, no iba a hacerlo. Pero fue un *sesesh* el que asesinó a los hombres que encontré muertos.

Es verdad que al mayor del Ejército Confederado William J. Alexander, de Camp Verde, cuyo paradero es desconocido, se lo acusa actualmente de asesinato y de actuar como salteador de caminos. Lo que tratamos de determinar es cuáles de sus hombres tomaron parte en el ahorcamiento de los ocho viajeros que usted encontró muertos.

Clarence Hanlin era uno de ellos, señor.

Sé que esa es su declaración. Pero si tal cosa es cierta, debemos llegar hasta ella por medio de la lógica. Límitese a responder mis preguntas.

Sí, señor.

Así que disparó al ciervo, y falló, entonces se pilló un buen berrinche. ¿Qué ocurrió después?

Escuché ulular a unos coyotes y pensé que eran los comanches. Até mi yegua a la maleza y me alejé un poco y me tendí bocabajo en la hierba donde nadie pudiera verme. Pero cuanto más permanecía a la escucha tendido allí, más pensaba: «Esos no son indios; lo que son es coyotes». Me figuré que quizá había acertado al ciervo y lo había herido, y que el ciervo había escapado y bajado por allí y ahora los coyotes lo habían rodeado y estaban devorándolo. Así que pensé en aproximarme y echar un vistazo a ver qué hacían. Me

acerqué a rastras por si acaso eran en verdad comanches y no coyotes. Así fue como me encontré con lo que vi.

Intente describirnos lo que vio tan detalladamente como pueda.

Clarence Hanlin y una manada de coyotes bajo un espeso grupo de robles rojos, señor. A cierta distancia del arroyo. Les daba algo de la luz de la mañana allá donde estaban, que era un pedregal entre chumberas, y los coyotes huían a la carrera porque Clarence Hanlin los azuzaba con un palo y les ululaba con esos ululatos como si también fuera él uno de ellos. Los estaba asustando. Me parecía muy extraño que no les disparase si tanto le molestaban. Tenía una pistola. Pero parecía que...

Por aquel entonces, usted no había visto nunca al señor Hanlin... ¿Es esto correcto?

No del todo correcto, señor. Había visto soldados ir y venir por los caminos próximos a Camp Verde, y creo que había visto a Clarence Hanlin entre ellos, pues me fijé en que tenía un ojo caído. Tenía una mirada que llamaba la atención, señor. No era una mirada agradable. No es que fuera feo, pero su facha no le hacía ningún favor.

Caballeros, ¿podríamos, por favor, dejar las risitas? Alfred, espero que lo esté anotando todo. Quiero cada detalle por escrito. De acuerdo, Benjamin, vio usted una manada de coyotes y a un hombre quien a su entender se trataba de uno de los soldados confederados destacados en Camp Verde, pero al cual, en aquel momento, no conocía por su nombre y con el que jamás había hablado, azuzando con un palo a los coyotes con la intención por lo visto de asustarlos. ¿Es así?

Sí, señor. Y les lanzaba ululatos, señor. Era muy raro, a mi entender. Había algo perruno en ello, señor.

¿Está insinuando algo con ello?

Si se refiere a si estoy insultando a ese hombre, no, señor. Supongo que igual podría decir que también sonaba un poco como un cerdo, señor, si pretendiera hacer lo que usted dice. Insinuar algo. No estaría muy fuera de lugar. Lo diré de otro modo. Hacía un ruido muy raro para ahuyentar a los coyotes. Me asustó bastante. Después lo vi ponerse de cuclillas como si se dispusiera a recoger leña o algo así. Había por el suelo un montón de ramas rotas. Pero lo que recogió no fue leña, sino un brazo. Y entonces vi que estaba unido a un cuerpo. Y entonces vi otros cuerpos.

Un momento. ¿Dónde estaban los cuerpos?

A su alrededor, por todas partes. Desperdigados, diría yo. Quizá habría una docena.

Para que conste, había ocho cuerpos.

A mí me parecieron más de ocho, por como estaban desparramados. Pero si usted lo dice serían ocho. Me encontraba a unos veinte metros, si no más. Había poca luz, puesto que el sol todavía no estaba en lo más alto. Y, ahora que lo pienso, supongo que lo primero que se me pasó por la cabeza fue que los cuerpos serían maderos y ramas, y que no había nada raro en aquello. Así que no me paré a pensar en ese momento en cuántos de ellos habría.

Había ocho muertos exactamente. Sabemos sus nombres. A algunos de los hombres que se encuentran en esta sala se les pidió que fueran desde el pueblo para ayudar a enterrarlos. Bien, prosiga. ¿Qué hizo usted cuando vio los cuerpos?

Intenté figurarme qué había pasado y pensé: están esos cuerpos y esos coyotes y Clarence Hanlin con su palo y su ululato. Así que...

Clarence Hanlin, a quien usted aún no conocía como Clarence Hanlin, pero con quien más tarde usted, presumo, llegó a mantener algún trato...

Así es, señor. Por entonces lo conocía como el hombre del ojo caído, vestido con ropas *sesesh*, a quien creía haber visto ya en el camino que había cerca de Camp Verde. Así que me figuré que los coyotes estaban tratando de comerse los cuerpos y que el señor Hanlin, el *sesesh*, los estaba ahuyentando. Así es como vi aquello, hasta donde pude entender. Pero entonces me vino a la cabeza que tenía que haber algo más, pues ¿qué hacían los cuerpos allí? Pensé que a lo mejor los comanches andaban por la zona y habían matado a los hombres que los coyotes intentaban comerse, y que este *sesesh* llegó y, aunque tenga una cara difícil de mirar, estaba protegiendo los cuerpos. Pero quieto ahí, pensé. Porque entonces lo vi coger un objeto de la chaqueta de uno de los que estaban en el suelo. Lo cogió de uno, y dio un paso, y pinchó a otro con el palo, y se acuclilló y cogió también de aquel un objeto. Estaba saqueando a los muertos, señor. Estaba cogiendo cuanto encontraba. Fue de bolsillo en bolsillo, buscando cosas valiosas que rebañar. Llevaba un zurrón atado con una correa al costado, y allí metía las cosas. Me daba miedo hasta respirar, señor. Me figuraba que si me pillaba mirándolo vendría a por mí. No hice el menor movimiento. Se volvió hacia donde yo estaba en una ocasión y no me

vio, pero yo sí que lo vi bastante bien. Tenía la mirada fija de una manera extraña, señor. Era una mirada llena de crueldad. Cuando vi aquello, me puse en pie de un salto y corrí como alma que lleva el diablo. Llegué hasta mi yegua y cabalgué tan rápido como ella alcanzó a llevarme de regreso a casa.

¿Y por qué no informó del crimen que acababa de presenciar?

No era fácil saber qué era un crimen y qué no, con tantas cosas malas como estaban pasando.

Creo entender que sus padres ya han fallecido.

Sí, señor.

¿Hace mucho?

Sí, señor. Vivo solo con mi hermana.

Muy bien. Hábleme ahora de sus posteriores encuentros con este hombre.

Bueno, es una larga historia. Quería apiolarme. A mí y a mi hermana, a los dos.

¿Quería matarles? ¿Por lo que usted había visto?

No, señor. Por una cosa que pasó. Preferiría no tener que hablar de ello, si puede ser.

No puede ser, Benjamin. ¿Por qué quería matarle?

Bueno, señor. Supongo que fue porque mi hermana le pegó un tiro en un dedo.

¿Le disparó en un dedo?

Se lo arrancó de un tiro, señor.

¿Está diciendo que su hermana le arrancó de un tiro uno de sus dedos?

Uno y un cacho, señor.

Caballeros, dejen de reír. El chico lo va a explicar todo. Benjamin, ¿nos cuenta lo que ocurrió?

Algo después de lo que vi en el Julian, mi hermana y yo estábamos sentados en un árbol, con una cabra atada a una estaca clavada en el suelo para atraer a una pantera. Mi hermana quería matar la pantera, pero fue el señor Hanlin quien acabó por recibir el tiro.

¿Le disparó accidentalmente?

No. Él la provocó, señor. Como él se acercaba pegando voces, ella le disparó, y bien que hizo, si quiere saber mi opinión, aunque en aquel momento no lo pensé así.

¿Debo entender que él tenía razones para acercarse y pegar voces?

Supongo, señor. Ella estaba pegándole voces a él.

Comprendo. Benjamin, me quedan al menos otras doce personas a las que he de interrogar hoy, así que no tengo tiempo para rodeos. Pero si Clarence Hanlin es un individuo propenso a cometer actos violentos sin provocación alguna, sería de gran ayuda saberlo. ¿Diría usted que ese es el caso?

Diría que hubo alguna provocación por parte de mi hermana solo si pegar voces es una provocación. Pero antes de su provocación él la provocó a ella mediante el innecesario acto de apuñalar a un camello, señor.

Uno de los camellos destacados en Camp Verde, supongo.

Sí, señor. Así que diría que la primera provocación vino de parte del señor Hanlin, hecha por él. El camello estaba muy viejo y fastidiado, y el señor Hanlin lo pinchó sus buenas veces en la joroba porque no se movía tan rápido como esperaba. El animal hizo unos ruidos muy fuertes y horriblos al ser apuñalado, señor, y cayó sobre sus rodillas: un final monstruoso para una bestia que había venido nada menos que de Egipto. Mi hermana no quiso quedarse de brazos cruzados, y estando como estaba en el árbol y armada con una pistola, y dado que la pantera no había venido para recibir el tiro, diría que el señor Hanlin estaba en el lugar y el momento menos indicados para apuñalar a la criatura de esa manera. Se lo contaré en pocas palabras si eso es lo que desea. Mi hermana...

Me temo que no tengo tiempo ahora mismo ni siquiera para la versión resumida. Lo que busco es información específica acerca de la inocencia o culpabilidad del señor Hanlin respecto al asesinato y su paradero actual. ¿Cuántas veces tuvo contacto con él tras haberlo visto en el Julian?

Bastantes veces, señor, después de lo que mi hermana le hizo en el dedo. Nos estuvo siguiendo durante dos días enteros y parte del tercero. En un momento dado nos alcanzó. Cambiamos algunas palabras. Cambiamos algunos tiros.

No tengo claro si lo que está haciendo es proporcionarnos poca información o demasiada, hijo, pero no me estoy acercando a lo que quiero saber. ¿Puede ceñirse al asunto?

Clarence Hanlin fue uno de los que asesinaron a los hombres del Julian, señor. Los ahorcó y les robó. Él mismo admitió que los ahorcó, y yo fui testigo del robo. Si es ahí adonde quiere llegar, entonces ahí lo tiene, señor. Lo más

resumido posible, señor. Tiene mi palabra de que es verdad.

¿Le habló de los ahorcamientos?

Sí, señor. Con algún detalle, cuando nos alcanzó. Me dijo que también me iba a colgar a mí. Dijo que colgaría a mi hermana justo a mi lado y que nos miraría hasta que nos crujiese el cuello. Era un espanto de persona, señor.

¿Y su hermana también escuchó la confesión y la amenaza?

Sí, así es. Eso produjo todavía más problemas. Mi hermana es una persona con mucho genio.

Necesitaré que testifique.

No va a testificar, señor. Está llena de zarpazos y da pena mirarla. Además es mulata. Su madre era negra. No va a venir.

¿Entiendo entonces que tenía una madre distinta de la suya?

Bastante distinta de la mía, señor. En cualquier caso, las dos han muerto. En eso son iguales, señor.

¿Qué edad tiene su hermana?

Es dos años más joven que yo. Quince ahora mismo. Doce cuando hizo lo que hizo con el dedo.

Comprendo. ¿Sabe usted leer y escribir?

Bastante bien. He leído dos veces entero *La ballena*, sobre Moby Dick. He leído *Malaeska: la esposa india del cazador blanco*. Y he leído dos novelas de la serie Waverley. Todos esos libros me los dieron los prisioneros yanquis que había en el cañón. Les lancé una mazorca de maíz y de vuelta me cayó *La ballena*. Justo a mis pies. Y al día siguiente les...

¿Envía y recibe correo?

No, señor. Hasta ahora no. La estafeta de Camp Verde ya cerró. El lugar es una ruina y lo han saqueado. Podría recibir correo en la estafeta de la casa del doctor Ganahl, en Zanzenberg, que no está muy lejos de la mía. De todos modos, era un *sesesh*, y siguió siéndolo después, y ha huido a México, y no sé si...

Lo haremos a través de la estafeta de Comfort. Quiero que escriba un relato completo acerca de cada uno de los encuentros que haya tenido con Clarence Hanlin. Escriba detalladamente y sea sincero. En tres meses regresaré a Bandera, para entonces tendré que presentar mi recomendación a este gran jurado. Mientras tanto estaré interrogando a otras personas acerca

del caso. Pero dado que usted ha tenido un trato personal con el señor Hanlin sus declaraciones resultan fundamentales. Nuestra labor consiste en asegurarnos de que la justicia prevalece en los crímenes cometidos por soldados confederados contra civiles simpatizantes de la Unión. Buena parte de ese trabajo lo hará usted. Quiero que escriba una declaración exacta acerca de quién es usted, quiénes fueron sus padres, quién es su hermana, y que describa hasta el más mínimo roce que haya llegado a tener con ese individuo al que conoce como Clarence Hanlin. Recuerde que se trata de su testimonio y que ha jurado decir la verdad. Después enviará su informe a la estafeta de Comfort. El jefe de la estafeta se encargará de que llegue a mis manos. Si me surgen más preguntas, las pondré por escrito y se las enviaré a Comfort. ¿Va allí a menudo?

Sí, señor, a veces sí, para vender los muebles que hago.

De acuerdo. Antes de que se marche, acláreme una cosa. He de suponer que no ha visto al hombre al que se refiere como Clarence Hanlin en los tres años posteriores a los encuentros de los que hemos hablado...

No, señor.

¿Y dónde estaba él exactamente la última vez que lo vio?

En la Medina, señor. Algo al norte de aquí. Hizo una curva. Y engullido que fue.

¿Engullido?

Por un remolino. Se metió en el remolino y no he vuelto a ver ni un pelo de ese hombre desde entonces.

Esto no me lo esperaba. ¿Cree que está muerto?

Me daría miedo si no estuviera muerto, señor. Sería algo antinatural.

Sin duda esto sí que es nuevo. Puede que acabemos con el señor Hanlin antes de lo esperado. ¿Está seguro de que era él?

Él y nadie más que él, señor.

Comprendo. Bueno. Esto no hace más que aumentar la importancia de su labor. Las pruebas son nuestro baluarte contra el caos. Si Clarence Hanlin es culpable y sigue con vida, debemos localizarlo y condenarlo. Si está muerto, debemos demostrar que así es. No podemos suponerlo sin más y permitir que siga en libertad cuando ocho hombres que viajaban a México fueron capturados, saqueados y ahorcados. Quiero que escriba el relato que le he pedido y lo lleve a Comfort tal y como he dicho. Quiero que anote bien todos

los detalles.

Señor... No tengo papel ni lápiz.

Izac, ¿podría darle a Benjamin papel y pluma y un tintero?

Sí, señoría.

Benjamin, supongo que volverá cabalgando a casa.

Sí, señor.

¿Sabe que los comanches han hecho asaltos por el condado de Blanco?

Sí, señor, vaya si lo sé. Y el señor Berry Buckalew fue asesinado en el Seco. Una vez mi padre y yo pulimos tejas con él. Y al señor Hines, que vivía en el campamento mormón, lo asesinaron en el cruce de Tarpley. Lo sé todo. También sé de los problemas con los kikapús. Estoy muy al corriente, señor.

¿Está su hermana sola en casa?

Sí, señor.

Tenga cuidado ahí fuera, ¿de acuerdo?

Gracias. Siempre lo tengo, señor.

Querido juez:

Le dejo aquí mis declaraciones respecto a lo que preguntó. Sin embargo, no están todas porque hay más. Enviaré más en adelante.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## **MI TESTIMONIO**

### *QUIÉN SOY*

Me llamo Benjamin Shreve.

### *QUIÉNES ERAN MIS PADRES*

Mi padre se llamaba Alton Shreve. Mi madre se llamaba Millie. Imagino que su nombre era Millie Shreve después de casarse con mi padre. No sé cuál sería antes. Mi padre siempre se limitaba a llamarla tu madre. No la conocí personalmente porque murió poco después de mi nacimiento, suceso que tuvo lugar en el invierno de 1849. Algunas personas me han dicho que era una buena mujer y muy bonita de aspecto aunque un poco sosa de cara. Antes de que yo naciese, ella y mi padre vinieron aquí desde Duck Hill, Misisipi, y mi padre construyó una casa y se ganaba la vida aceptablemente con las tejas, las cuales por entonces empezaban a dar bastante dinero si uno trabajaba duro. Cuando nací y mi madre murió, a mi padre se le hacía imposible cuidarme y cortar tejas y estar yendo y viniendo del mercado. Buena parte de las veces me dejaba ahí berreando, qué remedio le quedaba. Seguro que algunas noches rezaba para que los comanches me oyeran y se me llevaran.

## *QUIÉN ES MI HERMANA*

Mi hermana se llama Samantha Shreve. Usted me ha pedido que sea sincero, así que le diré que es mi hermanastra, pues su madre era negra y la mía era blanca. A veces yo la llamo Sam; creo que ella lo prefiere aunque no tengo motivos para saber si es así, pues nunca me ha dicho tal cosa. Tiene quince años, y la cara marcada por la pantera que mató a su madre cuando ella tenía seis años. Es muy canija y no vale nada.

Su madre se llamaba Juda. Mi padre conoció a Juda en el camino que llevaba a San Antonio. Yo tenía un año por entonces, y me llevaban amarrado al asiento del carruaje para evitar que me cayese de él. El carruaje tuvo un problema en el Paso Deslizante con una rueda que se soltó y los maderos de la parte superior resbalaron hacia la posterior como acostumbran a hacer en esa pendiente tan pronunciada. Mi padre tuvo que bajarme y atarme a un árbol para que no me pusiera a gatear por ahí. Estaba recogiendo los maderos desparramados, y casi había tocado fondo en cuestión de alegrías, cuando pasó por su lado un carruaje conducido por un hombre que llevaba al lado a una mujer que parecía enferma y detrás a una negra.

El hombre exclamó: Necesita que lo ayude con esos maderos.

Mi padre, que, me temo, no era un hombre demasiado orgulloso, dijo: Necesito que me ayuden con mi vida en general. Y dicho aquello comenzó a llorar como un bebé, o eso me decía cada vez que me contaba la historia. No era un blandengue ni un pesimista, pero se vino abajo y soltó lo que tenía dentro. Nunca lo he menospreciado por la reacción que tuvo entonces. Llevaba una vida lamentable, el puñado aquel de maderos iba a la suya, el carruaje se le había roto, el caballo de tiro se había dado por vencido, cabía la posibilidad de que llegaran los indios, y tenía un niño de corta edad dando la lata atado a un árbol.

El hombre del carro bajó y le echó una mano. En el transcurso de aquello, no sé cómo, ambos llegaron al acuerdo de que el hombre se quedaría con los maderos, que le venían muy bien porque acababa de llegar al lugar y esperaba construirse algo, y a cambio le prestaría a mi padre la negra Juda durante un mes para que le limpiase la casa, le lavase la ropa e hiciese en general el trabajo de una esposa excepto el conyugal: de eso no iba a haber nada de nada.

Mi padre, que era hombre de palabra, no creo que se acercase a Juda

durante ese periodo. Con todo, el amor estaba en el aire por la parte de mi padre, a mi entender. Lo que no tengo tan claro es lo que Juda pensaba de él. Debía de gustarle lo suficiente, pues una vez vencido el plazo no regresó con sus propietarios, y fueron haciendo otros acuerdos y por fin pasado un tiempo mi padre y ella estuvieron juntos para siempre. Quiere usted que sea sincero. No sé si hubo boda. A mí me da que ni la hubo. Pero se presentó Samantha.

El único problema es que Juda era un bicho. Solía zurrarme casi hasta morir. Yo creo que me odiaba, pero no estoy seguro. No paraba de trabajar, y era muy resuelta, y llevaba la casa en perfecto orden, pero podía dejar inconsciente a latigazos a un niño si este se portaba mal. Habida cuenta de que yo era el único así en la vecindad, me llevaba más palos de los que me correspondían.

Apenas tenía dos años en la época en que nació Samantha, pero cuando ya empecé a darme cuenta de lo que era la vida, y aprendí a levantar la voz y a comprender lo que ocurría a mi alrededor, recuerdo que le daba con los puños a Juda cuando le hablaba mal al bebé. Teníamos nuestras broncas, y yo no hacía nada de lo que me ordenaba.

Recuerdo en particular, aunque no con todo detalle, cierto día en que hacía muchísimo calor y me tuvo dentro de la casa, todo ahogado, ocupándome del fuego de la cocina, que en mi opinión era cosa de mujeres, mientras que yo prefería ir a ayudar a mi padre. Tendría unos cinco años y ya había crecido lo bastante como para echarle una mano.

Remueve la olla, me dijo.

Ella estaba colgando pañales en la chimenea, y todo el lugar olía que apestaba, a pañales y a sudor, y hacía un calor de mil demonios, y dije: No, no voy a remover nada; me voy fuera.

Que la remuevas, me dijo.

Dije: Que no. Tú no eres mi jefe. Mi papá es mi jefe y no tú.

Se le puso roja la cabeza y la cara de pura rabia. Era una mujer muy testaruda. Tenía un mentón feroz, y una piel que para un negro se diría pálida, y el pelo cortado a ras de cráneo. Siguió ordenándome que removiese la olla y yo seguí sin hacerlo, y la discusión empezó a calentarse, y pensé en correr a la puerta, pero ella me agarró por el pelo y me arrastró adentro y dijo: Te voy a arrancar el pelo a tirones.

Su manera de agarrarme, por lo que recuerdo, me dolió bastante. No me

soltaba. Yo chillaba como una alimaña, y Samantha aullaba en su cuna, armando todavía más jaleo. Cuando por fin me libré de Juda, estaba hartísimo. Cogí las pinzas del fuego y las agité de un lado a otro y proclamé con un gemido agudo: ¡Te voy a dejar mi marca; vaya si lo haré! ¡No me gustas y te voy a dejar marcada!

Juda dejó de gritar, dejó incluso de moverse, y la expresión de sus ojos era casi asesina, y dijo con una voz lenta, como si le estuviera hablando a un retrasado: Te crees que nunca me las he visto con unas pinzas al rojo vivo.

Entonces fue desabotonándose y dejó caer el vestido al suelo, y se quedó allí plantada ante mí completamente en cueros, y vi una ristra de franjas por todo su cuerpo, más oscuras que su propia piel.

Me quedé con la boca abierta. Por Dios todopoderoso, Juda, ¿quién te hizo eso?, le pregunté.

Su nombre es lo de menos, dijo. Pero te diré una cosa. Unas pinzas no van a servirte de nada. Vas a remover la olla, ¿me oyes?

Después de aquello sí pensé en removerla, pero tenía los ojos clavados en ella, y mi padre llegó y la vio desnuda de arriba abajo, y pareció consternado al encontrarse ante aquella visión horrible, y no poco compungido. Entonces dijo: Juda, el chico no necesita ver eso.

Y ella dijo: Sí, bien sabe Dios que sí.

Después se puso la ropa y yo removí la olla.

Aquello fue todo cuanto conocí de Juda, aparte de su brutalidad.

El hecho de que se comportara con aquella dureza conmigo y con Samantha hace que resulte todavía más curiosa la manera en que perdió la vida, de esa forma tan sangrienta, defendiendo a Samantha, el día en que apareció una pantera.

Querido juez:

Para hablarle de Clarence Hanlin tengo que contarle lo de la pantera. No puede hablarse del uno sin hablar de la otra. De modo que este nuevo informe que me dispongo a enviarle va al meollo de la cuestión aunque usted no lo crea. Aún tengo que llegar a lo que tengo que decir acerca de Clarence Hanlin, pero haré otro informe después de este. Me lleva tiempo escribirlos, porque trabajo en el campamento de las tejas que queda ahí abajo cuando no está diluviando. Estos informes los tengo que escribir principalmente por la noche o muy temprano. Además, hago muebles siempre que tengo un rato.

Además, la pluma no es fácil de manejar.

Aquí están los hechos de lo que la pantera le hizo a Juda una mañana azul y fría antes de que saliese el sol.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

Tenía yo ocho años cuando sucedió. La noche anterior mi padre vino a casa acompañado de un hombre que había conocido en el campamento de las tejas, siguiendo hacia abajo la corriente del río. Aquel hombre iba a quedarse a pasar la noche con nosotros, pues aún no tenía casa propia y fuera hacía muchísimo frío. Se llamaba Luke. Llevaba consigo una piel de búfalo para dormir encima. A Juda no le gustó nada que la piel estuviese en una condición tan lamentable. Le gustaba que las cosas estuvieran extremadamente ordenadas y limpias. Uno no podía ni traer de la calle una brizna de hierba sin que ella tuviera algo que decir al respecto. En lo tocante a aquello no andaba bien de la cabeza.

El hombre tenía una manera rara de sacudir la cabeza y tenía caspa en el

pelo. Juda le cantó las cuarenta a mi padre por traerlo a casa, pues ella no lo quería allí. Sin embargo, al final le permitió entrar con la piel de búfalo, comer pan de maíz y dormir en el suelo. No le dio nada de carne.

Ni había matado al animal ni lo había despellejado, dijo, y no se lo iba a comer.

Le daré un poco de la mía, dijo mi padre.

Pero ella dijo: No, no vas a darle nada.

Juda no nos perdía de vista mientras comíamos. Tenía el ojo puesto en mi padre para asegurarse de que no le daba carne. Era un comportamiento de lo más antipático, pues por entonces no nos faltaba de nada.

En aquella época Samantha y yo dormíamos en la misma cama, mientras que Juda y mi padre dormían en la otra. El hombre extendió la piel ante el fuego y comenzó a roncar. Me costaba conciliar el sueño, pues podía sentir lo cabreada que estaba Juda por tener a ese hombre allí, y lo mucho que mi padre lo lamentaba, también lo poco que al forastero le importaba todo aquello. No creo que le importase la carne; solo buscaba el calor del fuego, y de eso había a montones.

Poco antes de que saliese el sol vi a Juda levantarse de la cama. Llevaba puesto su vestido, en vez del camión, por culpa de tener a aquel forastero en casa. Removió el carbón y logró que saliese una llama. Después se arrodilló junto al hombre y se puso a examinarle la cabeza. No la tocó; solo se limitó a acercarse mucho. Yo sabía lo que estaba haciendo. Tenía aversión a los piojos y siempre estaba al acecho para cazarlos. Como el pelo del hombre olía mal y supuse que a Juda le despertaba sospechas.

En un instante se incorporó y le propinó al hombre una patada en el costado. Lárgate, le dijo. Vamos, vete.

El hombre se levantó de un salto y dejó escapar un chillido.

Mi padre se despertó con el ruido. El hombre lo miraba, a mi entender porque no creía que mi padre fuera a permitir que una negra se comportase así.

¿Qué has hecho?, le preguntó mi padre a Juda.

Quiero que se largue, dijo. Quiero que se largue pero ya.

Como si aquello fuera algo en lo que mi padre no hubiera reparado.

Sácalo tú de aquí, dijo Juda. Dijo que las sacudidas que sufría no eran naturales, sino a consecuencia del picor.

Mi padre intentó que Juda cerrase el pico pero ella no callaba.

El hombre dijo: No me voy a ninguna parte. No sé cómo llegar al camino.

Está por allá, le dijo Juda. Ya lo encontrarás. Solo un necio es incapaz de encontrar un camino.

Mi padre dijo: No es un necio. Afuera está oscuro.

Discutieron a causa de aquello.

Tras un buen rato así, mi padre levantó la voz y dijo: Maldita sea, me voy con él. Aunque no haya luz, habrá que irse. Aunque caiga fuego del cielo, habrá que irse.

Mi padre no acostumbraba a maldecir de aquella manera.

Mi padre y el forastero salieron al cobertizo, ensillaron los caballos y se marcharon.

Aquello ni de lejos dejó satisfecha a Juda. Se le había metido en la cabeza que ahora todos tendríamos piojos por haber tenido a aquel individuo entre nosotros y porque los piojos se esconden muy bien. Para ella era una idea insoportable, pues odiaba aquellos bichos, y en general cualquier bicho que no tuviera su aprobación. Se puso a barrer el suelo toda enrabiada, sacó su peine de púas, echó queroseno en un cuenco y se lo pasó por todo el pelo.

Me dijo que me quitase la camisa y me sentase a la mesa. Ya sabía cómo iba aquello, pues lo habíamos hecho otras veces. No le veía sentido a pelearme con ella. Hubiera preferido marcharme al galope con mi padre y el forastero, pero al contrario que ellos yo no tenía caballo. Juda echó a borbotones el queroseno sobre mi pelo y me peinó con saña. Me figuré que tendría que salir y meter la cabeza en el arroyo, y no era una idea muy agradable teniendo en cuenta el frío que hacía fuera. Me limité a decir: Que no tengo bichos. Juda continuó restregando mi cabeza y echándome queroseno por todo el pelo. El cráneo me ardía muchísimo.

Vi que Samantha ya estaba despierta y que vigilaba atentamente lo que hacíamos. Así que para fingir que no nos había visto, no se incorporó ni abrió del todo los ojos. Supe que nos lo iba a poner difícil. Odiaba que le pasasen un peine por el pelo, que era complicado de domar, pues era pelo de negro y tenía para dar y tomar.

Sin previo aviso, saltó como un rayo de la cama y corrió a la oscuridad. De un momento a otro pasó de estar en la cama a cruzar la puerta, dejándola abierta. Era una noche fría y el cielo estaba oscuro, salvo por una palada de

luna que permitía ver algo. Por la puerta vi a Samantha correr a toda prisa hacia el arroyo. No sé dónde imaginaba que llegaría, pero se me ocurría cierta idea al respecto. Una vieja y enorme puerca deambulaba por el lecho del arroyo con sus cerdos, todos ellos con las orejas marcadas, y Samantha adoraba a aquella puerca. El animal le había cogido manía a Juda, que acostumbraba a sacarla a palos de la casa en aquellas ocasiones en que osaba entrar allí, pero Samantha siempre la había tratado bien y las dos se tenían cariño. Cabía la posibilidad de que se dirigiera al arroyo para esconderse con la puerca. Siempre me ha parecido inadecuado preguntarle si era eso lo que pretendió, pues creo que la pregunta le molestaría mucho, teniendo en cuenta lo que ocurrió por haberse marchado de la manera en que lo hizo.

Corría vestida con su camión blanco y haciendo aletear los brazos sobre los costados. En aquel entonces tenía seis años, y, al ser tan enclenque para la edad que tenía, corría todo lo aprisa que podía hacia el arroyo y los árboles. De buena gana me hubiera reído al verla de no ser porque Juda me habría molido a palos por hacerlo. Corre, dije para mí. Escóndete donde Juda no pueda encontrarte.

Y entonces vi una criatura agazapada que se desplazaba tan rápido que ni pude adivinar lo que era. Avanzaba directamente hacia Samantha, desde un apartado lugar a la derecha donde teníamos ocho cabras en un corral. Apareció en mi campo de visión en un destello de color amarillo pardo, con una larga cola, cruzando el yermo de nuestras tierras, justo bajo la palada de luna. No me dio tiempo a pensar qué podía ser hasta que la vi sobre Samantha. Era más grande incluso de lo que con palabras puede expresarse. La cubrió de arriba abajo. En un momento la silueta de Samantha estaba allí, en la oscuridad, y al siguiente había desaparecido sin dejar rastro. Lo único que alcancé a ver fue la forma alargada de la bestia, que parecía haberse tragado a Samantha. No hacía el menor ruido, como tampoco Samantha lo hacía. En medio de aquella quietud me vino a la cabeza el tipo de animal que era aquel, aunque no es que estuviera pensando precisamente en cómo llamarlo.

Me puse en pie a toda prisa y enseguida salí por la puerta. No recuerdo qué pensaba hacer, pero la pregunta acerca de qué hacer me sobrevino al acercarme allí. Me gustaría decirle que salté sobre el felino y que impedí que atacara a Samantha, pero no fui yo quien lo hizo, sino Juda. Corrió más rápido que yo y me adelantó.

Lo que sucedió después fue espantoso. Juda se arrojó cuan larga era sobre el felino, como si fuera una alfombra que le hubieran echado encima al animal. Era bastante corpulenta, pero el felino era más grande aún. El animal aulló y rugió. Juda se le pegó encima y le ensartó una hachuela que había cogido al salir por la puerta. Era un hacha para matar gallinas. Juda gritó como no imaginaba yo que pudiera hacerlo, mientras hundía la hachuela en la pantera. Pero no era tarea fácil seguir agarrada a ella. Juda le rodeó la garganta con los brazos y trató de separarla de Samantha a la fuerza. Pensé que si no la mataba a hachazos iba a tener que estrangular a aquella bestia. Producía un ruido feroz, y la lucha que se libró entre ambas provocó tal frenesí de torsiones y giros que yo ya ni distinguía a Juda del animal. No tenía claro que Samantha siguiera allí, pues estaba tendida en el suelo y yo no la veía. Tras un rato devanándose en aquella terrible pugna, Juda consiguió que el felino se diera la vuelta y quedara bocarriba y Samantha se levantó y corrió hasta un árbol cercano.

Tengo entendido que cuando un felino pone los ojos en una presa ya no piensa en otra cosa; solo quiere matar aquello que desea con todas sus fuerzas. En este caso se trataba de Samantha. Juda se agarró al cuello del animal y poco menos que montó sobre su espalda, pero el felino continuó persiguiendo a Samantha. El árbol al que Samantha se subió era una vieja pacana. La pantera trepó hasta la mitad de la misma en su afán por cazar a Samantha, mientras Juda lanzaba tajos y tiraba de los cuartos traseros de la bestia y daba hachazos a sus garras. Juda gritaba como una posesa. Corrí a la casa para coger el rifle de mi padre. No es que pueda realmente decir que tuviera la intención de hacerme con el rifle, pues es más probable que tuviera miedo y buscara refugiarme. Pero en cuanto llegué a casa me acordé del rifle. Era una vieja escopeta con llave de percusión y culata pequeña, y me llevó un minuto cargarla y salir otra vez por la puerta.

Cuando salí vi que la pantera había dejado de encaramarse al árbol y que estaba en el suelo encima de Juda. Juda estaba tendida sobre su espalda, y la pantera le tenía hundidos los dientes en el cuello. Sus colmillos apretaban con ganas. Era horrible ver aquello, pues era como ver la muerte cerniéndose sobre ella. Casi no tenía fuerzas para sujetar la hachuela, pero seguía intentando acertarle a la pantera con ella. Aunque un hacha de matar gallinas no servía de nada contra una bestia como aquella, que la tenía inmovilizada en

el suelo.

Disparé, pero no alcancé a la pantera. Ni siquiera hizo ademán de volverse para buscar el origen del sonido. Juda hizo unos ruidos aterradores y entonces dejó de moverse. La pantera se alejó de ella y clavó las garras en el tronco del árbol y se abalanzó otra vez hacia Samantha. Esta me chilló: ¡Dispárale, dispárale! Pero no pude hacerlo porque ya había gastado la bala. De modo que avancé y le asesté un porrazo al felino con la culata del rifle, y con un ruido sordo lo alcancé de lleno en la espalda cuando trataba de subir al árbol. Lo azucé con el cañón. La pantera lanzó un silbido y rugió y trató de darme un zarpazo, pero siguió intentando alcanzar a Samantha. Tenía el pelaje erizado. Vi a Juda a mis pies, con el vestido hecho jirones, la piel desgarrada, el cuello todo destrozado, un ojo colgándole de la órbita. Tuve que andar con cuidado por miedo a pisarle el cuerpo. Juda le había causado bastante daño al felino. Le faltaban dos dedos de la pata trasera derecha, cortados limpiamente. Embestí con el rifle, y Samantha le pinchó con un palo hasta que por fin la pantera se bajó del árbol, momento en que pensé que todavía podíamos ganar la batalla.

La pantera, sin embargo, no huyó. Una vez en el suelo se volvió y clavó directamente en mí el brillo de sus ojos amarillos. Su olor se mezclaba con el del queroseno que empapaba mi pelo. La cara entera de la pantera se estiró en un gruñido y le vi los colmillos. Sus bigotes eran muy largos y estaban tiesos, y tenía las orejas pegadas a la cabeza. Su cabeza parecía el doble que la mía, si es que no era más grande aún.

Pensé que todo había acabado para mí, pero prestó nuevamente atención a Juda. La olisqueó y ensartó los colmillos en su cuello y procedió a llevársela a rastras. Siendo Juda lo corpulenta que era, le costó lo suyo arrastrarla. Me aterraba que se pudiera dar la vuelta y abalanzarse sobre mí, así que preferí dejar que se la llevase. Samantha seguía gritándome para que disparase a la fiera. Lo único que tenía puesto eran mis calzones, pues me había quitado la camisa dentro de casa para que Juda pudiera quitarme los piojos. Allí plantado, medio desnudo, armado con un rifle descargado, me faltaba valor para empezar a dar porrazos al felino solo por hacerme con el cuerpo de Juda. Me figuré que, como Juda había muerto y yo aún no, debía pensar en mí mismo. No es que me entretuviera en reflexionar sobre el asunto, sino que se trataba más bien de lo que pensaba en mi fuero interno.

Samantha, en cambio, no lo veía como yo. Se puso a chillarnos tanto a la pantera como a mí. Agarró unas nueces del árbol y se las tiró al felino, que seguía pugnando por llevarse a Juda a rastras. Arrancó unas ramitas y se las lanzó entre más chillidos. Tenía toda la cabeza cubierta de sangre de haber sido mordida por la pantera la primera vez que saltó sobre ella. La sangre le resbalaba por la cara y le caía en manchurrónes sobre el camisón. Aún estaba por llegar la luz de la mañana, pero vi el resplandor de toda aquella sangre en ese azulear que precede al alba.

Samantha le gritó a la pantera: ¡Suelta a mi mamá!

Las nueces asustaban al felino y le molestaban mientras tiraba de Juda. Era muy corpulenta, como he dicho. La iba arrastrando a tirones.

Le rogué a Samantha que dejase de provocar a la fiera, pues pensaba que se volvería en redondo y vendría a por mí.

¡Eres un cobarde si no le disparas!, me gritó.

No puedo dispararle, le dije. ¡He usado la bala! ¡Ya he disparado y he fallado! ¿Qué quieres que haga?

¡Persíguela! ¡Dale un porrazo!, gritaba.

No quería seguir provocando al animal. Cállate, le ordené. ¡Vendrá a por nosotros!

Pero qué iba a decirle a mi padre si me quedaba ahí plantado observando cómo la pantera arrastraba a Juda hacia la espesura. No podía ser tan cobarde.

De espaldas, retrocedí hacia la casa con un ojo puesto en Samantha, que, subida al árbol, miraba cómo la pantera se llevaba a Juda. Estaba descalzo, así que era cuestión de ir caminando pasito a pasito a lo largo de todo el terreno. Cada uno de los tres, la pantera, Samantha y yo, clavaba los ojos en los otros.

Samantha me gritó: ¿Adónde vas? ¡No me dejes tirada aquí arriba!

Voy a volver a cargar el arma, le dije.

Entré de espaldas en la casa. Se hacía difícil quedarse allí en vez de atrancar la puerta, cosa que hubiera preferido hacer. Metí otra bala en el rifle, salí y me dispuse a disparar el mejor tiro posible a la pantera teniendo en cuenta la escasa luz que había. Tirando de Juda, el animal casi había alcanzado la línea de matorrales que descendía cuesta abajo hasta el arroyo. Era espantosa la forma en que la agarraba. Para ella era un montón de cena, en la que no quedaba nada de Juda. No pude evitar pensar en las cosas que

conocía de ella. Las manías tan particulares que tenía. Y ahora sus piernas se arrastraban por el barro. Samantha la llamaba una y otra vez pero no consiguió que se levantase.

Cuando vi que tenía a tiro a la pantera, disparé y fallé, o quizá la rocé. Se perdió en la maleza, pero no pensé que se hubiera marchado. Cargué otra bala.

Baja de ahí, le dije a Samantha. Dispararé si viene a por ti.

¡Fallarás!, me gritó. ¡Ya has fallado dos veces!

¡No, le daré!, le grité.

Eres un mentiroso, me dijo.

¿Te crees que una pantera no puede escalar?, le pregunté.

¡No voy a dejar este árbol!, siguió aullando. ¡Disparas de pena!

No era fácil escuchar aquello, pues había más verdad en eso de lo que me hubiera gustado admitir. Así que ahí estábamos los tres. Por momentos veía los terribles ojos de la pantera observándonos desde la maleza, junto al cuerpo de Juda. Veía el amarillo pardo de su pelaje cuando se movía de un lado a otro. Estoy seguro de que quería salir sigilosamente y arrastrar a Juda lejos de nuestro alcance, pero no iba a hacerlo, pues yo le había demostrado que lucharíamos.

La mañana comenzaba a asomar. La luz emergía por detrás de la pacana a cuyas desnudas ramas Samantha se aferraba con toda la fuerza de sus esqueléticos brazos. Estábamos en un horrible callejón sin salida. No sé durante cuánto tiempo se prolongó aquello. Ya había plena luz cuando la vieja puerca vino del arroyo para poner fin a la situación de un modo que yo no había esperado. El animal llegó con su paso desgachado, descubrió por el olor el cuerpo de Juda y se puso a olfatearlo. Lamento decirlo, pero creo que pretendía comérselo. Procedió a arrastrarlo de un modo bastante brusco. Supuse que la pantera saltaría sobre ella, pero no apareció. Hacía ya un buen rato que no la veía. Supongo que para entonces se habría marchado a curarse las heridas, pues las tenía a raudales. O a lo mejor solo estaba escondida, aguardando otra oportunidad para hacernos frente. Hubo un momento en que pensé que Juda había resucitado, pues algunas partes de su cuerpo se movían como por voluntad propia. Como si aquella miserable hubiera colmado ya su paciencia y comenzara a recuperarse. Pero el movimiento era a consecuencia de los empujones y los mordiscos que la vieja puerca le propinaba.

Me imagino que Samantha, allá en lo alto del árbol, tenía que estar medio

loca de miedo. Pero, salvo por sus gimoteos, para entonces se había quedado en silencio.

Agárrate bien a las ramas, le grité. No pienses en otra cosa que en agarrarte.

No hacía más que desear que mi padre se diese prisa en volver a casa. Con todo, sabía que era difícil que eso sucediese. No llegaría a casa hasta que oscureciera, puesto que pasaría todo el día en el campamento. De modo que teníamos todo el día por delante. No creí que fuera más noble permitir que la vieja puerca se comiese a Juda que el que lo hiciera la pantera, de modo que al final me atreví a acercarme a espantar a la puerca. Creo que Samantha tenía miedo de lo que me pudiera pasar por hacerlo. No dijo nada, al menos que yo oyese. Era como si se hubiera convertido en una estatua gimoteante en lo alto del árbol. Me figuraba que en cualquier momento el felino se me iba a echar encima saltando por los aires desde los matorrales, si aún seguía allí, pero la presencia de la vieja puerca me daba arrestos. Suponía que daría la cara por mí.

Largo, le dije a la puerca, y le di un porrazo con el arma para apartarla de Juda. No le gustó, pero aun así se hizo a un lado.

Juda estaba tendida bocarriba en el suelo y daba miedo solo mirarla, casi despedazada como estaba. Las garras le habían destrozado el rostro y tenía la garganta hecha papilla. El ojo que había visto colgándole de una de las cuencas ya no estaba allí. No sé si es que se le cayó o si el felino se lo comió. Tampoco podía buscarlo, pues debía andarme con cuidado por si aparecía la pantera.

Traté de coger a Juda en brazos, pero pesaba demasiado. Le di la vuelta y la cogí por debajo de los brazos y tiré de ella, pero la cabeza cayó con un golpe seco, dejando ver toda la garganta abierta, y me vi obligado a soltarla porque tuve que vomitar. Después volví a decidir que llevaría a Juda a casa. Le dije a Samantha que bajase del árbol despacio, cogiese el arma y disparase a la pantera si la veía saltar hacia mí desde los matorrales, pero que pensaba que ya se había ido. Me imaginaba que no se sentiría demasiado bien después de la paliza que Juda y yo le habíamos dado, y también porque le faltaban los dos dedos que Juda le había rebanado.

Por una vez Samantha hizo lo que le ordené. Bajó del árbol, con alguna dificultad a causa de las heridas que tenía. Estaba toda ensangrentada. El

felino había intentado aplastarle el cráneo con las mandíbulas. Eso había hecho que a Samantha le manase una enorme cantidad de sangre. Tenía casi toda la carne de la cara arrancada. Me preocupaba que no acertase a ver al felino si este aparecía, pues buena parte de la sangre la tenía en los ojos. Además, el arma pesaba demasiado para ella, pues era una enclenque y, por otra parte, se encontraba débil por haber permanecido tanto tiempo en el árbol y con aquel frío. Se la veía asustada y miraba por todas partes en busca del felino, pero estaba a lo que tenía que estar.

Procedí a tirar de Juda por los tobillos mientras Samantha seguía mis pasos a mi lado, caminando de espaldas, al igual que yo, para mantener la mira hacia los matorrales. La puerca marchaba con nosotros, pero ella lo hacía de frente. No nos entretuvimos. Juda estaba descalza pero tenía unos pies enormes, de modo que no había peligro de que se me soltasen. Su vestido hecho jirones se le quedaba atrás y se le enredaba al cuello. Era horrible ver cómo rebotaba su cabeza por el suelo, pero qué podía hacer yo. Mantenía la mirada fija en los matorrales.

Dispara si lo ves, le dije a Samantha unas cuantas veces.

¿Qué crees que voy a hacer?, replicó. Apenas podía comprender lo que decía, pues la sangre era tan espesa que para entonces casi le había cerrado la boca.

Metimos a Juda en la casa, y aquello supuso un enorme alivio. La puerca intentó entrar también, pero la espanté a manotazos. El rostro de Samantha tenía un aspecto horrible. Un trozo de carne se le había soltado y le colgaba de una mejilla. Tenía sangre por toda la cabeza. Intenté que me dejase echar un vistazo a las heridas, pero no me permitió tocarlas. No se quedaba quieta ni para que al menos le pudiera echar harina en ellas y detener así la hemorragia, como en una ocasión le había visto hacer a Juda cuando mi padre se cortó mientras desollaba un ciervo. Solo teníamos una bolsa de harina. Intenté vaciársela sobre la cabeza pero Samantha me repelió a golpes y gritaba que había bichos en ella. No vi ningún bicho, pero reconozco que era harina pasada, pues Juda había estado almacenándola tanto tiempo como yo recordaba haberla visto por casa. Le eché un puñado encima a Samantha con la esperanza de que se le quedase pegada. Ella corrió de un lado a otro para huir de mí pero no tenía ningún sitio donde ir. Parecía casi blanca. Entonces se envolvió la cabeza con un trapo y casi lo único que le veía eran los ojos.

Nos quedamos todo el día allí. Nos daba miedo salir de casa. Le dije a Samantha que podía acercarme a Camp Verde y volver con ayuda. Pero ella no quería quedarse allí sola. Me alegró saberlo, pues tampoco yo estaba seguro de tener el valor de salir fuera. De hecho, lo dudaba profundamente. Estaba impaciente por que mi padre llegase a casa y a la vez temía la hora en que lo hiciese. Intentamos limpiar a Juda para que aquel espantoso aspecto que tenía no le supusiera una impresión tan tremenda a mi padre. Pero solo teníamos una jarra de agua, y yo no quería abandonar la casa y bajar al arroyo a por más. Así que no obtuvimos tan buen resultado en nuestros intentos de dejar presentable a Juda. El ojo era lo peor de todo, pues había desaparecido. Arranqué de uno de sus vestidos algunos jirones y le hice una venda para los ojos, y luego, del mismo modo, le envolví el cuello y las manos y las piernas y los brazos y otras partes que habían sufrido desgarros. Hecho lo cual, poco de ella quedó a la vista.

Teníamos la puerta cerrada y el pasador echado y la ventana con los postigos cerrados. El olor de la sangre mezclada con el queroseno me estaba poniendo enfermo. Me mantenía lejos del fuego por temor a que se me prendiese la cabeza. Arrastré la cama y la coloqué contra la puerta por si la pantera tenía la intención de cruzarla para conseguir su cena. No sabía dónde poner a Juda. No parecía apropiado dejarla ahí tirada, pero tampoco me parecía correcto tenderla en su cama, por la manía que siempre había tenido ella de que la cama estuviese limpia y bien hecha. Obviamente ya no podía decir mucho al respecto. Pero aun así no me parecía adecuado. Y no la quería meter en nuestra cama. Tampoco aquello me parecía apropiado. La colocamos detrás del baúl del rincón, con la esperanza de que eso nos diera suficiente margen para explicarle a mi padre lo que había ocurrido antes de que él la viera.

Teníamos frío y nos estábamos quedando sin madera. Me comí lo que había sobrado de la noche anterior, pero a Samantha le fue imposible, a causa de su cara. Entraba frío y Samantha comenzó a temblar. Le castañeteaban los dientes. Era horrible mirarla, pues estaba casi toda cubierta de harina, y el trapo que le rodeaba la cabeza y la cara se había empapado con la sangre que seguía manando: no había un solo trocito del trapo que no estuviera manchado. Su cabeza parecía muy pequeña, pues estaba acostumbrado a ver su cabello todo tieso hacia fuera y ahora lo tenía aplastado debajo del trapo. Tenía

desgarros en el cuello pero no eran tan profundos como los de la cara. Supongo que tuvo suerte, pues podía haber muerto. Samantha seguía mirando por las rendijas para ver si el felino andaba por ahí. Iba de una rendija a otra y luego volvía a empezar. Le dije que parase, pero no me hizo caso. Le dije que se sentase, pero tampoco me hizo caso. Se pasó el día yendo de rendija en rendija. Sus pies dejaban huellas sobre la harina que había por toda la casa. No me permitía que le mirase debajo del trapo, o que le vendase con uno limpio, o estar siquiera cerca de ella.

Aquí concluye lo que hizo la pantera.

Querido juez:

He utilizado las páginas que el señor Wronski me dio aquel día en su casa y aún no estoy ni cerca del meollo del asunto. El informe que aquí le envío ocupa seis páginas y eso escribiendo en letra pequeña. El señor Hildebrand me ha dado más hojas en la estafeta de correos porque es así de generoso y porque quiere que se haga justicia. Es un caballero muy considerado y hablador, para ser alemán. No había hablado antes con él en todas las ocasiones en que pude haberlo hecho, pues hasta ahora no he tenido motivos para enviar cartas.

La señora Hildebrand se encarga de la tienda mientras que el señor Hildebrand se encarga de la estafeta de correos que hay dentro. Cuando estuve allí la señora me dio un pastelito llamado *strudel*. Nunca había comido uno. Para mí es lo mejor que he comido nunca.

Lamento que me haya llevado cerca de una semana escribir estas páginas, pero he estado ocupado haciendo un ataúd para una mujer de Comfort que falleció. Las sillas son mi especialidad, pero lo que la gente pide más a menudo son ataúdes.

También se escapó una cabra y Samantha y yo nos pasamos todo el día de ayer buscándola. Pensamos que se la habían llevado los kikapús, pues el vecino que tenemos bajando el camino nos dijo que andaban por aquí. También pensamos que igual se la había llevado él. Se lo conoce por hacer esas cosas. Pero lo acusamos sin razón, pues la encontramos vivita y coleando.

Hay más por escribir después de esto.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

**MI TESTIMONIO**

Mi padre llegó a casa muy entrada la tarde y nos encontró como le he dicho. Juda estaba hecha un guiñapo detrás del baúl del rincón, envuelta en varios trapos y ya difunta. Samantha corría de un lado a otro por la casa. Olía mal, como a sangre cruda. Sus dientes chocaban entre sí. Tenía harina por todas partes y la había también por toda la casa.

Mi padre se sobresaltó ante aquellas terribles visiones, impactado hasta el tuétano y con el estómago revuelto. Me llevó un rato contarle lo que había ocurrido. Tomó a Samantha en brazos y trató de verle la cara, pero la tenía envuelta en el trapo y ella no permitió que se lo quitara. Mi padre se dejó caer sobre sus propias rodillas y retiró apresuradamente la venda que cubría los ojos de Juda como si creyera que debajo de aquello ella todavía pudiera seguir con vida, pese a que Samantha y yo habíamos intentado explicarle que había muerto. Cuando vio su cara y que le faltaba un ojo mi padre perdió durante un minuto la razón y pensé que se iba a ahogar, pues en un buen rato no fue capaz de respirar bien. Como el otro ojo aún tenía párpado, mi padre lo cerró. Imagino que en su cabeza estaba intentando aclararse pero había demasiado que asimilar. Quizá recordó la noche anterior y consideró que los responsables de aquel asunto fueron el invitado y los piojos. Pero de veras que no soy capaz de aventurar mucho de lo que debía de estar pensando, o si le echaba la culpa, o no, a alguien, y a santo de qué, pues ni lo hablamos entonces ni lo hicimos después. Quizá se figuraba, al igual que yo, que el mal humor de Juda había acabado con ella.

Me dijo: Benjamin, tenemos que coger agua y limpiarla.

Le dije: No voy a salir ahí fuera, ni siquiera contigo.

Dijo: Necesito tu ayuda, hijo.

Samantha comenzó a gimotear. Creo que empezaba a dar rienda suelta a sus emociones. Mi padre y yo salimos y tomamos una percha y un cubo cada uno y nos encaminamos hacia el arroyo. Yo intentaba mostrar la entereza que se espera de uno cuando más falta hace. Nuestro propósito era coger agua y regresar a casa y hacer lo que fuera preciso para poner las cosas en orden, aunque yo ya sabía a ciencia cierta que no íbamos a poder ordenar nada. Había tenido la esperanza de que mi padre arreglara aquello no sé cómo cuando llegara a casa, pero no fue así. ¿De qué iba a servir el agua? Podría hacer desaparecer la sangre pero no las cosas que habían sucedido. Sé que

dicen que se puede hacer desaparecer los pecados, pero yo creo que también estos son un hecho consumado.

Todavía quedaba algo de luz, y eso suponía un gran alivio. Aun así, me era imposible dejar de mirar hacia todas partes por temor a que la pantera pudiera saltar sobre mí desde los árboles o llegar volando desde los matorrales. No me sentía a salvo de la pantera por más que esta no estuviera a la vista.

Mi padre empezó a sollozar mientras caminábamos, así que me esforcé por levantarle el ánimo. Juda le dio sus buenos hachazos, le dije.

Era una buena mujer, muy noble y valiente, dijo.

En parte aquello era nuevo para mí, pues nunca me había preocupado gran cosa por ella. Aunque tampoco era el momento de decirlo.

Cuando regresamos a casa con el agua mi padre retiró el trapo que cubría la cabeza y la cara de Samantha, cosa que no resultó fácil, pues la sangre estaba seca y el trapo se le había quedado pegado. Samantha berreó lo suyo. Mi padre examinó el terrible estado de su cara y empezó a jadear y temí que se le revolciera el estómago de nuevo. Temí que a mí también. Samantha se encontraba en un estado lamentable. Mi padre dijo que había hecho lo correcto al usar harina. Le pregunté qué debíamos hacer y él me contestó que debíamos llevarla a Camp Verde para buscar ayuda.

¿Cómo vamos a hacerlo?, pregunté. Solo tenemos la yegua, y no pienso quedarme aquí solo.

No tienes elección, respondió. No debes tener miedo de nada estando en casa.

Tenía miedo del cadáver de Juda, sin ir más lejos. Tenía miedo de su espíritu. Tenía miedo de cualquier ruido que pudiera parecer la pantera. Aunque fuera el crujido de unas ramitas. Tenía miedo de mis propios pensamientos. No había nada de lo que no fuera a tener miedo precisamente cuando empezaba a caer la noche.

Mi padre dijo que Samantha necesitaba láudano de manera urgente.

Pero ¿no puede llevarnos a todos la yegua?, pregunté.

Sabes que no, hijo, respondió.

Me suplicó que fuera valiente y a mí me irritó que lo hiciera, pues yo ya había demostrado que lo podía ser y, por tanto, me había ganado el derecho a no serlo, dadas las circunstancias. Con tan solo ocho años, había luchado contra una pantera y había mantenido el temple hasta el último instante. Así

pues, tenía buena prueba de mi propia valentía.

Y, con todo, no era el momento de discutir con él. Traté de sacar fuerzas de flaqueza y prepararme para una larga noche en compañía del cuerpo de la mujer que tanto me había odiado mientras le cupo contarse entre los vivos, y a saber ahora lo que pensaría de mí.

Mi padre y yo cogimos entonces algo de madera y avivamos el fuego. Llevamos a Juda a la cama que había sido de él y de ella y la metimos allí. Juda se había ensuciado cuando la llevé yo a rastras, y estaba cubierta de harina al igual que toda la casa. A mi padre le daba igual que ella hubiera preferido mantener la cama limpia y bien hecha. Dijo: Eso ya es lo de menos. La cubrió, y a mí me alivió que lo hiciera. Ya era bastante tenerla allí como para que encima tuviera que verla. O eso fue lo que pensé entonces. No tuvo que pasar mucho tiempo para que pensara de manera distinta acerca de aquello, dado que en cierto modo es mejor mirar cara a cara las cosas que más cuesta ver que saber que las tienes delante pero ignorar cuál puede ser su verdadero aspecto, que es lo que nadie sabe nunca acerca de aquellos que han muerto.

Mi padre salió, ensilló la yegua en el cobertizo, cabalgó hasta la puerta, entró, cogió a Samantha en brazos, y la llevó afuera y ambos se marcharon, aunque no muy deprisa, pues a Samantha le dolía tanto que no dejaba de quejarse.

Y entonces dio comienzo mi larga vigilia observando la forma que había bajo la manta. Era una colorida manta hecha de retales cuadrados cosidos entre sí. No tenía agujeros. Y aun así era como si mis ojos estuvieran viendo a través de ella lo que se ocultaba debajo, es decir, Juda. Sabía en qué partes de su cuerpo se encontraban los cortes y las heridas. Sabía que le faltaba un ojo. Sabía todos los demás detalles, y, pese a todo, me asaltaban las dudas. Pensaba que su aspecto tendría que haber cambiado bajo la manta, pues el proceso de convertirse en espíritu debía de conllevar algún reajuste. Juda bien podía ser un soplo de aire allí debajo, o haberse vuelto blanca. Podía estar creciéndole el ojo otra vez, lo que le permitiría ver a través de la ropa de cama y mirarme a mí. O quizá las partes que había perdido pugnaban por entrar en la casa y reunirse con el resto. Recordaba que aquella misma mañana Juda casi me había arrancado la cabeza a fuerza de tirones cuando me pasó el peine de púas por el pelo. Y ahora ¿qué iba ella a mangonear? Nada que yo

supiera. Juda no era sino un bulto completamente inmóvil bajo la manta, pero créame si le digo que, por momentos, la luz del fuego me hacía creer lo contrario. No dejaba de pensar que se levantaría de la cama y volvería a echarme la mano encima. Costaba creer que esos días en que me trataba a empujones habían tocado a su fin. No añadí carbón al fuego, sino que lo dejé donde estaba almacenado. Quemé la mayor parte de la leña y casi la totalidad de nuestro alijo de mazorcas. Mantuve caliente la casa, y fui de un lado a otro, y entonces me metí por fin en la cama y me cubrí con la manta hasta la cabeza. Pero Juda tenía más poder que nunca sobre mí. El miedo me calaba hasta los huesos. Decir que la noche fue larga no llega a dar ni una mínima idea del asunto.

Cuando empezó a clarear, mi padre y Samantha llegaron a casa montados en la yegua. Samantha tenía toda la cara vendada y estaba tan mustia como un lirio, sentada en la silla delante de mi padre. Él la sujetaba. Tenía la cara azul, y se le veía realmente exhausto. Hacía frío afuera.

Ayúdame a bajarla, me dijo.

Qué le han hecho, le pregunté.

La han cosido, respondió.

¿Muy horrible?, pregunté.

Sí, dijo.

No quería hablar de ello.

Tenían láudano, pregunté.

Le han dado un montón, contestó.

Yo me llevé a la yegua. Mi padre se encargó de Samantha y la metió en la cama. Dos soldados llegaron de Camp Verde a caballo a mediodía para ayudarnos a mi padre y a mí a enterrar a Juda en una tumba junto a la de mi madre, no demasiado cerca del arroyo. Eran soldados de los Estados Unidos, tal y como habían sido antes de que los *sesesh* se hicieran con el poder. Se encontraban destacados en Camp Verde para vigilar la llegada de los indios. Después enganchamos a la yegua y pasamos el carromato sobre la tumba unas cuantas veces para allanarla, y luego colocamos un montoncito de piedras encima para evitar que los lobos y los coyotes la desenterraran. Los soldados se portaron muy bien. Con todo, mi padre no quería hablar mucho, dadas las circunstancias, y se fueron por donde habían venido.

Fuimos superando la muerte de Juda y seguimos adelante con nuestra vida.

A Samantha se le curó la cara, pero le quedó hecha un desastre. La parte que estaba marcada llamaba la atención. Desde su boca a su oreja había unas rayas producidas por el desgarrón de las zarpas, y marcas entrecruzadas que habían dejado los puntos. Mi padre redobló su ternura hacia ella. No le exigía nada, y actuaba como si tuviera buen aspecto aunque no fuera así. Echaba en falta a Juda y lo estaba pasando mal.

Samantha solía maldecir a la pantera. Se le había metido en la cabeza insistentemente que alguna vez volvería. No hablaba de otra cosa y era difícil convencerla de lo contrario. Esperaba día y noche a la pantera, y no me refiero a esperar sin más. Se hallaba en guardia. Hasta daba miedo casi.

Está empeñada en acabar lo que empezó, decía Samantha. Está empeñada en acabar contigo y conmigo.

A mí no me metas, le decía yo.

Y esta es la parte de la historia que apenas me puedo explicar. Samantha quería que la pantera regresase. La incitaba a hacerlo. A veces cogía el rifle de mi padre y lo cargaba a escondidas, y llegada la noche salía a hurtadillas, y corría hacia el arroyo como lo había hecho la noche en que la pantera se lanzó a perseguirla tras surgir de la oscuridad. Había ocasiones en que mi padre y yo nos despertábamos y la veíamos salir. La observábamos desde la puerta y la veíamos detenerse ante el macizo de árboles, y dar media vuelta a toda velocidad, y apuntar con el arma como si acabara de escuchar a la pantera corriendo hacia ella, a su espalda. Una o dos veces disparó el arma, y mi padre tuvo que salir a decirle que volviera a entrar en casa. ¿Estaba ahí?, le preguntaba mi padre. ¿Has visto algo, cariño?

Nunca se enfadaba con ella, daba igual lo que hiciese.

En una ocasión, al final del invierno, más o menos un año después de que la pantera hubiera matado a Juda, vi a Samantha salir en camión tal y como lo hizo aquella noche. Había crecido un poco, pero seguía siendo igual de poca cosa. Se puso a cuatro patas, como una presa, justo allí, en el mismo lugar en el que la pantera la había derribado aquella noche. Era como si esperase que fuera a saltar sobre ella.

Juro sobre un montón de biblias que está acercándose, me dijo en varias ocasiones.

No tenemos un montón de biblias, le dije. No tenemos ni una siquiera.

Samantha no paraba de contar cómo la pantera había matado a Juda. No se

olvidaba del menor detalle al respecto. Podía recordar los horribles sonidos que había hecho la pantera. En cierta ocasión dijo: Vino la otra noche mientras vosotros dormíais. El viento me trajo su olor. La oí maullar a lo lejos.

¿Por qué estaban tan tranquilas las cabras?, le pregunté. Tráeme algún resto y te creeré.

Los restos están lejos, dijo. Muy lejos.

Salí a ver si había alguno para demostrarle que estaba equivocada, bajando por una de las orillas del arroyo y volviendo luego por la otra. Se me pusieron los pelos como escarpas cuando casi tropecé con el cadáver de un ciervo oculto bajo un montón de hojas. Le habían comido la lengua y su vientre era una pura plasta. Busqué huellas de garras en derredor, pero no encontré ni una sola. Empezaba a creer que la pantera era una *banshee*.

¿Has encontrado alguna prueba?, me preguntó Samantha a mi vuelta.

No, le dije. Ni un pelo.

Me llamó mentiroso y dijo que sabía a ciencia cierta que la pantera había regresado para cogernos.

Querido juez:

Podría haberme extendido bastante en el pasaje que se dispone usted a leer y que le enviaré dentro de nada, pues bien podía haberme dejado llevar. Hemos tenido un periodo de lluvias bien largo que nos ha mantenido encerrados en casa a Samantha y a mí, y hubiera preferido escribirle a usted que tener que hablar con ella. Si la dejas, Samantha es capaz de hablarte hasta que se te caigan las orejas, y no tiene a nadie con quien hablar salvo conmigo, y yo estoy harto de escucharla.

Además, esta es la primera vez que alguien me pide escribir algo que no sean medidas y me lo estoy pasando muy bien haciéndolo. Como le dije en Bandera, he leído libros. Aprendí una o dos cosas gracias a un hombre llamado Tom Wellford que mi padre me puso como profesor y que vivía río abajo cerca del doctor Ganahl y que solía dar clases a un puñado de chicos. Solía decir que yo era su mejor estudiante con diferencia. Lamenté que tuviera que marcharse cuando empezó la guerra.

La última vez que estuve en Comfort compré más papel y plumas. Gasté el dinero que había ahorrado en adquirirlos, pues me resistía a pedirle al señor Hildebrand que me diese otras cinco hojas gratis. Si usted ve adecuado reembolsarme el gasto en el futuro se lo agradecería, pues estoy escribiendo este informe a petición suya, si bien hay en él más de lo que necesita, en cuyo caso no me parecería ni justo ni esperable un reembolso completo y aceptaré que no me lo haga sin quejarme por ello. Lo que es justo es justo.

No me salieron baratos.

Espero que esté disfrutando de sus viajes y que guarde las debidas precauciones. Espero que los informes que he enviado hayan llegado sin novedad a sus manos. Le mandé otros tres aparte de este. Necesitaré más tinta, pues este tintero ya está casi vacío. Si pudiera conseguirme una pluma de metal me resultaría mucho más fácil escribir y, creo, también le resultaría a usted más fácil leer estos informes.

El señor Hildebrand me pidió que le enviase saludos de su parte, dado que

ustedes ya se conocen. La señora Hildebrand me dio más *strudel*. Insistió en que lo tomase. Estaba recién salido del horno. Dijo que los martes es cuando los prepara y era martes. Me dio el trozo gratis.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

Calculo que habrían pasado unos cuatro o cinco años del fallecimiento de Juda cuando los *sesesh* comenzaron a alzarse contra el Gobierno y a perseguir a los alemanes que diferían de ellos. Me sentía mal por tantos alemanes que recibían palizas y eran quemados y cosas así, por más que no siempre fueran los más amistosos de los seres. Pero mi padre decía: Tú no te metas. Ni él ni yo dijimos una sola palabra del asunto. Manteníamos la boca cerrada. Él permitía que lo acompañase al trabajo en el campamento de tejas, donde nos limitábamos a hacer nuestra tarea, que se bastaba sola para dejarnos tan exhaustos como para no preocuparnos de nada más. Así pasamos algún tiempo, pero cuando las cosas se pusieron tensas y los *sesesh* tomaron Camp Verde, estos se llevaron a los prisioneros yanquis al cañón que quedaba al otro lado del camino, y tenían que darles de comer. Eso nos privó de buena parte de nuestra caza. Teníamos que cabalgar hasta muy lejos para poder cazar.

Mi padre decía: Aléjate del cañón; es peligroso acercarse allí.

Los *sesesh* lo llamaban «Prison Canyon», pero nosotros lo llamábamos «el cañón», pues nunca lo habíamos llamado de otro modo que no fuera «cañón».

De todos modos, me arriesgué a acercarme y encontré algunos prisioneros allá abajo. Ví que se habían entretenido en hacer agujeros en las paredes, improvisar chabolas hechas de palos y piedras en ambos lados de la garganta y en levantar toda una ciudad que se veía bastante cuidada. A menudo escuché decir que los prisioneros pasaban hambre, pero mi padre decía: No se puede hacer nada al respecto. Olvídalo. No es asunto tuyo.

Pensé: ¿Y él qué sabe? No lo sabe todo. Así que me acerqué sigilosamente y lancé una mazorca de maíz para ver qué pasaba. Escuché voces y una armónica allá abajo. Cuando la mazorca cayó rodando hasta allí, la armónica se detuvo, pero las voces continuaron. Entendí que se preguntaban de dónde

había salido aquella mazorca o quién podía haberla arrojado.

Enseguida escuché un ruido como de buscar cosas que se prolongó durante un buen rato, y entonces pasó volando un libro que aterrizó en un enorme cactus. Lo cogí del cactus y le eché un vistazo. Era un libro bastante grueso, y vi que se titulaba *La ballena*. En la cubierta había un dibujo de una ballena. Aunque nunca había visto ninguna, sabía que una se había comido a Jonás y me figuré que sería una buena oportunidad de aprender algo más. Así que me llevé el libro.

En cuanto llegué a casa se lo enseñé a mi padre y dijo: ¿En qué diantres estabas pensando para acercarte tanto a los piquetes?

No obstante el libro le gustó mucho. Él no era tan buen lector como yo, así que por las noches yo les leía pasajes de la historia a él y a Sam. Espero que no le importe que a lo largo del informe haya veces en que la llame «Sam», pues así es como suelo llamarla, y es trabajar de más eso de ponerse a escribir el nombre entero.

Teníamos una lamparita de latón que me servía para leer por las noches cuando el trabajo había tocado a su fin. Casi sin enterarme, me leí enterita la historia, y eso que es bien larga. Hablaba mucho de aparejos y arpones y demás. Nunca he visto un océano pero me imaginaba las cosas y capté lo esencial sin demasiados problemas. También entendí las razones por las que Ahab actuó como lo hizo en lo tocante a la ballena, pues veía el modo en que Samantha actuaba en lo que respectaba a la pantera.

También sabía cómo era una pata de palo, pues había un mexicano con una pata de palo trabajando en el campamento de tejas. Era un buen jinete. Podía cabalgar con la pata de palo metida en el estribo como si fuera una pierna de verdad.

Entretanto otro día regresé y lancé otra mazorca, y me hice con otro libro, y después con otro más. Les lancé jabón y velas y sal y pimienta y otras cosas que imaginé necesitaban. Hubo ocasiones en que lancé algo y no recibí nada. Pero la mayor parte de las veces algo caía. Como le dije en Bandera, he leído cuatro libros y esta es la manera en que me hice con ellos. Me han enseñado muchas cosas que no sabía acerca de lugares en los que nunca estuve y en los que sé a ciencia cierta que no estaré en la vida. Lugares que vaya usted a saber si en realidad existen.

Pero entonces mi padre cogió unas fiebres y falleció, y aquellos fueron los

días más duros de mi vida. No me detendré en ellos, pues no quiero recordar lo terrible que fue aquella época. Además, ello no forma parte del asunto por el que usted me ha preguntado, aunque poco de todo esto forma parte de ello.

Todo cuanto puedo decir es que fue una época muy dura. Entre Samantha y yo cavamos una tumba y nosotros mismos lo enterramos. No pude cabalgar al campamento de tejas para buscar ayuda, pues Sam no quería que la dejase sola con nuestro padre cuando murió. Creíamos que tampoco sería buena idea que ella fuese conmigo a buscar ayuda, pues ¿qué íbamos a decir entonces si alguien decía: Es una esclava huida, cogedla? En anteriores ocasiones habíamos tenido a nuestro padre para responder por ella, pero eso ya había cambiado. Estábamos solos y uno respondía por el otro. Aquello nos preocupaba enormemente. Ella solo tenía once años por entonces, y yo trece, y se suponía que teníamos que salir adelante por nuestra cuenta.

Le hice el ataúd lo mejor que pude. Nos quedamos exhaustos de cavar la tumba. La tierra estaba casi congelada, pues era invierno. En todo aquel rato no paramos de llorar. Cavamos entre las tumbas de mi madre y de Juda, pisoteamos el suelo un poco, y pusimos encima unas piedras para protegerlas de los animales, tal y como habíamos hecho con la tumba de Juda. Así que allí estaban, tres montoncitos de piedra y un lugar que desgarraba el alma, pues ahora eran más los muertos que había allí que los dos que quedábamos vivos.

Cuando la gente se enteró de que mi padre había fallecido, me encontré con la posibilidad de irme a vivir con una familia de Fredericksburg que me dijo que podía quedarme con ella y trabajar para pagar mi cuarto y mi manutención. Pero ¿cómo iba a marcharme y abandonar a Samantha? Pocas posibilidades tenía ella de salir adelante siendo chica, medio negra y huérfana. Los únicos negros con los que nos cruzábamos por los caminos o en la vecindad eran esclavos, y no quería que la tomasen por uno de ellos. Había buena gente que salía adelante y una familia de mexicanos en Privilege Creek que nos conocían y que dijeron que ayudarían a Sam, pero cuando vinieron a casa Sam les dijo que no quería irse con ellos y que no quería separarse de mí. Había estallado un brote de difteria que había acabado con la vida de un montón de niños, y, pese a que Sam era mayor que la mayoría de los que habían muerto a causa de la enfermedad, temí que la contrajera si no recibía cuidados. No tenía Sam una pinta muy saludable.

Así que en el lugar solo quedábamos ella y yo. Teníamos cabras en el redil

y gallinas y la puerca y unos cerditos que vivían en el lecho del arroyo. Teníamos un huerto, pero no era gran cosa, y Sam no se ocupaba de él como debía. Teníamos unas pocas hileras de maíz pero los gusanos se las habían comido casi todas. Tenía el rifle de mi padre y su yegua. La yegua, un poni de tiro, la había marcado a fuego su anterior propietario y luego los comanches la robaron y la dejaron tirada por el camino medio muerta y apenas reducida a su pellejo, pues la habían reventado a latigazos. Mi padre trató a la yegua como es debido y se ocupó de ella hasta que más o menos recuperó la salud, pero estaba bastante castigada. Si se me ocurría tan solo ponerle la mano encima de la grupa se volvía en redondo con la intención de arrancarme de un mordisco lo primero que pudiera llevarse a la boca. No obstante para cabalgar hasta Comfort o al campamento de tejas servía, de modo que me puse en marcha y seguí haciendo algunos trabajos en el campamento, pues los hombres que había allí me trataban bien.

Tenía también una pistola de percusión de doble cañón y ánima lisa, que conseguí a cambio de un trabajo. En la chapa ponía Gasquoine y Dyson, y Manchester en la nervadura. Las platinas y los martillos tenían dibujos grabados. Estaba muy lejos de parecerse a un revólver de seis balas pero podía hacer un buen agujero y era un arma muy bonita. Aun así, conseguir pólvora resultaba difícil a causa del bloqueo yanqui, y era cuestión de suerte que la que uno pudiera conseguir valiera de algo, pues en su mayor parte procedía del salitre que se sacaba de los excrementos de unos murciélagos que había en una cueva de New Braunfels. Nunca sabías a las claras si iba a disparar.

Fue en el verano siguiente al fallecimiento de mi padre cuando al salir a cazar vi a Clarence Hanlin robando a los ocho cadáveres del Julian. De allí regresé a casa y pensé bastante en aquello. Escuché que habían sido los *sesesh* de Camp Verde los que lo habían hecho. No le dije a Samantha ni una palabra al respecto, porque ya le daba ella bastantes vueltas a la cabeza, lo que en su caso tenía que ver mayormente con la pantera. Así que para qué inquietarla hablándole de ahorcados.

Apenas habían pasado unos meses desde que vi a Hanlin en el Julian, y ya Samantha tenía doce años, y yo catorce, y era otra vez invierno, y el viento se había convertido en vendaval, y la oscuridad era algo que ella y yo temíamos, cuando la pantera volvió a visitarnos.

Durante seis años, Sam había estado esperando de un modo que solo puede describirse como ansioso. En ocasiones daba la impresión de que lo único que hacía era esperar y vigilar por si aparecía la pantera. Había una especie de vacilación en ella cuando se aventuraba a salir, mirando a derecha e izquierda, y una especie de reacción súbita en su forma de girar en redondo, como si le hubiera parecido que algo se acercaba, y era una manera de probar sus propios miedos al salir afuera durante la noche.

Bajo tales circunstancias pensará usted que no fue una sorpresa para ninguno de los dos cuando por fin volvió la pantera. Muy al contrario, fue toda una impresión. En cierto modo, fue como la muerte. Una persona puede tener claro que la muerte la sorprenderá algún día, pero, cuando esta llega, el susto se lo lleva de todos modos.

Aquella noche hacía mucho viento. Samantha y yo estábamos solos en casa. El viento nos fastidiaba bastante. Los primeros días de noviembre habían sido desagradablemente fríos, y afuera la tierra estaba mojada a causa de un chaparrón pasajero que había caído durante la noche. Estábamos cerrados a cal y canto en casa y habíamos encendido el fuego, pero no era un fuego muy vivo, pues yo no quería que los comanches vieran el humo. El viento descendía por la chimenea y alborotaba las llamas, y el ruido que hacía nos ponía nerviosos. Sentíamos que algo malo iba a suceder. No sabíamos de qué manera vendría, si en la inquietante forma de los comanches o en la de otros atacantes, y tampoco sabíamos quién acudiría en nuestra ayuda si el mal venía a visitarnos. Los *sesesh* de Camp Verde no estaban a más de diez minutos de nuestra casa al paso de un buen caballo, pero no teníamos un buen caballo, y tampoco confiaba yo en los *sesesh*, pues había visto las barbaridades que habían llevado a cabo en el Julian. Había más de un *sesesh* de buen corazón, no quiero que me malinterprete. Pero estoy seguro de que tiene conocimiento de esa banda de matones llamada los Colgadores que ahorcaban a cualquiera que tuviera dieciséis años o más si no se unía a su causa. Eran tipos violentos e indisciplinados, y temía que llegaran de modo inesperado a mi puerta, y que dijeran que yo ya había crecido suficiente y me ordenaran irme con ellos.

Así pues, aquella noche Sam y yo teníamos bastantes cosas por las que inquietarnos. No éramos alemanes, pero tampoco éramos *sesesh*. Sam iba de un lado a otro asomando por las grietas del revestimiento para ver si se producían problemas.

No vas a ver nada más que oscuridad, le dije. Y de qué servirá de todos modos. Si viene algo malo, estamos acabados. No me queda pólvora ni para disparar un balín, y encima es mierda de murciélago.

No te queda nada porque siempre tienes que pegar diez tiros y para entonces ya has espantado lo que fuera, dijo. La derrochas, por eso.

Ella estaba de un humor de perros y tanto ella como yo estábamos asustados por culpa del viento. Ululaba en las esquinas y sacudía el pasador de la puerta.

Tras el fallecimiento de mi padre tomé la costumbre de dormir en su cama. Samantha tenía ahora la otra cama para ella sola. Pasado un rato, al ver que nada malo ocurría, nos fuimos a nuestras camas. Pero los aullidos del viento me hacían pensar que los comanches se acercaban, y se me había metido en la cabeza que estaban ahí fuera, en la oscuridad, a punto de irrumpir en la casa lanzando sus ululatos de esa manera que parecía sedienta de sangre. O que el viento ahogaría la chimenea y nos ahumaríamos hasta morir asfixiados.

Sam dijo: La pantera se acerca; la siento.

Dije: No ha pasado por aquí en un año, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Si escuchamos algo, serán los comanches.

Dijo: Está ahí fuera. Lo sé. Lo presiento.

De repente empezamos a oír un olfateo y unos arañazos en la puerta y el pasador se agitó violentamente.

Samantha se incorporó en la cama. Es ella, dijo. Es la pantera. Está aquí.

No es ella, le dije. Es la puerca.

Pero no estaba tan seguro. La puerca había adquirido la costumbre de meterse en casa cuando le venía en gana si dejábamos la puerta abierta, pero no estaba entre sus hábitos pedir que la dejásemos entrar cuando la encontraba cerrada.

Los arañazos, los olfateos y empujones prosiguieron durante un rato que a mí se me antojó del todo anormal, y comencé a pensar que ni por asomo era la puerca lo que estaba al otro lado de la puerta. El fuego no era más que una triste cosa roja puesta sobre las ascuas, pero despedía suficiente luz como para permitirme ver lo inquieta que estaba Samantha. Se puso a pestañear y a entornar los ojos como tenía costumbre de hacer.

¿Puede romper el pasador?, me preguntó.

Es un buen pasador, dije. Claro que la puerca es enorme; quizá pueda echar la puerta abajo.

El corazón me palpitaba con tanta fuerza que hasta me dolía el pecho. Por hacer algo grité: ¿Quién está ahí? ¿Quién anda en la puerta?

Los arañazos se interrumpieron, como si aquello que los producía se hubiera detenido a escuchar mi pregunta. Sin embargo, se reanudaron otra vez. Pensé: Aunque caiga fuego del cielo voy a ver qué hay ahí. Me levanté y cargué mi pistola con la pólvora que me quedaba, aunque fuera mierda de murciélago, y me acerqué a cuatro patas a mirar por una rendija que había a baja altura en un lado de la puerta.

Lo que vi en el exterior fue el corpachón de la puerca. Sin duda era ella. Debió de verme observándola, pues apretó su nariz contra la mía metiéndola en el agujero y me sopló un poco de cieno antes de que tuviera tiempo de echarme hacia atrás.

Es ella, le dije a Sam.

Déjala entrar y dale maíz, ordenó Sam.

Cuando come maíz se caga, respondí.

Mientras mastique el maíz no oiremos ni el viento ni nada, dijo Sam. Tendremos un ratito de calma. Déjala entrar.

Pues bien, eso hice. Apenas entreabrí la puerta, la cerda se abrió paso con su corpachón hasta el interior, me gruñó y reclamó su maíz. Volví a pasar el pestillo, dejé mi pistola, avivé el fuego y eché unos puñados de grano por las planchas del suelo. La cerda fue de un lado a otro masticando y gruñendo el tiempo suficiente para que Sam pudiera distraer sus pensamientos y echarse a dormir, mientras yo las observaba a las dos tumbado a la luz de las llamas y me preguntaba qué iba a ser de mí. Ahí estaba yo, atrapado en una casa con una niña y una enorme cerda, sin nada más que una puerta chapucera y un buen pestillo entre mi persona y el ancho mundo, fuera lo que fuese lo que este encerraba de libertad y promesas. Pero en aquel momento era difícil decir si prefería estar fuera a dentro.

Y fue entonces cuando comenzaron los gritos.

Apenas soy capaz de describirlo excepto diciendo que al principio no tuve demasiado claro de dónde venía aquello, ni lo que era. Eran, por un lado, las cabras del redil, y por otro el bramido del viento. Pero también era la yegua. La escuché en el cobertizo con toda claridad. Y era otra cosa más, como una

mujer gritando a saber qué. Casi pensé —y era algo completamente insensato —, casi pensé que Juda, a saber cómo, había regresado. Sea como sea, enseguida llegué a la conclusión de que lo que había escuchado eran los mismos sonidos que oí la noche en que Juda murió, y no era el sonido de Juda gritando como entonces. Eran los rugidos de la pantera.

Samantha y yo nos incorporamos en nuestras camas con tanta velocidad como alarma. Por unos instantes permanecemos como pegados a nuestras camas y miramos ansiosamente lo que podíamos ver del otro a la débil luz de las ascuas. Si el viento no hubiera sido tan feroz y constante, creo que podría haber escuchado los latidos de mi corazón. Parecía galopar en mi pecho. Creo que también hubiera podido escuchar los del de Samantha. Ella fue la primera en abrir la boca, pero solo dejó escapar un susurro.

Ha vuelto, dijo. Ha regresado. Te lo dije.

Antes de que me sintiera capaz de mover ni siquiera un dedo, Sam había abandonado la cama y agarrado la pistola que descansaba en la mesa.

No puedes salir, le dije, y abandoné la cama para discutir el asunto con ella. Eso no tiene suficiente pólvora. No es buena pólvora.

Sal ahí fuera conmigo, me dijo. Me da miedo ir sola.

No voy a salir, repliqué, e hice el amago de arrebatarle la pistola. Pero no me peleaba en serio con ella, pues se había doblado sobre la pistola y estaba tan decidida a no soltarla que temí que pudiera presionar accidentalmente el gatillo y pegarse un tiro en el vientre, o que la bala disparada la atravesase a ella y me diese a mí. Pensé: No tiene sentido seguir forcejeando así, y entonces la solté.

¡Coge un cuchillo y ven!, me gritó, ¡o serás un cobarde!

Juda cogió un hacha y ya vimos lo que le hizo la pantera, dije. No voy a enfrentarme a ella con un cuchillo.

Durante este tiempo, continuó el tumulto en el exterior. Había en particular una cabra que podía gritar como un hombre, y eso estaba haciendo sin parar, y más fuerte de lo que jamás pensé que a una cabra le era posible gritar. El viento no era nada comparado con aquel ruido. Las otras ocho cabras hacían repicar sus campanillas. Un par de ellas eran cabritas de no más de un año, y me figuré que la pantera había atrapado a una de las más pequeñas, pues se oían balidos muy agudos. La yegua piafaba y daba coces contra las paredes del cobertizo. Cacareaban las gallinas.

Sin darme tiempo a intercambiar con ella una palabra más, Sam se dirigió a la puerta.

Me ha pedido que sea sincero, juez. No era mi intención seguirla ahí fuera. Estaba descalzo y no tenía nada que me permitiera ver, y mucho menos con lo que disparar. Pero ¿qué elección tenía? Encendí la lámpara tan aprisa como pude. Salí a la oscuridad tras Sam y la seguí hasta el corral de las cabras.

Cuando llegué, ya había trepado la mitad de la valla, y chillaba como una condenada. Era una cerca de un metro ochenta de altura y Sam estaba apoyada en los listones transversales, gritando con la cabeza asomada por arriba. Subí junto a ella con la lámpara y vi a la pantera dentro del corral, entre las cabras, que estaban montando un verdadero jaleo y no hacían más que arremolinarse a toda velocidad. No era fácil distinguir qué era qué, pues la linterna no daba demasiada luz.

La pantera era más grande de lo que puedo describir, señor. Parecía tener tres veces mi tamaño, aunque sé que eso no es posible. Tenía una cabrita cogida por la garganta y la estaba arrastrando de la misma manera en que arrastró a Juda. La cabrita aún pataleaba... o eso me pareció a mí. Su hermano pequeño estaba ahí plantado, chillando al ver cómo se la llevaban.

Sam gritó a la pantera para que la soltase. Apuntó hacia ella con la pistola. ¡Suéltala!, aulló, ¡suéltala! Como si fuera a hacer caso.

Algunas cabras se apretujaban bajo un tejadillo que mi padre y yo habíamos clavado a un lateral del corral a modo de refugio. Otras se lanzaban contra la valla para escapar. Pensé que se iban a reventar la cabeza. Una consiguió salir al subirse a la espalda de otra y después sobre el refugio, desde donde saltó. El macho grande chillaba. Había un terrible alboroto en aquella oscuridad y soplaban un viento implacable contra nuestros rostros y levantaba una buena polvareda.

¡Quítasela!, me gritó Samantha, refiriéndose a la cabrita a la que la pantera estaba arrastrando. ¡Tráela aquí!

Le dije chillando que estaba loca, que dejara de comportarse así y que se bajase de la valla y regresara a casa o acabaría tan muerta como Juda. Una parte de mí intentaba imaginar cómo se las arreglaría la pantera para sacar a la cabrita del corral, pues una cosa es entrar a un corral saltando una cerca de un metro ochenta de altura, y otra muy distinta saltar de vuelta al otro lado con una cabrita en la boca. Otra parte de mí trataba de imaginar qué idea se le

habría metido a Sam en la cabeza, pues no estaba haciendo lo que le dije.

Y entonces hizo algo verdaderamente insensato. Trepó el resto de la valla para pasar al otro lado y se dejó caer en el corral. Allí se plantó, descalza, vestida con su camisón, sujetando la pistola. La pantera estaba a poco más de cuatro metros de ella. El polvo se arremolinaba en derredor. La cabrita colgaba desmadejada de las fauces del animal, no sé decir si viva o muerta. Aquella era la menor de mis preocupaciones.

En aquel momento Sam tuvo el buen juicio de dejar de gritar. Las cabras también se calmaron un poco, supongo que al ver que Sam parecía haber acudido en su rescate. Me dio la impresión de que incluso el viento se había apaciguado un poco, pues podía dirigirme a Sam en voz baja, con cautela, y ella me oía.

Dije: Si te mueves, estás muerta.

Se hubiera dicho que acababa de reparar en ello, pues parecía paralizada de puro terror.

Pensé: Por Dios, Sam, ¿cómo voy a ayudarte? El interior de la valla carecía de listones transversales, solo estaban las estacas, sin más, de modo que no le resultaría fácil volver a escalar para salir de allí. Y, si yo trataba de tirar de ella para sacarla, Sam tendría que darle la espalda a la pantera y subir a pulso y lanzar los pies para buscar un punto de apoyo, y eso atraería a la pantera. Que podía soltar a la cabrita y derribar a Sam de un enorme salto. La destrozaría en segundos, ahí mismo, delante de mis ojos. Además, ¿cómo iba yo a sujetar la lámpara y a Sam, y cogerme a la valla al mismo tiempo? Pero ¿qué otra cosa podía hacer salvo intentarlo?

Sin darle la espalda vuelve aquí lentamente, luego date la vuelta y agárrate a mi mano, le dije.

No me hizo caso. Los ojos de la pantera estaban iluminados por la lámpara y se clavaban en ella de una manera realmente intensa, y era como si Sam hubiera perdido la fuerza de voluntad necesaria para alejarse de allí. La cabeza y la faz de la pantera estaban llenas de cicatrices y le faltaba parte de una oreja, como si en el pasado se la hubieran arrancado en una pelea. Debía de haber conocido unos años bastante duros, en los que habría tenido que hacerse valer ante un buen montón de animales tanto grandes como pequeños.

Sam apuntó a la pantera con la pistola y dio un paso adelante.

Dije: No.

Respondió: Puedo matarla.

Dije: Es pólvora hecha con mierda de murciélago.

Sam tenía el suficiente juicio para estar asustada, pero no lo bastante para hacerme caso. Me figuro que se le pasó por la cabeza que, si se acercaba demasiado, la mierda de murciélago serviría igualmente.

La pantera sacudió la cola y bajó las orejas, y dejó caer a la cabrita en el barro como si no fuera más que un trapo usado. Se agachó tanto que su vientre casi tocaba el suelo. Dejó los dientes al descubierto. Pude verle los colmillos, y soltó un terrible siseo.

Sam se acercó un paso más a ella.

El corazón me empezó a latir tan fuerte que casi me caigo de la valla. Pensé: Si das un paso más no voy a ayudarte.

Sam agarraba la pistola con ambas manos y temblaba con tanta fuerza que llegué a pensar que lo mismo podía dispararme a mí, que estaba tras ella, como a la pantera que tenía delante. Los gruñidos de la pantera se iban volviendo más fuertes, hasta convertirse en un feroz rugido. Yo recordaba muy bien aquel sonido.

Me bajé de la cerca y la rodeé a la carrera, en dirección a la puerta. Se trataba de una puerta de estacas, y no tenía la menor idea de qué haría la pantera cuando yo la abriese. Me quedé a un lado, con la esperanza de que la pantera se marchara corriendo y desapareciese sin reparar en mí. Pero cuando abrí la puerta, la pantera no salió. De modo que levanté la lámpara y di unos pasos hacia el interior. Veía a la pantera ante mí, pero no miraba en mi dirección, pues estaba observando a Sam. Retorcía la cola. La cabrita yacía muerta a sus pies. Las otras cabras se apretujaban en la oscuridad, al otro lado del corral. La pantera volvió entonces la cara hacia mí. A la luz de la lámpara, sus amarillentos ojos eran como dos agujeros por los que se viera el fuego que ardía dentro de su cráneo.

Yo tenía dos posibilidades, o entrar un poco más en el corral o salir de él, y ya se puede usted imaginar qué camino prefería tomar. Pero tenía a Samantha a mi cargo y yo era el único hombre del lugar. Y Samantha era mi hermana, aunque solo lo fuera a medias. No podía permitir que la pantera la cogiera y la arrastrara como había hecho con su madre. Yo no podría vivir con la conciencia tranquila.

Avancé de lado para llegar hasta Sam, mientras mantenía la vista puesta en

la pantera y levantaba la lámpara sobre mi cabeza. Estaba tan aterrorizado que casi llegué a considerar que sería un alivio para mí tumbarme allí mismo y rendirme. Pensé si no sería mejor hacerlo, y permitir con ello que Samantha viviese. Luego pensé que no. Si yo tenía que morir, más valía que ella muriese conmigo, pues sin mí estaría condenada a sufrir un montón de penalidades a lo largo de su vida.

El viento volvía a soplar con fuerza. Removió la lámpara de un lado a otro y temí que fuera a apagarla. El recorrido por aquel pequeño corral fue largo, muy largo, no imagina usted cuánto. Recuerdo la sensación al pisar la mierda de cabra con los pies descalzos, el viento metiéndome polvo en los ojos, la débil luz de la lámpara, y la forma en que la pantera persistía en su ominoso gruñido.

Cuando conseguí acercarme a Samantha, vi que temblaba de pies a cabeza, pero aún apuntaba a la pantera con la pistola. Pensé que si llegaba a presionar el gatillo la bala caería como un chorro de pis. Pensé: Si pones tu vida a merced de un montón de mierda de murciélago, no esperes que derrame una lágrima por ti. Me daba miedo hablar, salvo cuando soplaba el viento. Dije: Ven conmigo.

Dijo: Puedo matarla.

Respondí: Si lo intentas y la pólvora no responde, cogerá al más enclenque de los dos.

Se lo pensó un momento. Tenía los ojos un poco entornados, a la manera en que acostumbraba a hacer cuando algo le daba miedo. Preguntó: ¿Podemos salir?

Me acerqué un paso más, la agarré de un brazo e hice que avanzase de lado hacia la puerta, tan lentamente como había avanzado yo. No apartábamos la mirada de la pantera. El animal retorció la cola y siseaba y nos lanzaba gruñidos. Seguía mostrándonos los colmillos, por si acaso se nos había olvidado el aspecto que tenían. Estaba seguro de que la pantera hubiera saltado sobre nosotros de no ser porque estaba custodiando la cabrita muerta que yacía ante ella. Cuanto más nos acercábamos a la puerta, más difícil se volvía resistir el impulso de darnos media vuelta y echar a correr.

Casi habíamos salido del corral cuando las cabras comenzaron otra vez a balar. El macho grande debió de ver que nos marchábamos de allí. Se puso a balar, y el resto hizo agitar sus campanillas y unas saltaban sobre otras y se

empujaban entre sí. Una cabra se volvió loca y consiguió subir a lo alto del refugio, y los tablones cedieron y se rompieron, y la cabra se cayó sobre las otras, que estaban justo debajo.

No me quedé allí a mirar. Salimos por la puerta y sin volverme cerré el seguro, y corrí con Sam hacia la casa. Parecía que teníamos alas. No creo ni que mis pies tocaran el suelo. Esperaba que en cualquier momento la pantera saltase la cerca, llegase por detrás hasta nosotros y nos derribara y acabase con nuestra vida. Mi única tranquilidad consistía en correr.

Cuando estuvimos dentro de la casa pensé que el corazón se me iba a parar. Dios Todopoderoso, le dije a Samantha, estás loca y eres idiota.

Dijo: ¡Podía haberla matado! ¿Por qué tuviste que venir a detenerme?

Allí la tenía, incapaz casi de recuperar el aliento y gritándome como si tuviera la razón. Me daban ganas de abofetearla, y estuve a punto de hacerlo.

No voy a hablar contigo, le dije. No te voy a decir ni palabra.

¡Me has fastidiado!, dijo. ¡Podía haberle pegado un tiro en la cara y acabar con ella para siempre! ¡Me has arrebatado la oportunidad de las manos!

Durante un rato siguió con la misma cantinela, pero decidí no escucharla. Hasta la cerda dejó de escucharla y se limitó a echarse por ahí. No quería marcharse y yo no dejé que lo hiciera. Todo mi empeño pasaba por escuchar lo que ocurría en el corral. Las cabras ya se habían callado.

Se ha ido, dije. Creo que ya se ha marchado.

Nunca se va a marchar, me respondió Samantha.

Se sentó en la cama y siguió de morros aun cuando estaba temblando, y yo me senté en la mía, y ninguno de los dos dijo nada. El viento seguía resonando con fuerza pero algunas otras cosas se habían calmado. Me levanté y avivé el fuego.

Métete en la cama, le dije a Sam.

Entonces, de repente, el ruido comenzó de nuevo: las cabras empezaron a balar, las gallinas a cacarear, y el caballo intentar huir del cobertizo.

Samantha fue a por la pistola pero yo la cogí primero. Me puse de espaldas a la puerta y dije: Te pegaré un tiro si te acercas.

Ella replicó: No lo harás.

Vaya que sí, le aseguré. Prefiero que mueras así a desmembrada por una pantera. Y yo tampoco voy a salir ahí otra vez.

Sam dijo: Dame la pistola y hazte a un lado y déjame salir por esa puerta.

Me negué. Volvió a sentarse en la cama, y yo me quedé delante la puerta, y ambos escuchábamos todos aquellos horribles ruidos.

Sam se tapó las orejas con las manos para no escuchar los balidos de las cabras. Dijo: Está matando a otra. Creo que las va a matar a todas.

Pues que lo haga, repliqué.

Hubiera cargado el rifle de haber tenido pólvora, pero no quedaba. Cuando las cosas volvieron a calmarse, Sam se acostó y se tapó con la manta hasta la cabeza.

Me quedé toda la noche apoyado contra la puerta por si se le ocurría intentar coger la pistola y salir.

Cuando llegó la mañana, sacamos a la cerda a empujones y fuimos a comprobar los daños. Las cabras estaban bastante asustadas y no menos ensangrentadas. La que había saltado la cerca trataba de entrar otra vez. La pantera se había llevado los dos cabritos más pequeños a la oscuridad. En el cobertizo, la yegua se encontraba bien, solo tenía algunos cortes y se la veía muy asustada. El gallinero estaba todo revuelto pero no faltaba ninguna gallina.

Las huellas eran, sin duda alguna, las de la pantera que había matado a Juda. A la garra de la pata derecha de atrás le faltaban los mismos dos dedos que Juda le había arrancado a hachazos.

Lo que aprendí aquel día, mientras miraba las enormes huellas que había dejado la pantera al llevarse los dos cabritos, era lo pequeños que éramos nosotros comparados con semejante felino, y que no había más que hablar, ni a muchos otros respectos tampoco. No éramos más que dos niños en medio de una guerra, en una casa que daba pena, amenazados por los comanches y por mil cosas más, desprovistos de todo por culpa del bloqueo yanqui y sin otra cosa que un pellizco de mierda de murciélago con lo que disparar.

Sin embargo, Sam, al contrario que yo, no se paraba a pensar demasiado en tales asuntos. Si algo había aprendido ella era que tenía que localizar a la pantera y acabar con ella.

Querido juez:

El señor Hildebrand me ha entregado una carta de usted. Es la primera que recibo. Él ya la había leído porque el lacre estaba suelto. No se le pasó por la cabeza que a usted le pudiera importar. Me pidió que le hiciese saber que si alguna vez precisaba de más testimonios contra Clarence Hanlin él podría proporcionarle gente a mansalva, pues es un hecho de sobra conocido que Hanlin iba a menudo con la banda de los que ahorcan, aunque no formara parte propiamente de la misma. El señor Hildebrand me dijo que hay una mujer en Kerrsville que conoce a la madre de Hanlin, del condado de Bastrop, y que dice que hasta ella renegaba de él cuando era pequeño, de lo mal bicho que era desde que nació. Ya entonces atormentaba todo tipo de criaturas, de modo que no es de extrañar que de adulto sea como es.

En fin, volviendo a su carta, juez. Gracias por decirle al señor Hildebrand que me restituyese lo que había gastado y que por favor me diese el papel y la tinta que necesitase y que por supuesto tuviese en cuenta que los costes le serían reembolsados en su totalidad, pues por lo que se ve esto tiene pinta de ir a más. Al señor Hildebrand le alegró saberlo. Es muy generoso y me dio una rebanada de pan gratis porque no había *strudel*, a causa, según me dijo, de que el *strudel* se termina los viernes y ya era sábado cuando estuve allí.

Me alegra saber que no está usted viajando solo como yo pensaba, sino con su amigo el señor Pittman. Me pareció todo un caballero en casa del señor Wronski. Debe de escribir muy deprisa, y eso es una hazaña de lo más impresionante, ya lo creo que sí. Por favor, salúdelo de mi parte y dígame que vigile que no se meta usted en líos. Casi me da miedo imaginarle leyendo mis informes, por temor a que los comanches se le acerquen sigilosamente por la espalda mientras lo hace. Tengan mucho cuidado los dos.

Agradezco que me diga que no tengo que escribir tan meticulosamente como lo estoy haciendo. Sin embargo, voy a seguir con ello, si no le importa. Sé que solo lo hace por consideración a mi tiempo, pero qué necesidad hay de eso. Trabajo todo el día pero no hago nada importante después de que

oscurezca. Lo único que hago por la noche es sentarme en una casa medio a oscuras con Sam y vigilar por si vienen los comanches. No es una vida muy interesante. He leído dos veces *La ballena*, de principio a fin, como quizá le haya dicho antes, y no me apetece leerlo otra vez.

Pero hablando del diablo. Las páginas que le envió tratan bastante de Clarence Hanlin, pues aluden al encuentro que Sam y yo tuvimos con él el día siguiente por la mañana a aquel en que la pantera se llevase nuestros cabritos, cosa que sucedió no mucho después de haber visto a Hanlin robando en el Julian. Como ya le he dicho, le había visto alguna que otra vez por los caminos con otros *sesesh*, y le había visto saqueando los bolsillos de aquellos infelices ahorcados. Sin embargo, hasta la época que cuento en el texto que usted se dispone a leer, no había intercambiado una palabra con él ni había tenido motivos para hacerlo. Tampoco es que él hubiese reparado mucho en mí.

Me gustaría tener una estilográfica de punta metálica en lugar de pluma. Una estilográfica mejoraría muchísimo mi letra. El señor Hildebrand me mostró el anuncio de una que fabricaban en Nueva Jersey. Traía funda y todo. A mí no me haría falta la funda.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

Como contaba anteriormente, dormí toda la noche apoyado contra la puerta para impedir que Sam saliese. Por la mañana echamos un vistazo por nuestras propiedades y vimos que faltaban los dos cabritos y que la pantera había asustado a todo bicho viviente y que en el lugar todavía flotaba el rastro de su intrusión. Sam y yo estábamos inquietos y teníamos un dilema, pues no sabíamos qué hacer. Sam era de la opinión de que debíamos seguir el rastro de la pantera, pero ¿cómo íbamos a hacer tal cosa? Le dije que se olvidase por completo de aquello, que la pantera no volvería en mucho tiempo. Había tardado un montón de años en regresar desde la última vez que apareció. Pero lo que Sam sentía no tenía nada que ver con la preocupación que nos producía nuestro ganado o por nosotros mismos o por cualquier otro asunto práctico, sino que tenía que ver con el deseo de venganza. La pantera le había

destrozado la cara y asesinado a su madre, y ahora había escapado con dos cabritos, dejando al resto de las cabras como atontadas y a nosotros con la sensación de que nos habían robado algo.

Le dije que no teníamos los medios para seguir el rastro de la pantera, pero ella habló de fabricar una trampa para capturarla y de que eso era lo que teníamos que hacer. Siguió y siguió sin parar. Tenía grandes planes, todos ellos igual de estúpidos, relacionados con cavar agujeros y obtener estacas afilando palos y otras tonterías semejantes. Mi única esperanza era que no se le ocurriese la idea de salir a buscar los restos de los cabritos y montar guardia hasta que la pantera regresase a por su desayuno, dado que no teníamos ningún medio lo bastante seguro para despacharla en el caso de que nos topáramos con ella.

Para mi espanto, a Sam se le ocurrió esa misma idea, o una parecida. No tenía más de doce años, como he dicho, pero siempre está dándole vueltas a la cabeza, y te agota tanto que llega un momento en que empiezas a pensar que esa idea que se le ha ocurrido hasta tiene trazas de valer. Yo no le estaría escribiendo todo esto, señor, y ni siquiera le habría llegado a conocer, ni usted a mí, de no ser porque a Sam se le ocurrió un plan que pensé que podría funcionar, por no decir que parecía del todo razonable. Dijo que la pantera no podía haberse comido los dos cabritos en una misma noche, y que si encontrábamos lo que debía de quedar de uno de ellos podríamos escondernos en lo alto de un árbol hasta que la pantera regresase a devorarlo. Entonces sería fácil acertarle de un tiro.

¿Has olvidado que no tenemos buena pólvora?, le pregunté.

Si disparamos hacia abajo la bala saldrá, dijo ella.

¿Cómo va a matar una bala a una pantera solo con caer sobre ella?, dije. Y ¿qué te hace pensar que la pantera no va a vernos y a pensar que ahora tendrá tres comidas completas en lugar de una?

Sam ya había pensado un plan para aquello, consistente en llenar de rocas unos cubos de agua y subirlos al árbol, atar un cuchillo de cocina a la boca del rifle para obtener una lanza, y hacer un lazo con una soga. Le dije que no funcionaría. Ella dijo que ya se encargaría ella de que funcionase, y que si yo no la ayudaba lo haría sola, pues no era mi esclava, ni la de nadie, y tenía voluntad propia, y podía hacer lo que le viniese en gana.

Tendrá que perdonarme, juez, pero después de un buen rato discutiendo

con ella hasta hartarme terminé por aceptar que aquel plan podía resultar viable. Solo tenía catorce años, y no era tan listo como me hubiera gustado ser. Además, Sam me llamó cobarde. Da miedo hacerle frente cuando se pone insolente. Tiene unas facciones muy raras, a causa de lo que le hizo la pantera. La boca la lleva estirada hacia un lado y parece reírse de ti por más que solo veas indignación en sus ojos. Y, por más que la mires y no dejes de ver que es una enclenque y medio negra y una niña y que da cosa mirarla, al final acabarás pensando que tiene más razón que tú, aunque nunca sabrás cómo lo ha conseguido.

Así que ahí estábamos, con un plan. Sin embargo, no me lancé a prestarme voluntario para ponerlo en marcha. Dije: Ve tú a buscar a los cabritos. No pienso ayudarte en eso. Y si el que encuentres no está debajo de un buen árbol, ya puedes olvidarte de meterme en el tinglado. No voy a esperar a una pantera subido a un arbolito de nada. Quiero un buen puesto.

De modo que Sam salió en busca de los cabritos y dio con uno hacia el mediodía y me sacó a la fuerza para que lo viese. No estaba muy lejos de la casa, aunque no era fácil verlo al encontrarse en una pendiente. El cabrito estaba todo tieso al pie de un roble blanco que a ojo debía de levantar unos veinticinco metros del suelo. Se hallaba medio cubierto con palos y hojas, no le habían comido nada pero tenía destrozada la garganta.

Había muchas cosas por el lugar que me rechinaban un poco. Por ejemplo, por qué la pantera había escogido justamente el árbol más alto para esconder debajo los restos. Y cómo es que los palos y las hojas parecían haber sido apilados sobre el cabrito, en lugar de echados allí a zarpazos.

Dije: Tú no te has encontrado el cabrito aquí. Te lo has encontrado en otra parte y lo has traído hasta aquí porque es un árbol muy alto y sabías que no pensaba apostarme en uno que fuera pequeño.

No he hecho tal cosa, respondió.

Empezamos a discutir.

Al final Sam dijo: Vale, pues sí, lo he hecho. Lo he traído aquí desde un poco más allá. ¿Qué cambia eso? La pantera podrá olfatearlo desde allí.

Se le había ocurrido algo más. Llevaríamos la mamá cabra hasta el lugar y la ataríamos bajo el árbol, dijo. La dejaríamos allí toda la noche mientras nosotros aguardábamos en el árbol. La cabra balaría porque no querría estar allí con su cría muerta, y el ruido atraería a la pantera y podríamos dispararle.

Y si no atraerá a lobos o coyotes, dije. ¿No habías pensado en eso?

Pues no, reconoció, pero tendré que arriesgarme.

Examiné el árbol. No era un mal árbol el que Sam había escogido. Las ramas estaban bastante altas y eso ya era algo bueno. Las hojas habían cambiado de color y empezaban a caer pero había muchas entre las que ocultarse. El tronco era muy ancho. Me asustó un poco pensar cómo íbamos a defendernos de la pantera si esta se ponía a trepar por el tronco y nosotros estábamos allí arriba con solamente unas piedras y un rifle descargado con un cuchillo atado al extremo y una cuerda y una bala en una pistola cargada con mierda de murciélago. Aun así, no me apetecía que me llamaran cobarde por segunda vez. Casi podía ver la palabra en los labios de Sam.

Subiremos al árbol antes de que oscurezca, dijo. Venga, ayúdame a traer piedras.

No es que sea decir mucho, puesto que Sam no es de las que doblan demasiado el espinazo, pero aquel día trabajó de lo lindo. No paró de recoger piedras de todos los tamaños. Llenamos los cubos que usábamos para traer agua y otros dos que usábamos para dar de comer a los animales. Fue toda una hazaña llevar los cuatro cubos al árbol. Tuve que usar la cuerda para poder subir, tras lo cual Sam y yo nos empleamos a fondo para izar los cubos mediante la cuerda. Tiramos la lazada sobre un par de ramas para colgar de ahí los cubos de agua, pero nos las vimos para mantenerlos en equilibrio y evitar que volcasen e hiciesen caer todas las piedras. Sam se encargó de dirigir el trabajo y eso lo complicó todo aún más.

Descubrimos que la mamá cabra no andaba muy bien cuando fuimos a sacarla del corral. Tenía las ubres llenas a reventar y echaba de menos a sus cabritos. Nos vimos obligados a ordeñarla para que así encontrase alivio. Al menos eso nos sirvió para obtener buena leche. Le dio igual separarse de las otras cabras, y no le hizo demasiada gracia ver a su pequeño medio enterrado bajo un montoncito de palos y hojas, ni que la atásemos a su lado. Creo que no comprendía muy bien el estado en que el animalito se encontraba y que no le hiciese el menor caso. Aguardamos a que al fin se diese cuenta de lo que ocurría y armara un alboroto que llegase hasta la pantera, pero, muy al contrario, se quedó ahí plantada sin abrir la boca durante un buen rato. Aquello no era para nada normal. La habíamos atado junto a su cría y ella se había alejado de esta todo cuanto la soga le permitía, que era hasta el otro

lado del árbol. Se quejó un poquito y luego se quedó ahí pasmada y, como suele decirse, tesa como un garrote.

Dije: No parece que sirva de mucho.

Sam dijo: Ya verás que sí. Empezará a balar cuando oscurezca. Me da que tienes miedo y no quieres que la pantera venga.

Sería tan idiota como tú si quisiera que viniese, le contesté.

Antes de que cayese la noche nos acomodamos en el árbol. Las ramas eran muy anchas y macizas, lo que permitía tomar buen asiento, aunque era tal tortura por la corteza que no paré de pensar en lo que hubiera dado por que no estuviésemos allí, sino en un árbol indio todo pelado. Me figuraba que las bellotas serían un inconveniente, pues les gustaban mucho a los osos. Pero ¿qué problema suponían los osos, comparados con la pantera a la que esperábamos atraer?

Desde donde me encontraba podía ver tres viejos y enormes mezquites, a unos veinte metros, que se alzaban junto a un sendero sobre una antigua tumba comanche. Se decía que aquella era la tumba de un jefe indio al que habían enterrado unos años antes de mi nacimiento. Más de una vez la había saqueado la gente que pasaba por el sendero, así que yo solo llegué a ver algunos abalorios y amuletos y huesos que nadie quería y que yo no hubiera tocado ni por un millón de dólares en metálico, por miedo a la venganza, ya fuera por parte de los vivos o del mismo muerto. Tratándose de comanches, me temo que ambas posibilidades son igual de malas. Desde lo alto del árbol no alcanzaba a ver los huesos que asomaban de la tierra, pero sabía que estaban allí. Los había visto muchas veces. Para mí que eran los huesos de las piernas. Era raro que en todos esos años ni los coyotes ni las alimañas hubieran querido saber nada de esos huesos. Quizá las historias que había oído eran ciertas y los huesos estaban malditos.

Apareció la luna, que no daba más que una pizca de luz. Cuando se plantó sobre nosotros solo la veíamos a retazos, entre las nubes que se deslizaban por encima de las ramas. No lograba ver las estrellas, pues las nubes y las hojas lo impedían. Me senté, con la espalda contra el tronco y las piernas cabalgando una rama que tenía el ancho aproximado de una silla de montar, con la pistola preparada y el oído atento a la llegada de la pantera. Por la noche hizo más frío de lo que hubiera imaginado. El árbol hizo caer sobre mí un buen montón de hojas a lo largo de la noche. Sam y yo habíamos acordado no abrir la boca,

de modo que por una vez ella estaba callada. A veces la mamá cabra iba y venía atada a la soga y lanzaba un balido, pero más allá de eso estaba insólitamente silenciosa.

Creo que a Samantha le desquiciaba no poder hablar, cosa que para ella supuso una dura prueba. Estaba asustada, aunque no lo decía. Se había sentado en una rama en la otra punta del tronco respecto a mi posición, medio metro o así por encima de mí, donde no podía verla dado el lugar en que me encontraba. A mitad de la noche empezó a tirar bellotas desde su rama.

¿Qué haces?, le pregunté.

Quiero que la mamá cabra bale, me dijo. Sigue ahí abajo. No puedo oírla. Desde aquí no la veo.

¿Adónde te crees que puede haber ido?, le dije.

¿Por qué no hace ningún ruido?, me preguntó.

Harías tú algún ruido si fueras carnaza para una pantera, dije.

Aquello sirvió para que cerrase el pico durante un rato.

Por ahí se oía a los carroñeros, unos ruidosos grillos, a los coyotes intercambiando aullidos en las colinas, y a las lechuzas dar su opinión a gritos. Hubiera disfrutado más de la noche de haber podido estar seguro de que para mí no sería la última. Pensar en la pantera me aterraba.

Cuando el cielo comenzó a aclarar, y la mamá cabra a quejarse pidiendo que la ordeñaran, y las moscas empezaban ya a congregarse sobre el cadáver de la cabrita, dije: La pantera no va a venir. Es hora de irse.

Samantha contestó: No pienso irme justo ahora.

Me quedaré media hora, repuse, nada más. Estoy harto de estar aquí sentado sujetando la pistola para nada.

Pues déjame que la coja yo, dijo.

Acepté tan pésima idea. Le di la pistola y me acomodé de nuevo en mi rama para echar un sueñecito. Estaba a punto de quedarme dormido cuando Sam dijo: Alguien se acerca.

Aquello me despertó en un instante. Estábamos acostumbrados a que de vez en cuando apareciera gente por el camino, pero no tan a menudo como para que fuera algo habitual. Lo que vi nada más abrir los ojos fue a un tipo a caballo, y lo que primero vi fue al caballo. Era un caballo pinto, negro con manchas blancas, un *mustang*, a juzgar por su aspecto, pero más alto de lo

normal, como de unos quince palmos de alto, y me llamó la atención lo extraordinario que era aquel animal. Tenía algo especial. Un aire de libertad. Tanto era así que daba la impresión de que no llevaba a nadie montado encima, sino que más bien había salido por su cuenta a dar un paseo matinal. No tenía freno; solo los arreos. Aquella suavidad con la que avanzaba por el camino, siendo además demasiado temprano como para que proyectase alguna sombra, constituía una visión que atraía poderosamente mi atención. Tuve que aguantar la respiración antes de poder apartar la mirada del caballo y dirigirla al jinete.

Cuando desvié los ojos del caballo y miré al hombre, vi que se trataba de un mexicano. Estaba muy bien vestido, con camisa de lino y pantalones bonitos, además de un buen par de botas que le llegaban hasta la rodilla. No parecía ningún jovencito. Las botas y el sombrero eran negros, y su cabello gris, casi blanco. Lo tenía un poco largo. Su atuendo en conjunto era blanco y negro, de manera que hacía juego con su caballo pinto como nunca antes había visto hacerlo a animal y hombre alguno, y tampoco después. El hombre viajaba ligero de equipaje, pues tan solo llevaba un par de alforjas y un bolsón.

Sam dijo: ¿Quién podrá ser?

Le dije que guardase silencio y que se acercara hasta donde yo pudiera verla. El hombre entonaba una canción cuya letra no alcancé a escuchar. Vimos que observó a la mamá cabra atada al árbol pero no le prestó especial atención. No nos vio, pues estábamos escondidos entre las ramas. Se acercó a la tumba del antiguo jefe indio, se detuvo, desmontó, se quedó un rato junto a la tumba y escarbó un poco con la bota. Pensé que quizá se le estaba pasando por la cabeza saquearla, además de lo que pudiera llevarse de allí. No había nada salvo viejos abalorios y huesos. Soltó las riendas y se quedó ahí plantado, junto a su caballo, y ambos miraron la tumba con lo que a mi entender era una postura desdeñosa. Pensé que era un buen truco ese de lograr que el caballo hiciera lo que el hombre hacía. Tanto la crin como la cola tenían una mezcla de blanco y negro, a semejanza del cabello gris del hombre. Al cabo de un minuto el hombre comenzó a hablar, dirigiéndose a la tumba en un tono bastante áspero, como si estuviera discutiendo con el jefe indio. Alcancé a oírlo muy bien, aunque no entendía lo que decía, pues hablaba en español. Así prosiguió durante un buen rato, y fue la discusión más larga que

jamás pensé que individuo alguno pudiera tener con un puñado de huesos.

El sol no había tardado en ascender, y la luz rompía por entre el macizo de enormes mezquites que se alzaban sobre la tumba. Sam y yo teníamos que entornar los ojos para poder ver algo, puesto que mirábamos directamente hacia la luz.

Supongo que el mexicano se hubiera quedado todavía más rato con el viejo jefe indio de no ser porque el caballo pinto se puso de pronto a bufar y a patear el suelo, mirando en la dirección hacia la que ambos se habían encaminado antes de detenerse.

Y ¿qué le parece? Por ahí venía un *sesesh*, llevando de las riendas un camello viejo y decrepito y escoltando a una mujer que tenía las manos atadas a la espalda. Era raro ver pasar viajeros por aquel camino, como ya he dicho antes, y todavía lo es, de modo que puede imaginar mi sorpresa al ver en una sola mañana un grupo tan heterogéneo como aquel: un mexicano, un *sesesh* y una mujer cautiva, y junto a ellos un precioso pinto y un camello que no dejaba de protestar. Ya había visto antes algún otro camello del Ejército, pero no como aquel pobre viejo animal doblemente jorobado.

El mexicano se quedó donde estaba y esperó. El camello se desplazaba lentamente, aunque no transportaba ninguna carga. Hacía un montón de ruidos desagradables y supuse que o le dolía algo o era así de quisquilloso y no había forma de llevarse bien con él. El *sesesh* le tironeaba insistentemente de la cuerda. Se colocó detrás del camello y lo pinchó con un palo y le golpeó los costados con él y no hacía más que impacientarse, llamándolo cosas que no me parece bien repetir en un informe oficial como el que estoy haciendo. Pero ya le digo que las palabras que usaba eran muy groseras. Pinchó a la mujer con el mismo palo con el que había pinchado al camello. Ella pareció tomárselo mejor de lo que hubiera pensado que una mujer se tomaría semejante trato. Causaba lástima ver a aquel *sesesh* empujando e insultando a un camello hecho polvo y a una fornida cautiva. La mujer tenía el vestido desgarrado y un aspecto de lo más lamentable, por decirlo suavemente. Por mi parte prefería no pensar qué pretendía hacer aquel hombre con ella.

Cuando el *sesesh* llegó a la altura del mexicano le dijo: ¿Qué hace un moreno como tú con un caballo como ese?

El mexicano contestó: Lo que hago es estar aquí de pie junto a este caballo.

Su inglés era muy bueno.

Me apuesto lo que sea a que es robado, dijo el *sesesh*.

El mexicano se mostró de acuerdo y dijo que quizá se trataba del caballo más robado a este lado de Río Grande. Aun así, él no lo había robado, dijo. Había comprado el caballo en el condado de Gillespie.

El *sesesh* se quitó el sombrero para limpiarse el sudor de la cara y fue entonces cuando pude verlo bien. El ojo caído fue lo primero que lo delató. El pulso se me aceleró en cuanto lo vi. En aquel tiempo aún no sabía cómo se llamaba aquel tipo, como usted bien dijo, pero lo había visto robando de los bolsillos de los pobres ahorcados del Julian, y le puedo asegurar que sí reconocí su cara.

Escupió en el suelo. ¿Eres texano o mexicano?, le preguntó al mexicano.

Soy texano, dijo el mexicano.

Muy bien, pues a menos que hayas sido exonerado del Ejército te llevaré a Camp Verde y me encargaré de que te aliste el comandante, le informó el *sesesh*.

Hago zapatos y estoy exento, dijo el mexicano.

Y una mierda lo estás. A ver, déjame tus papeles.

El mexicano se dirigió hacia sus alforjas. Mientras se ocupaba de buscar los papeles, eché un vistazo a la mujer. Estaba de pie, un poco por detrás del *sesesh*, que se trataba de Clarence Hanlin, como luego supe que se llamaba. Algo le pasaba a la mujer. Por su postura parecía bastante fastidiada, y escupía como un hombre. Tenía un trapo atado a la cabeza.

Clarence Hanlin echó una mirada a nuestra mamá cabra con intención de llevársela. Tenía las ubres llenas y coceaba el suelo, nerviosa.

Con un gesto le indiqué a Sam que me diese la pistola. Es justo reconocer que intentó pasármela, pero me veía incapaz de alcanzarla si antes no hacía apoyo con el pie, y un ruido tal nos habría delatado. Así que abandonamos los esfuerzos y la pistola permaneció en sus manos, cosa que después acabé deseando que no hubiera ocurrido.

Al pinto del mexicano no le gustaba la compañía. Creo que odiaba descaradamente al camello. Tenía las orejas echadas hacia atrás y mostraba los dientes, pero no intentó escapar pese a que tenía las riendas sueltas.

Clarence Hanlin echó un vistazo a los papeles que el mexicano le dio. No

creo que entendiera lo que decían, pues leerlos le llevó más tiempo del que le hubiera llevado a cualquiera que de veras supiera leer.

En medio de aquella pausa vi qué era lo que tantas molestias le producía al camello. Tenía una buena cantidad de heridas. Es bastante rara la manera en que los camellos doblan las rodillas, y este en particular lo hacía de una forma que a mi modo de ver sugería su intención de tumbarse. Una de sus jorobas estaba del revés. Llevaba un mocasín en una pezuña. Tenía pelo a trozos, como si lo hubieran rapado. Incluso desde donde estaba me llegaba su olor. Aquella era la primera vez que estaba tan cerca de un camello y me sorprendió lo mucho que apestaba.

Clarence Hanlin le devolvió los papeles al mexicano maldiciendo su estampa, cosa que no pareció molestar al mexicano, y luego le dijo que se pusiera en marcha. El mexicano montó su pinto y siguió su camino. No parecía tener prisa. Había un atajo en la maleza que descendía hacia el arroyo, y el mexicano lo tomó y se perdió de vista.

Clarence Hanlin comenzó entonces a golpear al camello en un intento de hacerle andar. Sin embargo, al camello se le había metido en la cabeza que ya había caminado suficiente para todo el día, y por el aspecto que tenía quizá para toda su vida. Gargajeó hasta dejarse la garganta, y le escupió la baba a Hanlin, y le soltó un berrido y protestó ruidosamente mientras la cautiva observaba la escena. El camello se negaba a seguir adelante, por más que Hanlin le estuviera dando una buena tunda. La irritación del camello fue en aumento, hasta que giró en redondo la cabeza y atrapó con la boca el brazo de Hanlin con tan férreo apretón que lo levantó en volandas y lo lanzó por los aires. Aquello enfadó todavía más a Hanlin, como puede usted suponer. Dio un grito que hubiera podido asustar a cualquier criatura situada en la vecindad. Maldijo y le pegó una patada en el pecho al camello. El camello soltó unos ruidos como si gruñese y eructase al mismo tiempo, similares a los de un viejo que se aclarase la garganta. La tenían bien montada, pero el camello no parecía ponerle demasiadas ganas a la pelea. Daba la impresión de estar hasta las narices de todo, incluyendo su propia vida. No parecía tener la menor intención de ganar aquella tremenda reyerta; más bien era como si se limitase a dejar patente el malestar que toda esa situación le producía: haber venido desde tan lejos, contra su propia voluntad, seguramente en el estrecho habitáculo de un barco, para recibir tan severo trato en una tierra extranjera.

Sam no es una blandengue, pero le tiene aversión a la maldad, y empezó a ponerse nerviosa al ver aquel trato tan cruel ante sus ojos. Temí que nos delatase. Me metí el puño en la boca para hacerle ver que debía mantener la suya cerrada, pero no me miró, pues no se ocupaba de otra cosa que de enrojecer hasta las orejas, al menos hasta donde una medio negra puede enrojecer.

Tras un rato largo de recibir palos y lanzar mordiscos y patadas y un buen montón de alaridos y de horribles gruñidos, el camello dobló las rodillas delanteras y se balanceó hacia delante, y se balanceó hacia atrás, y las patas traseras se combaron y allí se quedó sin más, con las patas recogidas bajo el cuerpo y la cabeza erguida, aunque no mucho. Se hubiera dicho que quería echarse sobre un costado y acabar con todo de una vez.

Sin embargo, daba la impresión de que para Clarence Hanlin aquello no había hecho más que empezar. Estaba furioso. Pensé que la prisionera diría algo, pero qué iba ella a decir. Tenía las manos atadas. Además, debió de ser entonces cuando reparé en que no se trataba de ninguna mujer, sino de un hombre ataviado con un vestido. En cualquier caso, no es que tuviera mucho tiempo para reflexionar sobre aquello, pues las cosas estaban sucediendo demasiado rápido. Hanlin se alejó unos cuantos pasos y entonces se volvió por sorpresa para que el animal no lo mordiese, y dio al camello un par de golpes y le ensartó un enorme puñal en la joroba que no tenía torcida. Lo ensartó con tanta fuerza que allí se quedó clavado el puñal. El camello dejó escapar un horrible berrido. Hanlin no podía acercarse lo suficiente como para recuperar su cuchillo sin recibir un mordisco, de modo que intentó arrancarlo de la joroba del camello con una rama que cogió del suelo. No dejó de soltar palabrotas en todo aquel rato.

Fue más o menos entonces cuando Sam se sintió incapaz de soportar aquel lamentable comportamiento y gritó: ¡Basta ya! Creo que quiso gritar con más fuerza pero debió de pensárselo mejor, pues el ruido que produjo fue bastante penoso.

Clarence Hanlin miró a su alrededor para ver de dónde había venido aquel sonido. Sus ojos se detuvieron en la mamá cabra. Imagino que pensó que había sido ella quien había lanzado el grito. Supongo que lo siguiente que pensó fue que ya iba siendo hora de desayunar, pues cuando al fin logró sacarle el cuchillo de la joroba al camello mediante otro par de barridos se acercó a la

mamá cabra con él.

Sam dejó escapar un grito con todas sus fuerzas. ¡No toques mi cabra o te pegaré un tiro!, dijo.

El hombre se detuvo al escucharla. ¿Quién anda ahí?, preguntó.

Sam gritó: ¡Hemos visto lo que has hecho! ¡Eres un maldito hijo de puta y si tocas a mi cabra te pegaré un tiro! ¡Estoy armada hasta los dientes con una pistola!

Entonces nos vio y caminó hacia la mamá cabra. Era evidente su propósito de llevársela. Comencé a arrojarle las piedras de nuestros cubos, que estaban llenos de ellas. Se hizo a un lado para esquivar las piedras y se puso el cuchillo en el cinto y sacó su pistola, y nos apuntó a Sam y a mí, primero a uno y luego al otro, y viceversa. La situación en la que nos encontrábamos era muy peligrosa. Pensé en saltar desde el árbol y salir corriendo, pero la rama en la que me encontraba era muy alta y mucho me temía que me rompería una pierna si lo hacía, y ¿adónde me habría llevado aquello? A estar en el suelo con una pierna rota y con el hombre de la pistola apuntándome a la cabeza, ahí mismo. Además, era incapaz de dejar a Sam en un árbol cuando lo único que tenía era una pistola cargada con mierda de murciélago, aunque me sentía con todo el derecho a dejarla allí si decidía hacerlo, pues ella era la causa de nuestros problemas de principio a fin. Ni siquiera habríamos estado en aquel árbol de no ser por ella.

Diré algo acerca de Clarence Hanlin. No le faltaba juicio. Yo me estaba esperando que disparase a ciegas, pero actuó con algo de prudencia y se acercó bastante despacio, porque a saber qué clase de muchachos podían tener el cuajo de plantarle cara a un adulto. Además, se veía obligado a esquivar las piedras que yo le lanzaba tan rápido como podía. Con todo, no lo tenía a tiro a causa de la cantidad de ramas que me obstaculizaban.

Creo que supe que Sam iba a apretar el gatillo antes incluso de que lo hiciera, pues era muy propio de ella. En cualquier caso, no imaginé que lo haría tan aprisa como lo hizo. Tanto yo como Clarence Hanlin nos vimos sorprendidos cuando detonó la pistola. De un minuto al otro, pasé de lanzarle piedras a abrir la boca del asombro que me produjo ver a Clarence Hanlin dando aquellos rabiosos gritos. La pistola se le escapó de las manos. Levantó una mano en el aire y le salió volando un dedo en una dirección distinta de la de la pistola. Donde antes había una mano apuntando con una pistola, ahora

había tres cosas distintas: la mano, la pistola y el dedo, tirando cada uno por su lado.

¡Me has disparado, puta, me has disparado!, gritó.

Como si ella no se hubiera dado cuenta.

Sam me gritó: ¡Mira si podía haberla matado! ¡Podía haberle disparado en toda la cara!

Pensé que se refería a Clarence Hanlin pero entonces entendí que hablaba otra vez de la pantera y que intentaba decirme que podía haberla matado la noche anterior, de no haber dudado yo de la pólvora y de no haberle impedido disparar.

Pensé: Ahora sí que se acabó. Podemos darnos por muertos. Estamos atrapados en este árbol y ese hombre va a dispararnos tan pronto recoja su arma; de eso no me cabe la menor duda. De modo que actué de inmediato. Vi dónde había caído tras salir volando la pistola de Clarence Hanlin. Vi que él todavía no la buscaba. Agarré un cuchillo y bajé del árbol tan rápido como pude y cogí la pistola del suelo.

Al principio Hanlin apenas reparó en mí, al estar encorvado, tratando de comprender qué le había pasado a su dedo. Pues estaba ahí tirado, en el barro. Parecía no saber si recogerlo o gritarle a Sam por lo que había hecho. La sangre manaba hacia todas partes. Hanlin estaba cubierto de sangre de arriba abajo. No dejaba de chillar: Tú, puta. Se quedó ahí plantado sobre su dedo y chillaba: ¡Me has volado el dedo de un tiro!

Sam gritó: ¡Y como te acerques volveré a dispararte!

Hanlin ignoraba que Sam había gastado ya tanto la pólvora como la única bala que tenía, de modo que le dio cierto crédito a aquel farol.

Y entonces el hombre ataviado con el vestido llegó corriendo hasta mí. Me dijo: Suéltame las manos. Se puso de espaldas para que pudiera hacerlo. Me figuré que estaba de nuestro lado, así que hice lo que me dijo. Tan pronto obedecí, el tipo me arrebató el cuchillo de las manos y forcejeó conmigo para hacerse con la pistola. Se me ocurrió que lo que quería era usarla para poder escapar solo.

Y entonces también llegó Clarence Hanlin, todo ensangrentado, arrojándose sobre nosotros y lanzándonos contra el suelo. Me dio un buen golpe en la cabeza. No sé lo que le hizo al hombre del vestido, pero recuperó la pistola pese a que solo podía hacer uso de una mano, dado que en la otra le

faltaba un dedo. Nos puso perdidos de sangre al hombre del vestido y a mí. Quién iba a pensar que de una mano pudiera chorrear tanta sangre. Yo no. Lo que sí sé es que Hanlin se hizo con la pistola. No parecía tener claro con qué mano sujetarla, pues la derecha carecía de los dedos habituales. No paraba de pasarse la pistola de una mano a otra. No parecía estar muy en sus cabales. Retrocedió y nos apuntó al hombre del vestido y a mí y nos dijo que nos levantásemos y pusiésemos las manos en alto. Así hicimos.

Con gran esfuerzo, Sam comenzó a moverse por el árbol para subir un poco más arriba, y al hacerlo golpeó el cubo donde teníamos las piedras y lo hizo caer de las ramas. La mamá cabra se puso como loca al recibir todos aquellos pedruscos encima. Empezó a balar toda desquiciada y estuvo a punto de romperse el cuello al tirar de la soga, después de toda una noche sin emitir ruido alguno cuando más hubiéramos necesitado que lo hiciera. Si se hubiera tomado la molestia de balar así por la noche posiblemente habríamos tenido la suerte de pelear con una pantera en vez de con Clarence Hanlin.

Sam gritó: ¡Te pegaré un tiro como le dispares a mi hermano!

Aquello sonó realmente amenazador, pues ¿cómo iba él a saber que Sam ya había gastado su única bala? Con todo, él no estaba de humor para preocuparse por amenaza alguna. Lo que intentaba era sujetar bien la pistola. Supuse que me dispararía en la cabeza. No es que me importase mucho lo que pretendiera hacer con el hombre del vestido. Usted me pidió sinceridad. De no ser por el hombre del vestido habrían cambiado las tornas, pues yo hubiera seguido en posesión de la pistola.

El hombre del vestido y yo nos quedamos inmóviles, con las manos sobre la cabeza, como criminales. El camello hacía un montón de ruidos guturales y no se levantó de donde estaba. La mamá cabra estaba enredada en la soga y no paraba de balar. Sam estaba oculta entre las ramas y daba la impresión, por completo errónea, de que su pistola era un revólver de seis balas y que tenía todavía carga para dar y tomar.

Creo que Hanlin estaba asustado. Era el único de los allí presentes que tenía las de ganar, dadas las circunstancias, pero se encontraba tan débil que le fallaban las piernas. Seguía chorreando sangre. No parecía saber cómo actuar con solo nueve dedos y continuaba berreando por el que había en el suelo.

Sam le gritó: ¡Cógelo si tanto lo echas de menos!

Él gritó: ¡Maldita puta, voy a matarte!

Ella dijo: No puedes verme pero te tengo a tiro. ¡Muévete un centímetro y estás muerto! Ya has visto lo que le he hecho a tu dedo.

Hanlin le chilló: ¡Estás ayudando y protegiendo a un yanqui desertor! ¡Crees que debajo de ese vestido hay una mujer, pero es un yanqui que escapó del cañón!

Ya me he dado cuenta de que no es ninguna mujer, dijo Sam.

¡Tres de ellos les robaron los vestidos a las cocineras!, dijo Hanlin. No hemos pillado a los otros. A este me lo tengo que llevar. ¡Estás ayudando al bando equivocado!

Aquello no engañó a Sam. ¡Creo que debería darte una de las pildoritas que tengo en la pistola!, exclamó.

Estaban en tablas, y así hubieran seguido de no haberse partido la rama en la que Sam se encontraba y haberla hecho caer a la que tenía debajo. Se agarró a ella pero al hacerlo tuvo que soltar mi pistola. Esta cayó y aterrizó bajo el árbol. Juro que en aquel momento se me paró el corazón. Pensé: Ahora sí que se ha acabado. Los tres somos ya cadáveres.

Clarence Hanlin debió de llegar a la misma conclusión. Tenía una sonrisa en la cara pese a lo grogui que parecía. Dijo: Vaya, vaya. No olvidaré la manera en que lo dijo, con tan repugnante satisfacción. Dio unos pasos y recogió la pistola y la miró un momento y dijo: Intentabas pegármela.

Sam no respondió.

Pensé en lanzarme a la carrera contra Hanlin. El yanqui del vestido tuvo la misma idea, creo, porque me echó una mirada. Pero no era algo factible. Hanlin nos dispararía antes siquiera de habernos acercado a él. No había nada que hacer salvo esperar a ver lo que él hacía. Pareció valorar sus opciones. Fue un momento horrible el que pasamos esperando a que decidiese si nos pegaba un tiro y a quién dispararía primero. Casi que tiemblo y todo al recordar aquel momento. Me imaginaba a Sam recibiendo un disparo y cayendo del árbol como una alimaña.

Dije: Hemos empezado con mal pie pero puedo explicarlo.

Hanlin dijo: Esa niña me ha volado el dedo de un tiro.

Dije: Siento que lo haya hecho; es que tiene muy mal carácter.

Hanlin se puso a escupir en el suelo.

No alcanzábamos a ver a Sam en el árbol, pero sí la escuchamos. Dijo: Lo

siento.

Baja de ahí o te bajo yo de un tiro, gritó Hanlin, y con la rapidez del relámpago disparó a las ramas.

No tengo claro si pretendía alcanzar a Sam, ni lo que hubiera ocurrido después. Eso es lo de menos a causa de un suceso inesperado, que fue el regreso del mexicano. Apareció tras el macizo de mezquites, con la pistola preparada. Yo lo vi y vi que el yanqui vestido de mujer lo había visto también, aunque ninguno de los dos dijimos nada.

El mexicano se movía con rapidez. No iba acompañado de su pinto, sino que marchaba a pie. De una carrera apareció súbitamente tras Clarence Hanlin y dijo: Suelta la pistola, gringo, y levanta las manos sobre tu cabeza. Si te das la vuelta morirás.

Clarence Hanlin se quedó inmóvil. Tras pensarlo, soltó su pistola, y la mía también, y alzó las manos sobre la cabeza. La mano a la que le faltaba un dedo era horrible y daba cosa verla. El mexicano lo rodeó y recogió las pistolas del suelo. No puedo decirle palabra por palabra lo que dijo, dado que su inglés era perfecto y el mío no. Le preguntó al yanqui hacia dónde tenía pensado dirigirse.

El yanqui le dijo que esperaba llegar a México.

No llegarás allí vestido así, observó el mexicano.

Le dijo a Sam: Eh, «ameega», la del árbol, cierra los ojos.

Ella preguntó: ¿Por qué había de hacerlo?

Él dijo: Porque hay dos hombres a punto de desnudarse.

Ella respondió: Vale, entonces lo haré.

El mexicano le dijo a Clarence Hanlin que soltase el cuchillo y se quitase las botas y los pantalones y la chaqueta.

Hanlin gritó: ¡No le voy a dar mi ropa a un yanqui, si eso es lo que esperas!

Pero solo tiene el vestido, dijo el mexicano. Nunca llegará a México si lleva puesto un vestido. Le irá mejor si se pone tu ropa.

No puedo decirle qué más se dijeron, pues me encontraba algo inquieto y no podía prestar toda mi atención. Lo que sí recuerdo es que el mexicano se mostró muy educado. Clarence Hanlin, por el contrario, estaba fastidiado y enfadado. Claro que el mexicano tenía todas las pistolas, así que Hanlin hizo

lo que le ordenó. Se quitó las botas. No le resultó sencillo hacerlo por culpa del problema con su dedo, o debería decir la ausencia de dedo. No dejó de proferir maldiciones por el dolor que aquello le causaba. Intercambiaron unas palabras. Hanlin se puso el vestido. Se ató la mano con el trapo que el yanqui llevaba en la cabeza. Por su aspecto parecía a punto de desmayarse. Le castañeteaban los dientes y sudaba a mares. Lo único que se quedó de sus pertenencias fue un rollo de tabaco que sacó como pudo de la chaqueta. Estaba empapado de sangre, y me daba verdaderas náuseas el mero hecho de saber que se lo quedaba.

El yanqui no parecía muy agradecido por tener un uniforme *sesesh* que le quedaba pequeño y que estaba lleno de sangre. Pero los pobres no pueden elegir. Una vez vestido con el uniforme, el mexicano le dijo que cogiese el cuchillo de Hanlin y se pusiese en marcha. El yanqui obedeció sin quejarse. Enfiló sus pasos hacia el atajo que descendía hasta el arroyo.

El mexicano le dijo: No tan rápido, «ombrey». Mi caballo está allí.

El yanqui le respondió que no iba a robarle el caballo a un hombre que le había salvado la vida.

A ninguno nos pareció que estuviera diciendo la verdad. El mexicano le hizo marchar en otra dirección. No es más que un pequeño rodeo en tu camino a México, le dijo. Una piedrecita en el camino.

Y así, el hombre se alejó. Lo hizo muy rápido.

El mexicano le dijo a Sam que podía abrir los ojos. Le dijo a Clarence Hanlin que no podía dejarlo en libertad, pues era bastante probable que regresara para vengarse de en los «neenyos», refiriéndose con ello a Sam y a mí.

Clarence Hanlin dijo: Maldito mexicano.

El mexicano sacudió la cabeza. Se quitó el sombrero y le sacudió el polvo. Dijo que costaba lo suyo asustarse de un hombre cuyo dedo yacía en el suelo a sus pies. Tendrás que quedarte con nosotros, dijo. Porque no nos queda más remedio. Si te dejamos marchar, volverás.

Hanlin dijo: Tengo que ocuparme de mi herida. No puedes dejarme aquí. Soy un soldado. Pensarán que he desertado. No puedo ausentarme mucho tiempo.

El mexicano dijo: Si te disparo, estarás ausente mucho más.

Sam seguía en el árbol. No quiero que ande cerca, dijo. Que se largue de

aquí.

Dije: Volverá como volvió la pantera.

Hanlin dijo: No voy a ir a ninguna parte vestido así.

El mexicano le dijo que no imaginaba que un hombre pudiera ir por ahí sin ropa. Se acercó a echarle un vistazo al camello. El animal daba pena, tirado sobre su costado con las heridas llenas de moscas. Babeaba y profería ruidos, aunque con menos fuerza que antes. Me pregunté si iba a sobrevivir, pero aquella pregunta dejó de tener sentido, pues el mexicano le pegó un tiro.

Querido juez:

Espero que recibiese mi último informe. Me lo pasé muy bien en Comfort el día en que fui a enviarlo. Cuando llegué, el señor Hildebrand no estaba en su oficina ni en la tienda, así que esperé paseando por la ciudad y vi a algunos conocidos. No sé si conoce a la señora Ottenhoff. Me topé con ella en la calle y me pidió que le hiciese una silla que fuera bonita. Se hace mayor y ya va siendo hora de que descanse un poco. Es alemana y no habla mucho inglés, pero al final pudimos entendernos. Le dije que no sé hacer cojines pero que soy un buen carpintero. Me preguntó a qué dedica Samantha su tiempo y por qué no hace ella los cojines, pues eso nos proporcionaría algún dinero para vivir. Le dije que tomaría el tiempo de transmitirle la idea a Samantha. De todos modos, y entre nosotros, no servirá de nada. Sam no va a coser ni a hacer nada más de lo que deba hacer. No es de mucha ayuda. Solo espera crecer lo suficiente para marcharse a otra parte e ir adonde le venga en gana, puesto que nadie puede confundirla ya con una esclava, porque ya no existe tal cosa. No sé de qué manera se va a ganar la vida, con lo poco que le gusta a ella el trabajo. Y tampoco se me ocurre que alguien vaya a casarse con ella. No es agradable mirarla ni estar a su lado. No viste otra cosa que mi ropa, que le viene grande, y una cuerda a guisa de cinturón, y no se pone ni gorritos ni sombreros, y prefiere ir descalza. Cuando hace frío se pone mis botas viejas o se apropia de las que ahora calzo si no estoy atento. Estoy acostumbrado a ella y aun así día tras día encuentra la manera de irritarme.

El señor Hildebrand y yo charlamos un buen rato. Es un librepensador y no adopta idea alguna que no pueda ser demostrada. No cree en un dios todopoderoso a causa de las escasas pruebas que hay de su existencia. Entre otras cosas, el señor Hildebrand me dijo que soy un joven muy afortunado por tener amistad con una persona de su talla, refiriéndose a usted, pues es sabido que es un juez honesto y una buena persona. Dijo que en el gobierno de Austin hay un buen montón de idiotas. Esas fueron sus palabras exactas. Me dijo que podía contarle que lo había dicho. Pese a que es sabido que es usted unionista,

dijo que nadie en su sano juicio, independientemente de sus creencias, debería presentarse contra usted en las próximas elecciones, pues es usted muy querido y quien lo hiciera solo conseguiría perder el tiempo, y hoy día nadie tiene tanto tiempo como para echarlo a perder, pues todos tenemos trabajo que hacer. Me gustó mucho oírle decir tantas buenas cosas sobre usted.

Le dije que lamentaba no haber recibido otra carta suya. Él, sin embargo, me dijo que era comprensible, pues está usted a mucha distancia. Me mostró un mapa de los condados que está usted visitando y de la ruta sobre la que hace tiempo le puso usted al corriente. También coincidimos en que podría encontrarse toda clase de problemas con indios y ladrones, por no mencionar los peligros habituales. Espero, señor, que esté usted bien.

A propósito de los indios, le diré que tengo buenas noticias que darle. Probablemente recuerde, pues aquello fue muy nombrado, lo que le ocurrió a la familia Gilmore el año pasado, cuando la señora Gilmore y su hija salieron en su calesa para visitar a unos amigos y recoger el correo y las atacaron los indios. Si no ha oído hablar de ello, lamento decirle que no acabaron bien. El fiel caballo volvió a casa arrastrando la calesa con la madre y la niña dentro, aunque estaban muertas. La madre tenía el cuello rajado de oreja a oreja, y a la niña le habían arrancado la cabellera. La familia supuso que los indios se la habían quedado, pero tras mirar mejor en la calesa la vieron bajo el asiento. Debió de resultar horrible ver aquello. Con todo, recientemente ha habido buenas noticias, y es que el señor Gilmore por fin se ha vengado un poco. Encontró huellas de indios y las siguió y se topó con tres indios que tomaban un descanso lejos de sus monturas, y los despachó. Poco importaba que los indios a los que mató pudieran no ser los mismos que asesinaron a su esposa y su hija; para él lo mismo daba. Su intención es reunir a más hombres y salir a la caza de indios, pues ese es su principal propósito en esta vida que lleva ahora. Probablemente no debería estar contándole esto, pues usted es juez y el Tío Sam ha prohibido a la gente que se levante en armas, a causa de los problemas que tuvieron lugar cuando la gente hizo eso mismo antes. Así que dejemos el tema.

En este informe verá que sigo desde donde lo dejé. Me ha resultado bastante enjundioso escribir y retomar lo escrito durante cinco días, pues me ponía a ello antes del amanecer y también después de que oscureciera, encajado en una mesita, y escribía con una pluma que casi se ha consumido.

Sam no ha parado de darme la tabarra para que le leyese lo que estaba escribiendo. A ella no se le da bien leer. No me he parado a enseñarle. ¿Qué ha hecho ella por mí? Si le leyera mi informe no le gustarían algunas de las cosas que he escrito sobre ella. Las negaría todas y nos pelearíamos y luego saldría diciendo que me ha ganado. Es muy desagradable lidiar con ella. Pero bueno, esto nada tiene que ver con el tema en cuestión.

Espero que disfrute de sus viajes y que administre justicia a mucha gente. Mañana le enviaré este informe y posteriormente escribiré más. Podría hacerlo más rápido con una estilográfica. Pero solo tengo plumas.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

A Clarence Hanlin daba pena mirarlo, allí, bajo el enorme roble, y ya vestido con aquella ropa de mujer a la que le faltaban los botones por el desgaste que había sufrido después de que dos hombres se lo hubieran puesto. Ni se creería toda la sangre que salió de su dedo. Era como los panes y los peces. No paraba de intentar restañarla con un trapo. Probó a poner la mano en alto y apretar el dedo. Pero aquello solo sirvió para que la sangre le chorrease por todo el brazo. Me asombraba que aún le quedase algo. Al apretarse no dejaba de aullar, pues le dolía muchísimo. Salvo por los calcetines, estaba descalzo. Tenía el rollo de tabaco todo empapado en un bolsillo del vestido, pero ¿quién iba a querer aquello? No intentó ni recoger su dedo suelto del barro, aunque yo pensé que lo haría, pues bien que lo miraba. Dijo «maldita sea» un montón de veces.

El mexicano le dijo a Sam que bajase del árbol, y ella obedeció. Cuando Clarence Hanlin vio su rostro, gritó: Maldición, si es una maldita bruja. Mirad su cara.

El mexicano echó un buen vistazo a su rostro. Tenía una expresión muy seria. Dijo: No es una bruja; la ha dejado marcada un felino.

Sam no le hizo ni caso a Hanlin, pues tenía su orgullo. Deshizo el nudo de la mamá cabra y se la llevó hacia la casa, como si nada hubiera pasado. Creo que la mamá cabra estaba feliz de alejarse de aquel lugar, pues las moscas

iban tras sus tetillas y la cría apestaba al estar muerta.

Le pregunté al mexicano: ¿Qué quiere usted que haga?

Dijo: ¿Quién es la chica?

Reconocí que era mi hermanastra.

Me preguntó si se dirigía a nuestra casa.

Le dije que sí, que estaba algo más allá y que marchaba en esa dirección.

Dijo que Clarence Hanlin y yo la siguiéramos. Eso hicimos. El mexicano nos siguió con las pistolas. Cuando llegamos a la casa, Sam había llevado la mamá cabra al redil y no se volvió a mirarnos. Creo que se sentía mal por todo el jaleo que había montado Hanlin a causa del aspecto de Sam, aunque evitaba que nos diésemos cuenta. Era consciente de que su rostro no era el más agraciado, pero una cosa es saber algo así y vivir con ello, y otra muy distinta que a causa de ello se burle de ti gente como Clarence Hanlin.

El mexicano nos dijo a Hanlin y a mí que entrásemos en la casa, y él entró después de nosotros. Todo el tiempo apuntaba a Hanlin con la pistola. Se quitó el sombrero al entrar. Hanlin no tenía sombrero, pues se lo había llevado el prisionero.

Ya no recordaba lo poco presentable que estaba la casa y solo me di cuenta de ello al ponerme en el lugar de Hanlin y el mexicano. Además olía fatal. Teníamos los cacharros abollados y sucios. No puedo ni imaginar lo que hubiera dicho Juda de los bichos y demás. Había excrementos de rata por todas partes. Había excrementos de cerdo por el suelo y excrementos de gallina sobre la cama. Había una plaga de escorpiones y pensé que Hanlin podía pisar alguno, descalzo como iba salvo por los calcetines. Pero bueno, qué me importaba eso a mí.

Le dije al mexicano: Lamento las condiciones en las que nos han encontrado. No hemos limpiado en un tiempo.

Preguntó dónde estaba nuestra gente.

Le dije que habían fallecido.

Clarence Hanlin dijo: Maldición, esto es una pocilga.

El mexicano le dijo que se sentase. Hanlin obedeció mientras sostenía su mano herida envuelta en el trapo. Dijo: Creo que me voy a caer redondo.

La verdad es que parecía medio ido. Estaba pálido y se le entrechocaban los dientes, aunque la temperatura ya había subido bastante y el aire no traía

demasiado frío.

El mexicano me pidió que cogiese un cubo de agua.

Le dije que no había más cubos, pues todos los teníamos en el árbol y la mayoría de ellos llenos de piedras.

Me preguntó qué pensábamos hacer con unas piedras en un árbol.

Le dije que eran para lanzárselas a una pantera a la que estábamos incitando a venir.

Me pidió que llenásemos el cántaro.

Fui al arroyo y así lo hice. Cuando regresé, el mexicano me dio mi pistola, en cuyo interior no había nada de plomo. Me dio la pistola de Clarence Hanlin, que estaba cargada. Era un Colt del cuarenta y cuatro con capacidad para seis balas. Me dijo cómo usarlo. Como solo tenía catorce años y mis manos no estaban totalmente formadas, me costaba llegar al percutor. Me dio instrucciones para que apuntase a la cabeza de Hanlin y le disparase si hacía algún movimiento que no debiera.

Le pregunté si de veras tenía que dispararle, y el mexicano dijo que sí. Dije: ¿Y qué pasa si fallo o no lo mato?

Dijo: Amartillas la pistola otra vez. Y otra vez a apretar el gatillo.

Dije: Bien, de acuerdo.

El mexicano se quitó la camisa como para no mancharla, e intentó impedir que de la mano de Hanlin siguiese manando sangre. El comportamiento de Hanlin era incomprensible. El mexicano tuvo que gritarle para que hiciese más fuerza al apretar la mano con el trapo. Sin embargo, Hanlin replicaba a aquello con más gritos. Su mano tenía muy mal aspecto. El dedo ausente había dejado allí un pequeño muñón. El mexicano me pidió que le llevase algo con lo que atárselo, así que le di un trozo de mi sedal y el mexicano lo ató al muñón y vertió agua sobre la mano para lavarla. El dedo ausente era el que está junto al más pequeño. Al dedo medio, justo al lado, también le faltaba un trozo de carne. Hanlin lanzaba blasfemias sin parar, pero hizo lo que el mexicano le dijo.

Mientras se ocupaba de aquello, el mexicano me preguntó mi nombre.

Dije: Benjamin Shreve. ¿Y el suyo?

Dijo: Lorenzo Pacheco. ¿Cómo se llama tu hermana?

Samantha Shreve, respondí. Le hará más caso si la llama Sam.

Pidió linimento o pomada e hilas o vendas.

Le expliqué que lo más parecido que teníamos a lo que pedía era manteca de cerdo y que no tenía vendas. Le dije que podía cortarle una tira a un vestido, como había hecho ya en otras ocasiones para tratarme alguna herida. Me refería al viejo vestido de Juda.

Sam llegó del redil justo cuando acabábamos de cortar el vestido y le dio un ataque al ver aquello.

El mexicano le dijo que lo lamentaba. De hecho, parecía verdad.

Sam traía leche de cabra y nos dio un poco, pero no le dio nada a Hanlin.

Hanlin le dijo: Vete al infierno, perra. Dijo que se sentía enfermo y que de todas maneras no se la hubiera tomado.

Sam dijo: No te hubiera dado nada aunque me lo hubieras rogado. Has sido muy desagradable conmigo.

Él volvió a maldecir su aspecto.

Le pregunté a Sam: ¿Quieres que le dispare? No lo decía en serio.

Ella creyó que sí lo decía en serio y opinó que no sería mala idea. Aquello preocupó a Hanlin bastante. Dijo: No me dispares.

El mexicano le envolvió la mano.

Pensé que era mejor no decir nada de lo que vi hacer a Hanlin en el Julian, pero luego me lo pensé mejor. Dije: Vi lo que hizo en el Julian.

Aquello cortó en seco sus blasfemias. Los ojos le daban vueltas de puro dolor, pero aun así se paró a mirarme. Después de haber visto lo que vi en el Julian había confiado en no volver a toparme con aquel hombre, pero ahí lo tenía, sentado en mi propia casa. Su mirada me habría dejado paralizado de espanto de no ser por el hecho de que era yo quien tenía su pistola apuntándole a la cabeza.

Dijo: Nunca he estado en el Julian.

Contesté: Yo le vi allí, robando de los bolsillos de los ahorcados.

Dijo: No conozco a ningún ahorcado.

Repuse: Había unos cuantos, y estaban colgados y tenían la soga al cuello mientras usted rebuscaba en sus bolsillos.

Embustero, dijo. Eso es mentira.

Le insté: Diga que lo hizo o le pego un tiro.

Dijo: Está bien, está bien, lo hice. Pero bien que recibieron su merecido.

Habían tratado de eludir la leva. Viajaban sin tener un permiso.

Me figuré que el mexicano no sabía de qué estábamos hablando y que debía saberlo. Le conté lo que vi aquel día: le conté que salí a cazar, que disparé una vez, que fallé, que escuché el clamor de los coyotes, y que me di de bruces con una escena como nunca en mi vida había visto, en la cual aquel hombre que tenía delante, aquel mismo desgraciado, saqueaba los bolsillos de los difuntos que colgaban o yacían desparramados por el suelo.

El mexicano escuchó atentamente todo aquello. Yo ignoraba de qué le iba a servir aquella información. Cuando terminó de curarle la mano a Hanlin, se lavó y se puso otra vez la camisa y reflexionó sobre lo que acababa de contarle yo. Le preguntó a Sam qué quería que hiciese con aquel diabólico «ombrey».

Sam estaba ocupada encendiendo el fuego. Haga lo que quiera, dijo. No me importa lo más mínimo. Preferiría no volver a verlo nunca, eso es todo. Y preferiría que él nunca volviese a poner los ojos en mí.

El mexicano le prestó toda su atención mientras Sam avivaba el fuego. Le preguntó si podía ofrecerle un café. Ella le dijo que me lo preguntase a mí, pues yo era el que casi siempre se encargaba de la cocina. Me preguntó si podía ofrecerle un café. Le dije que no teníamos café a causa del bloqueo yanqui. Dije que nos habíamos acostumbrado a usar bellotas machacadas. Él dijo que aquello también le valía.

Sam puso agua a hervir. No solía hacer mucho por nadie que no fuera ella misma pero creo que no quería que Hanlin la mirase, de modo que trataba de mantenerse ocupada.

Observé mejor al mexicano. Tenía pústulas de pólvora negra grabadas a fuego en un lado de la cara que parecían haber estado allí desde hacía un montón de años. Ya le he informado a usted de que todas sus prendas eran negras salvo la camisa, que era blanca. Había colgado su sombrero en el palo que había junto a la puerta donde mi padre solía colgar el suyo. Era un sombrero de fieltro y ala ancha con una copa alta. Era negro. Sus botas también eran negras. Eran unas buenas botas, posiblemente las mejores que había visto nunca. No llevaba espuelas. Su pistolera era negra, y tenía unos helechos grabados en el cuero. No carecía de orgullo el mexicano. No tenía aspecto de zapatero, como le había dicho que era a Clarence Hanlin ante la tumba india. Le preguntó a Sam si sería tan amable de traerle su caballo pinto,

que había dejado junto al atajo que daba al arroyo.

Ella dijo que sí y se marchó, a mi parecer contenta de poder hacerlo. Yo le devolví al mexicano la pistola de Hanlin, pues no quería que quedase al alcance de Hanlin mientras preparaba el café. Cuando terminé de prepararlo, Hanlin, el mexicano y yo nos sentamos para beberlo. Habríamos disfrutado de un momento de paz de no ser porque Hanlin se lamentaba constantemente por su dedo y maldecía el café, pues estaba hecho de bellotas. Estaba encorvado sobre un cuenco lleno hasta los bordes de agua ensangrentada que me ponía malo con solo mirarla. Parecía incapaz de superar su pérdida. Y encima aquel no era el último de sus problemas, pues reparó en los piojos que se aglomeraban en el vestido que llevaba puesto. Comenzó a gritarles a los piojos y a maldecir al prisionero que había llevado aquel vestido antes que él, diciendo cosas como: ¡Ese maldito fugitivo ha sido mi ruina!

El mexicano le dijo que se estuviese quieto o le dispararía.

Hanlin le preguntó si podía quitarse el vestido.

El mexicano le dijo: Como quieras.

Hanlin dijo: No tengo nada que ponerme.

El mexicano no respondió a aquello.

Hanlin se fijó entonces en los pantalones de mi padre que colgaban de un gancho y dijo: ¿Y esos pantalones?

Dije: Eran de mi padre. No se los voy a dar.

Se puso hecho una furia y me gritó lo de que no tenía nada que ponerse.

Ese es problema suyo, no mío, le dije.

Los pantalones le hubieran ido bien, pues era un hombre de talla normal, al igual que mi padre. Tampoco era feo, para ser sincero. Sin embargo, tenía ese ojo caído y como un aire de maldad. Tenía el pelo de color claro, y bien cuidado, pero pegado al cráneo a causa de que no dejaba de sudar. Llevaba una pequeña barbita y un bigote bien recortado. Tenía los ojos azules. De no haber visto lo que le vi hacer, hubiera pensado que era buena gente. Aun así, seguía sin querer darle los pantalones de mi padre.

Sam regresó y le dijo al mexicano que le había traído su caballo y que estaba en la parte delantera de la casa. El mexicano me devolvió la pistola de Hanlin para que vigilase al tipo y salió a echar un vistazo al caballo. Regresó y se sirvió más café. No parecía saber muy bien qué hacer con Hanlin.

Hanlin dijo que se sentía enfermo y que no quería comer, pero que tendría que hacerlo o se desmayaría. Dijo: ¿Qué tienes para comer?

Dije: Nada que quiera compartir con usted.

Replicó: Tengo que comer. Es culpa tuya que me haya quedado sin galletas. Estaban en mi chaqueta.

Es culpa suya que se haya quedado sin chaqueta, le respondí. Si no hubiera ido detrás de dos críos subidos a un árbol que no le hacían ningún daño, usted aún tendría su chaqueta y sus galletas, también sus botas y todo lo demás, incluido su dedo. Ahora lo ha perdido todo por culpa de su maldad. Si quiere saber mi opinión, no está muy bien de la cabeza.

Dijo: Tendría que matarte.

El mexicano se rio al oír aquello, pues era yo quien tenía la pistola de Hanlin, así que a ver cómo pensaba hacerlo.

Le pregunté al mexicano si tenía hambre. Contestó que no le vendría mal comer. Le dije que teníamos harina de maíz.

Me preguntó si tenía gorgojos. No le importaba que tuviera gorgojos.

Le dije que no tenía.

Freí un poco y comimos. No le dimos nada a Hanlin.

El mexicano mostraba mucho interés en Sam. Es una chica difícil de entender, y él intentaba entenderla. Desconocía qué motivos tendría, aunque no pensaba que fuera algo malo, pues nos trataba bastante bien. Al comer lo hacía en cuclillas como los indios, con lo cual quiero decir que solo las suelas de sus botas tocaban el suelo. Mostraba buenos modales al comer y no se manchaba de comida la cara. Se había puesto cerca de la puerta a causa de la peste que había en la casa. Dijo: Usted no es ningún zapatero, como ha dicho.

Reconoció que no.

Dije: ¿A qué se dedica entonces?

No respondió, pero sí le preguntó a Sam por sus heridas. La llamó «neenya», y ella le corrigió, pues no era ese su nombre. Él le explicó que significaba «pequeña». Dijo: «Neenya», háblame del puma.

Sam dijo: Querrá decir de la pantera.

Él dijo: Sí.

Sam no supo cómo responder a aquella pregunta. No estaba acostumbrada a que le hiciesen esa pregunta y tampoco ninguna otra. Se sentó en la cama y

pensó en ello. Me daba cuenta de que Sam quería contárselo. Solo me tenía a mí para hablar, y ya me sabía esa historia.

Tras reflexionar un poco se abrió a él. Dijo: Mi papá trajo a casa a un hombre que tenía piojos en el pelo.

Entonces procedió a contárselo. Adoptó una actitud seria y emocionada al mismo tiempo. Creo que olvidó el mal aspecto que tenía su rostro, pese a que esa era la parte principal de la historia. Estaba sentada en la cama entre excrementos de ratas y gallinas y contó lo sucedido con absoluta frialdad, como si aquello no hubiera destrozado su vida y su rostro ni acabado con su madre. Relató los detalles a la perfección. Habló del frío que hacía aquella noche, de la cacería de piojos, de la carrera que se dio y de cómo la pantera surgió como un relámpago en la oscuridad.

Apareció por un lado, dijo. No hizo ni un ruido. La olí antes de verla. Se me echó encima tan rápido que me caí de bruces sobre el suelo y comenzó a morderme la cabeza. Traté de darme la vuelta pero se me llenó la boca con su pelo. La sentía gruñendo contra mí. Su aliento me quemaba y tenía sus babas por toda la cabeza. Quería gritar pero tenía toda mi cabeza en su boca. Sentí cómo me hundía los dientes, justo aquí donde puede ver algunas calvas a causa de que me arrancó el pelo. Mi mamá salió de casa y saltó sobre la pantera. Dijo: Corre, corre, corre. Eso es todo lo que le oí decir. La golpeó con un hacha pero no dejaba de moverse, así que no le pudo asestar un buen golpe. Corrí y me subí a un árbol.

El mexicano ocupó una silla y escuchó atentamente la historia. Sam la contó entera.

Hanlin dijo: Así que le costaste la vida a tu madre.

El mexicano dijo que si volvía a decir algo semejante los buitres devorarían su lengua antes de que pasase una hora. Eso le hizo callar por un rato. El mexicano dijo: La madre de la «neenya» se sacrificó porque su hija es un verdadero tesoro.

No sé qué pensaría Sam de aquello. Meditó sobre ello un instante y después se puso a relatar el momento en que le eché harina por encima, y la llegada de nuestro padre a casa, cuando se encontró a Juda despedazada en el suelo, y muerta, y con un ojo menos. Señaló el rincón donde Juda estuvo tendida. Sam habló de cómo nuestro padre la llevó a Camp Verde y cómo el médico le cosió la cara. Se me quedó una cara bien fea, dijo.

El mexicano quiso saber qué heridas le había causado el hacha a la pantera.

Sam dijo: Recibió cortes por todas partes.

Yo dije: Perdió dos dedos de un hachazo.

El mexicano me clavó entonces los ojos de un modo realmente intenso. Eran unos ojos muy negros. Dijo: «Deeos meeo», ¿qué dedos fueron?

Dije: Los de la pata trasera derecha. ¿Por qué lo pregunta?

Él me preguntó si estaba seguro de que se trataba de los dedos de la pata trasera derecha.

Le dije que yo mismo vi a Juda arrancárselos, y que si quería ver unas huellas de pata derecha con solo dos dedos no tenía más que salir hasta el corral donde se encontraban las cabras y que allí las vería.

El mexicano salió, y cuando regresó se mostró más inquieto aún que antes. Alzó los brazos y paseó por la habitación y dijo que la pantera de la que hablábamos era muy famosa. Dijo: Por toda la frontera la gente sabe de la existencia de esta pantera. La llaman el Demonio de Dos Dedos<sup>2</sup>.

Dije: ¿Qué significa eso?

Él dijo: El Demonio de Dos Dedos.

Rancheros y otras gentes del sur, gringos, tejanos, pero también mexicanos del otro lado de la frontera en los alrededores de Piedras Negras, llevaban mucho tiempo tratando de localizar y matar a la pantera, dijo, pues se trataba de un ser antinatural. Ni los ciervos ni las alimañas eran comida adecuada para la pantera, ya que prefería a los animales de granja. Solo sentía atracción por criaturas tocadas por el hombre, fue la manera en que el mexicano lo dijo.

Como antes he comentado, el mexicano hablaba un inglés mejor que el mío, y no sería razonable intentar repetir sus palabras. Pero puedo decirle que las pronunciaba de un modo que hubiera llamado la atención de cualquiera. Mostraba tal determinación en lo que decía que me llevaba a concederle todo el crédito. Dijo que el Demonio de Dos Dedos era conocido por unos como el Demonio y por otros como Dos Dedos. Dijo que no sabía de ninguna otra persona a la que el demonio hubiera matado, aunque había muchas cabras y terneros e incluso caballos que habían encontrado en aquellas fauces su final. Se sabía que el Demonio robaba potros recién nacidos de los propios establos, y arrebatava cerditos de las mismas tetillas de sus madres, uno tras otro. Dijo que quien lograra matar aquella «grandeeseema» pantera y presentara

la piel con dos dedos de la pata trasera derecha se ganaría el respeto y la gratitud de las gentes que habitaban todos los pueblos hasta la frontera y más allá de ella. Esa persona sería famosa por haber matado a Dos Dedos. La gente le dedicaría canciones. Se sabía que algunos rancheros habían seguido las huellas de la pantera por chaparrales que los caballos no podían cruzar por ser demasiado espesos y entre matojos de mezquites capaces de desgarrarle a uno en pedazos, solo para verla desaparecer sin dejar otra cosa que unas huellas a cuya pata trasera derecha le faltaban dos dedos. Había quien juraba que Dos Dedos no era una pantera de carne y hueso, sino un terrible espíritu llamado *doowindy* que había adoptado su aspecto.

Sam se puso como loca cuando le oyó decir eso del *doowindy*. Saltó de la cama y gritó: No es un *doowindy*. Es una pantera de verdad, y estas marcas en mi cara lo demuestran. Es mi derecho y mi obligación matarla y eso es lo que voy a hacer, ¡no usted ni esos otros! Quiero devolvérsela, y usted lo único que quiere es que le escriban canciones. Yo me he enfrentado dos veces a la pantera, y lo máximo que usted ha hecho es oír hablar de ella. Lo único que necesito es una pistola cargada. Ya ha visto que soy buena tiradora. He planeado que esta noche me sentaré en el árbol y aguardaré hasta que aparezca.

Clarence Hanlin dijo: No pienso quedarme aquí esta noche, ni ninguna otra noche, mientras tú estás sentada en un árbol. Tengo que buscar ayuda. Tengo que comer. Ni siquiera habéis compartido vuestros panecitos de maíz conmigo.

El mexicano dijo: No servirá de nada apostarse en el árbol. Dijo que la pantera muy probablemente no regresaría a por la cría, pues era de sobra conocido que mataba por el puro placer de hacerlo y que dejaba que sus presas se pudriesen en el suelo.

Sam dijo que, si la pantera no regresaba, ella misma seguiría su rastro hasta encontrarla. De una manera u otra voy a matarla, dijo. Estoy en mi derecho. Ya ha visto usted mi cara. Ha visto el vestido de mi mamá sin mi mamá dentro. Las canciones me importan un comino. Tuve esa pantera encima. Quiero ver su piel ahí mismo, en el suelo, para que pueda pisotearla día y noche. ¡Seré yo quien esté encima! ¡Y yo misma me encargaré de ello, no usted!

Diría que su fiera opinión inquietó al mexicano, pero no era la clase de

persona que deja ver inquietud alguna. Así que diría que lo pilló por sorpresa. Le dijo a Sam que no podría encontrar una pantera sin un perro pantera.

Dijo Sam: ¿Dónde puedo conseguir uno?

Él dijo: No es que haya muchos.

Ella dijo: ¿Qué son?

El mexicano le dijo que estaban entrenados para seguir el olor de las panteras y perseguirlas hasta un árbol y aullar desde el pie del árbol hasta que el cazador acudía a dispararles. Sin embargo, solo sabía de una manada de perros que hubiera alcanzado alguna vez a Dos Dedos. Se trataba de cuatro perros entrenados, y, para cuando los cazadores llegaron hasta allí, Dos Dedos ya había matado a los cuatro, pues la pantera no se había subido al árbol como era de esperar, sino que se había ocultado para surgir por sorpresa y acabar con todos ellos, una astuta obra de arte por parte de la pantera, pues no recibió heridas suficientes como para dejar siquiera un rastro de sangre.

Dije: De ninguna manera pudo matar a los cuatro.

El mexicano dijo: Y aun así lo hizo.

Sam dijo: ¿Dónde puedo conseguir un perro pantera? Tengo que hacerme con uno.

Hanlin comentó: Sé que hay uno a unas tres horas a pie de aquí.

El mexicano dijo que no le creía, pues eran raros de ver.

Sam dijo: ¿Dónde está?

Te lo diré por un precio, dijo Hanlin.

El dedo que le faltaba le producía muchísimo dolor, y eso le hacía temblar. Dijo: Págame, te diré dónde está el perro y tú me soltarás para que pueda ir a Camp Verde a que me traten la herida.

Y ¿qué tal si nos dices dónde está el perro a cambio de que no te peguemos un tiro?, replicó Sam.

¿Quién me va a pegar un tiro?, dijo. No creo que ninguno de vosotros quiera sacarme ahí fuera y dispararme. Si lo hacéis, os quedáis sin perro.

Sam se retractó rápidamente al escuchar aquello. Entonces te daremos el dinero, le dijo. Te pagaremos si nos llevas hasta el perro.

Le recordé que no teníamos dinero.

¡Pero ¿por qué vas y lo sueltas delante de él?!, me chilló.

Creo que no le costaría imaginarlo, le dije.

Hanlin dijo: Apuesto a que nuestro zapatero aquí presente, que no es ningún zapatero, tiene dinero. Cualquier moreno con un caballo como ese tiene que estar forrado. ¿Qué me dices, mexicano?

El mexicano contestó: Diría que no es muy inteligente llamar moreno a alguien que te está apuntando con una pistola.

Hanlin dijo: Necesitaré cien dólares. Dámelos y te diré dónde está el perro. La persona que lo tiene te dejará usarlo a cambio de una pequeña suma. Qué son cien dólares y una pequeña suma si eso sirve para que te dediquen una canción.

Creo que Hanlin dijo esto en broma, pues tenía una sonrisita en la cara. Yo lo entendí así, porque ¿quién tiene cien dólares?

Sin embargo, el mexicano ni sonreía ni tenía el ceño fruncido ni expresión alguna en la cara. Por mi parte, ya entonces debería haber sabido lo que sabría después: que él jugaba a un juego muy distinto del que jugábamos nosotros. Con todo, no dejó escapar nada al respecto. Dijo: Me importan un comino las canciones.

Hanlin vio que podía llegar a un acuerdo. Si no hay dinero, no hay perro, dijo. Quiero ver el dinero con mis propios ojos, y quiero que este chico me dé su palabra de que podré seguir mi camino cuando os diga dónde se encuentra el perro.

Sam dijo: Muy bien, te doy mi palabra.

Hanlin dijo: No quiero tu palabra. No confío en ti. No confío en el mexicano. Confío en este chico.

No supe cómo reaccionar a eso.

El mexicano ofreció pagarle cincuenta dólares. Eso nos cerró la boca a todos. La mandíbula casi se me descolgó hasta el suelo al pensar en cincuenta dólares. Dijo que Hanlin tendría que llevarlo hasta el perro si quería recibir el dinero.

Sam dijo: Nadie va a ir donde ese perro sin mí.

El mexicano la observó durante un larguísimo minuto y comprobó que no podía impedirselo. Vendrás si tu hermano viene, le dijo.

Le diré algo, señor. No me gustaba un pelo. Discutí aquello con Sam, pero ella se salió con la suya.

El mexicano preguntó quién tenía el perro.

Hanlin debió de pensar que las cosas se le estaban poniendo de cara, pues se puso bastante farruco. No voy a decirte quién lo tiene, ni dónde está, hasta que no vea el dinero y hagamos el trato, dijo. Y no voy a hacerlo por cincuenta dólares. O cien dólares o nada. He perdido un dedo por culpa de la niña esta. Para mí ese dedo valía más de cien dólares, de modo que aun así saldré perdiendo. Y si no planeáis pegarme un tiro, y me da que no, tendréis que soltarme antes o después, y será mejor que al hacerlo estemos de buenas. Si tengo cien dólares podría inclinarme a estar de buenas. Si tengo cincuenta, no.

Me figuré que aquello era un farol, pues ¿cómo iba a imaginarse Hanlin que el mexicano le pagaría cien dólares? ¿Quién llevaba tanto dinero encima?

Sin embargo, el mexicano pareció pensárselo.

Sam se impacientaba y le dijo que le pagase los cien.

Dije: ¿Por qué iba a hacer tal cosa? Si no gana nada con ello. ¿Quieres que suelte cien dólares que probablemente ni tenga para que tú puedas conseguir un perro y cazar una pantera cuya piel te quieres quedar?

El mexicano dijo: Pagaré los cien.

Eso captó inevitablemente nuestra atención.

Dijo: Pero, si pago esa suma y mato a la pantera, tendré que quedarme con la piel.

Sam dijo: ¡No va a hacer ni una cosa ni otra, pero pague los cien! Voy a salir a recoger algo de maíz para el camino, y cuando regrese quiero que todo esté resuelto. Quiero que nos pongamos en marcha.

Parecía que entre los tres había el acuerdo de no hacerle ni caso. Sam salió, y Hanlin comenzó a quejarse de que el dolor que sentía era mayor de lo que pensábamos, y que estaba a punto de morir por su causa, y no tenía intención de acompañarnos, pues la persona que tenía aquel perro en propiedad vivía a unos quince kilómetros y para él era un viaje demasiado largo dadas las condiciones en las que se encontraba.

El mexicano no quería ni oír hablar de eso. No le iba a dar a Hanlin el dinero a menos que nos llevase hasta la persona que tenía el perro y pudiese llegar a un acuerdo con esa persona para hacer uso de su perro.

Se armó una buena entre ambos a causa de esos asuntos. Hanlin se levantó de la silla para lanzarle un puñetazo al mexicano, que se quedó tan pancho, como suele decirse, y le propinó un porrazo en la cabeza con la pistola que lo devolvió a su asiento. Hanlin comenzó a sangrar por la cabeza aparte de por la

mano.

Sam regresó a casa con seis mazorcas de maíz que parecían de lo más roñosas. Le dio una a Hanlin para ganárselo y salirse con la suya. Hanlin se la comió cruda ayudándose de la mano que tenía todos los dedos. Le pidió a Sam que cortase un trozo del rollo de tabaco que llevaba en un bolsillo del vestido. Estaba empapado de sangre, como ya he dicho, y me daba náuseas solo mirarlo. Sam cortó un trozo y se lo dio. Casi vomité el pan de maíz que me había comido.

Le dije: No escupa en el suelo. Aun así, lo hizo, para fastidiarme.

El mexicano salió y fue a su caballo a coger el dinero. Regresó con cien dólares. Nada más verlos casi se me pusieron los ojos como ascuas. Eran billetes confederados, entre ellos uno de cincuenta. Había uno que yo nunca había visto y el mexicano me dejó echarle un vistazo. Aparecía una dama con un vestido que le cubría un solo hombro y dejaba ver buena parte de su pecho. No era muy guapa de cara pero por lo demás no estaba mal. También aparecían algunos marineros. Los demás billetes eran de cinco. El mexicano no permitió que Hanlin los tocara al estar todo ensangrentado.

Hanlin dijo: No me fío. Hay demasiados billetes falsificados por ahí. Quiero la suma en especie o en billetes de los Estados Unidos de América.

Al mexicano aquello le pareció muy gracioso. Dijo que no podía figurarse cómo un hombre podía tener tanta fe en un país como para acudir a luchar por él y, sin embargo, no tanta como para confiar en sus billetes.

Hanlin dijo: Hay tantos yanquis pasando billetes falsos que muchos han terminado en nuestras manos. Exigió echarles un vistazo. Dijo que no aceptaría acuerdo alguno hasta que los viera. El mexicano le puso cada billete delante de los ojos. Cuando acabaron con aquello, Hanlin dijo: De acuerdo.

Salió de nuevo a relucir el tema del vestido. Hanlin dijo: Ya puedes ir apretando el gatillo ahora mismo si crees que vas a hacerme salir de aquí con estas pintas. Está cubierto de sangre y lleno de piojos y es un vestido. Quiero los pantalones de tu padre y una camisa, o te quedarás sin el perro.

Dije: No te los voy a dar. No eres digno de llevar esos pantalones.

Sam dijo: Nuestro padre querría que alguien siguiese y abatiese a la pantera que mató a mi mamá. Entregaría sus pantalones de buen grado si fuera para eso. Sabes muy bien que es verdad.

Por una vez estaba de acuerdo con ella, pues no le faltaba razón. Así que

le di a Hanlin los pantalones y mi otra camisa. Sam salió mientras él se cambiaba. La camisa le quedaba pequeña y no se la pudo abotonar.

Después discutimos las medidas que debíamos tomar para nuestro viaje. El mexicano tenía su caballo pinto y nosotros la vieja yegua. Hanlin no tenía montura y dijo que no podía caminar, de lo mareado que estaba. El mexicano dijo que no iba a dejarle a Hanlin su pinto, pero que sí nos lo dejaría a Sam y a mí. Dijo que él y yo haríamos turnos para montarlo mientras el otro iba a pie. Sam afirmó que también ella haría turnos para ir a pie. Decidimos que Hanlin montaría la yegua y que le haríamos turnarse para ir a pie como los demás si el viaje se hacía demasiado largo.

Dimos de comer a las cabras, soltamos a las gallinas en el prado para que picasen, echamos unas mazorcas por si los cerdos volvían del arroyo, montamos los caballos y emprendimos la marcha. Para entonces ya era más o menos mediodía.

Querido juez:

Tiene suerte de volver a saber de mí, pues casi piso una serpiente de cascabel que confundí con un montón de excrementos de vaca por hacer un favor. Un hombre vino al campamento de tejas para decirnos que tenía dos yuntas de reses salvajes por domar que se le habían escapado, y que si podíamos ayudarlo a rodearlas. Tres de nosotros dijimos: Pues claro, encantados de hacerlo. Mientras iba en su busca vi lo que supuse era mierda de vaca entre unas rocas. Fue una suerte haber visto aquello y que me hiciese a un lado. Tendría usted que haber oído el cascabeleo de la serpiente. Me sorprende que no lo hiciera.

Señor, espero que pueda echarme una mano con Samantha. No sé qué hacer con ella. Se queja de que no tiene nada que hacer cuando, de hecho, hay un montón de cosas por hacer, pues seguimos en la misma paupérrima vivienda de siempre y ella no gasta ni una hora del día en realizar las faenas de la casa o cualquier cosa de utilidad, sino que se queda ahí sentada diciendo que no tiene nada interesante que hacer. Se pasa el día hablándoles a las gallinas como si fueran sus amigas del alma. No vacila en retorcerles el pescuezo cuando llega el momento, pero prefiere conversar con ellas. Le vendría bien tener gente de su edad con la que hablar, pero vivimos demasiado retirados, y, por otro lado, con qué clase de chicos iba a hacer amistad. Marcas de felino y color claro no son una buena mezcla para hacer amigos. Ahora mismo tiene quince años, como le dije, y busca aventuras y ver cosas nuevas y me ha costado lo suyo impedir que se vaya de casa. No he dejado de decirle que nadie va a querer tenerla de compañera y que hará mejor en quedarse conmigo. ¿Qué va a ocurrirle a alguien como ella, difícil de mirar y probablemente inútil? Me dijo: ¿Cómo sabes que no encontraré algo que pueda hacer?

Le dije: Porque no intentas ayudar en nada.

Dijo: ¿Cómo sabes que no encontraré gente a la que le guste tenerme cerca? Me imagino que nadie querrá casarse conmigo, pero quizá haya una

persona a la que, al contrario que a ti, no le moleste oírme hablar, y que pueda considerar buenas ideas algunas de las cosas que le diga.

Juez, le diré lo que ella quiere. Quiere a alguien a quien mangonear. No me puedo imaginar que haya a quien le apetezca verse mangoneado por alguien como ella. ¿Conoce usted alguna buena persona, que no viva demasiado retirada, que pueda ofrecerse a aceptarla y darle la oportunidad de trabajar en algo? Tendría que tratarse de alguien que no tendiera a mirarla fijamente, pues eso no le gusta. Tendría que ser alguien con mucha paciencia. A Sam no se le da bien mostrar respeto, pero puede aprender. Si se le ocurre alguna buena manera de ayudarla a ser más útil o conoce a alguien paciente que quiera aceptarla, por favor, hágamelo saber. Cada día que pasa me da miedo no encontrármela aquí cuando regreso del campamento. Estoy terriblemente preocupado por ella.

Las páginas que aquí le envió prosiguen mi testimonio. Al hablar del señor Pacheco digo el señor Pacheco y no el mexicano porque para entonces ya lo conocía mejor.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

Fue un viaje espantoso el que hicimos para conseguir el perro pantera. Clarence Hanlin se empeñó en recordarnos los dolores que sufría. Temblaba como si hiciera un frío de mil demonios. Por el contrario, solo hacía un poco de fresco. Los dientes le castañeteaban casi con la misma sonoridad que un cascabel. Por supuesto decir eso es una exageración, pero sí que le castañeteaban. Se quejó de que el sedal le apretaba demasiado y se lo quitó. Se esforzó por llevar en alto la mano a la que le faltaba el dedo para así impedir que le manase más sangre, pero se le cansó el brazo y también se quejó de ello. A los demás nos daba bastante igual su situación. No me gustaba la manera en que trataba a la yegua. No estaba hecha para transportar a un jinete con el brazo todo tieso hacia arriba como él lo llevaba.

El lugar al que nos dirigíamos estaba a quince kilómetros en dirección a Kerrsville. Guardábamos las distancias con la ruta principal, pues no

queríamos toparnos con ningún *sesesh* por el camino. Hanlin tampoco quería toparse con ellos, pese a que era de los suyos, pues solo le interesaban sus cien dólares. Además, me figuro que no quería explicar que llevaba ropas de paisano porque su uniforme se dirigía a México con un prisionero fugado dentro. Podía ser que también le preguntasen por su dedo, y supongo que le daría vergüenza reconocer que una niña se lo había arrancado de un tiro.

Así que avanzábamos sendero adelante. El señor Pacheco y yo íbamos por turnos a pie y sobre su pinto mientras Sam montaba en la grupa. Sam marchó a pie una breve distancia pero prefería ir montada, pues el pinto era un buen caballo y a ella le enorgullecía montarlo. Además, era trabajoso ir a pie, pues el sendero no lo ponía fácil y la hierba estaba muy alta. Había trechos en que era casi más alta que Sam.

Me gustaba mucho cabalgar el pinto y me hubiera gustado estar solo, sin los demás. Habría tomado el camino principal y enfilado hacia los Estados Unidos para buscarme la vida. Si bien no puedo decir con absoluta seguridad que hubiera llegado a hacerlo, habría sido todo un privilegio tener un caballo así y contar con la posibilidad de decidir al respecto.

Le pregunté al señor Pacheco: ¿A qué se dedica, si no es zapatero?

Dijo que su vida era una historia muy larga.

Y tanto que lo era, pues casi no dejó de contármela en todo el camino. Creo que le gustaba contar historias casi tanto como a Sam. Sin embargo, sus historias eran más interesantes y se sabía muchas más.

Dijo que cuando era joven había trabajado para un gran rancharo como domador<sup>3</sup>. Por si usted no lo sabe, se refería a que entrenaba caballos. Podía entrenar caballos sin tener que hacer uso de la fuerza y ni siquiera de espuelas. Era capaz de domar un cimarrón salvaje hasta el punto de que uno hubiera podido atarle las riendas con cinco cerdas de su cola y, aun así, el caballo habría hecho lo que se le ordenase. Se enamoró de una mujer casada que prefirió permanecer con su marido.

Después se convirtió en contrabandista. Por lo que me dijo, llevaba cimarrones hasta Luisiana, allá al norte, sin pagar aranceles. Vendía los cimarrones y otras cosas tales como pieles a buen precio y compró un montón de hojas de tabaco de Luisiana que transportó otra vez hasta Texas en las alforjas de unas mulas. Luego las vendía en Texas para comprar más cimarrones y de todo en general. Sus negocios le hicieron rico, pero les

costaron la vida a tres amigos que fueron asesinados por los comanches cuando trabajaban para él. Dios aún no lo había perdonado por ello, dijo, y tampoco esperaba el perdón de Dios, ni siquiera lo había solicitado, pues no merecía la menor piedad, dado que había sido por su culpa por lo que habían muerto sus amigos. Los había llevado por un camino desconocido en el que resultó que había comanches, solo para así evitar pagar los aranceles. Fue él el único que salvó la vida, pues tenía el caballo más rápido.

Cuando en Texas comenzó la revolución se dedicó a pasar armas de contrabando para el Ejército texano. Las traían en barco hasta el Paso de los Caballos, y luego él se las llevaba al Ejército. Al término de la guerra los mexicanos que había en Texas sufrieron un pésimo trato, por más que se tratase de texanos que, como él, nunca habían puesto un pie al sur de Río Grande. Así que cortó por lo sano y se encaminó al oeste. Tuvo suerte de poder llevar su alma consigo, pues algunas de las cosas que había hecho eran suficientes como para haberle costado el alma. Por aquella época era joven, pero había vivido hasta entonces una vida azarosa, y tantos eran sus remordimientos que estos seguirían pesándole lo que quedaba de ella.

Le pregunté: ¿A qué remordimientos se refiere?

Dijo que no quería hablar de sus remordimientos.

Dije: Si no le importa que se lo pregunte, ¿por qué tiene la cara picada?

Dijo que no quería hablar de ello.

Le pregunté por su familia y tampoco quiso hablar demasiado de ella. Le dije: ¿Cómo es que aún conservaba alguna esperanza cuando se dirigió al oeste, teniendo en cuenta que por no tener no tenía casi ni alma?

Para responder a aquello, me preguntó si alguna vez había visto un lagarto cazado por un arrendajo. El arrendajo lo coge, se lo lleva a una rama, lo ensarta ahí mientras el lagarto todavía se retuerce, y lo mata a picotazos. Aun estando en esas condiciones, cuando apenas debería quedarle alguna esperanza, el lagarto adopta el color del árbol en un esfuerzo por camuflarse para que no lo atrapen, pese a que ya ha sido atrapado. ¿Por qué hace eso el lagarto?, preguntó. ¿Cómo es que al lagarto le queda todavía una esperanza, cuando ya está muriéndose?

Dije: Sam y yo casi acabamos como ese lagarto de no ser porque usted vino a rescatarnos cuando estábamos en el árbol. Quería darle las gracias por eso.

Ojalá os hubiera pegado un tiro antes de que os pudiesen rescatar, dijo Hanlin desde lo alto de la yegua.

El señor Pacheco dijo que había encontrado una enorme cantidad de oro en el oeste. Sin embargo, también allí trataban mal a los mexicanos, pues las leyes no estaban de su lado, de modo que regresó a Texas y gastó todo el dinero que había conseguido amasar en la construcción de un rancho allá al sur. Entabló amistad con un célebre bandido mexicano llamado Cortina, que tenía la costumbre de cruzar la frontera desde México con sus «ombrays» y robar caballos y ganado de los ranchos que había en esa parte de Texas. Después dejaron de ser amigos y Cortina le quemó la casa y se llevó sus caballos. La noche en que aquello sucedió fue espantosa, dijo el señor Pacheco. El caballo pinto era su favorito. Se le partía el corazón al pensar que aquel caballo había caído en manos de los bandidos. Cabalgó hasta México para tratar de localizar su caballo pinto, y preguntó por aquí y por allá, y uno de los «ombrays» le dijo que el pinto había sido vendido a un hombre que vivía en Blanco. Así que cabalgó hasta aquí y lo volvió a comprar. Esa era la razón por la que se encontró con nosotros y por la cual llevaba encima dinero contante y sonante. De todo lo que le quedaba, el caballo pinto era lo único que le importaba. Comprendo perfectamente por qué salió a buscar aquel caballo. Era el más bonito que jamás vi, y un placer cabalgar en él.

Le pregunté al señor Pacheco qué fue lo que le dijo al anciano jefe indio de la tumba.

Dijo que se dirigió al anciano jefe para decirle que, si su gente estaba interesada en hacerse con más caballos como los que le habían robado en el pasado, podrían encontrarlos con los «ombrays» de Cortina, quien por supuesto los entregaría sin dar mayores problemas.

Aquel chiste le arrancó al señor Pacheco una buena carcajada.

Sam no hablaba de otra cosa que del perro pantera. Le dio la matraca a Hanlin para que le hablase de él, pero Hanlin no estaba muy por la labor de hablar y respondió maldiciéndola. El señor Pacheco dijo que los perros pantera eran valientes y nobles amigos del hombre y que no vivían más que para un único propósito, el propósito de rastrear panteras. Su poder olfativo era tal que podían oler el lugar en el que la almohadilla de una pantera se había limitado a rozar el suelo. Se entregaban a ello con tal denuedo que podían seguir un rastro en un día gélido hasta morir de frío, o en un día

caluroso hasta que perecían de sed, o en un terreno pedregoso hasta que las almohadillas de sus patas dejaban a la vista los huesos y se les pelaba lo negro de la nariz. Un perro pantera tiene el alma de un caballero, dijo el señor Pacheco.

Aquello dejó muy satisfecha a Sam.

Después de un viaje que nos llevó buena parte de la tarde, Hanlin dijo que nos encontrábamos cerca del lugar y también nos contó que su tío era el dueño del perro, como pronto íbamos a averiguar.

El señor Pacheco tiró de las riendas para recalcarle a Hanlin que era mejor que no hiciera ningún movimiento en falso.

Hanlin dijo: Mi tío no me ayudaría bajo ninguna circunstancia por desesperada que fuese. Me lleva aborreciendo desde que yo iba en pañales. Es un predicador y un beatorro hijo de puta. No le importo ni un ápice.

No es que aquello nos sorprendiese mucho.

La casa, cuando llegamos allí, se encontraba en mitad de un enorme maizal. Accedimos desde los árboles que flanqueaban uno de sus costados. Sam y yo íbamos en el caballo pinto, el señor Pacheco iba a pie, y Hanlin montaba la yegua.

Tenía un aspecto lamentable para ser la casa de un predicador. Me había esperado algo mejor. Había tres chiquillos en el maizal, pero corrieron a meterse en la casa cuando nos vieron salir de entre los árboles. Nuestra llegada fue observada desde el porche por un perro muy feo. No dejó escapar ni un aullido, pero se quedó ahí plantado, sin dejar de mirarnos.

Hanlin dijo: Ese es el perro.

Sam dijo: Mentiroso. No lo es.

Hanlin dijo: El mismo.

El perro no era como me lo había imaginado, ni tampoco agradable de ver. Tenía una cabeza enorme y unas mandíbulas de aspecto imponente, pero sus cuartos traseros eran muy escuálidos y sus patas cortas. Era de un color sucio, oscuro. No sabría decir si era negro mezclado con marrón, o marrón mezclado con negro. No parecía un perro joven.

El señor Pacheco dijo: Ese no es un perro pantera. Me has engañado.

Hanlin dijo que no era tan estúpido como para intentar engañar a un hombre armado cuando él mismo no tenía armas y le faltaba un dedo.

Seguimos cabalgando hasta la casa y Hanlin saludó dando un grito desde el lomo de la yegua.

Un hombre, no precisamente en la flor de la vida, salió al porche. Tenía un aire esmirriado y desgarbado. Su cabello era como esas borlas que coronan la planta del maíz. Exclamó: Bienvenidos, forasteros. Vio entonces que Hanlin nos acompañaba y dijo en un tono áspero: Anulo mi bienvenida. Mis puertas siguen estando cerradas para ti, sobrino. Después regresó a la casa.

Los niños nos miraban desde las ventanas y Sam pensó que miraban su cara, y a ella le reventaba cuando la gente se le quedaba mirando. Largaos de las ventanas, les gritó.

Le dije que se callase.

Hanlin gritó: ¡Tío Dob, estoy herido! ¡He perdido un dedo! ¡He sangrado un montón y necesito ayuda! ¡¿Puedes ayudarme, por favor?!

Aguardamos, pero el predicador no salió de la casa.

Hanlin comenzó a suplicar de la manera más desagradable. A ninguno nos importaba un ardite, y daba la impresión de que él pensaba que debería importarnos. Dijo: Qué menos que pensar que al menos mi familia me acogería.

El señor Pacheco dijo que él no pensaba tal cosa.

Hanlin comenzó a maldecir a su tío, aunque su tío no salió a escucharlo. En cuanto terminó con aquello, nos dijo: Si queréis usar el perro tendréis que arreglaros sin mí. Os he traído hasta aquí y os he mostrado el perro. Ya he hecho mi parte. Ahora pagadme y me iré por mi cuenta a buscar ayuda. No puedo soportar más esta agonía.

El señor Pacheco le dijo que no tenía intención de pagarle, pues el acuerdo consistía en hacer uso de un perro pantera y eso no lo teníamos, ya que el perro no parecía el adecuado, e incluso aunque fuera el adecuado no podíamos cogerlo sin más. No habíamos ido hasta allí a robar el perro.

Hanlin dijo: Pues yo no puedo ayudaros más de lo que lo he hecho.

El señor Pacheco nos dijo entonces que no nos moviéramos de allí, y subió al porche. Se llevó las alforjas con el dinero porque no quería que Hanlin las cogiese y se largase a todo correr. Al perro no pareció importarle la presencia del señor Pacheco y se echó a dormir.

Sam dijo: Ese no es el perro que hemos venido a buscar.

Hanlin le chilló: Ese es el puñetero perro que habéis venido a buscar.

El señor Pacheco cogió la pistola de Hanlin y la suya propia y las dejó en el pasamanos del porche para demostrar que no pretendía hacer daño alguno a la gente que vivía en la casa. Llamó a la puerta y saludó con educación, pues era un mexicano muy bien hablado. Estábamos lo bastante cerca para escuchar lo que dijo. Dijo que estaba con dos niños y que lamentaba verse en compañía de un sujeto como el sobrino del predicador, pero que tenía que pedirle un favor en nombre de nosotros, los niños, relacionado con el perro.

El predicador abrió la puerta y dijo que seríamos bien recibidos en la casa, pero no así su sobrino.

Sam no quería entrar. Me dijo: Hay unos niños ahí que no dejan de mirarme. Entrecerraba los párpados como solía hacer cuando estaba inquieta.

Le dije que entraría sin ella, pues tenía hambre y me figuré que nos ofrecerían comida.

Me dijo: No me dejes aquí sola con él.

Hanlin dijo: Zorra, ¿qué iba a querer yo de ti? No tienes nada que quisiera tocar.

Sam y yo nos quedamos entonces donde estábamos, sobre el caballo pinto, y Hanlin en lo alto de la yegua, todo enfurruñado.

El señor Pacheco le dijo al predicador que no quería dejarnos solos con Hanlin. Comenzaron a hablar en el porche sin dejar de observarnos. El predicador no hablaba tan bien como el señor Pacheco. El señor Pacheco explicó que la relación que mantenía con Hanlin no había sido ni elegida ni deseada. Al predicador le sorprendió escuchar que era cierto que su sobrino había perdido un dedo de un disparo. Dijo que había supuesto que Hanlin estaría mintiendo al decir aquello, pues era un mentiroso redomado.

Hanlin levantó la mano y chilló: ¡Pero cómo va a mentir nadie acerca de no tener un dedo! ¡O se tienen cinco dedos o se tienen menos, y yo tengo menos! ¡El que me falta está bajo un árbol a quince kilómetros de aquí!

El predicador le dijo: Estarías tramando algo. Siempre estás tramando algo.

Hanlin negó que hubiera hecho nada malo. ¡Estos niños me atacaron!, dijo. ¡Estaban en un árbol, armados con una pistola, y la niña cargó contra mí sin ninguna razón! ¡Ese moreno llegó y me desarmó y los tres me llevaron a punta de pistola a una casa asquerosa, en la que aún estaría de no ser porque les dije

que sabía dónde había un perro pantera que podían usar de llegar a un acuerdo!

El predicador dijo: Eres un mentiroso, Clarence. Antes siquiera de que supieras hablar ya estabas en tu cuna pensando mentiras. ¡Me dijeron que fuiste uno de los que colgaron a esos inocentes viajeros en Julian Creek!

Hanlin dijo: ¡Quien te contara eso no tiene ni un hueso de honrado en el cuerpo! Fueron los muchachos. ¡Les dije que aquellos hombres merecían un juicio justo!

Pensé mencionar que le había visto robándoles de los bolsillos la mañana siguiente, pero no fui capaz de meter baza.

Si hubo ahorcados tú estarías metido en ello, dijo el predicador. No te hubieras perdido tamaña diversión. Te conozco, Clarence. Y ahora me han pedido que vaya a consolar a algunas de esas pobres viudas.

¡Estaban huyendo!, dijo Hanlin. Los cobardes se marchaban a México, bien se merecían que los ahorcasen. ¡Si soy culpable, lo soy de no haber sido uno de los muchachos que les aplicaron justicia! Pero pongo a Dios por testigo de que no fui uno de los que los colgaron. Y ahora, por favor, ¿me puedes ayudar? Estoy muy malherido.

El predicador dijo: Es una circunstancia muy desagradable que Dios no me permita darte la espalda estando herido. Pero, en cuanto al propósito que te ha traído aquí, no hago tratos con mi perro. Esta gente recibirá de buen grado mi hospitalidad, pero no mi perro. ¿Llevas algún arma encima, Clarence?

Hanlin gritó: No, ninguna. Me quitaron la pistola. ¡Está ahí mismo, en el pasamanos, junto a la del mexicano! No tengo nada encima. ¡Necesito ayuda y comida!

A Sam le pareció oportuno hacerle un comentario al predicador. Tiene usted un sobrino muy malo, le gritó. ¡Es un verdadero hijo de perra! ¡Estoy harta de aguantarle! ¡Lo único que queremos es utilizar su perro si es verdad que le puede seguir el rastro a una pantera!

Dije: No, yo también aceptaría comer algo si nos lo ofrece, señor.

Sam observó que las cortinas de la ventana se movían, y entrecerró mucho los ojos, y chilló: ¡Largaos de esas ventanas he dicho! ¡Dejad de mirarme!

Le dije que se calmase pero no me hizo caso. Desmontó tan rápido que no me dio tiempo a agarrarla, y comenzó a arrojar piedras a la casa.

El predicador descendió los peldaños y gritó: ¡Dios Todopoderoso,

chiquilla! ¡Detente! Su voz era atronadora, para estar tan esmirriado, y con eso se ganó la atención de Sam, que dejó de tirar piedras.

Dijo: ¡Hay unos niños en su casa mirándome y no me gusta que lo hagan! ¡O hace que se comporten o no hay más que hablar conmigo!

No sé por qué Sam pensó que aquello era un argumento de peso. El predicador no nos había pedido que fuéramos allí y probablemente nada le hubiera gustado tanto como no tener más que hablar con nosotros.

Dijo: Me encargaré de que no miren. Se metió en la casa y regresó y dijo: Pasad. Nadie va a mirarte. Ya me he encargado de ello.

Sam y yo subimos hacia el porche y el perro se despertó repentinamente de su siesta y se puso en pie. Se le erizó el pelo de la espalda, y vi que observaba a Sam. Solo un ojo parecía sano, pero trabajaba por los dos.

El predicador lo miró con severidad y dijo: Zacarías, ¿qué te pasa para que te portes así? Esta niña es nuestra invitada.

El perro estaba paralizado del todo en una posición que no era ni amistosa ni hostil, sino una cosa distinta, como si advirtiera que había algo inquietante en ella.

Es un perro muy raro, dijo el predicador, pero no os hará daño si no le provocáis. Pasad.

Entramos en la casa y el perro avanzó cautelosamente a nuestra espalda. No dejaba de mirar a Sam. Como he dicho, uno de sus ojos no andaba bien. El globo ocular se le salía de la cuenca y parecía el huevo de un pájaro. Estaba casi del todo blanco.

El predicador permitió que Hanlin pasara con nosotros debido a que había perdido un dedo.

La casa no era más digna por dentro que por fuera, pero había un hule muy bonito en el suelo. Los tres niños estaban en fila, de cara a la pared. Dos eran rubios y uno moreno y todos menudos. El predicador les dijo que no se diesen la vuelta, pues le había dicho a Sam que nadie la miraría. Nos dijo sus nombres, pero solo les veíamos la parte posterior de la cabeza. El que tenía la cabeza morena lanzó una mirada a hurtadillas, pero el predicador le volvió a ordenar que siguiese de cara a la pared. Yo no podía dejar de mirar los pies desnudos de aquel crío, pues los tenía cubiertos de horribles quemaduras, como de haber pisado carbones al rojo. Me pregunté qué le habría ocurrido para causarse tamañas heridas.

Una vez el predicador nos dijo sus nombres, les dijo a los chicos que salieran y no nos mirasen, y estos volvieron a salir de la casa.

El predicador comentó que se llamaba Dobson Beck y que la gente lo llamaba predicador Dob. Los anteojos que llevaba le quedaban torcidos, pues una de las patillas era un palo atado con un cordón. Sus zapatos eran de piel de vaca y todavía conservaban el pelaje, aunque de un modo que yo nunca había visto. Uno era de cuero rojo y el otro de cuero negro. Hubiera pensado que se trataba de una nueva moda de no ser porque sus zapatos eran viejos.

En la casa había también una señora que estaba casada con el hijo del predicador. Este había ido a luchar con el ejército *sesesh* y dejó a la esposa en casa de su padre con los dos niños rubios, que eran los nietos del predicador. Se llamaba Ida y era toda una belleza. Me ha pedido que sea sincero, señor. Me costaba Dios y ayuda no mirarla. Estaba acostumbrado a no ver a casi nadie más que a Sam, y había un mundo de diferencia.

Sam dijo: ¿El niño moreno es mexicano, indio o qué?

El predicador dijo que todo cuanto sabían es que se trataba de un mexicano que los indios habían robado a su familia mexicana, huyendo después de estampida. Hacía un año que había aparecido en los maizales, desnudo y enfermo como un perro de comer maíz verde, y hablando más español que indio, aunque no hablaba demasiado ni en un idioma ni en el otro. Ahora respondía al nombre de Jackson.

Sam dijo: Si es indio le matará a usted cuando sea mayor.

El predicador la miró atentamente, pues no sabía muy bien qué pensar de ella. Dijo: Ya me habré muerto antes de que se haga mayor.

Quise saber por qué Jackson tenía los pies así, pues no podía dejar de preguntármelo. El predicador dijo que los indios le quemaban las plantas de los pies por la noche con leños ardientes para desalentar al chico de la idea de huir mientras lo tenían en cautividad. Aquella imagen no se me iba de la cabeza, y pensé un momento en lo que debía de suponer que hubiera épocas que quisieras olvidar grabadas en tu mente, y que te saltasen a la cara cada vez que te mirases los pies. Me pregunté si Sam repararía en que Jackson compartía tan dura experiencia con ella, pues ocurría lo mismo con su rostro. Pero no dio muestras de que fuera así.

Ida nos invitó a Sam y a mí y al señor Pacheco a que nos sentásemos a la mesa y nos sirvió una comida como yo no había comido en muchos años, si es

que alguna vez lo hice. Había suero de leche. Había sal que Ida obtenía escarbando la tierra bajo el ahumadero y poniéndola a hervir. Era marrón pero salada. También había repollo y coles.

Ida le dio a Hanlin a morder un trozo de madera de sauce para combatir el dolor y un trapo para que se limpiara la mano. No lo trataba con mucho cariño. Le vendó la mano y le sirvió la comida en la mesa con bastante brusquedad. Mientras comíamos, el perro no dejaba de mirar a Sam. La manera en que lo hacía era muy inquietante. Se hubiera dicho que Sam era una bruja o algún otro de esos seres maléficos; tal era el interés que el perro le mostraba. Si se acercaba demasiado, Sam le largaba una patada. Ida lo sacó a la calle, pero el animal se sentó sobre sus patas traseras y se dedicó a observar a Sam por el cristal sucio de la ventana con su único ojo.

¿Qué es lo que quiere?, dijo Sam.

El predicador lo apartó de la ventana pero enseguida volvió. El predicador lo dejó entonces pasar y le ordenó con acritud que se sentara junto al fuego. El perro obedeció, pero mantuvo su ojo clavado en Sam todo el rato.

El predicador se sentó con nosotros a la mesa y entabló conversación con el señor Pacheco. Descubrieron entonces que habían recorrido casi los mismos lugares en el oeste. En su juventud, el predicador se había dedicado a cargar mercancías para los tramperos y los vendedores de pieles en Nuevo México. Había viajado por algunos de los caminos que el señor Pacheco había transitado. Dijo que había nacido en Tennessee, pero que se trasladó al oeste y se dedicó al transporte de mercancías hasta que un día fue a visitar a su hermana en Texas y se topó con la gente equivocada, y a punto estuvo de morir tras una decisión calamitosa, pero sobrevivió. Dejó atrás su vida como transportista de pieles y demás y se casó con una dama muy bonita y se fue a vivir cerca de su hermana, que era una buena mujer a pesar de haber traído al mundo a un muchacho tan desalmado como Clarence. Más tarde pasó a servir al Señor y se convirtió en predicador por aquellas tierras y extendió la palabra de Dios. Al cabo de los años, su mujer falleció.

Ahora la guerra ha dividido al país y a la gente que hay en él, dijo. Incluso mi hijo, Alfred, se ha unido a los *sesesh*. Tengo mi propia opinión al respecto. Por otra parte, es un soldado, y lucha con honor en alguna parte de Maryland, no como este indigno primo suyo que va de un lado a otro atormentando a los lugareños. Ya ni siquiera se permite que la gente inocente vaya por ahí a

caballo, y aquellos a los que he predicado en años pasados se dirigen a México o se esconden en los arbustos de gente como este bellaco de Clarence.

Hanlin trató de defenderse pero el predicador dijo: Si levantas la voz contra algo de lo que he dicho en mi propia casa, te echo de aquí. Si pretendes excusarte de algo, será mejor que empieces por lo que sucedió en el Julian. Me gustaría saber si hay algo que pueda decirles a esas familias inmersas en su duelo que pueda proporcionarles un poco de paz. Algunos de los ahorcados fueron servidores del Señor, y apostaría a que dijeron unas palabras para sus seres queridos antes de reunirse con su Creador.

Hanlin replicó: Ya te he dicho que no los vi ahorcar. Les cortamos el paso cuando se dirigían a México sin permisos y les dijimos que dejaran las armas y vinieran con nosotros a Camp Verde. Dejaron las armas y vinieron con nosotros. Nos detuvimos en el Julian a pasar la noche, y algunos chicos se los llevaron e hicieron lo que hicieron. Yo no tuve nada que ver con esa barbaridad.

Al amanecer les estaba robando lo que tenían en los bolsillos, dije. Predicador, me puede creer o no, pero con eso es con lo que me encontré. Lo vi con mis propios ojos.

Ya les habían robado lo que tenían en los bolsillos, dijo Hanlin. No me llevé nada. Y robar lo que alguien tiene en los bolsillos no es lo mismo que ahorcar.

El predicador dijo: Les estabas robando lo que tenían en los bolsillos. Creo a este chico. Es muy propio de ti hacer algo así. Y también estuviste implicado en los ahorcamientos. Tus mentiras no se acaban nunca. ¿Qué tendrás dentro para ser ese sórdido individuo en el que te has convertido?

Hanlin intentó hacerle bajar la mirada, pero fue el predicador quien logró hacerle bajar la mirada a él.

El predicador nos preguntó a mí, a Sam y al señor Pacheco por nuestra fe. Le dije que Sam y yo no éramos de ir mucho a la iglesia ni de escuchar los sermones del campamento. El señor Pacheco sacó del bolsillo la cruz que llevaba en una cadena a guisa de rosario, y ambos se enzarzaron en una discusión que no fue del todo amistosa.

El señor Pacheco dijo: Dejemos el asunto, pues hemos venido a hablar de negocios en relación con el perro.

El predicador dijo que no iba a aceptar nada en relación con el perro.

El señor Pacheco le preguntó si era realmente un perro pantera.

El predicador dijo: Es un perro pantera de mucho renombre.

El señor Pacheco le preguntó cuántas panteras había rastreado, y el predicador le dijo que había rastreado más de cincuenta. El señor Pacheco le preguntó entonces por las cualidades del perro, dado que no saltaban a la vista.

El predicador le dijo que nada sabía de sus cualidades, puesto que él no había salido a cazar con Zacarías. El perro había sido su compañero durante siete años y no había ido de caza en todo ese tiempo.

Sam dijo: ¿Y cómo sabe usted que ha rastreado más de cincuenta si no estaba allí?

El predicador dijo que lo sabía de buena tinta, pues ¿qué hombre se prendería una nota en el pecho con una mentira momentos antes de exhalar su último aliento? Dijo: El primer dueño del perro era un conocido rastreador llamado Percy, que vivía solo en Sister Creek y acudía a escuchar mis sermones cuando iba allí a predicar. Cuando le llegó la hora, mandó a un vecino que fuera a buscarme, pero llegué demasiado tarde y lo encontré ya muerto. Se había prendido una nota en la camisa.

El predicador se incorporó y sacó la nota de un jarrón para mostrárnosla. Era difícil entender la letra. Decía: Por favor, cuide de mi perro. Es un buen rastreador. Ha seguido el rastro de más de cincuenta panteras. Perdió un ojo al luchar contra una. Cuide de él. La firma decía M Percy. No decía el nombre del perro. Supongo que cuando un hombre está muriéndose no tiene tiempo para esos detalles.

El señor Pacheco reflexionó sobre la nota y el perro.

Mis pensamientos eran de este tenor: no creía que fuera buena idea ir tras la pantera con un perro tuerto que ninguno de nosotros habíamos visto cazar. No parecía en buen estado, y ponía nerviosa a Sam.

Dije: Creo que no es el perro que buscamos.

Hanlin dijo: Maldita sea, yo he hecho mi parte. Me he ganado el dinero. Os he traído hasta aquí. No puedo hacer nada si el perro no te gusta y no se lleva bien con tu hermana.

Al predicador le desconcertó que Samantha fuera mi hermana. Tuve que explicarle que mi madre había fallecido y que mi padre se unió a una negra llamada Juda, quien trajo al mundo a Sam y a quien mató una pantera, el

mismo felino que regresó a nuestra casa y se llevó dos crías un par de noches atrás y cuyo rastro queríamos seguir.

Hanlin trató de conseguir que el predicador nos cediera el perro, lo quisiéramos o no. Le dijo: El mexicano tiene dinero y pagará por hacer uso del perro.

Mi perro no se presta, insistió el predicador.

Hanlin dijo: Me van a dar cien dólares por haberlos traído aquí, y a ti te darán la misma suma.

El predicador le gritó entonces que era un inmoral y no servía para nada. Le dijo: Tu madre ha llorado cubos de lágrimas por tu culpa y se maldecía por haberte traído al mundo. Tu padre te hubiera pegado un tiro de buena gana si se hubiera encontrado contigo. Eres la peor semilla que jamás he conocido. Lo sabíamos desde que ahogabas gatitos para divertirte. No estás bien de la cabeza. ¿Cómo eres tan mezquino de sacarle dinero a estos niños?

Hanlin dijo: No son los niños los que tienen dinero; es el mexicano. Tiene un montón.

El predicador dijo que no le importaba quién lo tuviese, si había dinero por medio éramos nosotros, los niños, quienes tendríamos que recibirlo y no Hanlin. Su perro no se lo prestaba a nadie, a ningún precio. No buscaba dinero. De todo aquel asunto lo único que quería era que Hanlin se marchase de su casa.

Hanlin comenzó a gritar con tanta fuerza que le salían esputos por la boca. Golpeó la mesa con la mano en la que conservaba todos los dedos y dijo: ¡No me voy a ir de aquí sin mi dinero! ¡Si me marchó ahora llegaréis a un acuerdo y les entregarás el perro gratis, y yo no recibiré nada!

Afuera, los chicos acudieron a mirar por las ventanas al oírle gritar.

Sam se puso a chillar: ¡Largaos de las ventanas!

Ida se acercó a la puerta y les dijo que se largasen, y dos de ellos salieron disparados. Sin embargo, Jackson, el indio mexicano, no quiso largarse. Seguía mirando a Sam. Tenía una mirada llena de pesar. El señor Pacheco le habló en español por la ventana. No sé lo que le dijo pero parecía algo amable. Entonces Jackson se marchó.

Una vez se calmó aquel alboroto, el predicador repitió que nadie obtendría permiso para utilizar al perro. No se había separado del perro desde que lo tenía y no iba a hacerlo ahora. El perro le suponía un consuelo y tampoco era

joven, y no iba a dejar que unos extraños se lo llevaran y lo pusieran en peligro.

Dije: No vamos a llevarnos su perro.

Sam dijo: Estás hablando por ti, no por mí. No me gusta el perro, pero no tengo otra opción. No voy a marcharme de esta casa sin él.

El predicador dijo: Muy bien, pequeña, en ese caso toma asiento junto al fuego y siéntete como en casa.

Durante aquel rato el señor Pacheco guardó silencio, mientras observaba al perro. Finalmente dijo: El perro mira a la «neenya» como si supiera algo. Creo que sabe que una pantera la ha herido, tanto como sabe que una pantera lo hirió a él. Creo que lo hemos juzgado mal. Después sacudió la cabeza y se levantó y se puso el sombrero como si hubiera llegado el momento de marcharnos. Dijo: Qué lástima que el Demonio se libre.

Aquello atrajo repentinamente la solemne atención del predicador. Se hizo tal silencio que me parecía que podía escuchar cómo las llamas lamían las ollas que había en el fuego. Sam y yo y el predicador y Hanlin estábamos sentados a la mesa, Ida estaba al lado con un trapo en la mano, el perro miraba atentamente a Sam a la vera del fuego, y el señor Pacheco estaba ahí plantado, sacudiendo la cabeza.

El predicador dijo: ¿A qué demonio se refiere?

El señor Pacheco dijo: El Demonio de Dos Dedos. La pantera que andamos buscando.

El predicador no tenía la menor intención de dejarse engañar. No era uno de esos predicadores crédulos. Dijo: Pretende hacerme morder el anzuelo.

El señor Pacheco dijo: O quizá sea Dios quien pretende hacerle morder el anzuelo. Quizá Dios nos trajo aquí para perseguir al Demonio.

Ha sido mi sobrino quien les ha traído aquí, y está en las antípodas de Dios, dijo el predicador. No obstante, el Señor utiliza como emisarios a quienes uno menos pensaría. Debo hacerle un par de preguntas, señor Pacheco: ¿Por qué llaman Demonio a ese felino?, y ¿por qué se ofrecería a perder tanto dinero por cazarlo? Explíqueme qué es lo que pretende. Si percibo que intenta engañarme, habremos terminado usted y yo.

El señor Pacheco se quitó el sombrero y nos dirigió un discurso que ya quisiera yo poder escribir al pie de la letra, pues fue un discurso muy intenso. Dijo que el Demonio de Dos Dedos era un enorme felino sobrenatural que

acechaba granjas y ranchos y se alimentaba de ganado, llevándose todo cuanto le resultara fácil llevarse y matando criaturas por pura diversión. Aquel felino era el terror de las gentes de aquí a México, y sobre todo a lo largo de la frontera que daba a Piedras Negras. Dijo que Sam y yo no estábamos a salvo, pues la pantera, sin duda, volvería de nuevo para seguir con lo que había empezado, y no podíamos comprar pólvora ni plomo para defender a nuestros animales ni defendernos a nosotros mismos de ella. Dijo: Veo la cara de la «neenya» y no creo que a Dios se le ocurra pensar que ha de ponerle la otra mejilla a la pantera. Dijo que sus motivaciones no eran egoístas pero tampoco puras. Había perdido su rancho, le habían robado los caballos, sus vaqueros<sup>4</sup> se habían esfumado como el viento. No le quedaba nada en esta vida salvo una cara picada y una cabellera gris y un buen caballo y un pasado demasiado largo y el dinero que llevaba en las alforjas. Dijo que, si mataba a la pantera, aquello podría atraerle el favor de Dios, y estaba seguro de que algún día necesitaría ese favor. Para él aquel felino valía cien dólares y más, y gustosamente le daría esa suma al predicador de la misma forma en que le prometía cuidar del perro y traérselo de vuelta en perfecto estado, si tal cosa fuera posible. A nosotros no nos pediría nada a cambio salvo la piel de la pantera, pues quería llevarla al sur para demostrarle a la gente que ya no había que seguir temiendo al Diablo.

Pensé que ahí Sam volvería a saltar con el asunto de la piel y quién debería quedársela, pero de momento guardaba silencio, y apartó las manos de aquel pastel, como suele decirse, sospecho que porque sabía que no era el momento de pringarse.

El predicador permaneció sentado a la mesa, sumido en cavilaciones. Dijo que no quería dinero y que no dejaría en préstamo su perro. Pero siguió cavilando. Tras sopesar el asunto un poco más y ver que no llegaba a ninguna conclusión, se volvió hacia el perro y dijo: Zacarías, ¿qué dices tú?

Juez, he jurado ser sincero. Y no me alejo de la verdad cuando digo que el perro respondió igual que si hubiera hablado. Me refiero a ese largo entrecerrar del ojo. Contempló a Sam con la mirada fija y luego contempló al predicador. Ninguno dudábamos de que había un significado oculto tras aquella mirada. Había un mensaje implícito. Entonces se levantó y caminó hasta la puerta y se plantó con la nariz pegada a ella. Solo le faltó decir que estaba preparado para irse.

El predicador dijo: De acuerdo, pues. Dijo: Está claro. Dijo: Pero no dejaré que el perro se vaya sin mí. Podrás pasar sin mí un día o dos, Ida.

Ida dijo: Siempre que me dejes el rifle de doble cañón por si hay problemas.

El predicador dijo que le dejaba el rifle de doble cañón y la carabina, y que se llevaría la pistola y el fusil Hawken. Se retiró de la mesa y dijo: Zacarías y yo nos pondremos juntos al servicio del Señor. El Señor se encargará de entregarnos o no esa pantera, según lo que Él considere oportuno. Deberíamos ponernos en marcha y llevar a estos chicos a casa y confiar en que Zacarías pueda olfatear algún rastro.

Hanlin exigió entonces su dinero y pidió prestado un caballo.

El predicador dijo que no iba a prestarle ningún caballo, pues solo tenía su viejo caballo castrado y pensaba cabalgar en él, y una yegua que Ida seguramente necesitaría.

¡Así es como un hombre de Dios trata a una víctima herida!, exclamó Hanlin. ¡No he hecho otra cosa que ayudar en este asunto! ¡He traído a esta gente hasta aquí para que tengan su perro! ¡Me falta un dedo! ¡No lo entiendes! ¡Me falta un maldito dedo!

El señor Pacheco contó los billetes y se los entregó.

Hanlin los metió en el bolsillo del pantalón que vestía, el de mi padre. Le dijo al predicador: ¿No me vas a llevar en el carro hasta Camp Verde?

El predicador le dijo que no teníamos tiempo.

Hanlin dijo: Ida, ¿y tú?

Ida dijo: No. Le dio un poco de cecina para que tuviera algo que comer y Hanlin se marchó a pie.

El predicador nos pidió entonces que inclinásemos la cabeza. Eso hicimos. Dijo: Señor, estamos a punto de partir. Te pedimos que prepares nuestro camino y que ilumines nuestros pasos para que podamos verlo. Te pedimos que nos libres de tragedias y asechanzas y del mal juicio y de revelaciones que puedan perjudicarnos. Te pedimos que nos libres de encontrarnos con criaturas mortales e indios de toda clase y demás peligros. Por favor, mantén a salvo a estos chicos y al perro, y también al mexicano, y a mí si lo crees conveniente. Amén.

Procedió entonces a prepararse para nuestro viaje.

Querido juez:

Lamento que no haya sabido últimamente de mí. El hombre cuyas vacas ayudé a capturar cuando casi me muerde una serpiente me contrató para ayudarlo a construir un vallado, así que he estado trabajando el doble. No he tenido tiempo de escribir a excepción de este informe. Me hubiera podido quedar a pasar las noches con él y así ahorrarme el trayecto de cada día, pues mi yegua está derrengada, pero no quería dejar sola a Sam por las noches. Está a un pelo de marcharse y temo que pueda aprovechar cualquier excusa.

Le agradezco la carta y las sugerencias que me da sobre Sam. Me cogí un día y cabalgué hasta Bandera y hablé con la señora Callahan como usted aconsejó, y tuvimos una agradable charla. Sin embargo, preguntó si Sam era disciplinada y si haría algún que otro trabajo. Le dije que Sam no era de utilidad en casi nada o no al menos para mí, pero que seguramente podría cambiar su manera de ser si recibía una enseñanza mejor que la que yo había estado en condiciones de proporcionarle. La señora Callahan dijo que iba a pensárselo, aunque consideraba que ya tenía suficiente carga con sus propios hijos como para aceptar una niña como esa.

En otra ocasión fui a Sisterdale y hablé con la señora Dieter, la mujer con la que me dijo usted que hablase. No resultó tarea fácil, habida cuenta de que no habla inglés bien. Me mostró la carta que usted le escribió y en la que le decía que Sam era una chica muy despierta y que ganaría mucho si recibía instrucción. Era una carta muy amable. Gracias por los cumplidos que me dedica. Mi padre estaría orgulloso de esa carta si no hubiera fallecido. La señora Dieter me dio muy bien de comer y me mostró su violín, que había traído de Alemania. No es una de esas alemanas estiradas como algunas son, y le haría mucho bien a Sam. Sin embargo, no la aceptó.

No es necesario que le jure que, al regresar a casa de mis viajes, tuve unas palabras con Sam por ser tan vaga que nadie quería aceptarla. Me dijo que trabajaría con empeño por cualquiera salvo por mí, pues está harta de que siempre le esté dando órdenes y de momento no está harta de nadie más.

Le dije: Ponte a trabajar a fondo una semana y te creeré. Necesito pruebas de que puedes hacerlo antes de que le garantice a nadie que cabe alguna posibilidad de que lo hagas.

Bueno, pues no trabajó a fondo ni un solo día. Es la chica más inútil que he visto, y no tengo la menor idea de por qué. Su madre trabajaba muchísimo. Era mala pero vaya si trabajaba. Mis primeros años los pasé en una casa limpia, y eso fue gracias a Juda. Y ahora me veo atado a esta niña que me resulta un incordio, pues siempre estoy preocupándome y preocupándome por ella. ¿Qué voy a hacer? ¿No conoce a nadie más a quien pueda visitar? Iría incluso hasta New Braunfels si me dijera que conoce a alguien allí. No es que mi yegua esté en buenas condiciones, pero haría eso por mí. Le gustaría tanto como a mí ver que Samantha se larga, pues es culpa suya que tenga que ir y volver de la casa al campamento todos los días. De no ser por Sam podría quedarme a dormir allí alguna que otra noche y así ahorrarle a mi yegua el sufrimiento.

Pero en lo que respecta a nuestro asunto, que es Clarence Hanlin. Al leer la carta que usted me envió, lamenté haber enturbiado las aguas respecto a su culpa o su inocencia cuando le conté que Hanlin había asegurado al predicador Dob que no había tomado parte en los ahorcamientos. Lo que no dije con la debida claridad es que aquello era mentira. Más tarde admitió haber tomado parte en los ahorcamientos bien a las claras, como usted mismo verá. No hay duda alguna de que lo hizo. Mi única intención era ir marcándole el camino para que pueda usted conocer la historia al completo, de principio a fin, y declararlo culpable, aunque se haya ahogado.

Entretanto, me alegra saber que aprecia mis informes. Mi padre solía llegar a casa hecho polvo del trabajo y yo le contaba lo que habíamos hecho en casa aquel día. Nos sentábamos junto al fuego y mis historias le animaban muchísimo. Así que me lo estoy pasando en grande al escribirle, pues ya hace mucho que perdí a mi padre. Me ha hecho compañía durante muchas noches, señor. Con todo, me vendría muy bien una buena pluma.

En cuanto a su sugerencia de que espere y le envíe el resto de mi testimonio de golpe cuando lo haya terminado, dado que es muy largo, la situación al respecto es la siguiente. No me parece bien aparecer por las buenas y comer *strudel* gratis si no tengo tratos con el señor Hildebrand. ¿Cree usted que no está bien que me coma el *strudel*? La señora Hildebrand insiste en que me lo coma. Si no está mal que lo haga, preferiría comérmelo.

Un hombre llamado Gus, del campamento, dice que piensa ir a Comfort y que le llevará estas páginas al señor Hildebrand si las tengo listas mañana, pues estoy hasta arriba de trabajo y no podré ir yo mismo en un tiempo. Nunca ha comido *strudel* y creo que es todo un banquete. Parece un tipo de confianza. Acordamos que, si se lo ofrecen, compartiríamos el *strudel*. Me va a traer la mitad.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

Cogimos algunos víveres de casa del predicador, abrevamos a los caballos, ensillamos el viejo caballo castrado del predicador, que no era gran cosa, nos despedimos de Ida y de los tres niños, y enfilamos camino hacia nuestra casa con comida para tres días, incluyendo un tarro de pepinillos que Ida me dio por lo mucho que me había gustado la sal que había puesto en el pollo y a sabiendas de que aquello me encantaría, pues estaban salados.

No podíamos ir muy deprisa. La yegua estaba cansada, el caballo castrado del predicador Dob había conocido días mejores, y Zacarías iba a pie. Solo el pinto estaba en plena forma, pues era joven e irradiaba entusiasmo. Nos sentíamos mucho mejor después de habernos quitado de encima a Hanlin y de haber conseguido la ayuda de Zacarías, aunque ninguno de nosotros estaba libre de dudas respecto al perro. Aquellas dudas se recrudecieron durante el camino. El perro jadeaba durante el viaje, se quedaba plantado negándose a avanzar, y el predicador Dob se veía obligado a subirlo a su montura y cabalgar un buen trecho encorvado sobre él, cosa que al viejo animal castrado no parecía importarle demasiado pese a que estaba reumático y a que debía notar por fuerza aquel peso extra.

El principal problema de que el perro fuese subido al caballo era que de ese modo estaba a la misma altura que Sam. Prácticamente todo el tiempo que viajaba así la iba observando. Ella estaba montada en la yegua conmigo, mientras que el perro se hallaba a horcajadas sobre el regazo del predicador Dob, y cambiaba de postura para poder mirar a Sam sin importar que estuviese delante, detrás o junto a nosotros.

Sam dijo: ¿Por qué hace eso? Tengo que saberlo.

El señor Pacheco dijo que a su parecer el perro tenía una inteligencia extraordinaria y que sentía en ella unas cualidades que otros no percibían.

El predicador Dob dijo: Zacarías sabe reconocer a los que han sufrido y sobrevivido como lo ha hecho él. Sabe por lo que has pasado. Ha sentido los dientes y los colmillos de una pantera igual que tú.

Sam dijo: Menuda patraña. Se deben de creer que soy tonta. Me mira porque soy fea y no es capaz de entender mi cara.

Dije: Si lo sabías, ¿para qué preguntas?

¿No te has mirado a un espejo o qué?, le dijo al perro. Tú tampoco es que seas muy guapo. ¿No lo sabías?

El perro pareció avergonzarse al oír aquello. Durante un rato dejó de mirar a Sam, pero no pudo aguantar mucho tiempo, y otra vez volvió a hacerlo hasta que el predicador Dob le hizo ir andando.

Cruzamos un arroyo y abrevamos a los caballos y al atardecer llegamos a las inmediaciones de nuestra casa, cuando ya empezaba a refrescar. El señor Pacheco tenía un poncho en su alforja, y se lo dio a Sam para que se lo pusiese. Zacarías volvía a estar sobre el caballo, medio dormido y a horcajadas del regazo del predicador Dob. Vimos una bandada de aguiluchos sobrevolando en círculos el roble en el que habíamos pasado la noche, así que nos acercamos allí para examinar la situación lo mejor posible, habida cuenta de que la luz era escasa. Los cerdos habían regresado del arroyo y rondaban el camello caído y hozaban el cabrito muerto. Convinimos en tratar de encontrar el dedo, que debía de andar por el suelo, así que nos pusimos a buscarlo. Pero también había desaparecido. Supusimos que alguno de los cerdos se lo habría comido. El señor Pacheco dijo que igual se lo había comido uno de los aguiluchos, y ahora estaba allá en lo alto. Le produjo mucha risa imaginarse aquel dedo volador.

El predicador Dob quiso saber cómo era posible que Sam fuese tan buena tiradora para volarle un dedo a alguien de un disparo. ¿Te ha enseñado tu hermano a disparar así?, preguntó.

Sam contestó: Mi hermano no tiene ni idea de disparar.

Aquello me ofendió. Dije: Le acertaste de pura chiripa.

Sam replicó: Apunté bien. Lo desarmé de un tiro. No fue de chiripa.

Cuando nos dimos por vencidos de buscar el dedo, cabalgamos hasta la

casa, pensando en pasar allí la noche, pues no podíamos seguir camino a oscuras. La idea era despertarnos temprano, prepararnos, mostrar a Zacarías los lugares por los que sabíamos que había pasado la pantera y confiar en que olfatease su rastro.

Los problemas comenzaron cuando el predicador desmontó y bajó a Zacarías de la silla. Se disponía a ponerle la correa, pero antes incluso de que el perro hubiera puesto una pata en el suelo levantó la cabeza, adoptó una actitud de alerta, olisqueó el aire y echó a correr. Primero corrió hasta el redil de las cabras, y tan pronto llegó se puso como loco a olfatear por todas partes. Jamás en mi vida había visto tanta energía en un perro. Cada vez que olía algo se echaba a temblar, y así una y otra vez. Se lanzó a la carrera hasta el arroyo, con la nariz pegada al suelo por todo el camino. No levantó la cabeza ni para mirar alrededor. Sam y yo y el predicador Dob corrimos tras él y le gritamos que se detuviese, pero el perro ya estaba en marcha y no se iba a detener por nada. El señor Pacheco se quedó en su caballo pinto, observándolo todo con atención.

Era difícil seguir al perro, pues tenía la piel moteada y ya apenas había luz. Llegó hasta el cabrito muerto que no habíamos logrado encontrar antes, hermano del que yacía algo más lejos al pie del roble, y con el que los cerdos se estaban dando un festín. La pantera le había roto el cuello y se había comido sus órganos.

Apenas el perro lo olió, salió corriendo otra vez hasta los corrales. Probablemente estaba trazando el mismo camino que hizo la pantera cuando arrebató de allí uno de los cabritos y regresó por el otro. Intentamos cortarle el paso para detenerlo, pero se alejó de nosotros a la carrera y olfateó los corrales y se precipitó hasta la parte de la pradera donde Sam había encontrado a la otra cría muerta. No fue junto al roble, sino en un escondrijo que había al lado de una enorme roca, donde la pantera había dejado a la cría antes de que Sam la llevase hasta el roble en su intento de hacerme creer que aquel era el lugar en el que la había encontrado. Al perro lo engañó el roble tan poco como en aquel momento me engañó a mí, y no le dedicó siquiera una mirada, sino que salió disparado en dirección sureste, que era, supuse, la que la pantera había tomado.

Estaba claro que el perro no tenía intención de esperarnos, sino de continuar con aquello. Sam lo siguió a pie, por más que le grité que volviese.

Era casi tan rápida como Zacarías, y no perdía energías chillándole para que se detuviera. Iba adonde iba el perro. Me alegró ver pasar a la carrera al señor Pacheco en su pinto, galopando en pos de Sam.

El predicador Dob y yo volvimos corriendo a casa para recuperar nuestros caballos. Ambos estaban cansados, y eran viejos, y aún no habían comido, y no les hizo mucha gracia tenernos encima y enfilar sus pasos rumbo a la oscuridad por el pedregoso terreno de una ruta sin señalizar llena de espinosos matojos y de cactus siguiendo los sonidos del perro. Le grité a Sam para que se detuviese a esperarnos, pero no me respondió, así que dejé de hacerlo, por miedo a que los comanches o los *sesesh* pudieran oírnos.

Fue entonces cuando el perro empezó a emitir el más peculiar gañido que jamás le he oído hacer a un perro. He oído lo que hacen los perros cuando buscan un rastro, pero nunca, ni antes ni después, he oído sonidos similares a los que aquel perro pantera dejó escapar aquella noche. Pensé que los comanches lo habían cogido y lo estaban matando de alguna horripilante manera. Después se hizo evidente que aquel sonido se movía en una dirección clara, y comprendí que el perro se había tomado en serio la pista que estaba siguiendo. Allá donde se dirigiese el perro, Sam se dirigía allí también, sin que en esta ocasión tuviese siquiera una pistola con excrementos de murciélago, pues iba desarmada. El frío se había asentado, la noche estaba clara, y aquel ruido vibraba en el aire como el canto de las sirenas de *La ballena*, incitando a Sam a seguir adelante independientemente de los peligros que pudiera correr.

Corríamos como locos, se lo aseguro. El señor Pacheco alcanzó a Sam antes de que lo hiciéramos el predicador Dob o yo, pues había partido con ventaja y eso por no hablar de que tenía un caballo mejor. Sam no montó ningún escándalo, sino que saltó a la grupa del caballo pinto, detrás del señor Pacheco, y ambos salieron disparados tras los gañidos del perro.

El predicador Dob y yo tuvimos que azuzar los caballos para alcanzarlos. Todo estaba oscuro, hacía mucho frío, teníamos hambre, nuestros caballos no estaban contentos, y no atravesábamos ningún camino conocido, sino un montón de matojos y arbustos que nos raspaban con saña. Nos vimos obligados a bordear largos trechos de chumberas y uncarias y deciduas y abrirnos camino entre los cedros, pero por suerte nuestros caballos veían mejor en la oscuridad que nosotros y mostraban buena actitud. El caballo

castrado del predicador Dob no tenía herraduras. Tenía las pezuñas como piedras, pero, con todo, debió de resultarle duro a aquel pobre animal galopar de ese modo. A mi yegua se le clavó una piedra y eso nos demoró, pues tuve que pararme para quitársela. Tan pronto pensaba que estábamos a punto de alcanzar al perro, lo veía aparecer en lo alto de un risco, alejándose entre gañidos, o abajo, en alguna quebrada, y costaba decir si estábamos más cerca o más lejos o incluso si íbamos en la dirección correcta. Yo me limitaba a seguir al señor Pacheco, y el predicador Dob se limitaba a seguirme a mí. No dejábamos de maldecir, y creo que incluso el predicador dejó caer alguna maldición que otra. Constantemente nos veíamos azotados por las ramas. Nos lanzamos de cabeza pendiente abajo por el vado de un cañón y al llegar al otro lado tuvimos que aminorar el paso a un suave trotecillo para poder cruzar un bosque de cedros. De todos nosotros Sam era la que más suerte tenía, pues estaba arrebujaada detrás del señor Pacheco y llevaba puesto su poncho, de manera que se hallaba protegida de las peores cosas que tuvimos que atravesar.

Fue un alivio que apareciese la luna. Era una luna del tamaño correcto, no la comanche. Con una luna comanche me hubiera muerto de miedo, teniendo en cuenta el jaleo que estábamos montando. La que apareció no era más grande que una uña, pero proporcionaba luz suficiente para evitar que nos precipitásemos por algún acantilado en plena oscuridad. No tengo muy claro cuánto tiempo cabalgamos ni hasta dónde llegamos; quizá solo recorriésemos tres millas, quizá cuatro, puesto que en algunos trechos tuvimos que avanzar muy despacio y todo era cuesta arriba y abajo, pero sí puedo decirle que no nos detuvimos hasta que oímos al perro ladrar desde una posición fija y que solo entonces paramos para recuperar el aliento y pensar en un plan.

El predicador Dob dijo: Me parece que tiene acorralada a la pantera en un árbol. De otro modo no creo que se detuviese. Me preocupa que el felino salte sobre él si no llegamos aprisa.

Decidimos cabalgar tan rápida y silenciosamente como pudiéramos para que el felino no pegase un salto y nos obligara a correr otra vez tras él.

Mi pistola y mi rifle se habían quedado en casa, puesto que Sam había utilizado la bala y la mierda de murciélago que nos quedaba al disparar sobre Clarence Hanlin y no nos eran de ninguna utilidad. Yo tenía la pistola de Hanlin, pero Sam iba desarmada, y me pidió que se la diese aduciendo que

tenía mejor puntería que yo.

Dije que no. Yo nunca había disparado con un Colt y estaba impaciente por hacerlo.

Saltó al suelo desde la grupa del pinto y corrió hasta mí para quitarme el Colt del cinto. Pensé que acabaríamos pegándonos a base de bien, puesto que no le iba a permitir que me lo quitase.

El predicador Dob, sin embargo, dijo: Alto. Dijo: Me parece que se le debería dar a Sam la oportunidad de disparar a la pantera; puede usar mi pistola. Da buena suerte.

Era un Sharps con tambor de carga de cuatro balas perfecto para el tamaño de Sam, y el predicador Dob dijo que se la dio un jugador que había escuchado la palabra del Señor y que prometió que no volvería a jugar nunca más.

Sam dijo: No, quiero el rifle.

No te puedo dar el rifle, dijo el predicador. Dispara una bala enorme que pesa mucho y tiene mucho retroceso. Te tiraría al suelo.

Sam dijo: Si eso ocurre me volveré a poner de pie.

Con todo, el predicador insistió en no dejarle el rifle. Cargó la pistola y se la dio, y le dijo que solo tenía que apuntar, amartillar y disparar. Tendría cuatro oportunidades de disparar, dijo, pero apostaba a que derribaría a la pantera del árbol con la primera bala del tambor. Cualquier niña capaz de volarle a un hombre un dedo de un disparo puede abatir a un felino que se encuentra en un árbol, dijo.

El señor Pacheco dijo que Sam debía ser la primera en disparar, y que, si fallaba y hacía huir a la pantera, nosotros la cubriríamos.

Sam afirmó que no iba a fallar. Dijo: Y quiero disparar las cuatro balas antes de que a alguno de vosotros se le ocurra apretar el gatillo.

Marchamos en la dirección de la que procedía el ladrido y encontramos una suave quebrada por la que pasaba una pequeña corriente, donde dejamos que los caballos tomasen un rápido refrigerio y llenamos nuestras calabazas. El agua estaba un poco asquerosa debido a que no había llovido demasiado aquel año, como usted bien sabrá, así que, como no bebimos lo suficiente, nos quedamos con sed. No habíamos avanzado mucho por la quebrada cuando de pronto el ladrido se convirtió de nuevo en un gañido, lo que dejaba claro que el perro volvía a ponerse en marcha una vez más.

El felino ha debido de saltar del árbol, dijo el predicador Dob. Se ha largado.

Seguimos un camino, y entonces el ruido cesó de repente para dejar paso únicamente al chirrido de los grillos y otros previsibles sonidos de la noche en nuestros oídos. Nos detuvimos a escuchar, y durante un minuto ninguno pronunciamos una sola palabra.

Entonces el predicador Dob dijo: El perro volverá a ponerse en marcha si esperamos.

Pero no lo hizo. Zacarías había dicho cuanto tenía que decir del asunto, tras lo cual había enmudecido.

El señor Pacheco dijo que debíamos seguir la dirección en que lo habíamos escuchado por última vez, pues así nos encontraríamos con él.

Iniciamos la marcha, pero no nos poníamos de acuerdo acerca de la dirección que debíamos tomar. El predicador Dob opinaba que teníamos que desviarnos un poco hacia el norte, y el señor Pacheco opinaba que hacia el este. Sam lanzó una serie de ideas de lo más variopintas al respecto. Yo carecía de opinión alguna, pues no sabía ni dónde estábamos, más allá de que me parecía que habíamos marchado un poco al sur y luego al este, pero sin seguir ningún camino, y habíamos atravesado el vado de un cañón que no conocía. Estaba seguro de que conocía aquellas tierras, pero eran más numerosas de lo que había imaginado y la cifra de cañones era todavía mayor. La mayoría de los cañones no eran más que suaves quebradas y arroyos secos; aun así, no era sencillo entrar y salir de ellos. La vegetación se espesaba al norte, al sur, al este y al oeste. Estábamos a merced de cualquiera que nos encontrase, y, por supuesto, lo primero que me vino a la mente fueron los indios, pues los comanches habían estado muy activos las últimas semanas y no habían parado de hacer fechorías.

Dije: ¿No creen que deberíamos regresar?

Sam contestó: Yo no voy a regresar.

El predicador Dob dijo: No voy a abandonar a mi perro.

Dije: Solo era una sugerencia.

Para serle sincero, no sabía cuál era la dirección que debíamos tomar para volver. Supuse que podía darle las riendas a la yegua para que ella me llevara de vuelta, pero no me hacía mucha gracia la idea de hacer el camino sin los otros.

El señor Pacheco dijo que debíamos regresar al menos hasta el arroyo, acampar allí y esperar a que el perro empezase a ladrar otra vez.

Ese fue el consejo que seguimos. Emprendimos el camino de vuelta y encontramos un lugar que no estaba mal situado a no más de cuatro metros del agua, bajo un caqui. Desensillamos los caballos, le pusimos las maneas al castrado y atamos la yegua al suelo, allí donde ambos podían comer de lo alto de un roble, y dejamos al pinto a su libre albedrío, sin silla ni riendas, pues nunca se alejaba demasiado del señor Pacheco.

Mientras encendíamos una fogata, el predicador Dob no dejaba de lamentarse del posible destino de Zacarías. Dijo: Zacarías me ha hecho compañía durante siete años. Espero no haberlo precipitado a su fin. No ve muy bien. Solo tiene un ojo. Espero que no haya intentado acabar él solo con la pantera.

El señor Pacheco dijo que era más probable que el perro hubiera perdido el rastro de la pantera y que anduviera por ahí buscándola.

El predicador Dob dijo que la pantera podía alcanzar un árbol de un salto y abalanzarse sobre Zacarías mientras este la buscaba.

Dedicamos un rato a pensar si aquello podía suceder.

El predicador Dob dijo: No se me ocurre nada bueno que haya podido pasar que explique que no se le escuche. Primero acorraló en un árbol a la pantera, luego volvió a seguir su rastro, luego dejó de rastrearla y enmudeció. ¿Por qué ese silencio?

Nos acomodamos junto al fuego y nos curamos los arañazos. Comimos casi todo lo que Ida nos había guardado, si bien yo dejé para más tarde los pepinillos en vinagre, consciente de que llegado el momento lo agradecería. El señor Pacheco nos enseñó un método para quitar el fango del agua consistente en cortar en rodajas una chumbera y echar los trozos en una olla. Yo no conocía ese truquillo, ni tampoco el predicador Dob. El fango se quedaba en el fondo.

Sam y yo estábamos cansados de haber pasado la noche anterior sentados en el árbol y de haber cabalgado todo el día. Usamos el poncho de cama y el predicador Dob nos cedió amablemente su manta, pues el frío empezaba a hacerse notar y él llevaba ropa de más abrigo que la nuestra. Sam acaparó la manta y finalmente tuve que dársela.

El predicador Dob estaba tan abatido por la ausencia de Zacarías que solo

se puso a contar desgracias. Atizaba el fuego y relataba historias acerca de gente que vivía una penosa existencia llena de desengaños y moría entre arrepentimientos, como el caso de un ladrón de caballos al que dispararon y murió mientras confesaba sus pecados al predicador Dob pero sin decirle su nombre, pues no quería que sus hijos supiesen en lo que se había convertido.

El predicador Dob dijo: Hay veces en que no soy capaz de comprender los caminos del Señor. Soy un predicador, y se supone que puedo explicar tales cosas, pero no puedo hacerlo. En una ocasión partí para unir a una pareja de Tow Head Creek en santo matrimonio, y resulta que la mujer se largó una hora antes de la boda y dejó a su prometido triste y solo, vestido con su traje, en el porche de su casa, sin nada que hacer salvo dar de comer a los cerdos. ¿Qué podía decirle yo? Al día siguiente supe que se había ido a cazar para templar los nervios y disparó a su mula por accidente cuando se encontraba atada a un árbol. Y ¿qué podía decir yo a eso? Las palabras no sirven de nada cuando le has pegado un tiro a tu propia mula. También sucedieron otras cosas horribles. Niños que caían de la parte de atrás de un carromato y eran atropellados. Los asaltos de los indios. Mi pobrecito Jackson, al que los indios arrebataron de una familia mexicana que muy probablemente lo quería. Las bandas que van por ahí ahorcando a pobres inocentes. También en mi vida han sucedido cosas horribles. De joven me marché al oeste y nada más llegar a Arkansas unos forajidos salieron de la nada y me golpearon la cabeza con las culatas de sus rifles y me dejaron tirado en el camino, dándome por muerto. Si miráis aquí, podréis ver que tengo el cráneo hundido.

El predicador Dob y el señor Pacheco procedieron entonces a mostrarse sus respectivas cicatrices y a hablar de sus heridas y a debatir acerca de lo mal que la vida los había tratado. El predicador Dob habló un buen rato acerca de un primo suyo que había sufrido de gota y otras cosas que se le habían ido sumando hasta llevarlo a una muerte horrible. Se quitó la camisa y nos mostró un agujero en el brazo donde le habían puesto una vacuna que se comió parte de la carne. El señor Pacheco nos mostró una costilla que sobresalía sus buenos ocho centímetros, y un agujero en la rodilla donde había ensartado por accidente el clavo de una herradura, por no mencionar las marcas de pólvora que tenía en la cara, de las que no dijo palabra. Dijo que hubo un tiempo en que fue joven y presumido y calzaba espuelas con ruedecillas de diez centímetros para impresionar a las chicas, y se

emborrachaba y se sentaba sobre los talones y ahora tenía unos agujeros de espuela grabados allí para el resto de su vida, agujeros que no teníamos permiso de ver.

Reía a carcajadas al contar aquella historia, y, con todo, uno podía percibir cierta amargura en el relato, que hablaba del paso del tiempo y de las cosas que uno iba dejando atrás. Nada de aquello era un buen ejemplo para vivir tu propia vida.

El señor Pacheco le pidió entonces al predicador Dob que nos contase cómo se había convertido en predicador.

El predicador Dob dijo que más de veinte años atrás se había tomado un descanso en su trabajo como transportista de pieles y acudió a Texas para ver a su hermana. A causa de una imprudencia cayó en manos de una banda de alborotadores más jóvenes que él que acudían a México para asaltar algunas ciudades mexicanas y robar caballos y reses y saquear y mil cosas más. Parecía casi divertido, de modo que se unió a ellos. Se dirigieron allí y los cogieron y los metieron en prisión, y se fugaron, y rondaron por las montañas, perdidos como Moisés, buscando el Río Grande, hasta que algunos murieron de sed y el resto acabó siendo prendido otra vez. El predicador Dob no era entonces predicador y ni siquiera creyente; solo era Dobson Beck. Los volvieron a encerrar en la prisión, dijo, y los pusieron en fila y les ordenaron sacar unas judías de una olla, y aquellos que sacasen judías negras en vez de blancas serían ejecutados.

Juez, no me cabe duda de que como hombre consagrado a la ley bien podrá imaginar la consternación que supone saber que tu destino depende de una cosa así.

Resumiré la historia, dado que el predicador Dob se entretuvo en dar muchos detalles acerca de la valentía que mostraron algunos hombres, y los chistes que hacían al sacar las judías negras, diciendo cosas como: Me toca bailar, chicos, y el espanto a las judías negras que invadía a aquellos otros que no podían evitar que las manos les temblasen, pues tenían los ojos tapados y los hacían tomar su turno a empujones.

El predicador Dob hablaba de un modo lento y doloroso al relatarnos su historia, y hacía pausas entre algunas palabras, como si le resultase difícil pronunciarlas. Aquello sucedió un día nublado, dijo, y hacía frío y corría el viento en el patio de la prisión, y yo era el siguiente en la cola al que le

correspondía probar suerte. Mientras aguardaba mi turno, pensaba que mi madre hubiera querido algo mejor para mí que aquello en lo que me había convertido. Recordé que de joven me había escapado de casa y me había dirigido al oeste para comerciar con pieles, y luchar contra los indios, y malgastar mi tiempo con mujeres, y beber más de lo que debía. Y ¿de qué le había servido eso a nadie? Ahí estaba yo, vestido con sucios harapos, con casi cuarenta años, casi muerto de hambre, con la cabeza llena de pecados y piojos, y Dios estaba a punto de decidir mi destino en cuanto alargase yo la mano hacia la olla. Había malgastado mi vida de la peor manera.

Pero mientras así reflexionaba, dijo, y observaba a los otros hombres sacar sus judías, uno tras otro, reparó en el hecho de que las judías negras eran un poco más pequeñas. Y cuando le pusieron la venda, y metió la mano en la olla, no quedaban más que dos judías, una para él y otra para el hombre que tenía detrás, apenas mayor que un muchacho. Se hizo primero con la pequeña, y la palpó, y tuvo miedo de ella, y la soltó, y palpó la más grande, y la cogió.

Y entonces le quitaron la venda y allí estaba él, mirando una judía tan blanca como el diente de un niño sujeta entre sus dedos.

Nos contó aquello de un modo que no podía ser más siniestro, y no olvidaré su rostro a la luz del fuego, ni que de tarde en tarde parecía atragantarse en sus propias palabras. Había momentos en que alargaba tanto las pausas que nos limitábamos a escuchar el croar de las ranas. Dijo: El chico que tenía detrás sacó la judía que me correspondía a mí, y, cómo no, era negra, tal y como supe que sería. A los que teníamos las judías blancas nos hicieron tumbarnos en el suelo y nos dijeron que, si alguno levantaba la cabeza, a todos y cada uno de nosotros nos pegarían un tiro. De modo que pegué la cabeza al suelo mientras los mexicanos se llevaban a la mitad de aquellos infelices, y escuchamos las descargas de los mosquetes, y luego regresaron para llevarse al resto.

Yo conocía muy bien a aquellos hombres. Habíamos luchado juntos, juntos habíamos marchado sin rumbo fijo y juntos habíamos pasado penurias. Habíamos encarado juntos la misma suerte. Y ahora diecisiete de los nuestros habían desaparecido a lomos del caballo pálido, y yo sabía, sabía a ciencia cierta, que tendría que haberme contado entre ellos.

Después de aquello me encarcelaron por un tiempo en México, y, cuando me vi en libertad y pude cruzar de nuevo el río, di por terminadas mis

aventuras. Me casé y senté la cabeza y tuve un hijo y me ocupé de mi granja. Pero nunca me sentí en paz conmigo mismo. Podía oír el estruendo de las descargas resonando en mi cabeza. Y un día mi esposa cogió unas judías de una bolsa y las echó a una olla para la cena y algo se removió en mi interior. Miré las judías, y miré a mi esposa y a mi pequeño, y miré la casa que me rodeaba, y un sentimiento de culpa por aquello que hice surgió a borbotones de mi interior como una tormenta. Me derrumbé. Todo me salió de dentro. Caí de rodillas y le dije a mi esposa lo que había hecho. Le pedí perdón a Dios y recé por mi salvación, y por la salvación de aquel muchacho que había cogido aquella judía que para el caso bien podía haberle dado yo, tanto como el destino que hice recaer sobre él. La vergüenza era demasiado grande como para lograr soportarla. Había conservado la vida gracias a una trampa, y ahora mi vida tenía que demostrarse digna de ser vivida. Es muy dura la tarea de hacer que tu vida sirva de algo cuando le has robado la vida a otro. Lo único que podía hacer era levantarme cada mañana e intentarlo. De modo que empecé a viajar y a predicar el evangelio.

Cuando acabó de contarnos aquello, estábamos sumidos en el silencio, y pensativos, y reflexionábamos mirando las llamas que lamían la oscuridad.

Tras un rato, el señor Pacheco sacudió la cabeza, y se incorporó, y se alejó y caminó de vuelta, y atizó el fuego, y volvió a sentarse ante las llamas. Dijo: Yo también soy un pecador. He pecado contra vosotros tres al no contaros una cosa. Hay una recompensa de dos mil dólares por la piel del Demonio de Dos Dedos.

No necesito decirle, señor, que me sorprendió escuchar aquello. Ni Sam ni yo habíamos oído pronunciar jamás la cifra de dos mil dólares, y nos quedamos pasmados como piedras.

El señor Pacheco dijo que el «allcallday» de Piedras Negras había reunido una suma de dinero con ayuda de mucha gente y que estaba decidido a dársela a la persona que le llevase la piel de Dos Dedos con la pata trasera derecha incluida. En la pata derecha tenía que haber solo dos dedos, y los dos dedos ausentes tendrían que llevar mucho tiempo desaparecidos, en otras palabras, tendrían que haber curado, pues había por ahí un hombre que mataba panteras y le cortaba dos dedos a las pieles y entregaba las pieles diciendo que eran la piel de Dos Dedos, cuando en realidad pertenecían a panteras que no eran sino impostoras. Nadie se iba a tragar el cuento.

Dijo que cuando supo que andábamos a la caza de la pantera sopesó la idea de adelantarse a nosotros y matar él mismo a la pantera y quedarse la piel. Había construido su rancho tras muchos años de esfuerzos, y Cortina y sus bandidos se habían presentado allí y le habían robado los caballos y habían dejado el lugar reducido a cenizas, y dos mil dólares suponían un buen empujón para construirlo de nuevo. Claro que, si se quedaba la piel para él solo, perdería el favor de Dios. Sería un «cabrón sinvergüenza», o, en otras palabras, una cabra sin honor. De modo que su conciencia le ganó la partida y por eso estaba siendo sincero con nosotros y pensaba compartir los dos mil dólares así: un tercio para mí y Sam, un tercio para el predicador Dob, y un tercio para él.

Quizá se esté imaginando que pegué un salto al enterarme de aquello. Al contrario, me llevó un minuto saber qué decir, y a cuánto ascendía un tercio.

Sam, en cambio, no pensó ni un segundo en ello. No me importa el dinero, dijo. La piel no llegará a Piedras Negras, se quedará en mi casa, conmigo.

Aquello desató una acalorada discusión que se alargó un buen rato. El señor Pacheco dijo que la piel tenía que llegar a Piedras Negras si quería obtener la recompensa. Con todo, se comprometía a devolvérsela para que Sam pudiera quedársela y dejarla en la casa.

Sam estaba empeñada en que el señor Pacheco no se la llevase, pues pretendía tenerla consigo todo el tiempo.

Le dije: ¿Es que no eres capaz de ver más allá de tus narices? ¿No ves el partido que podríamos sacarle a ese dinero?

El predicador Dob dijo que no necesitaba el dinero para hacer la obra del Señor, pero que, si había dinero por medio, comprendía que aquello iba a beneficiar a su familia.

El señor Pacheco hizo el ofrecimiento de llevarnos a Sam y a mí a Piedras Negras y de encargarse él mismo de que volviésemos a salvo con la piel y nuestro dinero. El viaje de regreso lo haríamos con él.

Sam no quería ni oír hablar de ello. Se levantó y dijo: Esa pantera ha matado a mi mamá. Me ha destrozado la cara. Nos robó nuestros cabritos. ¡Si le disparo, la despellejaré y secaré la piel y pasearé sobre ella el resto de mi vida, y nunca, nunca, nunca permitiré que nadie se la lleve a México porque de allí lo mismo ya ni vuelve! ¡Miradme! ¡Miradme todos! Queréis canciones, queréis dinero; yo solo quiero venganza. ¡Y yo tengo la última palabra! ¡Yo

tengo el derecho! ¡Tengo todo el derecho!

El predicador Dob dijo: La venganza le pertenece al Señor, Samantha.

Sam dijo: Solo si el Señor llega antes que yo.

El predicador dijo: La gente que vive en la frontera necesita saber que puede dormir tranquila sin pensar en la pantera tanto como tú. ¿Es que ellos no te importan?

Sam dijo: Quien me importa es mi mamá.

Ninguno supimos qué responder a aquello. Permanecimos sentados allí un rato más, dándole todavía algunas vueltas al asunto.

El señor Pacheco habló de que había tomado la decisión de hacer lo correcto, y que Sam lo iba a privar de lograr sus aspiraciones; a todos nos iba a privar de lograrlas, solo porque ella quería esa piel.

Dije: Le daría igual ser un perro y ladrarle al viento, señor Pacheco.

Sam se tendió sobre el poncho y se cubrió con la manta del predicador Dob hasta la cabeza y se echó a dormir.

Los demás estábamos tan agitados que no podíamos dormir. Éramos puro desconcierto. Nos sentamos cerca del fuego. Insistí en lo mucho que lamentaba lo testaruda que Sam podía llegar a ser.

El predicador Dob dijo que no era culpa mía.

El señor Pacheco dijo que creía que Sam entraría en razón.

Dije: No entrará en razón.

Nos alejamos un poco de ella para evitar que nos oyese, y entre susurros tratamos de averiguar si había alguna manera honrosa de engañarla, pero no se nos ocurrió ninguna.

El predicador Dob dijo que quizá lo mejor sería olvidarnos del dinero, pues el dinero era el origen de todos los males y podía alejarnos del Señor y traspasarnos el alma a fuerza de quebrantos. Dijo: Más me preocupa mi perro. Mi pobre amigo, medio ciego. ¿Dónde estará?

El señor Pacheco tenía unos cigarros a los que llamaba puros<sup>5</sup> de pulque. Dijo que los hacían en México, donde los empapaban en pulque. Me dio uno a mí y otro al predicador Dob y cogió otro para sí, y los fumamos. Nos cuidamos de no despertar a Sam, pues no teníamos ganas de seguir escuchándola.

Era una noche fría, de modo que mantuvimos el fuego encendido. Aun así,

no lo avivamos demasiado, pues no queríamos atraer a los comanches. El señor Pacheco se estiró cuan largo era y comenzó a roncar, pero ni el predicador Dob ni yo dormimos, y eso pese a lo cansados que estábamos. Teníamos muchas cosas en que pensar. El predicador Dob pronunció una oración por Zacarías y yo le pedí que pronunciara otra por mis gallinas, que no estaban acostumbradas a verse fuera del gallinero y ser pasto nocturno de alimañas y coyotes. Así lo hizo, y aquello nos quitó un buen peso de encima.

El predicador Dob comenzó a hablar de la belleza de las estrellas que perlaban el cielo sobre las ramas, y dije: Esas no las veo. ¿Dónde están?

Señaló unas cuantas, y por momentos alcancé a ver algo borroso, pero nada más. Tras unos instantes me dijo: Pruébate esto, y se quitó los anteojos y me los ofreció.

Tenía su complicación ponérselos, dado que una de las patillas era un palo, pero juez, le diré una cosa. Se me inundaron los ojos de lágrimas al ver tantas estrellas. Nunca había visto tantas, ni siquiera sabía que estaban allí. Era como si al cielo le hubieran sumado un buen puñado de ellas. Eran realmente hermosas. Me levanté y miré a mi alrededor, y le doy mi palabra de que aquello que vi era un mundo totalmente distinto. Vi las ramas del caqui sobre mi cabeza iluminadas por el resplandor del fuego, y cada una de sus hojas tan roja como el mismo fuego y aislada de las restantes, y el amarillo de las hojas que oscilaban ocupando cada cual su propio espacio en los sicomoros más próximos. Vi las chispas subiendo hacia el cielo. Vi los ojos de una comadreja entre los matorrales y el barrido que hacía en el aire la cola de mi yegua. Y entonces supe por qué tenía tan mala puntería, y por qué estuve a punto de pisar una serpiente de cascabel cuando estaba buscando aquellas vacas. En aquel momento supe muchísimas cosas que antes ignoraba, acerca de mí y del mundo y acerca de muchas otras cosas que difícilmente podía explicar.

El predicador Dob dijo: Déjatelas un rato si quieres. Quizá podamos hacerte un par un día de estos. Pensaba acostarse, y me pidió que mantuviese los ojos bien abiertos y tratase de escuchar alguna señal de Zacarías.

Estaba feliz de mantener los ojos bien abiertos. Podía haber permanecido allí sentado con los ojos abiertos durante años.

Llevaba unas dos horas vigilando, y había comenzado a reflexionar acerca de lo que Sam y yo podríamos hacer con un tercio de dos mil dólares, cuando

llegó hasta mí el ligero tufillo de una mofeta. Al principio era casi inapreciable, pero lentamente fue a más, como si aquello estuviera avanzando a un ritmo constante por el lecho del cañón. Desperté a los demás para saber si era mejor marcharnos de allí, pues el olor era horrible y teníamos el viento de cara.

No sabíamos qué era lo que lo causaba. El predicador Dob volvió a ponerse sus lentes para poder ver algo en la oscuridad. Me pregunté si no debía amartillar la pistola de Hanlin para disparar sobre lo que fuera que soltaba aquel hedor. Después pensé que sería mejor dejarlo pasar antes que tenerlo ahí muerto justo donde estábamos.

Hacía mucho ruido, fuera lo que fuese. De las sombras que se extendían sobre el lecho del cañón lo vimos salir. Al principio no supimos de qué se trataba, pues casi se arrastraba sobre su vientre, pero entonces el predicador Dob, lleno de entusiasmo, dijo: ¡Pero si es Zacarías!

Y, ciertamente, era él. Le daban ahogos y arcadas. Apestaba más de lo que pueda usted imaginar.

Eché a correr y subí entre náuseas el lateral del cañón. La pendiente estaba repleta de matorrales y rocas pero no era demasiado inclinada, y conseguí ascender bastante rápido hasta la cima. El señor Pacheco llegó corriendo justo por detrás, y el pinto irrumpió a su vez tras él, pues no estaba atado ni le habíamos puesto las maneadas y seguía al señor Pacheco como lo haría un perro. Subimos al borde para dejar atrás el hedor y recuperar el aliento. Casi echamos la cena por culpa de aquel olor.

Miré hacia atrás y distinguí a Sam allá abajo, en la oscuridad, gritándome que era un cobarde. El predicador Dob tenía agarrado al perro y le daba una vuelta tras otra en la ciénaga que era aquel arroyo. Todo era un sinfín de chapoteos y gañidos.

El señor Pacheco y yo decidimos que sería mejor volver y echar una mano. Bajamos precipitadamente la pendiente y alcanzamos el llano y nos desprendimos de zapatos y botas y nos metimos en el agua.

El predicador Dob exclamaba: ¡Ayudadme a sujetarlo! ¡Cree que intento ahogarle! ¡Debo aclararle los ojos con agua limpia! ¡Le han puesto perdida la cara!

Le sorprendería haber visto a Sam tan afanada en la tarea de recoger agua limpia. Yo mismo estaba sorprendido de su empeño, hasta que comprendí lo

que planeaba. Le importaba un comino el perro, salvo por el hecho de que era nuestra única esperanza de atrapar a la pantera. Agarró un cuchillo y la cacerola que Ida había metido entre nuestras cosas y se apresuró a cortar pedazos de una chumbera, y sumergió la parte más sustanciosa en el fondo a la manera en que el señor Pacheco nos había enseñado a hacer para limpiar el agua. Le echó el agua al perro en la cara y llenó la olla y volvió a realizar la misma tarea una vez más. Tenía pinchos de chumbera en las manos y aun así no soltó ni un quejido.

Daba pena ver al perro. No es que el olor fuera lo de menos, pero tampoco lo era todo. La carrera entre los arbustos le había causado un montón de heridas. Ya era de por sí un perro bastante horrible, con una cabeza enorme, unas patitas cortas y unos cuartos traseros esmirriados. Ahora, además, tenía los ojos hinchados. El de color blanco se le había puesto tan rojo como un cardenal. Probablemente al perseguir a la pantera se dio de bruces con una mofeta y esta le echó todo el líquido en la cara. Forcejeaba y gruñía y nos mordía con ganas, pues debíamos sumergirlo repetidas veces en el agua.

El predicador Dob dijo: El agua no sirve de nada. Necesitamos vinagre.

Dije: ¿Por qué no probamos con los pepinillos?

Contestó: Trae el tarro.

Lo cogí y con los pepinillos todavía dentro eché el vinagre sobre el perro. Se lo restregamos por toda la piel. Empezó entonces a oler a vinagre mezclado con aquella peste, lo que era aún peor que oler solo a peste. Le dimos vueltas y vueltas en el agua. El señor Pacheco vomitó. La verdad es que no lo pasamos muy bien.

El predicador Dob llevó a Zacarías hasta la orilla y lo ató a un árbol. Apestaba más que antes y no dejaba de temblar. El predicador Dob le llevó algo de comida. Volvió y dijo que a su parecer Zacarías iba a tener que dejar la caza de panteras por un tiempo si es que no para siempre. Dijo: No hay forma de que pueda olfatear nada cuando él mismo arrastra un olor tan fuerte como ese.

El señor Pacheco dijo que no estaba dispuesto a dejar de buscar a la pantera.

Sam dijo que no estaba dispuesta a entregar la pistola de cuatro balas ni a dar media vuelta.

Pensé: ¿Qué posibilidades tenemos de alcanzar a la pantera sin la ayuda

del perro? Y ¿qué posibilidades tengo yo de recibir mi parte de los dos mil dólares, aun cuando lográsemos hacerlo?

Estábamos helados y no teníamos ropa seca. Intentamos dormir.

Querido juez:

Ojalá hubiera visto la cara que puse cuando recibí su paquete. Me lo trajo el mismo individuo que le llevó al señor Hildebrand el último informe que escribí para usted. Su nombre es Gus Mapes. Ya le he hablado de él. El señor Hildebrand le dio el paquete para que me lo llevase al campamento, y cuando me lo dio dijo: Benjamin, el señor Hildebrand me pidió que te dijese lo mucho que lamentaba no estar aquí para ver la cara que pondrás al abrir esto, pues cree saber lo que hay dentro.

Juez, ¿sabe qué? Tantas eran mis esperanzas al oír aquello que, me temo, me hubiera venido abajo si el paquete hubiese contenido cualquier cosa que no fuera esta pluma. Pero, mire, lo abrí y encontré la pluma y también el portaplumas, que me viene muy bien. Algunos hombres del campamento no entendían por qué montaba tanto escándalo por una pluma. Aun así, creo que estaban contentos de verme feliz, pues de tanto trabajar he estado fatigadísimo y no habían visto una sonrisa como esa en mi cara en mucho tiempo.

Es la misma pluma cuyo anuncio me mostró el señor Hildebrand y acerca de la cual le escribí a usted. Ahora mis cartas serán mucho más fáciles de leer. Es el mejor regalo que nadie me ha hecho en la vida. No estoy exagerando lo más mínimo. También conservaré su amable nota durante mucho tiempo, o incluso por siempre si puedo dar con un lugar donde ponerla. No sabe cuánto me gustó. Voy a seguir su consejo y continuaré escribiendo durante años y años cuando haya terminado de escribirle a usted.

Podría hablar sin parar de la pluma, pero supongo que tendrá usted otras cosas que hacer aparte de leer sobre ello. Por ejemplo, tiene que tomar una decisión acerca de si Clarence Hanlin es culpable. Muy pronto tendrá en sus manos la prueba de que, en efecto, lo es.

Gracias de nuevo, señor, por el generoso regalo que me ha hecho. Lo conservaré hasta que me llegue la hora y venga a por mí la parca.

Afectuosamente suyo,

## MI TESTIMONIO

Cuando despertamos el cielo estaba nublado y el hedor seguía presente en el cañón. A mí no me quedaban muchas esperanzas, el predicador Dob casi las había perdido por completo, el señor Pacheco había escurrido un poco las suyas pero aún no las había puesto a secar, y respecto a las de Sam, lo mismo de siempre, no estaban tan muertas como para que las fuera a arruinar un mal olor, pues tenía la intención de matar a la pantera independientemente de las desgracias que eso pudiera acarrear.

Mientras el señor Pacheco avivaba el fuego, el predicador Dob se alejó hasta la orilla para cuidar de Zacarías, y luego volvió y preparó café en un pésimo estado anímico. Dijo: Lamento darles estas noticias a personas tan buenas, pero no veo que tenga el menor sentido continuar nuestra caza cuando ya hemos perdido el rastro y no hay manera de volver a encontrarlo. El propio Zacarías huele demasiado mal como para olfatear una pantera o cualquier otra cosa. Podría tirar un buen trozo de carne delante de ese perro y ni se enteraría de que está ahí. Ni siquiera sé muy bien cómo voy a llevarlo a casa, porque no quiero montarlo conmigo en la silla. Tampoco creo que mi caballo fuera a agradecerlo. Ya sufre bastante por su reumatismo como para obligarlo a que pasee a un perro que huele tan mal. Así que no será fácil encontrar la manera, pero sea como sea me inclino por regresar.

Sam no pareció prestar la menor atención a aquello. Sentada, se limitaba a quitarse las espinas de las chumberas que tenía por las manos y no dijo una sola palabra. Yo, por mi parte, no tenía la menor duda de cuáles eran sus pensamientos.

Dije: Sam, tienes que hacer caso al sentido común.

Comenzó a tararear una cancioncilla que conocía. Voy a decirle una cosa. No sabe lo irritante que era verla ahí sentada con el pelo encrespado sobre su cabeza como un montón de pasto forrajero y ocupada únicamente en sus dedos.

Dije: Esa no es una respuesta, y menos todavía educada.

Sam dijo: Si queréis ser unos caguetas y unos cobardes es cosa vuestra. Pero tengo cosas mejores que hacer que darme la vuelta.

Me daba vergüenza que una niña me hablase así delante de otras personas. Observé que no tenía caballo.

Sé andar, dijo.

Dije: Nadie va a dejar que sigas a la pantera a pie. No puedes caminar más aprisa que una pantera.

Ni me miró ni me respondió, sino que siguió canturreando su tonadilla.

El señor Pacheco se rio de que Sam tuviera tan malas pulgas, y dije: No tiene gracia.

Es «moe fwairtay», dijo.

Le pregunté qué quería decir con aquello.

Dijo que no le faltaba valor.

Lo que no le faltaba eran ganas de buscar problemas, y eso fue lo que dije.

Pero el señor Pacheco estaba de acuerdo con ella y tampoco quería regresar. Al pinto no le importaría llevar otro viajero no mucho más grande que una hoja de hierba, dijo, y Sam sería bien recibida si quería cabalgar con él. El señor Pacheco era de la opinión de que si el perro había llegado hasta nosotros era porque recordaba el camino que había seguido al ir tras la pantera y había regresado por la misma ruta, lo cual significaba que había rastreado a la pantera hasta el mismo cañón en el que nos encontrábamos. Podíamos recorrer el cañón en la dirección por la que el perro había llegado y buscar algún indicio.

Ya he puesto en bastantes apuros a mi perro, dijo el predicador Dob. Se lo ha pasado muy bien recordando sus días de juventud y olfateando una vez más el olor de la pantera. Pero se acabó la fiesta, para él, para mí y para mi caballo. A estas alturas la pantera tiene que estar ya muy lejos, y sin un perro pantera que valga lo más probable es que nos perdamos en vez de encontrarla, y este no es lugar donde uno quiera perderse. Hay demasiadas posibilidades de tener un encontronazo con los indios.

En mi opinión, ya nos habíamos perdido. Me costaba saber en qué dirección se iba hacia delante y en cuál hacia atrás, y no era tarea fácil guiarse por el sol con las nubes que había. Aunque aún hubiera tenido puestas las lentes, estas no iban a mostrarme el camino. Hasta donde alcanzaba a ver, nos hallábamos en el lecho de un cañón que en nada se distinguía de otro cualquiera, en mitad de ninguna parte. Suponía que el predicador Dob o el señor Pacheco podrían localizar el camino de vuelta y devolvernos a casa,

aunque yo no fuera capaz de hacerlo, pero ninguno de nosotros íbamos a regresar sin Sam. Estábamos en un callejón sin salida.

Dejamos de discutir y comimos el pan de maíz que Ida nos había preparado y las nueces que había por el suelo, y el predicador Dob se dirigió a donde estaba Zacarías para traerlo y lavarlo de nuevo, pues no quería ir a ninguna parte con el perro oliendo todavía tan mal. Todos estábamos a la gresca, y nos las tuvimos bastante tiasas cuando el predicador Dob regresó con aquel apestoso perro. Sam y el señor Pacheco apoyaban insistentemente el plan de rastrear el cañón en busca de un camino, mientras que el predicador Dob y yo coincidíamos en señalar que de hacerlo nos adentraríamos cada vez más en tierras peligrosas cuando además ya ni siquiera teníamos posibilidades de alcanzar a la pantera, la cual, muy probablemente, se hallaría para entonces a cien kilómetros de allí. Por muy lejos que llegásemos, si no teníamos un perro que pudiera rastrear y acorrallar a la pantera, el felino seguiría estando por delante de nosotros, pues es un animal capaz de caminar enormes distancias.

Arrimamos el hombro y también el señor Pacheco y yo nos encargamos de lavar otra vez a Zacarías, y el perro se enzarzó con nosotros más aún que la noche anterior, pero me sentía bastante humillado y lleno de rabia hacia Sam por haberle dejado claro a todo el mundo que no me quedaría otra que abandonarla allí o atarla de pies y manos y llevármela contra su voluntad, cuando a fin de cuentas no haría ni una cosa ni la otra. Igual podían atarme a mí, habida cuenta de la autoridad que tenía sobre ella.

Descalzos como estábamos, el predicador Dob y el señor Pacheco y yo nos ocupábamos de llenar la olla con aquella agua helada y cenagosa y se la pasábamos a Sam para que la aclarase con ayuda de la chumbera, y después se la echábamos al perro por encima.

Sam seguía en sus trece, y dijo: Tengo mi pistola de cuatro balas y no me verás volver.

El predicador Dob dijo: Pequeña, es mi pistola y solo te la he prestado.

Sam dijo: Me la prestó para disparar a la pantera. Hasta que lo haya hecho será mía, a menos que dé usted las cosas con la boca pequeña.

El predicador Dob dijo: A Dios le disgusta el orgulloso, pero es al humilde al que concede su gracia.

Sam dijo: Prefiero la piel que la gracia. Me importa un comino la gracia.

Le dije al predicador Dob: Lamento que no muestre respeto por sus mayores.

El predicador Dob sacó entonces a Zacarías del agua y lo ató a la ramita de un sicomoro que estaba a baja altura, a la orilla del arroyo, y dijo: Estamos en un dilema. Hemos consultado los deseos de todos y no hemos llegado a un acuerdo, y eso nos deja en un punto muerto. Solo hay uno entre nosotros que aún no ha sido llamado a hablar ni tampoco ha sido escuchado, y ese es el Señor. Bien haremos en dirigirnos a él.

El predicador Dob nos reunió entonces bajo el sicomoro, y nos quitamos los sombreros, e inclinamos la cabeza, todos salvo Sam que no inclinó la suya, y respondimos a las palabras del predicador, aunque ya me temía yo que Sam no iba a obedecer el veredicto del Señor si era distinto de lo que ella quería.

Lo que dijo el predicador Dob fue algo parecido a esto, aunque no aseguro que vaya a recordarlo palabra por palabra. Querido Dios, dijo, nos dirigimos a ti porque necesitamos tu guía. Tenemos que llegar a un acuerdo en una cosa y nos gustaría que tú nos pusieses en el camino que deseas para nosotros. El señor Lorenzo Pacheco y la señorita Samantha Shreve prefieren ir en busca de una pantera que Benjamin Shreve y yo estamos absolutamente seguros de que ya habrá desaparecido. Ambos quieren matar a la pantera por una cuestión de venganza, una cuestión de seguridad, una cuestión de dinero, y una cuestión de humanidad hacia aquellos a los que la pantera ha acosado devorando sus reses y atormentando a la gente por medio del miedo. Esa es la posición que ambos sostienen. Probablemente el animal no sea más que un gato enorme que dispone de unos cien kilómetros cuadrados de territorio que cree que son suyos. Por más que yo entienda que tiene sentido matarlo, mucho me temo, al igual que le sucede a Benjamin, que dicha tarea pueda hacer que tomemos un camino que solo concluirá entre salvajes tales como los comanches y los apaches, o que nos conducirá a algún imprevisible peligro. Es posible que, al seguir el rastro de la pantera, encontremos nuestra propia perdición. Soy ya anciano, como bien sabrás, y el señor Pacheco ha cruzado buena parte de las colinas de tribulación que está destinado a atravesar. La Biblia dice que todo hombre tiene escrita su hora, y si esta ha de ser la mía, y tú quieres llevarme contigo, entonces por mi parte estoy dispuesto a escuchar tu llamada. Me atrevo a decir que el señor Pacheco es del mismo parecer. Pero tenemos dos niños a nuestro cuidado, y aunque el chico está a punto de hacerse ya un

hombre, y la niña es más dura de lo que le conviene a la larga, y testaruda, y está resuelta a hacer lo que se propone, y se comporta con mucha obstinación en su manera de hacerlo, no tengo el deseo de ponerlos en peligro. Por bien que pueda venirles la recompensa ofrecida por matar a la pantera, y por bien que le vendría a mi familia, y también al señor Pacheco, lo cierto es que una recompensa no va a servir para que podamos comprar un día más de vida, ni para que nos devuelvan nuestras cabelleras, si acaso nos encontramos con los indios o con cualquier otra fatalidad. Guíanos pues, querido Dios, y aléjanos del camino equivocado, sea este cual sea, mas condúcenos adonde tú quieras que vayamos. Amén.

Sam le lanzó una mirada y dijo: No lo has dicho bien.

El predicador Dob dijo: ¿Cómo hubieras preferido que lo dijera, pequeña?

Sam dijo: Lo correcto hubiera sido decir: Señor, haznos saber si debemos seguir o dar media vuelta. Amén. Eso es lo justo. Decir algo más no es justo.

El predicador Dob rezó entonces: Señor, muéstranos el camino.

Allí estábamos, con la ropa mojada por el agua que le habíamos echado al perro, la hoguera reducida a unas brasas no muy lejos de nosotros, tan débil que no servía para calentarnos, y el día tornándose más oscuro en lugar de más luminoso. Hacía viento, si mal no recuerdo. Un viento frío. Sentí la inminente llegada del invierno, y posiblemente también la de la lluvia, y un incierto espanto en mis huesos al pensar en las largas noches que me aguardaban atizando el fuego de nuestra destartalada casa, y vigilando la puerta, y escuchando el crujido de alguna ramita lejana, y preguntándome si la pantera no nos estaría observando, al acecho, desde lejos.

Y entonces, aunque todavía era muy débil, percibí que se operaba un cambio en lo que opinaba de aquello, y empecé a sentirme un poco más inclinado hacia la idea de montar los caballos y recorrer el cañón. Sabía lo que me encontraría cuando nuestro viaje a casa tocara a su fin. No encontraría nada más que la casa, y se trataba de un lugar en el que ya había estado, y que conocía bien, y nada me garantizaba que fuera a estar más seguro allí que en cualquier sitio adonde el cañón nos condujera. Si, en cambio, finalmente nos decidíamos por recorrer el cañón, y por casualidad nos cruzábamos en nuestro camino con la pantera, un tercio de dos mil dólares nos acercaría un poco más a hacer de nuestra casa un lugar más decente y nos proporcionaría una alimentación mejor.

Y, mientras así pensaba, vi que el predicador Dob tenía los ojos cerrados, y que los de Sam observaban atentamente el cañón, y que los de Zacarías, incluso el que tenía inútil, miraban fijamente a Sam, como ocurría siempre que tenía ocasión de hacerlo, y los del señor Pacheco se alzaban hacia las ramas que dejaban caer sobre nosotros su enorme hojarasca amarilla. Y entonces vi que el señor Pacheco echaba la cabeza un poco más atrás, como si estuviera mirando algo que despertase su interés, y vi que se le abría la boca de par en par y que entrecerraba con fuerza los párpados, y miré hacia donde él miraba. Y allí vi, colgado de una retorcida rama del sicomoro bajo el que nos hallábamos, inerte y ensangrentado, el cadáver de un puercoespín a medio comer que, desde luego, no había subido por sí solo a aquel árbol en el estado en que se encontraba.

El señor Pacheco clavó entonces la vista en el suelo, y se inclinó para observar más de cerca las hojas amarillas que se amontonaban allí. Se puso en cuclillas, y removió las hojas, y levantó la vista hacia nosotros, y dijo: «Deeos meeo».

Y los demás nos agachamos para ver aquello, y vimos lo que él había visto, y el silencio se hizo entre nosotros, pues en el barro que había a la misma orilla del arroyo descubrimos, llena de agua, la profunda huella que había dejado la garra de una pantera, mucho más grande que mi puño.

Sin cruzar una sola palabra procedimos a hacer lo que haría cualquier persona con un poco de sentido común. Nos pusimos a rastrear el suelo en busca de más huellas. Y ¿qué le parece?: fue Sam quien encontró una con solo dos dedos.

El señor Pacheco dijo: El Demonio de Dos Dedos ha estado aquí.

Contra su propia voluntad, el predicador Dob asintió. Dijo: El Señor ha hablado. Nos ha ordenado concluir nuestro viaje. Él me ha hecho recordar que a menudo los viajes que emprendo no son los que yo elijo. Nos encontramos en un cruce de caminos, y Él nos ha señalado un árbol de encrucijadas, igual que hizo para Sam Houston en la bifurcación del sendero que conducía a San Jacinto. Nos ha mostrado el camino por el que debemos marchar, y ese camino va hacia delante.

Encontramos entonces más huellas, y vimos que algunas retrocedían para luego seguir otra vez hacia delante, por aquí y por allá, y llegamos a la conclusión, y esa fue una idea que a todos nos sobrevino mientras

examinábamos las huellas y pensábamos en el poco tiempo que aquel cadáver llevaba en el árbol, de que el perro había seguido a la pantera hasta el cañón, y luego la pantera había seguido al perro cuando este emprendió el camino de regreso, y la pantera nos había descubierto durante la noche, nos había visto fumar nuestros puros de pulque, y se cenó al puercoespín mientras dormíamos a veinte pasos escasos de aquel árbol.

No pudimos evitar preguntarnos, pues, si éramos nosotros los que seguíamos a la pantera o si, por alguna desconocida baza del destino, la pantera nos estaba siguiendo a nosotros. Incluso ahora me inquieta pensar en ello, y vaya si no estaba inquieto entonces. Había visto en dos ocasiones el tamaño de la pantera. Había golpeado sus cuartos traseros cuando subió al árbol persiguiendo a Sam la noche en que acabó con la vida de Juda. Había visto la luz de la lámpara reflejada en sus ojos en el corral de las cabras. Pero pensar en que aquellos ojos estaban fijos en mí mientras dormía y me observaban inadvertidamente en la oscuridad era mucho peor que un encuentro cara a cara con la criatura. Era algo que me helaba el alma.

Tuvieron lugar, sin embargo, cuatro cosas buenas en aquel momento. Una era que la pantera no había saltado sobre nosotros durante la noche. Otra era que no había saltado sobre Zacarías mientras este dormía un poco más arriba que nosotros, y que quizá no lo había hecho a causa de su mal olor. Una tercera era que ahora estábamos de acuerdo respecto a dónde debíamos dirigirnos, pues las huellas parecían ir y volver e ir otra vez en dirección al cañón. La cuarta era que el Señor nos había dado una señal de que hacíamos lo correcto al seguir adelante, de modo que ya no había motivos para discutir sobre aquel asunto. Ahora teníamos un mismo propósito.

Recogimos nuestras cosas, ensillamos los caballos y nos pusimos en marcha. Llevábamos a los caballos de las riendas, pues nos veíamos compelidos a continuar a pie para así poder examinar el suelo en busca de señales y huellas. Cuando Zacarías comprendió que andábamos siguiendo a la pantera volvió a comportarse como un cachorrillo, insensible a sus heridas, a sus patas ensangrentadas y a su repulsivo hedor. Ya no era necesario llevar aquel perro subido al caballo, y al predicador Dob le produjo una enorme satisfacción verle mostrar tanto entusiasmo. Las huellas que el perro había dejado la noche anterior se entremezclaban con las de la pantera y de tarde en tarde nos confundían, pues no era tarea fácil distinguir en suelo seco unas de

otras. Pero el perro se guiaba por el olfato y no por la vista y conocía de sobra su propio olor, de modo que no prestó atención ni a aquellas huellas ni a las huellas de otras criaturas. Había muchas alimañas y coyotes y alguna que otra de un oso. A veces Zacarías aspiraba con fuerza sobre aquel secarral, e iba por aquí y por allí olfateando en círculos, y parecía que había localizado el rastro. Sin embargo, su hocico siempre le hacía regresar al barro, y allí lo perdía. En esa parte vimos unas huellas que se internaban en el agua y nos detuvimos en sus inmediaciones, rascándonos la cabeza.

Tenía preparada la pistola de Hanlin y un ojo puesto en las copas de los árboles y en esas regiones donde la vegetación se volvía más densa por si aparecían los indios o la pantera. Sam tenía el revólver preparado y no dejaba de decir que era a ella a la que le correspondía disparar primero.

Tras un rato de marcha, el predicador Dob encontró unos excrementos. Más allá vimos un montón de tierra y de ramitas reunidas a zarpazos, indicios sin duda de que un felino había marcado su territorio. Zacarías jadeaba y resollaba de puro contento con el hocico puesto en el montoncito, y siguió el rastro durante un trecho hasta que poco a poco se fue acercando otra vez a la orilla del agua, y allí lo perdió.

El predicador Dob dijo: Ese felino está jugando con nosotros.

Cuanto más nos alejábamos, más frío iba haciendo. Las nubes eran espesas y oscuras, y por la manera en que se desplazaban, y el modo en que se movían las ramas más altas de los árboles situados en lo alto del cañón, comprendimos que el viento estaba ganando velocidad. Nos alegraba que hiciera viento pese a lo frío que era, pues se llevaba algo de aquella peste a mofeta. Sin embargo, no nos gustaba ni un pelo lo que aquello presagiaba, y empezamos a impacientarnos. Sabíamos que si se ponía a llover perderíamos tanto las huellas como el rastro.

Al cabo de un rato encontramos unas plumas de pato y unas patas de pato tendidas al lado.

El predicador Dob dijo: A Dos Dedos no le gustan las patas de pato.

Aquello nos pareció muy gracioso al señor Pacheco y a mí y nos reímos al escucharlo. Pero Sam no se reía ni de eso ni de nada, pues estaba demasiado ocupada buscando indicios de la pantera.

Hacia el mediodía Zacarías se volvió repentinamente y se lanzó a todo correr hacia el lateral del cañón con el hocico pegado al suelo. El predicador

Dob corrió tras él, azuzando su montura en dirección al lateral del cañón y gritando para que el perro lo esperase, pero no le sirvió de nada. Tanto el perro como él subieron hacia la corona. Los demás seguimos sus pasos. Era una pendiente rocosa, pero no empinada. Cuando alcanzamos la corona, nos encontramos en una meseta cubierta de hierba india que nos llegaba casi hasta el pecho. El viento nos azotaba allí con fuerza. El predicador Dob ya había llegado. La hierba era muy densa y mucho más alta que el perro, así que apenas veíamos otra cosa de él que el alboroto que causaba en ella mientras iba y venía buscando el rastro.

Desde allí pude ver mejor lo oscuro que se había puesto el cielo hacia el sur. Una tormenta se dirigía hacia México. El viento soplaba desde esa dirección, tumbando y ondulando la hierba al pasar. Eché en falta no estar mejor preparado para la lluvia, convencido como estaba de que cuando se uniese al viento que descendía del norte el agua no nos iba a faltar, y no iba a estar precisamente calentita. Cuando el día anterior nos marchamos de casa no era todavía invierno; solo hacía algo de fresco, pero ahora sí que hacía frío.

Zacarías siguió el rastro a lo largo del saliente del cañón en la misma dirección por la que habíamos marchado cuando estábamos abajo. Los caballos querían pastar, pero volvimos a montar a toda prisa para no perder de vista al perro.

No nos habíamos alejado demasiado cuando la pared del cañón adoptó una mayor inclinación a nuestros pies. La pantera debía conocer muy bien aquel cañón para haberlo abandonado cuando lo hizo. Zacarías perdió el rastro aquí y allá y corría de un lado a otro, abriendo un caminito en la hierba.

Nos detuvimos a otear la meseta, comentando lo oscuro que estaba el cielo mientras el perro seguía buscando el rastro, cuando de pronto nos vimos sorprendidos por una voz que nos gritó desde el otro lado del cañón diciendo: ¡Deténganse donde están!

Al oír aquello no supimos qué hacer, por dos motivos. El primero era que ya estábamos detenidos donde estábamos. El otro era que no habíamos visto ni oído acercarse a nadie, pues no teníamos el viento que venía de ese lado del cañón a favor y estábamos ocupados mirando en la dirección contraria.

Desconcertados, nos dimos la vuelta y vimos a tres jinetes que detenían sus monturas en mitad del camino y nos apuntaban con sus pistolas. No los distinguí muy bien, porque el cañón debía de tener, según mis cálculos, unos

sesenta metros de ancho, palmo arriba o palmo abajo. Lo único que pude distinguir es que uno de ellos era un gordo con un rifle montado en un caballo gris de buen tamaño, otro un individuo delgado que montaba un caballo de color castaño y que nos apuntaba con lo que parecía un mosquete de ánima lisa, y el tercero un tipo de complexión normal, vestido con un uniforme *sesesh* y montado en un caballo pardo. Parecía llevar una pistola. Por ese lado el cielo estaba más luminoso, no oscuro como a nuestra espalda.

El predicador Dob trató de mostrar buen talante. Gritó: ¡¿Qué tal?!

El gordo empezó a tronar. Dijo: ¡Lorenzo Pacheco, pon las manos en alto, desmonta y aléjate del caballo! ¡Haz un movimiento en falso y te dispararemos! ¡Baja también a esa niña del caballo!

Parecía que la cosa iba en serio. El señor Pacheco le dijo a Sam que bajase de la grupa y se alejase del pinto.

Al principio Sam no obedeció. Yo le dije que lo hiciera. El predicador Dob dijo: Pequeña, baja de ese caballo, y entonces obedeció, aunque a regañadientes.

El señor Pacheco bajó después. Le dirigió al caballo unas cuantas palabras en español y se apartó y levantó las manos sobre su cabeza. El pinto se quedó donde estaba.

El gordo berreó: ¡Dobson Beck, el hombre que viaja con usted es un ladrón de caballos! ¡Lorenzo Pacheco, tú me robaste ese caballo! ¡La ley está de mi parte y vamos a recuperar ese caballo! ¡Si te resistes te dispararemos! ¡Si huyes iremos a por ti y te colgaremos!

El señor Pacheco gritó: ¡Te pagué el caballo!

¡Me pagaste con billetes falsos!, replicó el gordo. ¡Billetes confederados falsos!

El hombre del uniforme chilló: ¡Maldito seas, también a mí me pagaste con billetes falsos, Pacheco! ¡Tío Dob, te vamos a colgar como cómplice suyo si Pacheco no entrega el caballo y me paga lo que es mío, lo que me debe, en dólares americanos!

El predicador Dob gritó: ¡Eres tú, Clarence!

Parecía suponer un enorme esfuerzo gritarle al viento para hacerse oír de un lado a otro del cañón. Sin embargo, Hanlin siguió haciéndolo un buen rato para dirigirse al predicador Dob. ¡Los billetes que me dio Pacheco no valen ni el papel en el que están impresos!, dijo. ¡Me he encontrado con el señor

Samuels aquí, en Camp Verde! ¡El señor Samuels preguntaba por un ladrón de caballos mexicano que iba montado en un pinto de buena planta y que le había comprado el caballo con billetes falsos! ¡No tuve la menor duda de quién podía ser! ¡Nos acompaña un miembro del Ejército que ha venido para asegurarse de que se haga justicia! ¡Si alguno de vosotros no acata las órdenes, entonces a alguno le volaremos la cabeza de un tiro! ¡Si Pacheco hace el menor intento de huir, dispararemos a su caballo!

El gordo le gritó entonces algo a Hanlin. No pudimos escuchar qué.

Hanlin entonces nos gritó: ¡Lo que queremos es el caballo! ¡No queremos dispararle al caballo, pero os dispararemos a cualquiera de vosotros si os interponéis en nuestro camino!

El gordo le gritó entonces algo más a Hanlin.

Hanlin puso la oreja a aquello y luego nos dijo: ¡No dispararemos a los niños pero sí dispararemos a Pacheco!

El predicador Dob le preguntó al señor Pacheco: ¿Les pagaste con billetes falsos?

El señor Pacheco dijo que, en efecto, lo hizo.

El predicador Dob le preguntó: ¿Por qué lo hiciste?

El señor Pacheco le dijo que no tenía otra clase de dinero con el que pagarles. Había comprado los billetes por diez céntimos el dólar en Matamoros, y estaban fabricados en La Habana. Dijo que los «ombrays» de Cortina le arrebataron el caballo. Dijo: ¿Dejarías que ese gordo montase tu máspreciado caballo?

El predicador Dob dijo: Lo compró legítimamente, ¿no es cierto?

El señor Pacheco reconoció que los hombres<sup>6</sup> de Cortina no habrían regalado por las buenas un caballo semejante.

Los tres hombres del otro lado planeaban algo.

Hanlin gritó entonces: ¡El señor Samuels y yo daremos un rodeo hasta la salida del cañón para coger el caballo y mis cien dólares americanos y para recuperar la pistola que Pacheco me quitó y le dio al chico! ¡El señor Rarick aquí presente pertenece al Ejército! ¡Se quedará aquí y os tendrá a los cuatro en el punto de mira! ¡Tío Dob, no pierdas de vista a Pacheco! ¡Si intenta escapar, dispárale!

Por toda respuesta, el predicador Dob gritó: ¡No voy a dispararle,

Clarence! ¡Soy un predicador y un hombre de Dios! ¡Y el señor Pacheco no tiene cien dólares! ¡Eres un idiota si alguna vez creíste que los tenía!

El hombre del caballo castaño, que representaba a la ley, dijo: ¡Un momento! ¡Ha dicho que es predicador! ¿Es usted, predicador Dob?

El predicador Dob dijo: ¡Sí, soy el predicador Dob!

El hombre dijo: ¡No tenía la menor idea! ¡Me dijeron que buscaban a un Dobson Beck que viajaba con un mexicano, pero no sabía que se trataba de usted! ¿No se acuerda de mí? ¡Usted me aconsejó en un asunto privado! ¡Fue en el condado de Bell! ¡Me llamo Tom Rarick!

El predicador Dob dijo: ¡Me acuerdo muy bien!

El hombre dijo: ¡Al final la mujer le devolvió la sartén al chamarilero!

El predicador Dob dijo: ¡Me alegra oírlo, Tom! ¡Entonces se ha puesto a bien con el Señor!

El gordo disparó un tiro sobre nuestras cabezas para mostrar que no estaba para bromas.

Sam pensó que nos estaba disparando y le descargó un tiro con el revólver, pero falló.

El señor Pacheco tenía los brazos levantados pero al ver aquel intercambio de disparos echó mano de su pistola, se agachó entre la hierba y apuntó a Hanlin. Hanlin saltó de su caballo pardo, se agachó entre la hierba que lo rodeaba y apuntó a su vez al señor Pacheco. Yo apunté a Hanlin con su propio Colt, al suponer que si Hanlin abría fuego contra el señor Pacheco yo tendría que hacer algo, aunque no sabía exactamente qué, pues me sentía reacio a disparar incluso a un hombre tan malvado como Clarence Hanlin si él no me disparaba a mí primero.

El predicador Dob gritó: ¡Alto, alto! ¡Deteneos! ¡No tiene sentido hacerse matar!

Me hubiera gustado haber tenido todavía puestas las lentes del predicador Dob para distinguir mejor las cosas. Acertaba a ver al gordo, que apuntaba con su rifle al señor Pacheco. Seguía sentado en su caballo y montado allí se le veía bastante gordo. El agente del orden, el señor Tom Rarick, apuntaba al cielo con su mosquete y no lo dirigía a nadie. Hanlin andaba por ahí, agachado entre la hierba. Supuse que la pistola se la habían prestado, dado que yo tenía la suya. Hanlin la llevaba en la mano izquierda, imagino que a causa de tener la derecha envuelta en vendas porque había perdido el dedo. Nos apuntaba

alternativamente a Sam y al señor Pacheco y a mí. En aquel lado la hierba estaba tan alta como en el nuestro, así que no resultaba fácil ver lo que hacía con exactitud, pero sí pude distinguir a quién apuntaba.

Guardamos silencio para sopesar nuestras posibilidades.

Fue entonces cuando oímos ladrar al perro. El sonido no venía de muy lejos y comprendimos que Zacarías había puesto tierra de por medio y que una vez más había olfateado bien a las claras el rastro de la pantera. Sam no me miró, ni vaciló lo más mínimo. Antes de que se oyera un segundo ladrido había echado mano de las riendas del pinto y estaba subiendo a la silla. Al tercer ladrido había hecho girar al caballo para lanzarlo a la carrera en dirección al perro.

El señor Pacheco corrió tras ella a pie.

Hanlin le descargó un tiro.

El caballo del predicador Dob se convirtió de repente en un peso muerto y cayó en redondo con el predicador Dob aún sentado en la silla. El animal no pateó ni hizo el menor ruido. Pasó de estar desayunando tan tranquilo su hierba india mientras unos y otros nos gritábamos de un extremo al otro del cañón a yacer en el suelo con el predicador Dob sentado sobre él, absolutamente perplejo por lo que había ocurrido.

Miré a mi alrededor, confundido. A mi lado vi al predicador Dob sentado sobre su postrado caballo. Detrás vi a Sam lanzando al pinto contra un cielo negro, y al señor Pacheco corriendo hacia ella entre la hierba. Vi el centelleo de un relámpago. Al otro lado del camino vi a Hanlin surgiendo entre el montón de hierba en el que había estado agachado, pues ya no le apuntaba ninguna pistola salvo la mía, que era suya, y supongo que imaginó que no iba a dispararle.

Gritó: ¡Tío Dob, lo siento! ¡He disparado a tu caballo! ¡No pretendía hacerlo! ¡Apunté a Pacheco, no a tu caballo! ¡He tenido que disparar con la mano izquierda porque a la derecha le falta un dedo! ¡Se ha muerto el caballo! ¡Lo siento!

Parecía sinceramente arrepentido.

El predicador Dob bajó de la silla y miró a su caballo y descubrió que había recibido el disparo en la cabeza. No había el menor indicio de vida en el caballo. Lo único que se le movía eran la cola y la crin, que el viento despeinaba ligeramente. La mitad del fusil estaba debajo del caballo y la

culata parecía partida, separada limpiamente del resto.

El predicador Dob y yo teníamos que pensar algo y rápido. Había un caballo muerto provisto de una buena silla que sin duda el predicador Dob no iba a querer dejar en el saliente de un cañón al que probablemente tardaría tiempo en regresar, si es que lo hacía. Al otro lado del cañón había unos individuos bien armados cuyas intenciones hacia nosotros no eran nada halagüeñas. Sam, el pinto, el señor Pacheco y Zacarías atravesaban el campo a todo correr en pos de una pantera por la que bien podíamos ganar un tercio de dos mil dólares a cada uno, o tal vez no, dependiendo de si conseguíamos hacernos con la piel.

Mi mayor preocupación era Sam. Sam me causaba un sinfín de problemas y, pese a todo, no hacía más que preocuparme por ella. Creo que el predicador Dob sentía la responsabilidad de protegerla, no sé si porque le había cogido cariño o qué. También le preocupaba su perro. Además, un caballo muerto es un caballo muerto y no sirve de nada, por mucho que hubiera servido de algo alguna vez, y hubiera sido un buen caballo, y aún tuviera una silla.

Monté rápidamente la yegua. El predicador Dob cogió de debajo del caballo lo que quedaba de su fusil y corrió hacia mí cojeando ostensiblemente. Aquella caída le había lastimado. Le costó mucho subir a la grupa de la yegua, y, aun así, lo hizo en lo que podíamos llamar un santiamén.

A ninguno se nos ocurrió preguntarnos qué dirección tomar. El perro corría detrás de la pantera. Sam corría detrás del perro. El señor Pacheco corría detrás de Sam y del pinto, y todos seguíamos los ladridos tan rápido como podíamos. Me hubiera sentido mucho más tranquilo de no haber sabido que el gordo y Hanlin, y quizá el agente de la ley —aunque ya no podía estar seguro de su parecer—, saldrían a perseguirnos tan pronto rodeasen el extremo del cañón, por cerca o lejos que dicho lugar les quedase, y no necesitarían preguntarse qué dirección habíamos tomado, pues los ladridos eran un claro indicador.

Yo era aún un muchacho de catorce años, no muy corpulento, y el predicador Dob no era ni alto ni fuerte. Con todo, estoy seguro de que a mi yegua no le fue fácil llevarnos a ambos. Bendita sea, era una buena yegua, y hoy día sigue siendo una buena yegua, y supongo que nunca habrá olvidado el cariño que mi padre le mostró cuando la encontró, abandonada como estaba en medio del camino, y que le cosió sus cuartos traseros, y que la cuidó hasta

devolverla a la vida después de que los indios hicieron uso de ella hasta casi reventarla. Aparte de tener la mala costumbre de pegarle un buen bocado a quien tenga la ocurrencia de ponerle una mano en la grupa, tiene la nobleza propia de todas las yeguas.

Nos llevó cortando el viento a buen paso.

Querido juez:

Aquí me tiene esta noche, abotargado y con el ánimo por los suelos. Hace un calor asfixiante pero no me atrevo ni a entreabrir la puerta para que entre el aire, pues quién sabe lo que podría meterse en casa. Sam está profundamente dormida. Por más que me harte de escucharla hablar, por la noche hay ocasiones en que me gustaría que se despertase y se pusiera a cotorrear. Me siento muy solo cuando no tengo más compañía que la sombra de mi cabeza que proyecta la débil luz de esta lámpara. Recuerdo las noches en que estábamos Sam, mi padre y yo, y hacía frío fuera, y teníamos encendido un fuego.

Me gustaría que estuviera usted aquí en persona.

Casi he llegado al final de mi historia. Echaré de menos contársela cuando la termine. Echaré de menos escribirle.

Que pase una buena noche, señor.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## MI TESTIMONIO

El predicador Dob y yo cabalgábamos precipitadamente contra la tormenta a lomos de la yegua, mientras el viento nos atizaba con fuerza el rostro, y el cielo que se alzaba ante nosotros era tan oscuro como la noche, salvo por los rayos que lo rasgaban de arriba abajo. Apenas podía distinguir el batir de las pezuñas de la yegua que retumbaba a nuestros pies de los truenos que descargaban ante nosotros, pues el mundo entero era un estruendo. No me gustaba el frío, pero me alegraba sentir el olor a fresco después de haber estado todo el día en el cañón con Zacarías.

El señor Pacheco nos sacaba bastante ventaja para ir a pie. Sin embargo,

la ley nos seguía al galope y el señor Pacheco no tenía caballo, y Sam se había marchado en su pinto, si es que era su pinto, pues según qué punto de vista se adoptase al respecto bien podía pertenecer al gordo. De modo que llevaba todas las de perder mientras corría oculto por la hierba amarilla. Iba a pie, estaba en apuros, lo más probable es que fuera un cuatrero, e incluso, si llegaba hasta él y le daba mi yegua, no podría ir lo bastante rápido en ella para alcanzar al pinto de Sam. Pese a todo, si algo sabía de él a estas alturas era que sabía cómo actuar en los momentos de peligro.

Lo que hizo fue detenerse y silbar. No sé cómo consiguió que el pinto oyera su silbido, pues el animal tenía el viento en contra y le sacaba bastante ventaja al señor Pacheco. Pero corriendo al galope y todo como iba se detuvo en seco, y Sam salió despedida por encima de su cabeza y cayó al suelo. Sin embargo, no tardó en volver a subir a la silla. Comenzó a patear y dar palmadas al pinto para animarle a correr, pero el caballo ni se inmutó. No movió ni un dedo. Era como si sus cascos estuvieran clavados al suelo. Sam podría haber estado sentada igualmente sobre un montón de piedras, dada la ausencia total de movimientos por parte del caballo. El señor Pacheco llegó a la carrera y se subió a la silla detrás de Sam, y ambos cabalgaron cortando el viento por delante del resto.

Así que allá íbamos los cuatro, en dos caballos, cargando contra la tormenta en pos de los gañidos del perro. Miré hacia atrás el tiempo suficiente para ver que la ley aún no nos había dado alcance, y tampoco se la veía por ninguna parte, pues supongo que el cañón que intentaban rodear era bastante grande.

No habíamos alcanzado aún la hilera de cedros que se encontraba al otro extremo del prado cuando los gañidos se convirtieron en un ladrido constante. El predicador Dob me gritó en la oreja para que sus palabras no se las llevara el viento, y dijo: ¡No hay duda, algo ha acorralado Zacarías!

El señor Pacheco y Sam estaban a mucha distancia por delante de nosotros. Supuse que el señor Pacheco habría querido marchar en otra dirección para evitar el encontronazo con la ley, pero imagino que temía a la ley mucho menos de lo que quería encontrar a la pantera.

No sabíamos el lugar exacto del que procedían los ladridos pues el viento arrastraba el sonido. El señor Pacheco y Sam parecían tener el mismo problema. Movían el caballo pinto hacia un lado y otro al acercarse a los

árboles, que conformaban un denso macizo de cedros. Mi yegua lo dio todo por alcanzarlos, pero para cuando llegamos a los cedros el señor Pacheco y Sam ya habían desmontado y conducían el pinto a través de la espesura en dirección al cañón.

Desmontamos y los seguimos. No era un cañón muy hondo pero sí rocoso. El predicador Dob tomaba aire con dificultad y el rostro se le contraía con frecuencia por el daño que había sufrido cuando el caballo le cayó sobre la pierna. Se aferraba a lo que quedaba de su fusil Hawken, aunque no le valdría de nada hasta que pudiera arreglarlo, pues quién quiere echar a perder su hombro por disparar un arma sin culata.

Grité a Sam y al señor Pacheco para que nos esperasen. No creo que ninguno de los dos supiese que el caballo del predicador Dob estaba muerto, pues ambos habían partido antes de que ocurriese.

Grité: ¡Hanlin ha disparado al caballo del predicador Dob! ¡Está muerto! ¡El predicador Dob está herido!

No creo que Sam aminorase la marcha ni que mirase siquiera alrededor al oírme gritar aquello. Se había adentrado bastante entre los cedros y, aunque no podía verla para saberlo a las claras, tuve la impresión de que se limitó a seguir adelante. Lo lógico habría sido que se parase un momento a pensar que gracias al predicador Dob y su perro ahora estaba más cerca de atrapar a la pantera. Lo lógico habría sido sentir, cuando menos, el deber de ayudarlo. Pero no fue ese el caso.

Si había alguien entre nosotros que tuviera el derecho de marcharse y abandonar al predicador Dob, ese era el señor Pacheco, pues era a él a quien perseguía la ley y ahora que había recuperado su pinto podía dejarla atrás. Sin embargo, tenía dos razones para no huir. Una era que quería la recompensa. La otra, que era un hombre noble y de buen corazón y no parecía ser de los que dejan en la estacada a un compañero herido, no como Sam, que ahora justamente es lo que estaba haciendo.

El señor Pacheco regresó hasta nosotros abriéndose paso por entre los cedros y preguntó si el predicador Dob necesitaba ayuda.

El predicador Dob, que no era un hombre de temperamento débil ni falto de coraje, dijo que creía que podía caminar.

Enfilamos camino hacia el interior del cañón, llevando a los caballos de las riendas. Nos llegó una vaharada de olor a mofeta y pudimos escuchar los

ladridos del perro, cosa que nos confirmó que marchábamos por el camino correcto. A ninguno de nosotros, ni tampoco a los caballos, nos hacía gracia sufrir los arañazos de tantos cedros como se cerraban en torno a nosotros, pero no nos quejábamos demasiado, pues no queríamos hacer ningún ruido por si estábamos aproximándonos al felino.

No nos libramos de los cedros hasta que alcanzamos el lecho del cañón. Era un suelo seco que de ancho solo tenía unos diez metros. Sam ya estaba allí cuando nosotros llegamos. Había comenzado a llover, aunque todavía no muy fuerte.

Y adivine con qué nos encontramos. A medio camino según se iba hacia el lado opuesto, ni siquiera a quince metros de donde estábamos, sobre la rama de una enorme anacua rodeada por un macizo de achaparrados cedros, se hallaba nuestra pantera.

Juez, le diré algo. Fue toda una impresión ver con tanta claridad a aquel enorme felino. Era la primera vez que tenía la oportunidad de verlo y respirar al mismo tiempo. No alcanzábamos a ver a Zacarías, pues se encontraba en la base del árbol y a su alrededor se espesaban los cedros, pero sabíamos que estaba allí por los ladridos que soltaba.

La anacua la formaban tres o cuatro anchos troncos unidos entre sí. La mayor parte de sus ramas crecían hacia arriba, pero había una que se extendía casi en ángulo recto hacia fuera, y la pantera se hallaba sobre ella, entre las hojas, aunque no muy oculta por ellas, y desde allí observaba a Zacarías. Nosotros la mirábamos a ella en toda su envergadura. Me era imposible apartarle la vista. Del hocico a la cola medía más de dos metros y medio de largo. Desde donde me encontraba veía a la perfección su cabeza redonda y aquella robusta mandíbula que había segado la vida de Juda. No parecía preocuparle demasiado Zacarías, sobre el cual se hubiera podido arrojar de haber querido hacerlo, aunque sacudía la punta de su larga y gruesa cola, así que supongo que le producía cierta inquietud que le ladrase de ese modo.

Me daba mucho miedo. Aun así, me hubiera gustado llevar puestos los anteojos del predicador Dob para verla mejor. Pensé en pedirle que me los dejase. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, oí que el revólver de seis balas descargaba a poca distancia de mi oreja. Dejé escapar un chillido a causa del ruido que hizo, pues me asustó escucharlo. La pantera nos lanzó una mirada y se tensó, preparándose para abandonar el árbol de un salto. No

parecía estar herida, pero sí daba la impresión de estar a punto de poner pies en polvorosa, pues supongo que imaginaba que una cosa era esperar a que el perro dejase de ladrar, y otra quedarse allí y estar en el punto de mira de hombres armados.

No recuerdo lo que le grité a Sam, pero algo le grité.

El señor Pacheco desenfundó su pistola y disparó sobre la pantera con el fin de abatirla cuanto antes y evitar que saltase. Probablemente la hubiera alcanzado, pero Sam saltó sobre él y le apartó el brazo cuando ya apretaba el gatillo, haciéndole disparar al aire. La bala podía habernos alcanzado a cualquiera de los que estábamos allí, o a los caballos, pero a Sam eso le dio igual. Lo único que le importaba era que no alcanzase a la pantera, pues quería ser ella quien le disparase.

Todos nos pusimos a gritarle.

Zacarías, entonces, se encaramó al árbol para perseguir a la pantera. No sé qué se le había pasado al perro por la cabeza. Quizá imaginó que la pantera estaba a punto de saltar y que cuando lo hiciera podíamos despedirnos de ella, pues ahora la lluvia caía con ganas y cualquier mínimo rastro que aún pudiera olfatear se vería irremediablemente perdido. Quizá, supuse, el perro había vaticinado algo así. O quizá pensó que ya había tenido suficiente paciencia, y que por nuestra parte no estábamos actuando como debíamos, y que tenía que ser él mismo quien se ocupase del asunto. Fueran cuales fuesen sus razones, lo cierto es que empezó a subir por la anacua.

Sam intentó descargarle otra bala de su revólver a la pantera, pero el predicador Dob agarró a Sam de los pelos y le arrebató el arma de la mano. Había demostrado que no se podía confiar en ella, y supongo que el predicador pensó que en sus ansias acabaría disparando al perro en lugar de a la pantera, que era lo más probable. Hubo una pequeña refriega. El señor Pacheco y yo nos apresuramos a separar a Sam del predicador Dob y logramos inmovilizarla. El predicador Dob levantó el revólver para mantenerlo lejos del alcance de mi hermana. La pantera había avanzado un poco más por la rama con el cuerpo casi a ras de la misma, y el perro ya casi había llegado hasta ella. Entonces la pantera saltó. Cayó entre los cedros y descendió a la carrera por el cañón. El señor Pacheco disparó sobre ella, pero el felino se movía demasiado rápido y no consiguió herirlo.

Sam comenzó a chillarnos. Dijo: ¡Os odio, os odio a todos y cada uno de

vosotros! ¡Podía haberla matado! ¡Aún me quedaban dos disparos! ¡Ahora estaría muerta! ¡Si me hubierais dejado en paz, la hubiera alcanzado! Le gritó al señor Pacheco que no tenía ningún derecho, al predicador Dob que lo que se daba no se quitaba, y a mí me gritó por tener la cabeza en medio y haberle hecho errar el disparo. Gritó a Zacarías: ¿Qué haces en lo alto de ese árbol? ¿Por qué no estás persiguiendo a la pantera? ¡Pero qué perro más idiota eres para coger y subirte a un árbol! ¡Ahora no puedes bajar!

Lo cierto es que parecía atascado. Es de sobra conocido que un perro puede escalar un árbol, pero no descender de él. Para mí es un misterio que Zacarías, a sus años, no hubiera aprendido algo así. Supongo que se vino arriba y aprovechó la oportunidad al vuelo.

Le diré esto. El perro llegó a estar muy muy cerca de la cola de la pantera antes de que el felino saltase. No sé qué hubiéramos hecho si se hubiera agarrado al felino, pues no había que ser muy listo para saber cuál de los dos hubiera ganado. Ahora la pantera se había alejado por el cañón y Zacarías estaba atrapado en una rama, bajo la lluvia, sin modo alguno de poder bajar. No le hubiera resultado tan fácil como a la pantera pegar un salto sin provocarse un daño que no queríamos que sufriese.

Qué íbamos a hacer pues, sino bajarlo.

El predicador Dob no podía forzar su pierna herida, de modo que la tarea recayó sobre mí y el señor Pacheco. El perro estaba mojado, pues la lluvia caía con todas sus ganas, y era tal la peste que soltaba que me habría hecho vomitar la comida de haber tenido realmente algo en el estómago. El predicador Dob y el señor Pacheco y yo nos quitamos la camisa para no empaparnos. Las embutimos debajo de las sillas. Subí al árbol y le pasé el perro al señor Pacheco. No resultó fácil. Estaba mojado y apestaba. Sam no dejó de maldecir en todo ese tiempo. Zacarías parecía avergonzado por la situación, pero qué podía él hacer.

Cuando logramos bajarlo del árbol salió disparado hacia el cañón en la misma dirección que la pantera había tomado. No ladraba, dado que ahora el suelo estaba mojado, y a ver qué perro es capaz de percibir un rastro en suelo mojado. No obstante, decidimos confiar en él y montamos en los caballos y lo seguimos a paso rápido, yo y el predicador Dob en la yegua, y Sam y el señor Pacheco en el pinto.

Sobre nosotros descargaba una tormenta fría e intensa, y los truenos

reverberaban por el cañón, que era estrecho y tenía unas paredes rocosas bastante inclinadas en las que menudeaban los árboles y una espesa maleza. Las ramas se extendían sobre nosotros y durante una media hora nos proporcionaron algún cobijo, pero no tardaron en cargarse de agua y ya no sirvieron de nada. Sam se quejó de que no había disparado a la pantera y dijo que era culpa nuestra y que a saber ahora dónde estaba la pantera.

Dije: La culpa de que haya escapado es solo tuya. No apuntaste bien. El predicador Dob te dio una pistola cargada. El señor Pacheco y yo te dejamos disparar primero. Te emocionaste y no apuntaste bien. Casi me vuelas la cabeza desde atrás.

Estabas en medio, dijo Sam. ¡Tenías la cabeza en todo el medio! No podía ver lo que había detrás de ti. ¡Te tenías que haber movido a un lado! ¡Podía haberle acertado a la pantera en la cabeza!

El señor Pacheco dijo que la cabeza no era el mejor lugar al que apuntar, pues las panteras tienen el cerebro pequeño.

¿Acaso te paraste a preguntar dónde tenías que apuntar?, reprendí a Sam.

El señor Pacheco dijo que debía haber apuntado por detrás de la pata delantera para darle cerca del corazón.

Sam preguntó: ¿Por qué a nadie se le ocurrió decírmelo?

No nos diste ocasión, dije.

Pero Sam no atendía a razones.

El cañón se volvió más empinado y la lluvia caía en torrentes y comenzaba a despeñarse por los laterales y la vía central. Nuestros caballos no tardaron en ver su avance dificultado a causa del agua que caía por el cañón. Tuvimos que desmontar y llevarlos de las riendas por el borde de la riada, pues el centro se había vuelto demasiado profundo y las pendientes del cañón demasiado resbaladizas. Teníamos hambre y estábamos empapados y no dejábamos de temblar, y yo estaba harto de escuchar a Sam quejarse del tamaño de mi cabeza. No dejamos atrás refugio alguno, pero sí unas cuevas colmeneras horadadas a lo largo de las paredes, hasta que tras una media hora o así de intensa lluvia alcanzamos a ver una cornisa, situada a unos seis metros de altura, con una entrada que daba a una cueva corriente que no parecía alojar ninguna abeja. El predicador Dob dijo que sería buena idea intentar llegar hasta allí arriba y refugiarnos, pues incluso si alcanzábamos a la pantera nuestro rifle estaba fuera de combate y nuestra pólvora se encontraba

empapada.

El señor Pacheco era del mismo parecer. Guardaba un poco de pólvora seca en su petaca, pero no teníamos nada ni para el revólver ni para la pistola de Hanlin.

Sam cogió un berrinche al enterarse de nuestros planes, como usted ya se imaginará. No quería ni oír hablar de paradas. Tenía la cabeza gacha y la lluvia le goteaba de ella. Los dientes le castañeteaban. Tenía puesto el poncho empapado del señor Pacheco y caminaba como si ella misma fuera un sabueso, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, siguiendo a Zacarías con el fin que todos ya sabíamos, como si no le importase nada en esta vida salvo matar al felino y poder pisotear su piel. Creo que imaginaba una vida entera en la que podría ser feliz simplemente yendo de aquí para allá sobre aquella piel. Caminaba con una actitud muy resuelta, lloviera o no lloviera, con truenos o sin ellos, temblando de frío o no. Hubiera sido lo mismo que se pusiera a cuatro patas y pegara el hocico al suelo del cañón junto a Zacarías.

Dijo: Mientras el perro siga avanzando, yo avanzaré con él.

El predicador Dob dijo: Pequeña, nos vamos a parar aquí, y mi perro va a parar conmigo le guste o no.

Sam dijo: Dudo que tenga un corazón tan pétreo como para parar si yo sigo adelante.

El predicador Dob dijo: Mateo dice que quien no está conmigo está contra mí, y quien no recoge conmigo, esparce.

Sam dijo: No conozco a Mateo, no me importa lo que diga, y esparciré si me da la gana; es cosa mía puesto que usted no es mi dueño.

El predicador Dob dijo: Entonces adelante, pequeña. Sigue tu camino, bajo la lluvia, sin ver nada, sin saber nada, sin nadie a quien le importe si conservas tu cabeza o no. Ya estoy harto de ti.

Sam no se marchó.

Dije: Se ha dado cuenta de que era solo un farol que te estabas tirando.

Por una vez, Sam no tenía nada que decir.

Me ofrecí voluntario a escalar y echar un vistazo a la cueva. No fue tarea fácil subir allí. Me vi obligado a aprovechar los cedros que crecían por el exterior de la pared para poder ascender. Los árboles estaban mojados y yo iba sin camisa y ya estaba lleno de arañazos y me parecía que había tenido suficiente diversión.

Cuando llegué a la cornisa, esta se hallaba parcialmente seca al encontrarse bajo un saliente, y la cueva parecía lo bastante grande para albergarnos a todos; quizá tendría unos cinco metros de ancho y una profundidad similar. Supuse que el saliente que había en la parte exterior protegería a los caballos si conseguíamos que subiesen hasta la cornisa, cosa que tendríamos que hacer, pues el predicador Dob no podría llegar allí a no ser que ellos lo llevaran. Les di un grito para que subiesen.

Sam subió por la pared y se reunió conmigo en un suspiro. El señor Pacheco y el predicador Dob localizaron una senda por la cual pudieron ascender los caballos. Zacarías llegó con ellos. Atamos los caballos al saliente que había en la parte exterior de la cueva. A ninguno le gustó el lugar pese a que era suficientemente amplio y estaba casi por completo seco. La yegua tironeaba de sus riendas.

Zacarías no entró con nosotros a la cueva, sino que permaneció afuera con los caballos y comenzó a ladrarnos al vernos entrar.

Benditas sean sus fuerzas, dijo el predicador Dob. Quiere seguir adelante. No cabe duda de que es un perro pantera de tomo y lomo. Está hecho una sopa y no entra siquiera para secarse.

Sam dijo: ¿Cómo es que te cae bien el perro y yo no?

El predicador Dob dijo: Me caes muy bien, pequeña. Y me caerías mucho mejor si tuvieras un poco de cabeza.

Por mi parte, no podía culpar al perro por no entrar en la cueva. No es que fuera un lugar muy acogedor, sino un espacio más bien lúgubre con suelo mugriento y rocas en forma de lanza que colgaban del techo. Olía muy mal. Uno tenía que andarse con mucho cuidado para no darse un testarazo contra las lanzas, pues algunas eran bien largas. Unos túneles oscuros se internaban en las profundidades de la roca, pero no podíamos distinguir muy bien lo que había en ellos. Encontramos restos de una vieja hoguera y supusimos que los indios se habrían refugiado alguna que otra vez en la cueva. El predicador Dob rezó por que los indios no se encontraran aún en las inmediaciones ni se dirigieran a donde estábamos.

Nos instalamos allí y las cosas se pusieron tensas. La tormenta arreció aún más. No estoy seguro de que alguna vez hubiera escuchado truenos como aquellos, ni de que lo haya hecho después. Parecía como si las lanzas que colgaban sobre nuestras cabezas fueran a soltarse en cualquier momento con

aquellos temblores. El viento se adentraba por el cañón como a desgarrros, cortándose entre los árboles y arrojando la lluvia hacia el saliente y casi al interior de la cueva. Me pregunté si la tormenta sería tan terrible como aquella sobre la que leí en *La ballena*. Temblábamos y nos frotábamos los brazos en un intento por conservar el calor. Me comí los pepinillos que me quedaban.

Al predicador Dob le preocupaba Zacarías y no dejaba de gritarle para que entrase. Sin embargo, el perro estaba todo inquieto. Corría de un lado a otro bajo la lluvia que caía delante de nosotros sobre la cornisa. Lo veíamos entre fogonazos de luz. Nos ladraba y ponía nerviosos a los caballos más de lo que ya lo estaban. Mi yegua retrocedió bastante y temí que acabara despeñándose sobre los cedros. El pinto pateó el suelo y sacudió la cabeza, luego encaró el viento y lo soportó lo mejor que pudo.

Nos pusimos a mirar cómo el perro pasaba a todo correr por delante de la entrada, primero en una dirección y luego en la otra. Empapado, maloliente, era un perro de lo más feo, y, entre usted y yo, no me importaba lo más mínimo que estuviera ahí fuera en lugar de dentro de la cueva con nosotros, con la única salvedad de que no me gustaba nada aquel tumulto, pues ponía nerviosos a los caballos, y porque a saber quién podría venir a comprobar el origen de tanto jaleo, si es que había quien pudiera escuchar algo con aquella tormenta.

El predicador Dob dijo: Ese perro preferiría que lo alcanzase un rayo antes que abandonar la caza. Si Hanlin lo oye podemos darnos por muertos. Quiere sus cien dólares.

Al señor Pacheco aquello le traía sin cuidado. Dijo que Hanlin y la ley eran un puñado de «gayeenas», y que ya habrían buscado un refugio contra la tormenta. Le dijo al predicador Dob que dejase tranquilo al perro.

El predicador Dob salió a buscar a Zacarías. La lluvia que llegaba en ráfagas hasta la cornisa le dio de lleno en el rostro con tanta fuerza que no sé ni cómo era capaz de ver a través de sus lentes. Le costó lo suyo, pero cogió una cuerda de la silla del señor Pacheco y agarró a Zacarías y lo ató y trató de meterlo en la cueva a rastras. Sin embargo, el perro se defendió de tal modo que nos hizo temer que pudiera estrangularse. Pensé que sería capaz hasta de morder a su propio dueño. A la luz de los relámpagos daba miedo mirarle el ojo aquel que parecía un huevo. El predicador Dob se rindió y regresó todo empapado sin él.

El señor Pacheco salió y cogió nuestras camisetas de debajo de las sillas,

pues teníamos frío y nos sentíamos con el ánimo por los suelos. Estaban húmedas pero nos calentaron algo cuando nos las pusimos. Sam seguía con su camisa puesta, que era una mía que se me había quedado pequeña, y estaba totalmente empapada, así que sentí lástima por ella. No tardé en tener lástima por todos nosotros, pues nuestras camisas no conservaban el calor. Nos hubiera dado igual ponerlas sobre los carámbanos de hielo que cuelgan de los aleros de las casas en el invierno. El aire silbaba allá afuera, y entraba a raudales por la cueva. Luego ¿qué valor tenía un momentito de calor? No demasiado.

Sam estaba sentada en la mugre a medio metro de mí, y me llegaba el castañeteo de sus dientes pese a todo el ruido que había. Parecía un pájaro carpintero. Yo la observaba entre los relámpagos. Su expresión era feroz. Tenía cara de estar algo pachucha y le chorreaba el agua. Pensé que si los comanches pasaban por allí y asomaban al interior de la cueva y la veían, por fugazmente que fuera, no dudarían en preguntarse con qué clase de criatura se habían topado.

Dijo: La pantera no está muy lejos y el perro y yo lo sabemos a ciencia cierta.

Dije: Tú tienes la misma idea que yo de dónde está la pantera. Se zampó un puercoespín encima de tu cabeza y ni te enteraste de que estaba tan cerca de ti.

En ese momento tenía sueño, dijo ella. Ahora sí que me entero.

Seguía con la monserga de siempre.

El predicador Dob se quitó un zapato y echó un vistazo a su pierna y su pie heridos. Estaban muy amoratados e hinchados. Se quedó allí plantado, con el zapato en la mano y la mirada clavada en la lluvia que caía a borbotones en el exterior. Se disponía a decir algo.

Dijo: Tengo dudas acerca de nuestra situación. Afuera sopla un viento muy fuerte y el agua está creciendo a nuestros pies. Estamos sobre un montón de mugre, y encima de nuestras cabezas tenemos unas rocas muy afiladas, y el viento ruge en la entrada, y los relámpagos centellean en el cañón, allá abajo. Nos rodea el peligro por todas partes. He dejado a mi familia en casa y he permitido que dos niños persigan a un perro viejo hasta este yermo salvaje en el que no sé ni cómo encontrar el camino de vuelta. Estoy herido, me siento vencido y estoy perdido. Tengo por compañero a un ladrón de caballos. Mi

propio caballo yace muerto bajo esta inclemente lluvia al borde de un cañón cuyo nombre desconozco. Solo tengo medio rifle. La ley nos persigue. Preferiría separarme de usted, señor Pacheco. Sin embargo, ha sido usted muy atento conmigo, y sin el caballo robado en cuestión no puedo llevar a estos niños a un lugar seguro, pues el niño y la niña y yo no podemos montar una misma yegua. Mi idea del honor y mis ideas acerca del orgullo y la integridad se están poniendo a prueba. Aquí estoy, un hombre mayor, medio impedido, responsable de las vidas de estos chicos y, sin embargo, incapaz de llevarlos a casa debido a que el chico no va a regresar sin su hermana, y ella no va a regresar sin una pantera que ha escapado cañón abajo. Luego soy el cómplice de un ladrón de caballos. La Biblia dice que bienaventurado es el hombre que no camina en compañía de los impíos. Dice que un hombre no puede esperar que, si se llena el pecho con fuego, no vayan a arder sus ropas. Pero ¿qué otra elección tengo yo? Le necesito, señor Pacheco, tanto como usted necesita a su caballo robado. Somos dos humildes pecadores. Le diría que siguiese su camino y me dejase aquí con los chicos, pues tiene todo cuanto necesita para escapar de la ley. Podría incluso seguir el rastro de la pantera y reclamar la recompensa para usted solo. Tiene un buen caballo y una buena pistola y balas y pólvora seca. Y, con todo, si huyera de ese modo no podría dejar de cargar con un enorme peso en su conciencia. Y ambos sabemos, y estos jovencitos algún día lo aprenderán por sí mismos, si el Señor les concede tal sabiduría, que la conciencia puede aplastar a un hombre, y refrenar a un hombre, más que un caballo muerto o una pierna herida. Es una carga muy pesada.

Cuando el predicador Dob terminó de hablar, miré al señor Pacheco para ver lo que podía estar pensando acerca de lo que acababa de oír. El señor Pacheco estaba de cuclillas. Se sujetaba el sombrero. El cabello le goteaba y le colgaba todo tieso. Le echó una mirada al perro, que corría de un lado a otro bajo la lluvia, ladrando ocasionalmente alrededor de los caballos, que estaban exhaustos.

¿No ha oído lo que he dicho?, le preguntó el predicador Dob.

El señor Pacheco respondió, con una voz solemne que atrajo toda mi atención: Su perro sabe algo que nosotros ignoramos, dijo.

El predicador Dob dijo: ¿De qué cree que se trata?

El señor Pacheco dijo: Cuando percibe el rastro de la pantera, aúlla. Cuando acorrala a la pantera, ladra. En ningún otro momento ladra. ¿Por qué

está ladrando hacia esta cueva?

Juez, le he hablado del frío que hacía en aquella cueva, pero un frío muy distinto, todavía mayor, me sobrevino cuando oí aquellas palabras pronunciadas del modo en que lo hizo el señor Pacheco. Era como si el viento del norte hubiera decidido resguardarse allí junto a nosotros. Entró y tomó su asiento, y a mí se me erizaron los pelos del cogote. Estalló un trueno. En lo que dura un centelleo vi que Sam había levantado el rostro al oír aquellas palabras, y que el señor Pacheco se volvía hacia el predicador Dob y el predicador Dob se volvía hacia él. Nos sentíamos como atravesados por una corriente de maldad.

Miramos hacia el interior de la cueva y clavamos la mirada en los túneles.

El predicador Dob dijo: Pequeña, quédate donde estás.

Sam no tenía oídos para órdenes como esas. Se puso en pie y corrió a la parte de atrás de la cueva y se agachó para asomarse dentro de los túneles.

Afuera, la oscuridad parecía más propia de la tarde a causa de la tormenta. A nuestro alrededor, en el interior, la oscuridad parecía más propia de la noche. En la inmensidad de los túneles que Sam estaba observando, la oscuridad parecía más propia de unas aguas profundas en el corazón de una noche sin luna.

Desde de la entrada centelleó entonces un relámpago que desparramó su luz por toda la caverna hasta el interior de los túneles, y gracias a eso vi que algo se movía en el túnel que se abría a la izquierda. Una forma que se estiraba. Sam también lo vio. Apareció de pronto, como un espíritu agazapado en la oscuridad, y al instante siguiente lo vimos entre nosotros, en medio de un fogonazo de luz. Lanzó un gruñido y vino hacia mí con las orejas pegadas a la cabeza. Me arrojé al suelo y sentí el calor del felino al pasar sobre mí. Más que ver al felino lo oí. Levanté la cara de aquella mugre y vi que el señor Pacheco corría hacia Sam y la cubría con el cuerpo, y que el predicador Dob se arrastraba en mi dirección para protegerme, y vi que la pantera saltaba rápidamente hacia la oscuridad como si nunca hubiera estado entre nosotros. Hubiera creído que aquello había sido un sueño, de no ser porque nos había derribado, esparciéndonos por el suelo de la caverna con la misma facilidad con que el viento tumba la hierba.

Zacarías se abalanzó sobre la pantera en cuanto esta salió. Iluminados por el resplandor de un relámpago, los vi desaparecer de un salto como si fueran

una sola criatura en lugar de dos. Cayeron juntos por la ladera del cañón. Escuchamos el inicio de la refriega por encima del ruido ensordecedor de la tormenta.

Cuando el predicador Dob comprobó que me encontraba bien, se incorporó cuan largo era. Debió de olvidar su pierna herida y los relámpagos, así como se olvidó de los comanches y de todo cuanto el Señor hubiera hablado, y se olvidó de que su sobrino nos perseguía y no precisamente con buenas intenciones. Pienso que hasta se debió de olvidar de que había dejado a su nuera y a los niños en casa. Corrió hacia la pared del cañón y descendió tras su perro al grito de ¡Zacarías! ¡Zacarías!, llevando solo aquel rifle demediado y un revólver lleno de pólvora mojada.

Querido juez:

Gracias por los anteojos. Ni siquiera le había pedido unos, cosa que sí hice con la pluma. La pluma es el mejor regalo que nadie me ha hecho jamás pero estos anteojos son casi mejor. Lo digo un poco con la boca pequeña, porque estoy encantado con la pluma. El señor Hildebrand dijo que usted le pidió que comprase los anteojos y que ya se los reembolsaría. Una manera muy práctica de hacerlo. El señor Hildebrand no pudo hacerse con unos nuevos, pero una mujer le vendió un par de ellos que habían pertenecido a su difunto marido. Al morir sufrió algunas heridas en el rostro, pues la muerte le sobrevino de una manera muy fea, y a ella no le pareció que fuera buena idea ponerle los anteojos después de lo ocurrido. Dijo que a su marido le habría gustado saber que los acabaría utilizando un joven en lugar de que se desperdiciasen en la tumba.

Están en perfectas condiciones. No veo tan bien con ellos como con los del predicador Dob pero sí bastante mejor de lo que lo hago sin anteojos. Estoy realmente pasmado, como dicen ahora. No sé qué le puedo dar a cambio que a usted le pueda gustar.

El testimonio que le envío con la presente pone punto final a todos los hechos que me pidió que le contase acerca de Clarence Hanlin. Las páginas parecían crecer y crecer.

Le escribiré otra carta en otro momento, pues no me gusta la idea de que esta sea la última.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

## **MI TESTIMONIO**

La situación en la que nos habíamos metido no tenía muy buena pinta. La

lluvia caía a raudales, se sucedían los relámpagos, los truenos lo sacudían todo, el predicador Dob descendía a toda velocidad por la pared del cañón como si no fuera viejo ni estuviera herido, y a pesar de todo aquel barullo fui capaz de escuchar la pelea que se libraba abajo. Dolía oír aquellos feroces gruñidos y rugidos, pues eran prueba del castigo recibido. Los gañidos y los gimoteos hacían pensar que Zacarías se estaba llevando la peor parte en la pelea.

Sin embargo, en la cueva teníamos suficientes problemas que requerían nuestra atención. Me asustó bastante que Sam siguiera tendida sobre aquel suelo mugriento, allí donde la pantera la había tirado. Cuando me acerqué a ella temí que estuviera muerta. El señor Pacheco y yo intentamos levantarla. Le grité para que se girase y se sentara y nos dijera si estaba bien. El señor Pacheco intentó convencerla de que abriese los ojos. Sam no obedeció enseguida. Cuando lo hizo, estaba como ida y entrecerraba los párpados bastante, fiel a su manía. Tenía en el cuello unos arañazos de los que salía sangre. El señor Pacheco examinó los arañazos lo mejor que pudo entre golpes de luz. Se arrancó una manga de la camisa e hizo que Sam se incorporase y le ató la tela alrededor del cuello.

Sam dijo: La olí cuando vino hacia mí.

Daba la impresión de que se había quedado anclada en lo del olor y no paraba de hablar de ello. Supongo que el olor le había despertado recuerdos.

El señor Pacheco se apresuró a cargar su pistola con pólvora seca.

Sam dijo: El predicador Dob me ha quitado el revólver.

Al oír que hablaba del revólver comprendimos que había vuelto a recobrar el sentido. O, mejor dicho, había vuelto a recobrar el sentido con el que había nacido.

El señor Pacheco sacó a Sam fuera, bajo la lluvia, desató los caballos y la montó sobre el pinto. Procedimos a descender por el camino por el que habían subido a los caballos: el señor Pacheco llevaba al pinto con Sam montada, yo llevaba a la yegua, y la lluvia descargaba sobre nosotros como a cubetazos. Ni vimos ni oímos al predicador Dob hasta que llegamos abajo, y allí lo encontramos, presa de la desesperación en el lateral del cañón. No se veía al perro por ninguna parte.

Debido a la tormenta, tuvimos que gritar para que el predicador Dob nos oyese. Le preguntamos: ¿Dónde está Zacarías? ¿Está vivo?

El predicador Dob gritó: ¡Está herido y ha ido tras la pantera!

Montamos de a dos, como siempre, Sam cogida a la espalda del señor Pacheco, y descendimos el cañón en busca del perro, viajando en la misma dirección en la que corría el agua. No nos resultó fácil la marcha. En una o dos ocasiones creímos oír los aullidos de Zacarías, pero ninguno de nosotros estaba seguro. La parte central del cañón se había convertido en una corriente que llegaba más o menos a la cintura, casi a la altura del vientre de los caballos. De modo que nos vimos obligados a cabalgar por las cuestas, donde las herraduras de los caballos se adherían al lodo y las rocas se abrían a su paso. Los caballos no estaban muy contentos y tropezaban con frecuencia. Viajábamos en la dirección hacia la que iba el agua. El pinto era voluntarioso y estaba bien educado y mi yegua era leal hasta la médula, pero aquello era pedirles demasiado y no se molestaban en fingir que les gustaba.

El predicador Dob dijo que ni siquiera tenía la menor idea de hacia dónde nos dirigíamos.

El señor Pacheco dijo que a su parecer estábamos cerca de alcanzar el río Medina.

Marchamos una media hora por el cañón. Para entonces ya empezaba a caer la noche. Bien pensado, todo el día parecía que había sido de noche, así que no es que nos importase demasiado qué hora fuera. Seguimos adelante hasta que el cañón se abrió en un pronunciado descenso hacia un río de buen tamaño cuyas orillas se habían desbordado y que corría a buen paso, río que el señor Pacheco identificó como el Medina.

Allí donde el cañón se unía al río encontramos a Zacarías, que se había refugiado bajo un amplio saliente de piedra que daba al río. No mostraba mayores señales de vida que aquel débil ladrido que intentaba soltar. Estaba calado hasta los huesos, temblaba y gimoteaba, tendido sobre el costado, y en general se encontraba bastante hecho polvo. Sacudí la cola una o dos veces para mostrarnos que se alegraba de vernos.

El que se alegró de verlo fue el predicador Dob. Lo tomó en brazos pese a que el olor a mofeta era aún peor al estar todo empapado. Creo que siempre había querido a aquel perro pero ahora sentía hacia él mayor respeto. Dijo que creía que el perro estaba ladrando solo por oírse ladrar y demostrarse a sí mismo que seguía con vida. Dijo que había gente a la que había visto murmurar cosas para su sayo ante las mismas puertas del Paraíso, solo para

demostrarse a sí mismos, palabra por palabra, que todavía no las habían traspuesto.

Sin duda, el perro había hecho todo cuanto pudo. La pantera lo había destrozado. Le había rajado el cuello, de manera que la piel no le colgaba como debía. El agua que goteaba de él era roja, a causa de lo ensangrentado que estaba. De igual modo los pies los tenía tan llenos de cortes que casi estaban separados del resto. He visto pedazos de carne en mejor estado que aquello. Daba pena verlo.

El señor Pacheco dijo que sería un acto de bondad poner fin a su sufrimiento.

El predicador Dob declinó hacer tal cosa por el momento.

El señor Pacheco se ofreció a hacerlo en caso de que fuera necesario.

Dio la impresión de que el predicador Dob iba a venirse abajo con solo pensarlo. Sin embargo, mantuvo la compostura. Dijo: Ya he perdido mi caballo y no voy a permitirme perder también a Zacarías. Hemos estado juntos demasiado tiempo. Dijo que él mismo se encargaría de Zacarías si llegaba el momento de hacerlo.

Atamos los caballos y nos refugiamos junto al perro bajo el saliente de la roca, porque ¿adónde íbamos a ir? Nos quedamos allí, mirando el río a través de la lluvia. Estaba cubierto de fango y se movía tan rápido que hasta se formaban remolinos y olas. El señor Pacheco avanzó un poco y examinó los alrededores, mirando río arriba y abajo y haciendo estimaciones según lo poco que podía distinguir a la escasa luz que restaba del día. Regresó y dijo que pensaba que estábamos bastante lejos de Bandera, en el sentido opuesto a la dirección del río.

Hicimos cuanto pudimos por el perro y nos devanamos los sesos pensando qué hacer, pero aun así no encontramos ninguna solución. El señor Pacheco descubrió que sus últimos restos de pólvora estaban mojados, así que no teníamos esperanzas siquiera de disparar a un conejo. Al predicador Dob le alegraba que la pólvora mojada anulara cualquier posibilidad de tener que disparar a su perro.

El aspecto de Sam empeoraba a cada minuto que pasaba. Estaba sentada a mi lado, encorvada de un modo entre afligido y sombrío y con los zarpazos del cuello cubiertos por la manga de la camisa del señor Pacheco. El señor Pacheco no llevaba puesto el poncho, dado que era de lana y estaba calado de

agua, y lejos de abrigar, enfriaba. Así que tenía un brazo desnudo. Todos temblábamos de frío.

Lo lógico hubiera sido pensar que Sam se habría sentido inclinada al menos a reconocer que ninguno de los allí presentes habríamos estado junto a aquel río de no haber mostrado ella tanta contumacia. A lo largo de seis años no había hablado casi de otra cosa que no fuera matar a la pantera, y ahí estábamos ahora por haber obedecido sus deseos, haciendo lo que ella quería, quizá cada cual respondiendo a un propósito individual, eso no lo niego, pero influidos en cualquier caso por su voluntad y sus necesidades personales. No estábamos en la mejor situación que digamos. Estábamos calados hasta el tuétano, hambrientos, temblando de frío. Estábamos totalmente perdidos, solo sabíamos que nos encontrábamos en alguna parte del río.

Teniendo en cuenta dónde estábamos y pensando en cómo nos había llevado Sam hasta allí, me puse que echaba humo. Dije: Pero es que ¿ni siquiera te has parado a pensar en lo mal que debe de oler el escondite de una pantera, encerrada allí y secándose? ¿Es que nunca te has parado a pensar en algo que sea real? Se te ha metido una cosa en la cabeza y no haces más que seguir el mismo camino, y es aquí adonde te ha traído. Y ¿dónde es aquí? Ni siquiera tú lo sabes. Es un lugar frío y miserable y tienes el cuello envuelto en la manga de la camisa del señor Pacheco y le has dejado con un brazo al aire para que se le congele de frío. Me daría absolutamente igual que estuvieras aquí si no tuviera yo que estar aquí contigo.

Las cosas que le dije eran bastante fuertes y no debí soltárselas con la dureza con que lo hice. Debí detenerme ahí, pero Sam me miró de la manera en que lo hacía Juda, como si no le importasen nada ni mis pensamientos ni mi persona, y volvió el rostro y miró al agua y dijo: Di lo que quieras, no te estoy escuchando.

Sentí entonces que hervía por dentro. Dije: Todos estos años no has parado de decir que como tenías poderes ibas a saber cuándo iba a volver la pantera, y justo ahora que estábamos en una cueva con ella tú estabas totalmente en la inopia. Y un cuerno sabes. No puedes hacer nada sola si antes no te lo pongo yo en bandeja. No paras de decir que no soy tu dueño. Bueno, pues tú tampoco eres mi dueña. Estoy harto de que me pisotees. Comes gracias a mí, te vistes gracias a mí, me mato por ti, y tú mientras tanto no levantas ni un dedo. Puede que seas más lista que yo, pero también eres más pequeña que yo, y una chica,

y medio negrata, y ya llevo mucho tiempo pasándolas canutas. Cuando salgamos de aquí y te lleve otra vez a casa, me encargaré de que las cosas sean diferentes.

Juez, fueron cosas muy duras que dije sin pensar, las más terribles que recuerdo haber dicho nunca. Todavía hoy me arrepiento de ellas. Sam ni se molestó en volverse a mirarme. Tampoco el predicador Dob y el señor Pacheco sintieron la necesidad de añadir nada a lo que dije, pues supongo que debieron de pensar que yo tenía parte de razón, cuando menos en las peores cosas, así como también supongo que debieron de pensar que no escogí el mejor momento para expresarlo. No sentí mucho alivio al hacerlo.

Sam se quedó allí plantada y no dijo nada. Miraba el agua. Por mal que me sintiese a causa de mis palabras, aún seguía muy fastidiado y casi me dieron ganas de empujarla a la corriente.

Fue una noche muy, muy, muy larga la que luego sobrevino. No me extenderé demasiado en ella, pues no tiene mayor sentido hacerlo. Además, tampoco hay mucho que contar al respecto, pues la noche era un todo compacto como la corriente del río, solo tiempo ocupado en pasar. Era oscuro, hambriento, deprimente, frío, el tiempo que pasaba, y el único alivio que me proporcionaba consistía en saber que cada minuto me acercaba cada vez más a su fin.

El señor Pacheco se las arregló para encender una pequeña fogata con la madera de un árbol seco que no se había mojado por estar bajo el saliente, y también se las arregló para mantener el fuego vivo. Sin embargo, era la fogata más gélida que jamás conocí, pues no había mucha madera y la lluvia caía en rachas por la pared de la roca bajo la que nos habíamos resguardado, y no hacía más que salpicarnos.

El predicador Dob volvió a prestarme sus anteojos, pero qué había ahí que ver. Un fuego chisporroteante a mi lado y un manto de lluvia delante; eso era todo. No había tampoco nada que escuchar; solo el estrépito del agua. No podíamos oír nada más. Ni aves nocturnas, ni grillos, ni ranas, ni el aullido de coyotes y lobos, ni las alimañas rondando alrededor. Por no haber, no había ni truenos. Solo aquel interminable sonido del agua cayendo a chorros por la pared bajo la que nos apiñábamos, y corriendo precipitadamente por el borde por el que habíamos llegado, y abriéndose paso a toda velocidad por el río que teníamos delante. Solo había esos ruidos y el olor a humo frío y a perro

mojado, y a sangre y mofeta.

El predicador Dob rezó una oración por Zacarías.

Sam preguntó: ¿Responderá el Señor?

El predicador dijo que tendríamos que esperar para saberlo.

Sam dijo: Se hace de rogar el Señor, ¿no es cierto?

El predicador Dob dijo que no le faltaba razón.

Le gusta jugar al escondite y hacerse de rogar al Señor, dijo Sam.

El predicador Dob no podía con su alma. Se inclinó sobre Zacarías, al que sujetaba contra su regazo, y dormitó lo mejor que pudo.

El perro temblaba y resollaba. Se lamía los labios como hacen los perros enfermos. A veces gruñía o ladraba como si estuviera soñando con la pantera.

El señor Pacheco avanzó bajo el saliente para cortar más madera seca del árbol caído. El resto del tiempo se limitaba a contemplar la lluvia. El día anterior se había aparecido como un hombre muy apuesto vestido con su bonito atuendo, pero ahora no tenía mejor aspecto que el predicador Dob. Ambos estaban sin afeitar y chorreaban agua. No hay que olvidar que ya tenían sus años y que ya iban rodado cuesta abajo.

No hablamos mucho ni hicimos intento alguno de planear lo que haríamos después. ¿Qué clase de plan podíamos siquiera hacer? No queríamos otra cosa que salir de donde nos encontrábamos y tener ropa seca, y comida, y un fuego mejor. El que teníamos era tan raquítico que hasta lo podía haber apagado de un escupitajo. Además, la pendiente en la que nos encontrábamos era tal que, de haber intentado estirarnos, habríamos caído rodando hasta el río, así que debíamos andarnos con cuidado. El río no estaba a más de diez metros. Supongo que el señor Pacheco era el único de nosotros que no quería regresar a casa, pues no tenía casa a la que regresar.

Sam se apoyó en mí y se durmió. Debajo de mí había una roca afilada y no podía ponerme cómodo sin despertarla, así que la dejé estar. Envidiaba su comodidad, pero mi padre no hubiera estado muy orgulloso de mí si me la hubiera quitado de encima mientras dormía, estando herida como estaba y pudiendo caer rodando al río. Así que la dejé estar.

Eso es lo que ocurrió por la noche. No fue gran cosa. No fue divertido. A los caballos tampoco les gustó ese rato. Se movían de un lado a otro y aguantaban la lluvia que les caía a cántaros como podían.

Cuando empezó a clarear, cesó la lluvia. Llegó el alba, gris como un lobo. Y ¿quién iba a llegar con ella sino Clarence Hanlin?

Comprenderá que no me alegrara lo más mínimo parpadear y verlo allí. Fue como si hubiera surgido del mismo lodo. Los caballos patearon el suelo y se movieron, yo levanté la vista, y allí estaba, ni a tres metros de mí, sobre la pendiente que había entre nosotros y el río, tan pérfido como siempre y apuntándonos con su pistola. Había surgido de la nada. Tenía la pistola en la mano izquierda a causa de tener la derecha envuelta en una venda repugnante y casi tan grande como su cabeza. Pero eso era lo de menos; me daba auténtico miedo, con pistola o sin ella, ya la tuviera en la mano derecha o en la izquierda. No estaba tan empapado como nosotros, pues llevaba puesto un poncho negro de caucho. Tenía una expresión perversa pintada en la cara y un morral colgado del hombro, y no parecía haber pasado la mala noche que habíamos tenido nosotros que soportar.

Dijo: Bueno, bueno. Feliz mañanita tengan los señores.

Sam y el predicador Dob despertaron al escuchar su voz.

Zacarías vio a Hanlin pese a que su ojo bueno miraba en la otra dirección. Lanzó un gruñido.

El señor Pacheco se hallaba en plena tarea de echar ramitas al fuego. Ahora estaba allí plantado, mirando a Hanlin con las ramitas en la mano.

Hanlin subió la colina con algo de esfuerzo y se acercó a donde nos encontrábamos. Dijo: ¿Quién lo iba a decir? Estaba paseando ociosamente por la orilla de este río y por casualidad os veo a los cuatro ahí tirados echando una siestecita y me acuerdo de que uno de vosotros me debía cien dólares. ¿No eras tú, Pacheco?

El señor Pacheco se incorporó pero no respondió ni que sí ni que no, pues sabíamos muy bien que era él quien se los debía, y responder una tontería como esa hubiera dado crédito a su afirmación.

Hanlin dijo: Así que me he pasado por aquí para ver si los recupero. Además, aquí reconozco que me estoy devanando los sesos, pero creo recordar que uno de vosotros tiene mi pistola. ¿No eras tú, Pacheco? Veo que la que tienes es la tuya. Y la mía no es un revólver como el que tiene mi tío Dob. De modo que la que me pertenece debe de ser la que tiene el chico prendida en su cinturón. ¿Estoy en lo cierto, Benjamin?

Dije: Sí, señor, lo es.

Dámela, dijo. Sácala de tu cinto. Déjamela junto al pie.

Obedecí y volví a sentarme.

El predicador Dob se puso en pie. Se tambaleó un poco a causa de lo duros que habían sido aquellos dos días y noches. Dijo: Clarence, podemos pasar sin tu espectáculo. Deja de hacerte el listo. Disparaste a mi caballo. Has molestado a estos chicos. Has ido por ahí colgando inocentes, por más que lo niegues. ¿No has traído ya suficiente vergüenza a tu familia?

Hanlin tardó unos instantes en asimilar aquello. Entrecerró su ojo caído y le dedicó una mirada al predicador Dob. Como para demostrar quién era allí el jefe dijo: Tío Dob, dame el revólver y lo que queda de ese rifle. Empújalos hacia aquí.

El predicador Dob pareció indignado, pero obedeció.

Hanlin recogió las pistolas y se las ciñó al cinturón. Dijo: Ahora dame la tuya, Pacheco. Si no lo haces, creo que voy a apretar el gatillo y a dispararte en toda la cara.

Apuntó con la pistola al señor Pacheco y todos pensamos que iba a dispararle. Supongo que no era la primera vez que el señor Pacheco veía que le apuntaban con una pistola de cerca, pues tenía esas marcas de pólvora grabadas en el rostro, como ya le he dicho. No hizo el menor gesto ni dio un paso atrás. Pasó un largo minuto de aquella guisa, antes de que Hanlin levantara la pistola y disparase al cielo, derribando unas ramas.

Es que tu maldad no tiene fondo, sobrino, dijo el predicador Dob.

Hanlin reconoció que no. Dijo que sus amigos, que venían de camino, no eran mejores que él. Me darás tu pistola, Pacheco, dijo. Mojada o no. Con cartuchera y todo. La petaca también.

El señor Pacheco se quitó aquello y lo dejó caer y lo empujó hacia Hanlin.

El predicador Dob dijo: Clarence, si haces algún daño a estos niños irás al infierno.

Hanlin cogió todo aquello y colgó el cinto de una rama. Sacó la pistola y se la embutió en su cinturón. Tenía ya nuestras tres pistolas con la pólvora hecha una plasta, además de la suya, que estaba seca y funcionaba bien. En el cinto tenía también una navaja. Echó una mirada mordaz al pinto. Parece que uno de vosotros tiene algo más que no le pertenece, dijo. Y, si no me equivoco, su propietario se dirige hacia aquí. Menuda racha de mala suerte que estás teniendo, Pacheco. Este es mi día de suerte y el tuyo todo lo contrario. Yo

tengo todas estas pistolas, mientras que lo único que tú tienes es a ese predicador sin resuello, un perro apestoso, un chico más grande que sus pantalones y una negra enana y fea.

El señor Pacheco pareció reflexionar. Dijo: El día te ha traído más suerte de la que imaginas. Hoy puedes amasar una fortuna.

Hanlin lo miró con recelo y dijo: Y eso ¿por qué?

Sam se maliciaba lo que el señor Pacheco trataba de decir, y se puso en pie tan rápido como un saltamontes. ¡Es mi derecho disparar a la pantera!, le gritó al señor Pacheco. ¡No vaya a animarle a hacerlo!

El señor Pacheco le dijo que se callase. Procedió a hablarle a Hanlin de la recompensa que había por la pantera. Dijo: Sin embargo, me necesitarás para saber quién ofrece la recompensa, dónde está y cómo obtenerla.

Hanlin dijo: A la mierda la recompensa. La pantera se ha largado. Vengo a por mi pistola, mis cien dólares y ese caballo.

El señor Pacheco asintió. Dijo que, si ese era el caso, la suerte de Hanlin había mermado bastante, pues los únicos dólares que llevaba encima no eran de los de verdad y ni siquiera llegaban a cien, y para colmo estaban mojados y probablemente estarían rompiéndose en sus alforjas, pues el dinero falsificado no era muy resistente.

¡Maldito hijo de puta!, aulló Hanlin. ¡Me debes cien dólares de verdad! A menos que tengas a la pantera atada a un árbol o acorralada en algún sitio donde pueda abatirla de un tiro, no estoy interesado en esos dos mil dólares que estarán vete a saber dónde. Te meteré un tiro en la cara, hijo de puta. ¡Mejor será que se te ocurra una oferta que me agrade o colgaré a estos niños! No creas que no lo haré. Colgué a hombres hechos y derechos en el Julian y me quedé mirando cómo pataleaban. Hay una cuerda en tu silla lo bastante larga para colgar a esos niños sin problemas. Lo haré. Los miraré hasta que sus cuellos crujan.

Tales fueron las palabras que pronunció y en ese orden exacto, juez. Así admitió lo que hizo. Se quedó ahí plantado con una pose arrogante bajo las ramas húmedas que goteaban sobre él mientras el río fluía indómito a su espalda, desbordado, a una velocidad que mareaba a quien pusiera los ojos en él demasiado tiempo. Hanlin lo confesó todo entrando en detalles que nadie quería escuchar. Nos dijo que él y otros soldados a sus órdenes sacaron en plena noche a los cautivos de donde los tenían acampados y los colgaron uno

tras otro mientras obligaban al resto a mirar. Dijo que les ataron la soga al cuello y que lanzaron la soga sobre una gruesa rama, que ataron el otro extremo a una silla y que espolearon al caballo para que avanzase. Todos los prisioneros fueron colgados así a excepción del último. Pidió que le pegasen un tiro, y tuvieron compasión de él.

Yo no le tuve ninguna compasión, se jactó Hanlin.

Por su aspecto, parecía que el predicador Dob iba a venirse abajo al escuchar aquellas despreciables palabras. Dijo en voz alta: No le contaré nada de esto a mi hermana. No repetiré una sola palabra de lo que acabo de escuchar. Los que sigáis con vida podéis hacerlo, pero no seré yo quien le rompa el corazón a mi hermana.

Hanlin cogió una galleta y carne en salazón de su morral y fingió compartirlas. Dijo: Esta carne es de lo más sabrosa. Qué pena que no vaya a daros nada. Sin embargo, todos comisteis un buen desayuno hace dos días en vuestra apestosa casa, y no me disteis nada cuando no hacía más que penar por mi dedo.

Chasqueó los labios y miró fijamente a los caballos. Se acercó al pinto y le dio unas palmaditas. Dijo: Tío Dob, ¿no me llamaste idiota ayer? ¿Cómo crees que te he encontrado, si soy tan idiota? Lo cierto es que soy un genio. Me imaginé que seguiríais el cañón hacia el que os largasteis, y que acabaríais justo aquí. Así que me adelanté a mis compañeros, até mi caballo un poco más lejos, junto a un arroyo que le estaba costando pasar, me topé con unos cuantos maderos a la deriva y descendí por este camino. Y, como no podía ser menos, aquí estabais. Me parece a mí que el idiota eres tú, tío Dob. No yo.

Siguió comiendo la carne en salazón y las galletas y movía la pistola a un lado y a otro y le dio a la yegua una palmadita bastante ostentosa en la grupa.

Ya le he dicho, juez, lo mucho que le molesta a mi yegua que le palmeen la grupa. Todo ocurrió más rápido de lo que puedo expresar. La yegua giró en redondo y aferró con fuerza entre los dientes la mano que le había dado la palmadita. En cuanto la agarró, Hanlin gritó y parte de la galleta le salió volando de la boca. Golpeó a la yegua en la cabeza con la pistola. Pero ni así soltó el vendaje. Creo que Hanlin podía haberle hecho saltar los sesos a porrazos y aun así no lo hubiera soltado. Se puso entonces a chillar de una manera horrible. Creo que pensó que acabaría perdiendo otro dedo. Yo pensé que acabaría perdiendo toda la mano. La yegua tiró del brazo y sacudió a

Hanlin de un lado a otro como si fuera una muñeca de trapo que había adquirido vida y aprendido a chillar. Puede que aquello durase únicamente un segundo o dos pero pareció mucho más tiempo. Aquel alboroto nunca lo olvidaré. El predicador Dob y el señor Pacheco saltaron sobre Hanlin y forcejearon con él para arrebatarse sus pistolas. Le dieron porrazos por todas partes. En poco tiempo, las pistolas estaban en manos del señor Pacheco, mientras que, a su vez, el predicador Dob se había hecho con el cuchillo. Allí seguía la yegua, pateando el suelo y resoplando y moviendo de acá para allá la venda vacía como si se lo estuviera pasando en grande con ella. Allí estaba el señor Pacheco, con la pistola cargada apuntando a Hanlin. Allí estaba Hanlin, tirado en el suelo y envuelto en su poncho de caucho, gritando a causa de su mano. Tenía la cabeza ensangrentada y la boca llena de migas de galleta y de sangre, y le faltaba un diente.

El predicador Dob y yo cogimos una cuerda del pinto y atamos las piernas de Hanlin y le anudamos los brazos a la espalda. Anudarle las manos fue cualquier cosa menos divertido, pues su mano comenzó a sangrar como antes. La tenía azul y era dos veces más grande que la otra y echaba sangre de una manera muy fea. Hanlin gritaba de puro dolor. El señor Pacheco le dijo que le pegaría un tiro si no se callaba. Nos quedamos mirándolo mientras Hanlin yacía sobre sus costillas en el suelo mojado y maldecía y escupía más sangre de la que uno hubiera pensado que cabía en una boca de ese tamaño.

El predicador Dob dijo: Sobrino, has sufrido la voluntad del Señor.

Sam se acuclilló junto a la cara de Hanlin y dijo: Te han dado tu merecido.

El predicador Dob le dijo: Pequeña, el Señor está haciendo su voluntad y no es cosa tuya hacer comentarios al respecto.

Como no teníamos una idea clara de lo que hacer, procedimos a debatir nuestras opciones.

El señor Pacheco no se mostraba muy a favor de preocuparse por el destino de Hanlin. Dijo que quería dispararle. Dijo que, si lo dejábamos suelto, nada bueno saldría de ello. Dijo que podía dispararle y echarlo al río, que ya la corriente se encargaría de él.

Sam se mostraba a favor de hacerlo.

El predicador Dob se sentó en una roca y reflexionó sobre aquello.

El señor Pacheco reforzó sus argumentos. Dijo que una serpiente no iba a desarrollar patas para levantarse y caminar como un animal respetable. Al

contrario, siempre se arrastraría.

Hanlin yacía encogido como una larva y escupía una buena cantidad de sangre. Dijo: No me dispaes. Lo siento. No ayudé a colgar a nadie. Solo intentaba asustaros.

El predicador Dob dijo: Lo has hecho y lo sabes. No puedes retirar tus palabras. Creo que contigo no hay esperanza.

Hanlin dijo: Dame tiempo para cambiar, tío Dob. Necesito ayuda y compasión. No dejes que ese mexicano me mate, por favor.

Sam dijo que quería el poncho de Hanlin.

El señor Pacheco le dio una patada a Hanlin y le dio la vuelta y le quitó el poncho y se lo dio a Sam. Le quedaba bastante grande.

El predicador Dob le dijo al señor Pacheco: Si matamos a mi sobrino no seremos mucho mejores que él y sus secuaces del Julian que iban colgando a gente sin un juicio justo. Ya tengo bastantes pecados que expiar en mi vida sin necesidad de darte mi aquiescencia para que dispaes al chico de mi hermana.

El señor Pacheco le preguntó a Hanlin a qué distancia estaban el representante de la ley y el gordo que los perseguían.

Hanlin dijo que el representante de la ley había dado media vuelta al enterarse de la presencia del predicador Dob porque tenía buena opinión de él. Dijo que solo venía el gordo, y que estaba a bastante distancia.

El señor Pacheco le soltó otra patada y dijo: Eso no es lo que nos contaste antes.

Hanlin reconoció que había mentido.

El señor Pacheco preguntó a qué distancia había dejado Hanlin su caballo.

Hanlin dijo que el caballo se había soltado de sus ataduras y había salido corriendo, asustado por la tormenta nocturna.

El señor Pacheco dijo: Eso no es lo que nos contaste. ¿Dónde está?

Hanlin dijo: Lo juro por Dios, no lo sé. Por qué no iba a decírtelo. Correría menos peligro si hubiera un caballo al que subirme, pero no lo hay.

Sam se sirvió unas galletas del morral de Hanlin y me dio una a mí y ofreció otra a Zacarías, aunque el perro se quedó tirado donde estaba y no se la comió.

El predicador Dob dijo: ¿Qué lección les estaremos enseñando a estos chiquillos si matamos a un hombre sin un juicio justo?

El señor Pacheco dijo que ningún tribunal regido por los *sesesh* impartiría verdadera justicia. Soltarían a Hanlin y ello nos causaría más problemas tanto a Sam como a mí, dijo, y a él no le parecía que aquello pudiera ser un buen final, y tampoco le parecía que fuese lo que Dios hubiera considerado justo.

El predicador Dob respondió que muchos de los *sesesh* eran buena gente y pensaba que se impartiría justicia, aunque no podía garantizarlo.

Así que estábamos en un dilema acerca de qué hacer. No había esperanza alguna de encontrar a la pantera, pues no teníamos un perro en condiciones y la pantera no había dejado huellas. De modo que descartamos la posibilidad de perseguirla. El predicador no estaba de acuerdo en pegarle un tiro a Hanlin sin más, aunque sí estaba de acuerdo en que se lo merecía. El señor Pacheco también llegó a esa conclusión. Sin embargo, era una incógnita qué hacer con él.

Por fin, el predicador Dob declaró que Sam, él y yo escoltaríamos a Hanlin hasta Bandera. Dijo que el señor Pacheco no nos acompañaría, sino que se dirigiría al sur, pues la ley le andaba buscando. Dijo que aquella tarea no iba a resultar fácil, ya que la yegua no iba a ver con buenos ojos el tener que llevar a Hanlin tirado en la silla, y de qué otra manera íbamos a llevar a Hanlin a ninguna parte, pues si lo desatábamos y le dejábamos las piernas libres para montar o caminar, se escaparía. Ninguno queríamos pegarle un tiro si intentaba escapar, a excepción de Sam, y no íbamos a permitirle a ella que lo hiciese. Por otra parte, el predicador Dob no llegaría muy lejos a pie con una pierna herida. Tampoco se iba a marchar sin Zacarías, y a mí no me gustaba la idea de tener que cargar con el perro, seguro como estaba de que esa tarea me iba a caer a mí.

Nos sentamos a pensar en ello.

El señor Pacheco advirtió que los caballos necesitaban apacentarse y dijo que se los llevaba a lo alto de la meseta para que pastasen mientras nosotros reflexionábamos. Se levantó y cogió las riendas de ambos caballos.

Sam se sentó sobre una roca y miró a Hanlin. En tono autoritario dijo: Señor, danos una señal para saber si tiene que vivir o morir.

El predicador Dob le dijo: El Señor responderá a preguntas o peticiones que se le hagan llegar de manera educada. A lo que no responderá es a exigencias.

Aquello irritó a Sam, que dijo: Muy bien. Entonces, Señor, mi pregunta es:

¿por qué no te das un poco de prisa y nos mandas una señal?

Había unos nogales entre nosotros y el río, y empecé a recoger nueces para desayunar. Casi había llegado a los árboles cuando un ruido sordo, profundo, surgió del lugar hacia el que marchaba la corriente. El suelo tembló bajo mis pies y oí gritos a mi espalda. Sam chilló mi nombre. Me giré en redondo y levanté la vista en la dirección por la que vine y vi estas cuatro cosas: vi al señor Pacheco agarrando a Sam y lanzándola sobre el pinto. La vi a ella saltar del pinto y correr hacia mí con el enorme poncho de Hanlin ondeando a su alrededor, gritándome para que corriese, lo que me hizo pensar que se acercaban los indios. Vi a Hanlin que se incorporaba apoyándose sobre ambos pies, que estaban atados, y con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos atadas a la espalda, gritando ¡Soltadme! ¡Soltadme! Y vi que el predicador Dob lo miraba, y sacaba el cuchillo como si fuera a soltarlo, y se detenía, y dejaba caer el cuchillo, y se agachaba para recoger al perro.

Entonces me volví hacia el río para ver si llegaban los indios, y una montaña de agua estalló sobre mí. El agua me golpeó con tanta fuerza que se me obnubiló la cabeza y dejé de ser dueño de mis actos. El dueño era el río. Él me decía lo que debía hacer y adónde debía ir. Ya no era cosa mía decidir si ir por este lado o por este otro, o si volver sobre mis pasos o seguir las huellas que la pantera había dejado, o qué camino habría tomado la pantera. Me dejaba llevar por el río sin saber adónde me llevaba y sin pensar demasiado dónde sería eso. Lo único que intentaba era mantener la cabeza fuera del agua.

Es una cosa extraña que las necesidades de una persona puedan reducirse a algo tan sencillo como el aire. Antes de que el agua se precipitase sobre mí había pasado muchísimas dificultades a lo largo de mi vida. Tenía a Sam y su mal genio, y ese vernos rondados por la pantera, y ese estar perdido, y tenía una casa a la que daba espanto regresar, y un trabajo que retomar, y unas cabras y gallinas que me esperaban para que les diese de comer. Tenía un futuro en el que pensar. Tenía un perro apestoso con el que imaginaba que tendría que cargar, y luego estaban los peligros de los comanches y serpientes y tantas otras cosas, y tantos problemas que sentía era preciso considerar. Sin embargo, cuando el agua se me vino encima, toda mi vida se vio reducida al único esfuerzo de obtener aire. El hambre no significaba ya nada para mí. El frío no significaba nada. Era una fruslería comparado con lo que realmente

necesitaba.

Salí a la superficie, soltando patadas y brazadas. No sé si tenía los ojos abiertos o cerrados, pues a mi alrededor no vi otra cosa que oscuridad hasta que pude sacar la cabeza del agua. El río me arrastraba a una velocidad a la que no había viajado en mi vida, ni a pie ni a caballo. Creo que me estaba llevando tan rápido como un tren. Tenía la cabeza sobre el agua y luego debajo de ella, a intervalos. Cuando estaba arriba, escuchaba el bramido del agua y un fortísimo ruido a cosas que chocaban y se rompían. Cuando estaba debajo, escuchaba el ruido sordo, profundo, de las cosas que me golpeaban en temeraria mezcolanza. Había ramas y criaturas atrapadas. Había astas y pezuñas que coceaban al aire en un difícil revoltijo. Había tortugas y rastrosos y peces y objetos que no puedo nombrar, pues se desplazaban demasiado rápido como para saber qué eran. Se desplazaban por el agua a toda velocidad, mientras las cosas a ras de tierra y por encima de ella parecían haberse quedado detenidas donde estaban, pues solo era capaz de verlas en breves atisbos cuando conseguía tomar aire. Había nubes grises en el cielo y hojas brillantes en los árboles y bandadas de gansos allá en lo alto, pero nunca permanecía sobre el agua el tiempo suficiente como para ver las nubes moverse, ni las hojas caer, ni a los gansos siquiera batir sus alas. No había nada sobre el agua salvo imágenes congeladas, y nada en su interior salvo objetos que pasaban a toda prisa antes de desvanecerse.

Una imagen que recuerdo haber visto por encima del agua es la del señor Pacheco. Lo vi cada vez que asomaba a tomar aire. Estaba en lo alto del cañón, recortándose contra el cielo, montado sobre el pinto y cabalgando rápidamente y sin quedarse rezagado con respecto a la corriente de agua que me arrastraba.

Otra cosa que vi cuando asomaba a tomar aire fue a Hanlin en el río, doblando un meandro. Mientras luchaba con todas mis fuerzas por alcanzar la orilla, donde la corriente no era tan fuerte, lo vi llegar hasta mí en el mismo centro del río y adelantarme en una maraña de basura fluvial, sin revolverse ni dar patadas, sino simplemente tendido sobre su espalda, casi tan tieso como si estuviera tumbado sobre una mesa, y con los ojos tan abiertos que parecía limitarse a contemplar el cielo. De no haber pasado tan aprisa habría dado la impresión de que estaba flotando sobre el agua por puro placer un día de verano. Sin embargo, se hallaba atrapado en una corriente estanca. Su rostro

había adoptado un aspecto ceroso y no parecía muy vivo. Cuando el río tomó una curva, Hanlin ya flotaba de cabeza a la corriente. El hecho de que no se rebelara contra la posibilidad de verse arrastrado a tal velocidad podía ser una señal suficientemente significativa de que había muerto, salvo por la circunstancia de que al tener las piernas atadas y los brazos anudados a la espalda poca resistencia podía haber ofrecido, estuviera vivo o no. Por ese motivo, no puedo jurarle que estuviera muerto cuando pasó por mi lado. Pero sí puedo decirle que aquella fue la última vez que lo vi. Y puedo asegurarle, a causa de que también yo era arrastrado por la vorágine del agua, y en aquel momento me veía volteado y azotado por ramas agudas y mil cosas más, que nada salvo un piadoso gesto de Dios podría haberlo salvado, atado como estaba, y más bien me parecía que el gesto de Dios había sido enviarnos aquella riada que había terminado por matarlo.

Esa es mi opinión. En aquel momento no tenía opinión. Estaba demasiado ocupado luchando por conseguir aire, como podrá usted imaginar, y por llegar a la orilla, y tratando de encontrar a Sam, pues suponía que el agua la habría arrastrado del mismo modo en que me había arrastrado a mí. Resulta extraño decirlo, pero tenía el presentimiento de que sabía en qué parte del agua se encontraba ella, por más que no pudiera verla. Era como si mi mente no hubiera perdido su contacto. Sam había arriesgado su vida por correr hacia mí y avisarme, y ahora me estremecía que se hubiera perdido en aquella terrible maraña de agua espumosa, o se hubiera quedado enredada en un rebusco de ramas, o hubiese sido golpeada por algún escombros a la deriva, cuando hubiera podido encontrarse sobre la grupa del pinto junto al señor Pacheco de no haber mostrado aquella lealtad hacia mí.

Ya le he dicho que Sam es una fanfarrona y una marimandona, y que nunca trabaja, y que siempre se está quejando. Todo eso es cierto. Sin embargo, se arriesgó por mí, y aun cuando el agua me había llevado por delante, arrancándome de su vista y a ella de la mía, había una especie de vínculo que nos mantenía unidos el uno al otro en medio de todo aquel tumulto.

Es curioso lo que una riada puede unir y lo que puede separar. Aquella riada arrancó árboles del suelo y les arrebató las ramas y los despojó de la corteza. Se tragó unas criaturas y escupió otras. Algunas las depositó en la orilla. Me dejó sin zapatos y sin camisa. Sin embargo, con todo lo que se había llevado, me dio un regalo más grande que todo cuanto creía haberme

quitado, pues ese regalo era la esperanza. Venía a mí en la forma de un enorme ciprés que descendía de costado, a mi espalda, acumulando un montón de basura detrás. Me agarré a él y de un tirón me metí entre sus ramas, y así me salvé del torrente de agua y cabalgué el río, que me arrastraba a toda velocidad hacia el meandro que Hanlin acababa de trasponer.

Era un viaje peligroso, entre ramas afiladas que se movían y bamboleaban y que en cualquier momento podían dar un vuelco y sumergirme, o dejarme inmovilizado debajo. Con todo, había algo emocionante en ello, señor. Le estaría engañando si no lo reconociera. Me sentía como si estuviera subido al mascarón del Pequod y navegando a toda velocidad.

Levanté la vista y vi al señor Pacheco lanzado al galope por el costado de la meseta sobre el acantilado. Mi privilegiada posición me permitía ver una amplia porción de cielo gris, los pájaros volando, el agua a ambos lados desbordando en sus buenos tres metros cada orilla. El río, a su paso, arrancaba árboles de cuajo y los arrastraba en su corriente al tiempo que anegaba aquellos que seguían anclados a sus raíces.

No llevaba encima otra cosa que mis pantalones, y estaban tan baqueteados que ya no eran sino meros harapos. El aire frío me golpeaba de lleno. Se me clavaba en la carne y me tiraba del pelo. Pero disfrutaba de la libertad de desplazarme a tanta velocidad y contemplar el espectáculo.

Lo hubiera disfrutado aún más de no haber tenido que buscar a Sam. Estaba mirando con denodado esfuerzo las agitaciones del agua cuando mis ojos se detuvieron sobre la más horrible de las visiones. Era el poncho negro, prendido al espeso manto de desperdicios que se acumulaban detrás del árbol. Flotaba de un modo inquietante, entre ramitas y burbujas. El miedo se apoderó de mí en cuerpo y alma. Imaginaba a Sam debajo del poncho, ahogada, y tan aprisa como pude me abrí paso a través de las ramas para alcanzarla.

Casi estaba a ras de la corriente cuando vi lo más extraño que la vida me ha presentado hasta ahora. Allí estaba Sam, agarrándose con fuerza al extremo de una larga rama perteneciente al ciprés en el que yo iba montado, con la cabeza por encima del agua, mientras justo a su lado, con las garras clavadas en la misma rama, y los cuartos traseros sumergidos pero la cabeza sobre la superficie, se hallaba la pantera. Una al lado de la otra, señor, surcaban aquel río, y ambas luchando por sobrevivir.

Traté de comprender lo que veía y llegué a la conclusión de que aquello

podía no ser real. Se me ocurrió que tal vez había perdido la consciencia y estaba soñando. Se me ocurrió que Sam y la pantera habían muerto y la corriente las había engullido, sin vida, y que aquellos eran sus fantasmas, que habían regresado a este mundo para perseguirse y atormentarse el uno al otro. Pensé: Están muertas y surcarán juntas este río por toda la eternidad, hasta llegar al mar, cuyas convulsas profundidades se las tragarán como al capitán Ahab y Moby Dick.

Con todo, no parecían muertas. Parecían tan asustadas como empapadas. Sam estaba en la parte más externa, casi en el extremo de la rama, y la pantera se interponía entre ella y yo. Entre las dos no había apenas un metro de distancia, pero ninguna se preocupaba de la otra, pues se limitaban a emplear todas sus fuerzas en mantenerse agarradas. La pantera tenía las orejas aplastadas contra la cabeza y las garras clavadas en la rama, y no dejaba de mover los cuartos traseros en busca de apoyo. En el agua parecía más pequeña que fuera de ella. Sin embargo, me fijé en la oreja que tenía el corte en el que ya había reparado antes, y en las cicatrices de su cara, y no dudé que se trataba de Dos Dedos. Sam no derrochó sus fuerzas tratando de hablarme, pero me clavó la mirada de tal modo que dejaba muy claro que contaba conmigo para que la salvase.

En aquel momento estábamos rodeando un meandro y nuestro árbol se vio atrapado en un atolladero cerca de la orilla, haciendo que del empujón casi soltase mi asidero, y formando un potente remolino que engullía los desechos que nos rodeaban. Nos habíamos enredado con un árbol que aún se mantenía en pie. Tenía las raíces hundidas en el suelo, pero se hallaba medio sumergido en el agua. Si pudiéramos saltar del árbol en el que estábamos hasta las ramas del otro, tal vez podríamos esperar hasta que bajase la crecida sin correr peligro de ahogarnos.

Sin embargo, el hecho de que Sam estuviera al lado contrario de donde se encontraba la pantera suponía un problema. La rama a la que ambas se agarraban era flexible y muy delgada. Sam hacía lo que podía por sujetarse, pero lograrlo era toda una hazaña. El remolino que había bajo la rama casi se la estaba tragando. Tal y como estaban las cosas, tendría que pasar por delante de la pantera para llegar hasta ella. No se me ocurría otra manera de que lo hiciera que no fuera separándola antes de su soporte. Para ello necesitaría una rama lo bastante firme con la que azuzar y golpear a la pantera, así que usé de

todas mis fuerzas para tratar de hacerme con una. No obstante, no era capaz de partir una lo bastante grande empleando tan solo las manos, de modo que al final desistí y saqué una del agua, aunque casi no era más que una ramita acabada en punta.

Sujetándome a otras ramas, conseguí abrirme paso hasta aquella a la que la pantera y Sam se hallaban cogidas y pinché con el palo a la pantera. El animal gruñó y bufó pero no hizo ademán de atacarme, pues eso le hubiera obligado a soltar su apoyo y le habría arrastrado la corriente. Temí que la rama no pudiera sostenernos a los tres, dado que también el remolino tiraba con fuerza de ella.

Comencé a pincharle a la pantera en los ojos. ¿Quién me iba a decir a mí que algún día iba a tener el coraje de pinchar aquellos ojos con un palo? En tanto lo hacía, el animal debió de sacar fuerzas de su propia furia, pues tiró con sus patas delanteras y agitó allá abajo los cuartos traseros, de manera que logró subir a la rama, gruñendo y lanzándome las zarpas y haciéndome perder el equilibrio al tratar de esquivarlo con el palo. Me agarré a las ramas que me salían al paso, pero el árbol se inclinó y me sumergió en la corriente que se revolvía alrededor del remolino. Me hundí bajo la maraña.

Y detrás llegó la pantera, que cayó encima de mí. No sé si es que había tratado de atacarme cuando se zambulló en el agua, o si únicamente intentaba aferrarse a algo sólido y yo era ese algo, pues se veía arrastrada al remolino contra su voluntad, al igual que yo. Sacudió las patas y rebañó el aire y se subió sobre mí, hundiéndome todavía más. Intenté sumergirme un poco para librarme de ella, pero el remolino casi nos había ahogado a ambos y no teníamos nada a lo que aferrarnos salvo a nosotros mismos.

La fuerza de arrastre allá abajo era intensísima. La pantera y yo quedamos atrapados entre las ramas que había en las profundidades. Casi me corto por mil sitios al intentar liberarme de aquella jaula de ramas afiladas en la que había quedado encerrado. El lodo hacía que el agua estuviese más densa, y no podía abrir los ojos ni siquiera para comprobar por dónde había que ir para subir. Sentía el pecho presa de una enorme agitación y supuse que lo mejor sería no pensármelo y tragar agua. No veía con claridad dónde se encontraba la pantera, pero la sentía lanzando las patas a lo loco junto a mí en el cepo de las ramas. Aquella piel que Sam estaba tan impaciente por pisar se retorecía con denuedo contra mí.

Supongo que se estará preguntando qué sucedió después, pues es consciente de que me cuento entre los vivos, dado que de otro modo no estaría escribiendo este testimonio. Tal vez estará pensando que aquel cerco se rompió como por milagro y me dejó libre para ascender a la superficie. Pero no, eso no fue lo que ocurrió. Lo que ocurrió fue que sentí que alguien me agarraba del brazo y comenzaba a tirar de mí para sacarme del atolladero. No sabía quién podía ser, ni tampoco me lo pregunté, pues, como suele decirse, a buen hambre no hay pan duro. No me resistí a los tirones, y de este modo fue como me desenredé y regresé a la superficie, aun cuando la pantera, todavía enganchada, seguía retorciéndose y agitándose.

Supongo, juez, que no le sorprenderá saber que fue el señor Pacheco quien me había agarrado. Me arrastró hasta la orilla y me dejó allí, tumbado bocabajo, escupiendo lodo y tosiendo agua, en tanto él saltaba a la rama a la que Sam seguía aferrada. Gritó, imponiéndose al estruendo del río, para que se acercara a él agarrándose a las ramas. Le dijo a voz en cuello que no podía llegar hasta el extremo en el que ella se encontraba, pues la rama estaba a punto de romperse y Sam se vería arrastrada con ella. Le dijo dónde debía poner los pies, dónde agarrarse, y que debía moverse deprisa. Consiguió que empezara a acercarse.

No la oí decir ni pío en todo ese rato. Sam clavó los ojos en él y fue haciendo lo que le decía.

El señor Pacheco dijo: «Neenya», ya casi estás aquí.

Lo siguiente que supe es que el señor Pacheco la dejó en el suelo junto a mí. Sam temblaba tan fuerte que los dientes no paraban de sonarle. Supongo que daría pena vernos. Me faltaban los zapatos. La camisa de Sam no estaba por ningún lado. Tenía la manga del señor Pacheco anudada al cuello y los pantalones puestos, pero nada más que eso. El señor Pacheco se quitó lo que le quedaba de camisa y la cubrió con ella. Sus botas estaban en la orilla, allí donde debió de lanzarlas antes de meterse en el agua. Se acuclilló, descalzo como estaba, vestido únicamente con sus pantalones negros, resollando y jadeando junto al pinto. Tenía algunas ramitas y agujas de ciprés enredadas en el pelo, y su piel parecía blanca a causa del frío, y la pólvora que le marcaba la cara parecía más negra que nunca, por el hecho de que su rostro estaba más blanco, y le sangraban las manos, como a mí las mías.

Dijo: «Deeos meeo».

Dije: El agua se ha llevado al predicador Dob y a mi yegua.

El señor Pacheco dijo que creía que no les había pasado nada, pues el predicador Dob se había llevado la yegua y el perro a lo alto de la pendiente antes de que el agua los alcanzase.

Los tres resollábamos y jadeábamos y nos enjugábamos el agua que teníamos en los ojos. El pinto también respiraba con fuerza. Tenía la cabeza gacha. Echaba espuma por la boca a causa de la carrera que se había pegado en lo alto del risco. Había adelantado al propio río. El señor Pacheco le acariciaba la cabeza.

Oímos un ruido como a ramas quebradas por encima del bramido del río y vimos que el ciprés se liberaba de lo que lo había retenido y comenzaba a desplazarse corriente abajo.

Dije: La pantera está atrapada en las ramas del fondo.

Supuse que el señor Pacheco ya lo sabía. Supuse que si me vio caer al agua y quedarme enganchado a las ramas también habría visto caer a la pantera.

Entrecerró los ojos mientras el árbol era arrastrado río abajo y ganaba velocidad, llevándose con él mi tercera parte de dos mil dólares, y también la tercera parte del señor Pacheco, y el futuro que hubiéramos tenido, y la piel sobre la que Sam quería poner los pies. Todo eso lo vimos perderse. El señor Pacheco sacudió la cabeza y dejó escapar un ruidillo de pesar. Le dio a Sam unas palmaditas en la pierna y comenzó a decir algo, como para levantarnos el ánimo. Sin embargo, antes de que pronunciase palabra alguna nos vimos sorprendidos por el estrépito de un disparo procedente de la parte alta del río, y al volvernos vimos que el gordo venía a toda velocidad en nuestra dirección.

El señor Pacheco me miró sin saber qué hacer. Vi en sus ojos que no quería dejarnos a Sam y a mí en la orilla, helados como estábamos, sin comida ni refugio, todavía tosiendo agua. Pero ¿qué elección tenía?

Dije: Váyase, señor Pacheco.

Echó una mirada a las botas, que descansaban junto a él, y me las lanzó. Tomó la pistola que había dejado a su lado, aquella que le había cogido a Hanlin. Dijo una o dos cosas que no entendí bien acerca de «Deeos» y «ameegos», por lo que deduzco que nos consideraba amigos suyos. Hecho lo cual, montó descalzo sobre el pinto, galopó hacia los cedros que teníamos a nuestra espalda y subió colina arriba, dirigiéndose al saliente y disparando al

gordo con la pistola de Hanlin mientras se alejaba. Los vimos como a ráfagas entre los árboles mientras escalaban la ladera, dejando a su paso una estela de piedrecillas rodantes. Se gritaban y disparaban el uno al otro. Los oíamos cada vez más bajo sobre el estruendo del río.

Nos incorporamos y los miramos hasta que alcanzaron la cima del cañón, y ya no los vimos más. No he visto al señor Pacheco, ni al pinto, ni al gordo, desde entonces. En cualquier caso, el señor Pacheco sacaba ventaja al gordo, y montaba un caballo más noble, y tiendo a creer que lo dejó atrás.

Así termina mi sincero testimonio en lo que respecta a cuanto sé de los hechos y muerte de Clarence Hanlin y de todas las cosas y personas que guardan relación con mi conocimiento de él.

Querido juez:

Me hubiera podido usted derribar con una pelusilla de algodón cuando el señor Hildebrand me dio otro paquete suyo. No esperaba tal cosa, pero me paré a hacerle una visita, pues pasaba por el pueblo y llevaba cambio en el bolsillo para comprar un *strudel*. He decidido empezar a pagar por el *strudel*, dado que ya no tengo más asuntos oficiales que tratar con el señor Hildebrand.

Y allí estaba su paquete, señor, justo encima de la mesa. El señor Hildebrand dijo: Bueno, cógelo.

No podía creer lo pesado que era. El señor Hildebrand quiso que lo abriese para que también él pudiera ver lo que contenía. Sin embargo, me apetecía darle vueltas a la idea en mi cabeza, de modo que lo cargué en mi yegua y regresé a casa y solo cuando ya no pude aguantar más la intriga lo abrí.

Señor, esperaba que fueran libros, y parece que me leyó usted la mente. No había oído hablar jamás de estos libros pero estoy impaciente por leerlos. Aunque no tengo ni idea de quién puede ser ese Tristram Shandy, ardo en deseos de conocer sus opiniones. Sé quién es Benjamin Franklin y por lo visto se cuenta un buen montón de historias suyas en este libro. También me apetece mucho conocer el Imperio romano, pues he oído hablar de él. El libro de gramática me vendrá muy bien, ya que mi gramática no es perfecta y Sam debería recibir una buena instrucción. Le tomaré la palabra, señor, y le enseñaré a leer. Ha mostrado interés en aprender pero no le he enseñado nada, puesto que he estado demasiado ocupado para hacerlo. Además, tampoco es que ella haya hecho mucho por mí, y eso es algo que me da mucha rabia, como usted sabe, pero tendré en cuenta su sugerencia y ahora sacaré tiempo para hacerlo. Está muy contenta con el pañuelo que usted le ha enviado y se lo ha puesto y bajó con él hasta el arroyo pese a que no hace nada de frío y tampoco hay nadie a quien pueda enseñárselo salvo la cerda. Mientras esto escribo lo tiene puesto allá abajo. También el collar con las cuentas de cristal. Los calcetines que me ha regalado me vendrán muy bien, pues los que usaba eran

de mi padre y ya estaban muy castigados. Gracias, señor. Ha sido como si un montón de Navidades nos hubieran caído juntas de repente, pronto y tarde al mismo tiempo.

En cuanto a su carta, haré lo que usted cree que debo hacer y escribiré otras historias que me sucedan a lo largo de mi vida, como me sugiere. Sin embargo, no creo que vayan a ser de tanto interés para nadie como este relato acerca de Clarence Hanlin lo ha sido para usted, pues no he vuelto a ver a nadie más colgado o desvalijado desde el día en que vi las acciones ilícitas de Hanlin en el Julian, y puede ser que nunca lo haga. Sin embargo, quizá llegue a verlo. He estado leyendo otra vez *La ballena*, y vi donde Ismael dice que cuando un viaje largo y peligroso termina es solo para dar comienzo a un segundo, y que el final de un segundo es solo para dar comienzo a un tercero, y así sucesivamente, por siempre jamás.

Le prometí que le escribiría otra carta. Lamento haber tardado un mes en hacerlo. El hombre del que le hablé cuya casa está cerca del campamento y cuyas vacas se habían escapado ha comprado seis cabras de pelo inusualmente largo y lo he estado ayudando a levantar muros de piedra y a construir más vallas, y por las noches estoy tan cansado que no puedo ni llevar la pluma al papel. Pero hoy no tengo que trabajar y estoy impaciente por escribirle esa carta, la cual es esta. Es la última que necesitará de mí.

Me alegra que se interesase por lo que nos sucedió después de la riada y que pregunte por el predicador Dob. No le pasó nada. Después de que el gordo persiguiera al señor Pacheco hasta lo alto de la colina para recuperar el pinto que en su opinión le pertenecía legítimamente, cosa que podría o no ser cierta, dependiendo de esos factores de los que usted tiene más conocimiento que yo, a causa de que es usted juez, Sam y yo emprendimos la marcha río arriba en dirección a Bandera.

Fue una caminata bastante patética. Yo iba sin zapatos. No llevaba tampoco camisa. Tenía las botas que el señor Pacheco me había dejado, pero se las di a Sam para que se las pusiera. Mi padre se hubiera levantado de la tumba si me hubiera puesto yo las botas y hubiese permitido que a ella se le helasen los pies. Lo cierto es que eran bastante grandes para unos pies tan raquíuticos como los suyos, y no paraba de tropezarse. Llevaba puesta la camisa del señor Pacheco y la manga arrancada alrededor del cuello para taparse los arañazos que la pantera le había hecho cuando la derribó en la

cueva. Teníamos suerte de llevar pantalones.

Hacía muchísimo frío y estábamos empapados. Soplaban viento del norte. Sam tenía hielo en el pelo. El cielo era como pedernal; sin embargo, ni llovía ni caía aguanieve. El río se retiraba al confín de sus orillas y dejaba atrás muchos escombros y ruina, como árboles arrancados de cuajo y montones de madera apilada. Los cipreses que se mantenían en pie habían sido despojados de su corcho. Algunos se habían partido en dos. El río había creado atajos en lugares donde el agua estaba más baja, y no tuvimos más remedio que atravesar corrientes de agua helada, pese a que no abandonábamos la misma orilla del río.

Mientras caminábamos, Sam comenzó a rumiar para sus adentros y luego a quejarse y a discutir conmigo. Le costaba un montón, pues los dientes no dejaban de castañetearle y tenía los labios rígidos de puro frío, pero se las apañó para seguir hablando. Algo se estaba cociendo en su interior. Se sentía completamente derrotada, en cuerpo y alma, a causa de que matar a la pantera sería impensable ahora que casi con toda probabilidad estaba muerta. Me guardaba rencor y me culpaba de ello y echaba pestes sobre mí por cómo habían sucedido las cosas. Se le había metido en la cabeza que la pantera aún podía seguir con vida y que debíamos regresar a buscarla, pues ella podría reconocer el ciprés y si mirábamos debajo, ahora que el agua se había retirado, podríamos comprobar si la pantera seguía atrapada con vida allá abajo.

Le dije que era una idea estúpida y no quería oírlo hablar acerca de ello. Le dije que no había manera de que una criatura pudiera vivir tanto tiempo sin tomar aire. Ella argumentó que, aun cuando la pantera estuviera muerta, debíamos regresar a por la piel. No estaba pensando con la cabeza. Tampoco me fiaba mucho de que yo estuviera pensando con la cabeza entonces, de tanto frío como tenía. Sin embargo, tenía suficiente sesera como para no dar media vuelta y enfilarse río abajo para buscar ese árbol y sacar de debajo una pantera muerta y despellejarla y transportar su piel baqueteada y anegada hasta donde pudiéramos llegar antes de que muriéramos de hambre o de frío en plena faena. Aparte, aun cuando decidiéramos hacer el esfuerzo, no tendríamos cómo despellejarla. Nos faltaba el cuchillo, y yo no tenía la menor intención de cargar la pantera al hombro y llevármela entera. Estaría tiesa como un madero cuando quisiéramos llegar adonde teníamos que llevarla. No era algo que se

me pasara por la cabeza hacer, ni tampoco que quisiera oírsele decir a alguien como ella, que nos había metido en la pésima situación en la que nos encontrábamos.

Después de darle mi opinión al respecto, Sam volvió a mostrarse huraña y a guardar silencio. Podía ver toda la rabia que se estaba acumulando en su interior y a la que ella ansiaba dar rienda suelta. No me parecía justo que me guardara rencor, y aun así era consciente de que no tenía otra elección que soportar su rabia, ya que no había nadie más que pudiera hacerlo. Estábamos en mitad de ninguna parte y casi muertos de frío, y me correspondía a mí soportar lo que tuviera que soportar y hacer que regresáramos a casa.

Lo reconozco, juez, tenía miedo. Echaba en falta tener al predicador Dob y al señor Pacheco a mi lado para discutir las cosas con ellos y llegar a conclusiones. Me preguntaba si el predicador Dob estaría cuidando de mi yegua y si el señor Pacheco habría logrado escapar. Sobre todo, echaba de menos a mi padre y anhelaba sus consejos. Pensaba en nuestra casa y en cómo estaría cuando llegásemos. Tras la ausencia de mi padre, la casa ya no había vuelto a ser la misma. Pensaba en el cadáver del viejo camello casi encima de la tumba del viejo jefe indio, todo tieso y formando carámbanos de hielo a causa de las gélidas lluvias y desmembrado a picotazos por las águilas y molestado por nuestros cerdos y medio comido por lobos y coyotes, como sin duda alguna estaría. Pensé en la taza de agua ensangrentada que quedó allí olvidada después de que el señor Pacheco le curase la mano a Hanlin y que estaría aún sobre la mesa, probablemente bien congelada a estas alturas. Pensé en que no tendríamos comida, ni manera de calentarnos, ni tampoco pólvora o balas, y en lo frío que el invierno parecía que iba a ser. Y comencé a sentirme casi tan abatido como Ismael mientras Sam no dejaba de preguntarme de malos modos en qué dirección íbamos y de darme la lata con regresar. Era mucho lo que había que aguantarle. Las cosas se me volvían confusas, pues estaba terriblemente cansado, y me alivió que la cháchara de Sam se convirtiera en un mero murmullo al que ya no tenía que responder. Sam no pareció darse cuenta de que había dejado de responderle, y seguía farfullando y soltando incoherencias acerca de la pantera, y de Juda, y de otras cosas que nada tenían que ver con el lugar en el que nos encontrábamos, ni con aquel al que intentábamos llegar.

Tras un rato, Sam se sentó en una roca.

Dije: Levántate. Tenemos que seguir adelante.

No puedo, dijo. Necesito descansar.

Dije: Nada de eso. No podemos pararnos aquí. Nos moriremos de frío. No voy a morir de frío contigo.

Comencé a darle codazos. Sin embargo, Sam no se incorporó, y tuve que levantarla del pelo y casi llevármela a rastras.

Habíamos recorrido un trecho de esa guisa, con Sam rezongando y cayéndose y peleando conmigo para que dejase de empujarla y de tirar de ella, cuando vimos un jinete que venía hacia nosotros a caballo por nuestro lado del río. Si las circunstancias hubieran sido otras habríamos podido ocultarnos en los cedros, pues no éramos capaces de ver de quién se trataba, y estábamos en territorio desconocido. Pero no me quedaban fuerzas para tirar de Sam hasta allí. Así que aguardamos a que el jinete se acercara. No tardamos mucho en descubrir que se trataba del predicador Dob, por la sencilla razón de que llevaba un perro en el regazo y cabalgaba sobre mi yegua.

Al vernos, tiró de las riendas, desmontó y rompió a llorar. Pensé que Zacarías había muerto y que ese era el motivo de sus lágrimas. He de confesar que el perro parecía bien muerto. El olor a mofeta no se le había ido, y por las heridas que tenía daba la impresión de que habían intentado comérselo. Sin embargo, Zacarías estaba vivo, y el predicador Dob lloraba de la emoción de vernos y no porque el perro estuviera muerto. Había cabalgado en nuestra dirección, a la contra del río, para buscarnos, en vez de ir corriente arriba hacia su hogar, pese a que estaba herido, y su perro, medio muerto.

Dijo: Pensaba que estaríais en la Tierra Prometida. Señor, pero miraos bien. Oh, por favor. Oh, Señor. Si estáis congelados. Tenemos que hacer que entréis en calor enseguida.

Nos frotó los brazos y trató de que me volviese el color, pues dijo que estaba azul. Sam estaba como loca y respiraba aprisa y decía cosas que no tenían ningún sentido, como ¿dónde están nuestros cerdos? Parecía creer que estábamos en nuestro arroyo buscando a la vieja cerda. El predicador Dob llevaba consigo el morral de Hanlin, en cuyo interior había algunas cerillas, de manera que no tardó en hacer una hoguera. No es que fuera gran cosa, pues todo estaba empapado. Nos apretujó bien a Sam y a mí y bajó a Zacarías de la yegua y lo acomodó en nuestros regazos para tratar de proporcionarnos algo de su calor. El hecho de que el perro oliese tan mal apenas me importó, pues

desprendía más calor que nosotros. También le apestaba el aliento, pero este era tibio, así que no me importó que respirase hacia mí.

El predicador Dob se fue a recoger madera seca y trajo un poco de vuelta, y consiguió que el fuego se avivase algo. Hizo que nos quitásemos los pantalones y dijo: No os preocupéis por estar desnudos; eso a nadie le importa.

Sam tenía puesta la camisa del señor Pacheco y ya estaba bastante seca, así que era toda una suerte.

El predicador Dob colgó nuestros pantalones en una rama que había junto al fuego y dejó las botas del señor Pacheco al lado para que estuvieran calentitas. Nos dio el resto de las galletas que había en el morral y nos sirvió agua hervida en la taza de latón de Hanlin para que bebiésemos un poco.

Cuando Sam empezó a entrar en calor, y recuperó la cordura, le dijo al predicador Dob que la pantera estaba corriente abajo, atrapada bajo un árbol.

Está muerta, dije. Hanlin también lo está. Lo vi pasar flotando a mi lado. Le dije al predicador Dob que el señor Pacheco nos había rescatado de un árbol y que creíamos que se encontraba bien, pero que el gordo había salido tras él y habían intercambiado algunos disparos.

El predicador Dob se quedó casi sin habla al escuchar aquello. Me figuro que se imaginaba que había una parte de buenas noticias en ello, otra de malas y otra que no era fácil valorar. Sacudió la cabeza y dijo: Mi pobre hermana. Luego dijo: Que Dios guíe al señor Pacheco a lugar seguro. Luego dijo: Por lo menos es una bendición habernos librado de la pantera. Ya no podrá seguir haciendo daño a gente inocente.

Sam le lanzó una mirada de lo más grosera y dijo: Para usted será una bendición, pero no lo es. No la hemos matado. Si está muerta es porque se quedó atrapada debajo de un árbol.

No me gustó que no me diese ningún crédito por la parte que me tocaba en el asunto. Dije: Olvidas que se quedó atrapada debajo del árbol porque la pinché en los ojos con un palo y la derribé de la rama para salvarte.

Me miró como lo hacía Juda, y dijo: Mejor será que no trates de llevarte toda la gloria. No has sido tú quien lo hizo. Se ahogó ella solita. Ni siquiera te habrías acercado si yo no te hubiera hecho venir. Si está muerta es gracias a mí.

De haber imaginado lo mal que se iba a tomar aquello, hubiera mantenido

la boca cerrada. Sin embargo, estaba cansado y hambriento y tenía frío y ni siquiera podía desear estar en casa, porque ¿qué clase de casa tenía? De modo que dije: Te estabas agarrando a esa rama para sobrevivir. Te he salvado ya tres veces. Cuando menos, me tendrías que dar las gracias.

Juez, le diré una cosa. Fue como si aquel río hubiera sufrido otra inundación. La cara se le puso toda redonda como un gurrño, y echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca y de ella salió el más horrible y amargo lamento que jamás emitió ser humano alguno. Apartó bruscamente al perro de nuestro regazo y se levantó de donde estaba sentada y gritó que era un mentiroso. Me empezó a dar puñetazos. Traté de agarrarle los brazos para evitar que me siguiera pegando. El predicador Dob intentó ayudarme pero estaba demasiado ocupado tratando de impedir que mi yegua se encabritase y saliera espantada. Supongo que esta en sus buenos tiempos ya había tenido que aguantarles a los indios suficientes gritos y no iba a tolerar esa clase de insensatos chillidos de nuestra parte.

Forcejeé con Sam y la tiré al suelo bocabajo y me senté encima de ella. Dejó de gritar, pero siguió llorando contra el barro. Había pasado mucho tiempo desde la última ocasión en que la vi llorar, si es que alguna vez lo había hecho, y daba miedo oír la potencia con la que lo hacía.

De acuerdo, le dije, ha sido gracias a ti. Quizá la mataste. No estaríamos ahora mismo aquí de no haber sido por ti.

Sin embargo, el predicador Dob dijo: Calla y deja que llore. Quítate de encima y déjala llorar.

Obedecí, y Sam se quedó allí aullándoles a las rocas y el barro.

El predicador Dob dijo: Se ha llevado una terrible decepción. Durante años ha querido matar a la pantera, y es muy probable que ahora esté muerta, río abajo, y que se haya llevado consigo su piel, y a tu hermana no le queda nada que recompense sus planes, ni plan alguno que le haga mirar con anhelo el futuro. Sus planes han sido barridos por el agua, arrastrados corriente abajo. La Biblia dice que allí donde tenemos nuestro tesoro, también tenemos nuestro corazón. Si la piel de la pantera sigue siendo el tesoro de nuestra pequeña, su corazón quedará atrapado sin remedio bajo un árbol arrancado de raíz, más allá de la frontera que delimita todo cuanto ella ha conocido en su vida, y lejos del alcance de quienes tanto la temen. No queremos que eso ocurra. Ahora tendrá que dejar esa piel atrás. Tendrá que alejarse de este río y

regresar sin nada de lo que trajo cuando llegó a él. No es fácil hacer algo así. Yo temería por su alma si ella no fuera capaz de derramar una lágrima por todo lo que pierde. Cualquier pérdida es difícil de digerir. Los que no la sienten pasar no son de nuestra especie. Es mejor que la dejemos llorar.

Sam siguió allí tendida, berreando a pleno pulmón, y maldijo a la pantera, y maldijo su piel, diciendo: ¡Mató a mi mamá! ¡Me destrozó la cara! ¡Estaba en mi derecho! ¡Estaba en mi derecho!

Se tiraba del pelo, y rompió allí mismo, sobre el barro, su propio corazón, y se fue vaciando de su dolor mientras nosotros la mirábamos.

Al cabo de un rato, el predicador Dob le dijo: Pequeña, tenemos que seguir nuestra marcha. Tenemos que emprender el regreso. La Biblia nos dice que el Señor está al lado de los que tienen roto el corazón y salva a los que sienten el alma devastada. Es hora de que te levantes y sigas adelante.

Sam recuperó la compostura, y nos pusimos los pantalones, y cargué a Zacarías sobre el hombro, y el predicador Dob montó en la yegua, pues su pierna seguía herida y no podía caminar, y Sam montó tras él, y emprendimos la marcha a paso lento para seguir camino río arriba.

Al anochecer llegamos hasta un grupo de casitas situadas por debajo de Bandera que el predicador Dob conocía bien. Eran parte del campamento que los mormones habían dejado atrás, y ahora vivían en ellas unos polacos que no hablaban inglés. Llamamos a una puerta y nos hicieron entrar.

Al día siguiente Sam y yo cabalgamos hasta casa a lomos de la yegua, mientras un polaco de ochenta o noventa años llevaba al predicador Dob a su hogar en un vagón, junto a Zacarías.

Quizá se esté preguntando por Zacarías, señor. Se encuentra muy bien desde que todo aquello pasó. Lo vi no hace mucho y parecía un perrito mucho más joven. La caza le sentó a las mil maravillas.

El predicador Dob ha pasado por nuestra casa de vez en cuando para ver qué tal estamos. Ha sido muy bueno con nosotros y ha hecho lo posible por mejorar nuestra situación, pero no tiene los medios para hacerlo. Después de que le curasen la pierna vino a nuestra casa y se llevó a Sam para vivir con él y su familia. Sam se fue con ellos, pero duró allí solo un día. No estaba del todo convencida de que ese niño mexicano del predicador Dob llamado Jackson, que fue raptado por los indios y llegó muerto de hambre al campo de maíz del predicador Dob, no fuera en realidad un indio que fingía ser

mexicano. Ella temía que los matara a todos. Escapó, y me la encontré otra vez en casa, y hemos estado juntos desde entonces.

Gracias de nuevo por haberse tomado la molestia de buscarle una casa donde pudieran acogerla. Aquí no hace ninguna tarea, y no tiene nada interesante que hacer, y me preocupo por ella. Lamento que no saliese nada. Y gracias por los regalos que nos ha hecho. No deja de ser curioso que un suceso como el que tuvo lugar en el Julian, en el que no hubo ni bondad ni justicia y que les costó la vida a ocho hombres honrados, me haya brindado a mí, por cómo han dado la vuelta las cosas, libros, y anteojos, y una pluma de acero.

Prometo hacer buen uso de todo ello.

Afectuosamente suyo,

BENJAMIN SHREVE

Alfred R. Pittman  
Abogado  
35 Eberly Building  
215 South High Street  
Columbus, Ohio

9 de abril de 1925

Reverendo Jackson Beck  
Primera Iglesia Episcopal Metodista  
Third Street y Lead Avenue  
Albuquerque, Nuevo México

Querido reverendo Beck:

Temo que habrá recibido un montón de papeles que le he enviado sin una explicación adecuada. Admito totalmente mi culpa. A mi edad no soy tan ordenado como solía, y por lo visto olvidé añadir una carta de presentación cuando le entregué los papeles a mi secretaria para que los llevase al correo. Acabo de encontrarla sobre mi escritorio, fechada hace un mes.

Me imagino que a estas alturas habrá descubierto la naturaleza de los papeles. Tengo, sin embargo, la sensación de que debería contarle cómo llegaron hasta mí y por qué se los he hecho llegar. En un principio estaban en posesión del juez Edward H. Carlton, quien presidió, hacia el término de la Guerra Civil, un distrito judicial que se extendía desde el condado de Kimble, Texas, hasta la frontera mexicana. Durante aquellos tiempos de sedición, la ley se entregaba a la ardua y a menudo impopular tarea de localizar y llevar ante la justicia a aquellos individuos responsables de haber asesinado a civiles durante la guerra. El juez interrogó a numerosos individuos que guardaban relación con el caso de Clarence Hanlin, pero fue el testimonio de Benjamin

Shreve, cuyas páginas son las que le hice a usted llegar, el que más ayudó al juez a trasladar al gran jurado sus recomendaciones.

Trabajé como ayudante y compañero de viaje del juez durante el tiempo en que este recibió las cartas y el testimonio escrito de Benjamin. No mucho después, el juez dejó Texas y regresó a su ciudad natal de Cincinnati para cuidar de su anciana madre. Yo lo acompañé en su traslado. Nos llevamos el archivo que contenía los papeles de Benjamin, pues era sabido que los archivos desaparecían de los juzgados de los condados, y el juez quería garantizar su preservación.

Un par de años después de que abandonásemos Texas, terminé mis estudios de Derecho en Cincinnati y fui admitido en el Colegio de Abogados de Ohio. Por aquel entonces el juez Carlton y yo regresamos a Texas de visita. Estando allí, preguntamos por Benjamin y Samantha en los pueblos de Bandera y Comfort. Supimos así que nadie conocía el paradero de Samantha y que Benjamin había dejado el estado rumbo a San Antonio, junto a una pequeña compañía para transportar ganado a Kansas, y en esas fechas aún no había regresado. Nos detuvimos en el área de Verde Creek donde, supusimos, ambos habían tenido su hogar, pero constatamos que la casa había sido abandonada y que era por completo inhabitable. El juez se lamentaba especialmente de haber perdido el contacto con el muchacho. Al no estar casado y no tener hijos, había experimentado, a lo largo del testimonio de Benjamin, algo parecido al sentimiento paterno. Tenía la intención de seguir buscando a Benjamin en el futuro y encargarse de su bienestar y el de Samantha, pero en nuestro viaje en tren de regreso a Cincinnati se vio afectado por un pequeño resfriado que no tardó en convertirse en gripe. Tras llegar a la casa de su madre, la infección se le extendió a los pulmones. Falleció solo unos días más tarde.

Tras su muerte, los papeles del juez cayeron en mis manos y han estado bajo mi cuidado a lo largo de las siguientes décadas.

Me acerco ya a los noventa años. Sigo gozando de buena salud, pero siento la cada vez más apremiante necesidad de poner mis asuntos en orden. Además, llevo dentro de mí un creciente pesar por no haber seguido buscando a Benjamin y Samantha en los casi sesenta años que transcurrieron desde que murió el juez. El fallecimiento del juez me sumió en la crisis emocional más profunda por la que jamás he pasado, y temo que cualquier persistente responsabilidad que haya sentido hacia los niños se terminó convirtiendo en

víctima de mi dolor, en el sentido de que tuve la necesidad implacable de proyectar mi mente hacia el futuro y no hacia el pasado. Abandoné el país, viví en el extranjero durante casi una década y a mi regreso me instalé cerca de mi familia en Columbus, abrí un bufete de abogados y me sumé en ello y en otros trabajos intelectuales. Con el tiempo, la enorme herida que me causó la muerte de mi compañero terminó por cerrarse, pero para entonces, en las complejidades de una vida distinta, me olvidé de los papeles de Benjamin y del sentido de responsabilidad que debería haber mostrado hacia ellos.

Fue hace unos pocos meses cuando mi omisión empezó a originar un enorme peso en mi conciencia. Escribí a un amigo que reside por la zona de Comfort y le pedí que me contara todo cuanto supiera de Benjamin y Samantha Shreve, o si no de usted u otros miembros de su familia con la esperanza de que tuvieran alguna información sobre ellos. Cuando mi amigo me habló de usted y de su ministerio en Albuquerque, tuve la impresión de que sabría valorar las cartas de Benjamin y el testimonio que dejó acerca de su padre, testimonio cuya sabiduría y calor humano las llena de principio a fin, y pensé que tal vez usted tendría la amabilidad de referirme cuanto pudiera saber de Benjamin o Samantha.

Ha sido un motivo de enorme felicidad y un gran placer leer una vez más las páginas de Benjamin, pues me han devuelto a aquellos tiempos de los circuitos tribunales en que el juez las compartía conmigo junto a una fogata o en el porche de alguna casa en cuyo pueblo nos deteníamos y recibíamos el correo. Recuerdo con qué impaciencia aguardaba el juez nuestras paradas postales y la alacridad con la que a menudo pasaba los sobres, incluso antes de intercambiar los necesarios cumplidos con el encargado de la estafeta, y me entregaba los restantes papeles para poder así encontrar cuanto antes el sobre de Benjamin y abrirlo enseguida.

Al tiempo que le envié los documentos originales, he depositado en el Juzgado del Condado de Bandera y en los archivos de la Asociación Histórica del Estado de Texas, en la Universidad de Texas, su reproducción en fotostato. Para el juez Carlton era de gran importancia, como me aseguró poco antes de su fallecimiento, que el testimonio de Benjamin llegase a los archivos apropiados.

Dejo el destino de los papeles originales a su discreción.

Respetuosamente suyo,

ALFRED R. PITTMAN

Reverendo Jackson Beck  
Primera Iglesia Episcopal Metodista  
Third Street y Lead Avenue  
Albuquerque, Nuevo México

19 de agosto de 1925

Alfred R. Pittman  
Abogado  
35 Eberly Building  
215 South High Street  
Columbus, Ohio

Querido señor:

Espero que acepte mis más profundas y sinceras disculpas por esta tardía respuesta a la amabilidad que ha mostrado al enviarme el testimonio de Benjamin Shreve y su posterior carta, cosas ambas que recibí, respectivamente, hace tres y cuatro meses. Leí el testimonio inmediatamente después de recibirlo, pero retrasé la respuesta a su carta porque carecía de las palabras adecuadas para describir el impacto que el relato de Benjamin ha causado en mis pensamientos. En palabras de mi esposa, me vi arrojado a un profundo pozo emocional. Si tal cosa es cierta, me ha llevado todos estos meses encontrar la manera de salir de él. La historia pareció resucitar en mí una soterrada nostalgia hacia un elemento de mi pasado que ha permanecido en el olvido durante mucho tiempo y que consideraba que había desaparecido para siempre.

Intentaré describirle el viaje en el que ulteriormente me embarqué. Para explicarle desde el principio mis recuerdos de Benjamin necesitaré explicarle mis propios y muy desagradables primeros años de vida, o lo poco que

conozco de ellos. No busco con ello poner a prueba su paciencia, sino más bien proporcionarle un añadido al documento que Benjamin ha dejado.

Parece ser que nací en México, de padres mexicanos. A la edad de cuatro o cinco años los indios me sustrajeron de mi familia. Supongo que serían los comanches, que frecuentaban la zona, aunque no puedo estar seguro de ello, pues hablaban fundamentalmente en su propia lengua y no se referían a sí mismos como tales. Recuerdo estar jugando bajo unos árboles enormes cerca de un río junto a otros niños cuando los indios aparecieron en sus caballos, cruzaron de estampida el agua hacia donde estábamos y nos persiguieron mientras corríamos a través de un prado. No sé qué destino tuvieron los otros niños; solo recuerdo que un indio me subió a un caballo y me alejó de mi casa a gran velocidad. Tengo recuerdos muy vívidos del durísimo trato que recibí a manos de esos indios, aunque ignoro el tiempo exacto durante el que aquello se prolongó, si bien hace ya mucho que he dejado de pensar en esas cosas.

Mi fuga, ocurrida unos meses o quizá un año después, sucedió como resultado de un ataque por sorpresa llevado a cabo por otros indios; desconozco la tribu. Sucedió en la oscuridad nocturna, mientras dormíamos. Por aquel entonces creo que estaba parcialmente, si no del todo, integrado en las costumbres de la tribu, pues dormía libremente entre ellos al lado de una mujer que me trataba como si fuera hijo suyo. Recuerdo un ruido repentino y el caos que se desató y una lluvia de disparos, de la que escapé. Después de esto, recuerdo encontrarme completamente solo y que sentía un profundo desasosiego y un hambre extrema. Vagué a la intemperie, no sé durante cuánto tiempo, y aún seguiría vagando por ahí si el Señor no me hubiera guiado hasta los campos de maíz de Dobson Beck, más conocido como el predicador Dob, que acabaría convirtiéndose en mi padre.

Por confusas que sean la mayoría de las memorias que conservo de aquella época, recuerdo con claridad el momento en que Dobson Beck me descubrió en los maizales, hambriento, desnudo y vomitando maíz crudo, pues había enfermado de comer tantísimo maíz. Me sentí invadido por el miedo al ver una figura humana surgir al fondo de una hilera de tallos, pasar de largo y al instante regresar, pues también me había visto. Se acercó a mí con el último sol de una tarde de invierno resplandeciendo a través de sus cabellos blancos. Traté de huir de él, pero arrastró el peso de mi enfermizo cuerpo hasta sus brazos y se mantuvo aferrado a mí pese a que yo, por costumbre o instinto, no

dejaba de golpearle e intentaba liberarme a zarpazos de su abrazo.

Aquel momento que pasé entre sus brazos fue el comienzo de mi salvación. Si estoy vivo es gracias a él. Soy cristiano gracias a él. Tengo nombre gracias a él.

Tiendo a pensar que no había pasado todavía un año cuando vi por primera vez a Benjamin Shreve y a su hermana Samantha. Creo que esa es la fecha más o menos exacta, pues recuerdo que aún no había aprendido a hablar inglés adecuadamente. Para entonces ya estaba del todo integrado en la familia como uno de sus tres hijos; los otros dos eran el nieto y la nieta del predicador Dob, a quien yo considero mi padre, aunque legalmente nunca lo fue.

La historia de aquella primera vez en que Benjamin y Samantha nos visitaron, acompañados de Lorenzo Pacheco y el sobrino de mi padre, Clarence Hanlin, está descrita con gran detalle en el testimonio de Benjamin. No le afligiré con mis propios recuerdos de aquello salvo para decirle que me sentí atraído al instante, al mismo tiempo que repelido, por Samantha. Sus cicatrices la desfiguraban mucho más de lo que Benjamin explica en su escrito, y para mí era una necesidad compulsiva mirarlas e intentar averiguar qué podía haberlas causado. Yo mismo tenía numerosas cicatrices por las heridas que me habían infligido durante mi cautiverio, como bien recordará usted por el testimonio de Benjamin. Si bien mis cicatrices podían ocultarse fácilmente y las de Samantha se extendían por toda su cara en los lugares más obvios, creando para ella una situación que, en mi opinión, resultaría más difícil de soportar, recuerdo no obstante sentir una familiaridad entre ambos basada en nuestras respectivas cicatrices y quizá también basada en el sufrimiento que implícitamente sugerían. Más vívido es el recuerdo que aún soy capaz de evocar de la profunda e instintiva necesidad que sentía de relacionarme o comunicarme con ella.

Lo que Samantha necesitaba, en cambio, era estar sola. Rechazaba, tal y como Benjamin ha explicado, que la mirasen. Yo era, por tanto, una amenaza e incluso una causa de espanto para ella, y me entristeció enterarme al leer el testimonio de Benjamin de que fue principalmente la desconfianza que sentía hacia mí lo que la llevó a huir de nuestra casa después de que mi padre intentara que viviese con nosotros.

Probablemente fue ese mismo impulso, unido a su insaciable sed de venganza contra la pantera, lo que a la larga causara la huida de la que me

dispongo a hablarle. De esta parte de la historia de Benjamin, nada aparece incluido en los materiales que usted me envió, pues sucedió más tarde, quizá un año después de que Benjamin escribiera su testimonio al juez.

Yo tenía diez u once años. Benjamin ya debía de tener unos dieciocho por entonces. Llegó hasta nuestra puerta una noche, llamó con fuerza, presa del frenesí, y le dijo a mi padre que la pantera no estaba muerta, como ellos habían supuesto, sino viva, y que había regresado de nuevo a acecharlos. Dijo que al regresar a casa en plena oscuridad se encontró con que las gallinas estaban muertas, que las huellas con los dos dedos de la pantera descendían hacia el arroyo y que Samantha no estaba en casa. Se había llevado un poni que Benjamin había adquirido recientemente, había cogido su rifle de caza y se había marchado, dejando una nota escrita gracias a las clases de caligrafía que Benjamin le había impartido. Sacó la nota del bolsillo y se la mostró a mi padre a la luz de una lámpara que había sobre la mesa. No sé cuál era el contenido exacto, pero supongo que en ella Samantha le diría que había salido en busca de la pantera.

En aquel tiempo mi padre ya se esperaba la inevitable muerte de su perro, Zacarías, que, pese a su estado de relativa decrepitud, como Benjamin describió en su testimonio, se las había arreglado, no obstante, para vivir todavía cuatro años más. Si bien el perro se había ido debilitando poco a poco, cuando mi padre sostuvo la nota de Samantha a la luz de la lámpara y reparó en la desesperación que mostraba el rostro de Benjamin, dijo que para Zacarías no podría haber nada mejor que seguir a la pantera una última vez e incluso morir en el intento. Dijo que tanto él como el perro se unirían a Benjamin y saldrían en busca de Samantha y la pantera.

Le rogué a mi padre que me llevase con él y logré convencerlo. Me mandó a buscar al perro. Cogí la lámpara y busqué en todas las hileras de maíz, así como en la leñera y el ahumadero, pero no encontré a Zacarías. Cuando regresé a la casa y se lo conté a mi padre, este intercambió con Benjamin una mirada que para mí revelaba lo que yo creía que ambos sospechaban, esto es, que Samantha había acudido a casa y se había llevado ella misma el perro. Recuerdo la mirada acongojada y las palabras de mi padre:

—Se nos ha adelantado.

Mi padre y yo acompañamos entonces a Benjamin hasta su casa a caballo, siguiendo el camino que con mayor probabilidad Samantha habría tenido que

tomar por si así dábamos con ella. Cuando llegamos a la casa, encontramos las huellas de la pantera y tratamos de seguirlas a la luz de nuestras lámparas. Sin embargo, estaban mezcladas y se confundían con las del poni, y perdimos todo rastro de ellas en Verde Creek. En algunas zonas, cerca del agua, descubrimos junto a ellas unas huellas que parecían de perro, pero no podíamos distinguirlas con suficiente claridad de las huellas de los lobos y de los coyotes, que, según dijo Benjamin, frecuentaban el arroyo, y solo podíamos suponer que pertenecían a Zacarías.

Me pidieron que esperara en la cabaña por si Samantha regresaba, mientras Benjamin y mi padre salían en su busca. Aún me parece oír, resonando en mi mente, los gritos de Benjamin llamándola, en medio de la noche, por todo aquel oscuro cañón. Su voz inconmensurable me producía mucho desconsuelo, al verse respondida tan solo por el silencio. Cuando Benjamin y mi padre regresaron a la cabaña antes del amanecer, con la insensata esperanza de que Samantha estuviera conmigo, la angustia y el dolor de Benjamin al verme allí solo fueron por completo evidentes para mí, pese a mi corta edad y a sus intentos por mostrarse estoico.

Por la mañana mi padre me mandó de vuelta a casa y él se quedó junto a Benjamin varios días para continuar la búsqueda en los cañones. Después, y durante al menos un mes, Benjamin continuó la búsqueda a solas, cabalgando de una ciudad a otra, preguntando si alguien había visto a Samantha. Regresó frustrado de cada una de aquellas exploraciones.

Solo unos años después de aquello mi padre falleció. Fue una penosa muerte causada, según creo ahora, por un cáncer de estómago. Yo tendría unos trece o catorce años por aquel entonces y desconocía la causa específica de su muerte, pero recuerdo los desesperados y continuos esfuerzos de Ida por aliviar su dolor. El hijo de Dobson Beck había muerto en la guerra, y recuerdo que mi padre lo llamaba a voz en grito poco antes de fallecer.

Por entonces, Benjamin había abandonado el lugar para dedicarse al traslado de ganado lejos del estado; de ahí que no asistiera al funeral.

Esto es todo lo que yo sabía de Benjamin antes de leer su testimonio y antes del viaje que emprendí este año. Viví junto a Ida y sus hijos, a quienes consideraba entonces, y aún considero, mi hermano y mi hermana, hasta los dieciocho años, momento en que empecé a asistir a la Universidad de Baylor, en Independence, gracias a la generosidad de un benefactor a quien mi padre,

antes de su muerte, había convencido de que yo merecía tener una educación. Mis visitas al condado de las colinas fueron después bastante infrecuentes, pues me casé joven y me trasladé con mi mujer a Nuevo México para criar a nuestros dos hijos y continuar el servicio de mi padre ayudando de los más desfavorecidos.

He mencionado ya que la lectura de las páginas de Benjamin me sumieron en la más profunda reflexión. Al pensar en la familia que había cuidado de mí con tan innata generosidad de espíritu, comencé a pensar, con más emoción de la que con anterioridad me había permitido mostrar, en la familia de la que había sido arrebatado de niño.

Desde mucho tiempo atrás había planeado que algún día buscaría en México a mis verdaderos padres, pero, consciente de que no contaba con demasiada información que pudiera guiarme en mi búsqueda, lo fui retrasando, sin reflexionar gran cosa acerca de la decepción que sentiría al final de mi vida si no hacía al menos el intento. El evangelio de Lucas nos enseña a tomar la azada y mirar hacia delante; no hacia atrás. Y, con todo, ahora, frizando ya los setenta años, comienzo a sentir el inminente pesar del arrepentimiento futuro y a preguntarme si mis padres seguirán, por la gracia de Dios, aún vivos, y si no tendré hermanos y otros parientes allá en México.

Con tan solo una vaga noción, pues, de lo que esperaba descubrir, aunque dudando que lo hiciera, y sin saber a ciencia cierta si actuaba bajo la voluntad del Señor o meramente bajo un simple e inútil deseo que había conservado desde niño —reunirme con mi familia—, conduje hacia el sur, al otro lado de la frontera, y comencé mi búsqueda, viajando al este a través de los estados de Chihuahua, Coahuila y Nuevo León.

No le abrumaré con los detalles del viaje ni con los altibajos de mi esperanza. Conocí a muchísimas buenas personas en ranchos situados en la frontera que tiempo atrás habían perdido a miembros de su familia a manos de los indios, pero fui incapaz de encontrar a nadie que supiese de un muchacho sustraído en el año en que, según suponía, aquello me sucedió a mí.

Consideraría esta infructuosa búsqueda un fracaso y una decepción, ajena a la guía y la bendición de Dios, de no ser por el hecho de que en el transcurso de tan minuciosa búsqueda recibí casualmente una información en Nuevo León, en el pueblecito de Santiago, que tuvo como resultado un descubrimiento que, cuando menos, daba que pensar, y hasta el cual solo podía haberme

guiado la mano del Señor.

En posesión de tal descubrimiento, viajé directamente a Texas en busca de Benjamin, dirigiéndome, en primer lugar, al pueblo de Comfort, donde fui calurosamente recibido por algunos viejos conocidos y por mi hermana, que aún reside allí. Localicé a Herman Hildebrand, el hijo de Bernard Hildebrand, el jefe de la estafeta, a quien Benjamin había conocido. Podrá usted imaginar mi felicidad cuando Herman me dijo que conservaba una serie de notas que Benjamin había enviado al viejo señor Hildebrand a lo largo de los años, para informarlo de sus diversos domicilios y que así Samantha pudiera saber dónde estaba si alguna vez aparecía y lo estaba buscando, y que esas notas estaban al cuidado del actual jefe de la estafeta, quien las tenía guardadas allí en una caja.

Visité al jefe de la estafeta, que al escuchar mis planes se mostró encantado de abrir la caja y permitirme leer las notas.

La más reciente databa de hacía cuarenta años. La escueta información que Benjamin aportaba en ella era que se había casado y había adquirido una pequeña propiedad de quince kilómetros en el pueblo de Cometa, Texas, en el condado de Zavala, y que Samantha podía encontrarlo allí si acudía a buscarlo. Dijo que la familia de su esposa, de apellido Valdez, era muy conocida en la zona y que no tendría problemas para encontrarlo.

Tras pasar la noche en el hogar de mi hermana, me desperté temprano y conduje, bajo el calor del verano, a unos doscientos veinte kilómetros al sur hasta el pueblo de Cometa, donde solo tuve que pronunciar el nombre de Benjamin Shreve a la primera persona que encontré —una mujer que caminaba por el borde de la carretera— para escuchar, en una mezcla de español e inglés, las indicaciones que llevaban hasta la casa de Benjamin.

La casa se alzaba al final de un largo camino en mitad de enormes pastos para ganado. Había dos coches y algunos camiones aparcados en la entrada, y vi unos niños y varios perros y gallinas al aparcar entre ellos. La casa estaba pintada con mucho gusto y muy bien arreglada. Un hombre de avanzada edad, sentado en el porche, apartó un montón de papeles y se levantó de la silla al verme salir del coche. Lo reconocí casi al instante. Él tardó un poco más en hacerlo, pues yo era apenas un niño la última vez que me vio. Pareció creer que yo había parado allí para saber cómo llegar a algún sitio, pero cuando le dije mi nombre me reconoció sin vacilación alguna, y descendió los peldaños

para recibirme con un aire de infinita calidez y un vigoroso apretón de manos.

Mi visita se prolongó a lo largo de aquella tórrida tarde y hasta bien entrada la noche. Baste decir que la esposa de Benjamin, Estela, me trató como si fuera de la familia, y que buena parte de sus parientes vinieron aquel día a conocerme. Dos de los hijos de Benjamin vivían en la propiedad y lo ayudaban con el ganado, y una de sus tres hijas aún vivía en la casa. Algunos de los nietos estaban allí presentes, además de otras personas, incluyendo un joven que me contó que había llegado al condado de Zavala trece años atrás huyendo de la Revolución mexicana y que Benjamin lo había aceptado en casa y le había enseñado inglés y también a leer.

Al anochecer, tras una larga cena con muchos miembros de la casa, Benjamin y yo nos sentamos a solas en el porche para recordar los viejos tiempos en el condado de las colinas, y hablamos de mi padre y lo que había supuesto para nuestras vidas. Cuando sentí que había llegado el momento adecuado, le pregunté por Samantha y quise saber si había recibido alguna noticia de ella.

Tardó en responder, pero finalmente dijo, pensando mucho las palabras, que me agradecía que le preguntase por Samantha, pues no había oído pronunciar su nombre en mucho tiempo y en bastantes años no había visto a nadie que supiera de ella. Después, durante un buen rato, estuvo hablando de Samantha con profunda emoción. Recordé los gritos que me dio para que me apartase de las ventanas la primera vez que la vi y también que mi padre ordenó a sus nietos y a mí que nos volviésemos de cara a la pared. El recuerdo despertó una sonrisa en el rostro de Benjamin. Dijo que le gustaba recordar lo cascarrabias que Samantha podía llegar a ser. Dijo que los recuerdos que tenía de ella se habían ido apagando poco a poco, pero que le llenaban el corazón con un peso todavía mayor, y que continuaba aferrándose a la esperanza de que algún día llamase a su puerta.

Fue entonces cuando le dije que había leído el testimonio que escribió para el juez Carlton. Se mostró enormemente sorprendido y hasta abrumado al saber que aquellas páginas seguían existiendo. Le hablé de la carta que usted me remitió y también de lo que me dijo acerca de que el juez había conservado su testimonio como un tesoro y que pensaba en él con el cariño de un padre.

Por último, le conté lo que ahora me dispongo a contarle a usted: que en Santiago conocí la historia de una joven que vivió por poco tiempo en aquel

pueblo, a comienzos de la década de 1870. Trabajaba en una cantina de mala muerte al final del pueblo, y vivía en sus habitaciones traseras. Por las descripciones que me hicieron de ella, se trataba de una mulata con la cara arañada por las zarpas de una pantera. Se decía que tuvo un desencuentro con el dueño de la cantina y hubo de huir de la ciudad una noche tras un violento altercado con un cliente que injurió su rostro y en cuya comida ella escupió. Según la historia, que al cabo de medio siglo se ha convertido en algo parecido a una leyenda local, la joven salió disparada de la cantina, perseguida por una horda de furiosos clientes, y escapó por las calles de Santiago, ocultándose bajo el manto de la noche, y ya no volvieron a verla por el pueblo. La mañana que siguió a su huida, el propietario del establecimiento entró en su desordenada habitación y se quedó con sus efectos personales.

Por mucho que viva no olvidaré las perplejas preguntas de Benjamin, su pasmada atención, y buena parte de sus gestos de pesar y agradecimiento, y finalmente de dicha, cuando le dije que yo mismo había estado en aquella pequeña cantina, la cual aún se encuentra al final del pueblo. Allí vi, tras la rústica barra, y clavada a los tablones de la pared, la piel de una enorme pantera. Puedo dar fe, y sin que quepa la menor duda, de que se trata de la piel del Demonio de Dos Dedos. Vi con mis propios ojos la pata derecha de sus cuartos traseros. A diferencia del resto de la piel, esa parte no había sido privada de su estructura ósea, sino que mostraba todos y cada uno de los huesos, intactos salvo por los dos dedos que faltaban.

Una vez terminé de relatarle a Benjamin lo que escuché aquel día en Santiago, y lo que había visto en la cantina, ambos permanecimos sentados en el porche al calor de la noche, escuchando el pulsante chirriar de los grillos y los suaves ruidos del ganado. Permanecimos callados, limitándonos a proporcionarnos esa mera compañía, buena parte del tiempo. Le recordé lo que mi padre había dicho a la orilla del río cuando Samantha se echó a llorar sobre el barro, convencida de que la piel estaba río abajo y perdida para siempre. Había dicho que Samantha tendría que renunciar al tesoro que para ella suponía esa piel, porque, donde su tesoro estuviera, también su corazón estaría allí, más allá del alcance de aquellos que la amasen. Tuvo que pedirle que hiciese acopio de fuerzas y siguiera adelante.

Reflexionamos sobre algunas preguntas sin respuesta, mientras la oscuridad iba tomando asiento. ¿Por qué Samantha no había regresado a

Santiago a buscar la piel? Quizá la piel no le había dado la satisfacción que esperaba y se había sentido perdida sin el sostén de la esperanza. Quizá había partido en busca de alguna otra cosa igual de elusiva. Pensé en mi propio viaje por el camino de la vida, adónde me había conducido, y cómo las andanzas de mi infancia me habían llevado al cuidado del predicador Dob y, por fin, a través de las avenidas del tiempo, a la vida que ahora tenía. Cabía la posibilidad de que Samantha hubiera encontrado una bendición similar.

A medida que la noche se iba espesando, Benjamin habló de la lucha que había librado por su hermana, siempre entre la esperanza y la desesperación. Su rostro se mostraba plácido, sus maneras reservadas, mientras sus ojos posaban una mirada tranquila en sus reses, que, a lo lejos, pastaban en el prado. Pero había momentos en los que su voz no podía reprimir la emoción, y tenía que hacer una pausa para poner en orden sus palabras.

¿Adónde había ido Samantha? A las montañas, al océano, al desierto; quién sabía. Le confesé mi convicción de que pensaba que había encontrado el bienestar de la manera que Dios había querido para ella, pues, como nos dice Hebreos 10, 35: «No perdáis, pues, vuestra confianza, porque esta será grandemente recompensada».

De nuevo, lamento lo que me he demorado en responder a la enorme amabilidad que ha mostrado al enviarme el testimonio de Benjamin. Es un gesto que agradeceré el resto de mi vida. Quizá le agradará saber que antes de despedirme de Benjamin le prometí volver a hacerle una visita y llevarle las cartas originales y el testimonio que envié desde la estafeta de Comfort hace cincuenta y nueve años. Sin el cuidado que usted ha puesto, así como el del juez Carlton, la historia de Benjamin hubiera desaparecido como lo han hecho otras tantas historias de los viejos tiempo de Texas, olvidadas y desvanecidas en el aire de los días de antaño.

Suyo sinceramente,

JACKSON BECK

# AGRADECIMIENTOS

Por la historia de *La encrucijada del roble* quiero darles las gracias a las siguientes personas:

Kenneth Groesbeck me dio consejos acerca de todo, desde los matojos hasta las deciduas, pasando por la altura óptima de un redil de cabras, el peso de un Colt de seis balas de 1860 y el proceso por el cual una tormenta procedente del sur puede preceder a un frente frío del norte y hacer que en cuestión de horas las temperaturas caigan hasta extremos de bajo cero en las colinas. Gracias por tu paciencia, Kenneth.

Stephen Harrigan, un extraordinario hervidero de ideas, me ayudó a situarme en la historia y avanzar por ella. Todo lo que en él era pura fantasía a menudo inventaba sendas allí donde solo parecía haber un cañón abierto hacia el abismo. A lo largo de treinta años Steve y yo nos hemos pasado nuestros manuscritos el uno al otro, intercambiando ideas, compartiendo documentación y garabateando nuestros pensamientos en los márgenes de los borradores del otro. Cuando no podía parar de darle vueltas a la cabeza acerca de qué clase de personaje podía ser el dueño de un perro pantera, fue Steve quien dijo: «¿Qué te parece un predicador?». Steve, gracias por todo excepto por esos insidiosos comentarios sobre mi ortografía.

Jeff Long, valiosísimo lector y querido amigo a quien conozco desde hace más de treinta años, fue también en este caso un formidable compañero de peleas. Gracias por creer con tanta pasión en este libro desde el comienzo, Jeff.

Por una imprevista pero feliz circunstancia un primer borrador del manuscrito cayó en manos de Robert Duvall, que ha sido mi actor favorito desde que hizo del capitán Augustus «Gus» McCrae en la miniserie de 1989 *Lonesome Dove*. Estoy en deuda con él, así como con Eric Williams, Salli

Newman, Alberto Arvelo y Ed Johnston por abrazar esta historia con tanta pasión y por su indispensable lucidez. Fue Bob Duvall el primero al que le encantó el título de *La encrucijada del roble* y me convenció para que lo mantuviese.

Randolph B. Campbell y el honorable Thomas R. Phillips me permitieron atormentarlos con numerosas preguntas relacionadas con la naturaleza de los distritos judiciales y los tribunales de Texas en los años posteriores a la Guerra Civil. Mi más sincero agradecimiento a ambos por haber sido tan generosos con su tiempo.

Mi agente, Gail Hochman, con ese instinto suyo tan preciso, entregó el manuscrito a Ben George, de Little, Brown, el cual tomó a Sam y Benjamin a su cuidado con la misma atención, y lo que a mí me parecía verdadero afecto, que si se hubiera tratado de verdaderos niños. Apenas puedo creer la buena suerte que tengo de que este libro esté en manos del equipo de Little, Brown, y en las de un editor tan meticuloso y exigente como Ben.

Mi familia y amigos fueron mis primeros lectores, como siempre. Quiero dar la habitual montaña de gracias a mi madre, Eleanor Crook, a mi hermana, Noel Crook, a mi hermano, Bill Crook, a mi marido, Marc Lewis, a mi tío, Charles Butt, y a mis amigos Marco Uribe y Sarah Bird por alentarme desde el principio.

Mi más cálido agradecimiento será siempre para Marc y nuestros hijos, Joseph y Lizzie, que durante el tiempo en que estuve escribiendo este libro se las ingeniaron, no sé cómo, para mantenerme felizmente anclada en el siglo XXI aun cuando mis pensamientos se remontaban hasta el XIX.

Joseph merece un agradecimiento especial por plantar las semillas de esta historia cierta noche, en los cañones del condado de Bandera, cuando tenía catorce años. Él y un amigo dejaron atrás la cabaña en la que pensaban acampar —cosa que era fácil que sucediera en aquellas tierras— y se perdieron en una maraña de estrechas gargantas. Cuando descubrimos, al ir en coche hasta allí en plena oscuridad para ver cómo estaban los chicos, que no habían aparecido por la cabaña, pasamos nueve angustiosas horas conduciendo por aquellos caminos de empedrado en su busca, gritando hacia aquellos oscuros desfiladeros, abriéndonos paso por las orillas de un río a golpe de linterna, y mirando los focos de un helicóptero que pasaba sobre las colinas mientras rezábamos para que los pilotos vieran algo. En algún

momento, pasada la medianoche, el ayudante del *sheriff* de Bandera y dos acompañantes que rastreaban con él el terreno comunicaron por radio que habían visto un enorme león de montaña, más conocido en el pasado y en este mismo libro por el nombre de «pantera», recorriendo tranquilamente, como una figura espectral, aquel mismo cañón en el que los chicos habían desaparecido.

Tuvieron que pasar algunas horas más de búsqueda para que los pilotos finalmente localizaran, en las profundidades de una estrecha garganta, el destello de una pequeña y humeante hoguera con dos siluetas al lado. Aterrizaron para recoger al ayudante del *sheriff* y lo transportaron al risco que había sobre el campamento, desde donde descendió hasta el cañón, encontró a los chicos y los ayudó a salir. Los trasladaron en el helicóptero hasta una zona de aterrizaje situada en un prado, y allí nos reunimos con ellos. El helicóptero levantaba ya el vuelo, y los chicos, por fin a salvo, no paraban de beber agua, cuando el ayudante del *sheriff* se volvió hacia mí y me gritó, imponiéndose a la corriente producida por las palas del rotor, y con el rostro iluminado por los haces de las linternas: «No pretendo asustarla, señora, pero, cuando llegamos allí, aquel felino tenía puestos sus ojos en los chicos».

Lo más probable es que al felino simplemente le hubieran producido curiosidad aquella inusual invasión de sus cañones y aquellos chicos sentados alrededor de una hoguera. Los chicos, por su parte, no fueron conscientes de que el animal estaba allí hasta que más tarde se lo dijeron. Para Joseph la noche no fue más que una aventura infantil durante la cual tuvo sed, se perdió, se puso algo nervioso y subsistió compartiendo una bolsa de malvaviscos y unos cuantos higos chumbos a los que consiguió quitar las espinas. Dicha noche no tardó en borrarse de sus recuerdos. Pero un escritor nunca sabe de dónde proceden sus historias. Los ojos de aquel león de montaña me acompañaron durante años.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento infinito a mis abuelos Howard Edward Butt y Mary Elizabeth Holdsworth Butt, a quienes está dedicado este libro. Ambos crecieron en el corazón del condado de las colinas de Texas, en Kerrville —antaoño conocido como Kerrsville—, no muy lejos de Camp Verde. Tras casarse mis abuelos se dirigieron al sur de Texas y finalmente se asentaron en Corpus Christi, pero sus raíces permanecieron profundamente arraigadas en las colinas de los condados de Kerr y Bandera.

Su propiedad, cerca de Camp Verde, ha sido el lugar de reunión de nuestra familia desde mucho antes de que yo naciera. Aún sigue perteneciendo a la familia, y todos nosotros, hasta la quinta generación, la amamos profundamente.

Sería imperdonable que no mencionase las libertades que me he tomado con la historia de Prison Canyon. El último de los prisioneros abandonó el lugar en julio de 1862, mientras que en esta historia los prisioneros aún seguían allí en 1863.

Tampoco sería disculpable no mostrar mi agradecimiento a James Wilson Nichols, que llegó a Texas en 1836 a la edad de dieciséis años y permaneció allí hasta su muerte en 1891. He leído muchos testimonios de primera mano sobre los viejos tiempos de Texas, pero ninguno tan absolutamente cautivador como el diario del señor Nichols, publicado tras su muerte con el título de *Ahora oyes mi cuerno*. En sus primeros compases me estancué pensando en la historia de Sam y Benjamin, tratando de encontrarle a Benjamin una voz, cuando me topé con el libro en una librería que hacía esquina en la ciudad donde nació mi abuela, en la propiedad próxima a Camp Verde que he mencionado. Mi abuela se lo había dedicado a mi abuelo y estaba fechado en las Navidades de 1968.

Leyendo la obra del señor Nichols, percibí muy débilmente las primeras tonalidades de la voz de Benjamin. Su forma de expresarse terminó por ganar claridad y una identidad propia, pero un vago parecido con las estructuras sintácticas del señor Nichols, y posiblemente una frase o dos, se han abierto camino hasta la historia de *La encrucijada del roble*. Ojalá mi abuela pudiera saber que el regalo que le hizo un día a su marido, medio siglo más tarde, sería también un regalo a su nieta.

# NOTAS

<sup>1</sup> El término *sesesh* designa despectivamente a los secesionistas. Aparece mencionado varias veces en las cartas del soldado Edward W. Bacon: «Nos dijeron que el último *sesesh* se marchó el sábado, hace dos días» (10 de mayo de 1862. Citado en *Double duty in the Civil War: The Letters of Sailor and Soldier Edward W. Bacon*. Southern Illinois University Press [2009], pág. 40). *(Todas las notas son del traductor)*.

<sup>2</sup> En castellano en el original.

<sup>3</sup> Tanto «ranchero» como «domador» aparecen en castellano en el original.

<sup>4</sup> En castellano en el original.

<sup>5</sup> En castellano en el original.

<sup>6</sup> En castellano en el original.